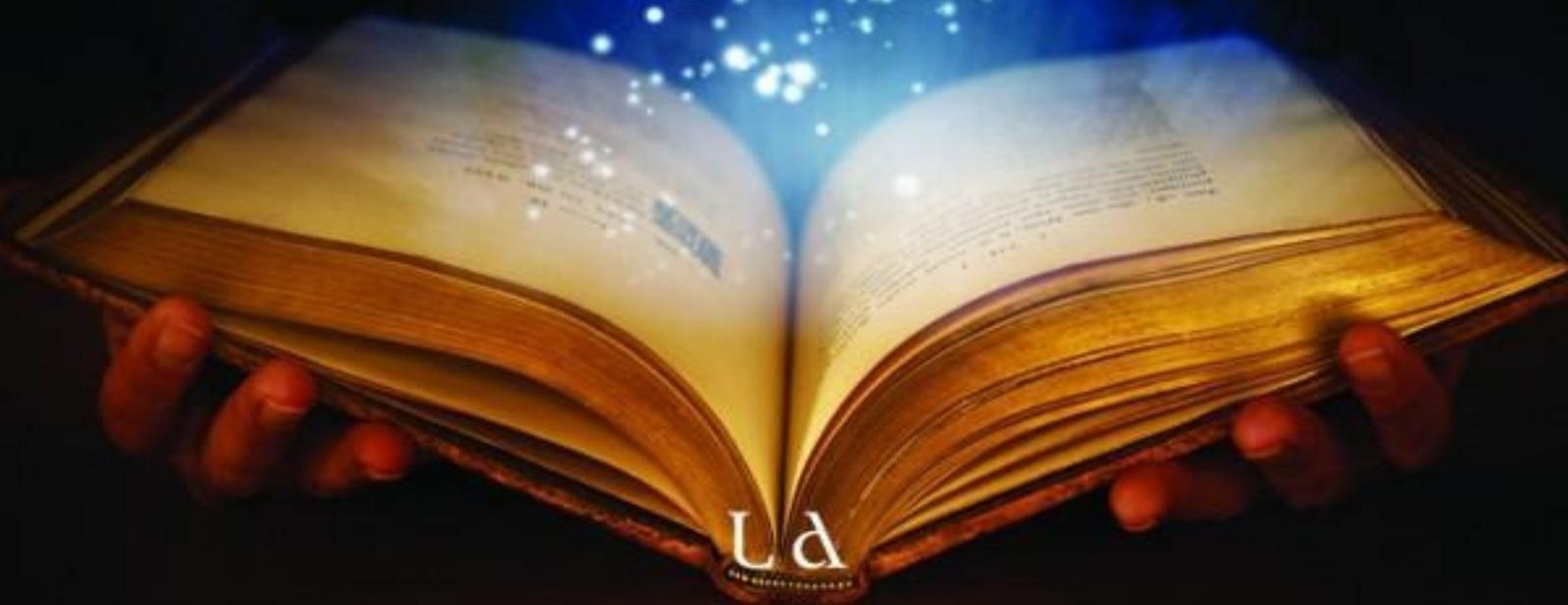


ORSON SCOTT CARD



La
PUERTA
OCULTA

Lectulandia

Danny North siempre había sido el bicho raro de su familia, y no es que su familia fuese muy normal... Pero mientras sus primos aprendían a crear hadas, golems, trolls, licántropos y otras maravillas que conformaban la herencia de los North, a Danny le preocupaba carecer de talento alguno y ser incapaz de proyectar su aura. Danny se había criado en el viejo caserón familiar, con una multitud de primos, tíos y tías, y donde su padre ejercía como jefe del clan. El viejo caserón ocultaba muchos secretos y existían multitud de reglas que la familia de Danny debía respetar, como no hacer nunca magia delante de desconocidos. Por desgracia, había secretos que nadie compartía con Danny y éstos precisamente eran los que podían conducir a la familia North al desastre.

Lectulandia

Orson Scott Card

La puerta oculta

Mither Mages - 1

ePub r1.0

Edusav 29.01.14

Título original: *The Lost Gate*
Orson Scott Card, 2011
Traducción: José Elías Álamo Gómez
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Dedicada a Phillip y Erin Absher
Por todo lo que hemos compartido a lo largo de los años,
Desde California a Kansas,
Desde Provence a la playa de Myrtle,
Y por toda la magia que hallamos en el camino:
Este libro es para vosotros.*

1

DREKKA

Danny North se había criado rodeado de hadas, espectros, animales parlantes, piedras vivientes, árboles que caminaban y, también, dioses que invocaban al viento y hacían caer la lluvia, que conseguían crear fuego de la nada y extraían el hierro de las entrañas de la tierra con la misma facilidad con que la gente normal saca agua de un pozo.

La familia North vivía en un resguardado valle del oeste de Virginia; la mayoría de sus miembros jamás iba a la ciudad, porque consideraba una humillación que los dioses se vieran obligados a adquirir provisiones y vender sus cultivos como si fueran gente vulgar.

La Familia había mantenido durante siglos la política de relacionarse únicamente entre ellos y el resultado era que llamabas tíos y tías a todos los adultos, a excepción de tus padres, y que los niños eran todos primos y primas.

Para las docenas de primos North, «ciudad» era un concepto tan abstracto como «océano», «espacio» y «gobierno». Eran asuntos que les importaban muy poco, excepto cuando Tía Tweng o Tía Uck les preguntaban en clase sobre esos temas. ¡Al que se equivocaba, le daban un doloroso capón en la cabeza con un dedal!

Los niños estaban obligados a asistir a la escuela por las mañanas y, a cambio, podían disfrutar de las tardes aprendiendo a crear hadas, espectros, golems, trolls, hombres lobo y otras maravillas que eran parte de los prodigios que conformaban la herencia de la familia North.

Sin embargo, a pesar de ser su herencia, no todos los miembros de la familia nacían con esos dones.

El Tío Abuelo Zog repetía a todas horas que la sangre se había debilitado considerablemente. No cesaba de afirmar que los North habían perdido fuerza desde que el Perverso cerrara las puertas trece siglos y medio atrás.

—¿Qué otro motivo justifica el nacimiento de tantos enclenques que apenas pueden proyectar su aura a una distancia de cien metros? —había comentado Zog en una ocasión—. ¿Por qué, si no, son tan escasos los críos capaces de crear su efigie con algo más sólido que el polen o el polvo? ¿Y cuántos nacen con la capacidad de entrelazar su aura con la de uno de su clan? ¿Qué otro motivo hay para que en cada generación nazcan más drekkas como Danny? Trasladarlos a la Colina Hammernip no nos ha fortalecido. Nada nos fortalece ahora...

Danny había cumplido los once años y le sorprendió oír a Zog pronunciar este discurso; por entonces aún no existía plena certeza de que él fuera un drekka.

Muchos niños no muestran talento alguno hasta la adolescencia. Al menos, eso le decía Mamá para tranquilizarlo; pero las palabras del Tío Abuelo Zog lo hicieron dudar. Si eran «muchos» los que no demostraban poseer talento hasta la pubertad, ¿por qué Danny era el único crío mayor de nueve años que ni siquiera sabía si contaba con aura?

Cuando los demás niños proyectaban sus auras para copiar los deberes escolares de Danny, éste ni siquiera los detectaba y no era, desde luego, capaz de impedirse por mucho que se lo pidieran.

—¡Ahuyéntalos! —le exigía Tía Lummy—. Eres el único estudiante decente de la escuela, pero todos sacan las mismas notas que tú porque dejas que copien tu trabajo.

—Sé cómo lo hacen —admitió Danny—, pero si no puedo verlos ni sentirlos, tampoco puedo detenerlos.

—Hazte grande —le explicó Tía Lummy—. Aférrate a tu espacio. No permitas que te avasallen.

Sin embargo, por mucho que reflexionó, Danny no fue capaz de encontrar sentido a las palabras de Tía Lummy. Así, los demás niños siguieron copiando hasta que todas las tías que enseñaban en la escuela se vieron obligadas a preparar exámenes diferentes: unos para Danny y otros para el resto de alumnos de su curso. El resultado inmediato de esta decisión fue que Danny pasó a ser el único alumno de su clase, ya que el resto de sus compañeros retrocedió al curso que le correspondía. Danny habría estado estudiando un noveno grado en el mundo exterior, adelantándose dos años a los estudiantes de su edad.

Otra consecuencia de todo el asunto fue que el resto de chicos cogió ojeriza a Danny; tanta, que le dieron de lado tildándolo de drekka.

—No eres uno de los nuestros —le dijeron sin rodeos.

No contaban con él en los recreos, no lo elegían cuando formaban equipos para jugar, y si alguna de las tías repartía galletas o algún otro dulce, a él no le decían nada. Además, tenía que andar con ojo al abrir sus cajones por si le habían metido una araña, una serpiente o una caca de perro.

Danny no tardó en acostumbrarse a la situación y no quiso ir con el cuento a los adultos. ¿Qué conseguiría chivándose? pensó. ¿Qué los demás se vieran obligados a dejarlo jugar? Seguro que no iba a divertirse demasiado, y tampoco serían agradables las represalias que tomarían los otros chicos si los azotaban por mancharle la ropa con caca de perro.

Danny acabó siendo un niño muy solitario, inmerso en un mundo idílico de hadas, espectros, dioses y animales parlantes.

Conocía a todo el mundo y formaba parte de la Familia, pero entre todos habían conseguido que se avergonzara de las cosas que sabía hacer bien y aún más de aquellas que no sabía hacer. Le pareció que hasta los que lo trataban con amabilidad,

lo hacían por lástima. ¿A quién podía gustarle un chico que encarnaba la degeneración de la herencia familiar? La sangre de la familia North era cada vez más débil y Danny era el más débil de todos.

La ironía de todo el asunto era que Danny también había recibido una atención diferente en su niñez, pero por razones totalmente distintas a las actuales. Su padre, Alf, un Roca con empatía hacia los metales puros, había hallado el modo de introducirse en el acero de las máquinas y hacer que funcionaran con una fricción casi nula y sin necesidad de lubricantes. Fue un logro de enorme utilidad y sin precedentes, tanto que lo nombraron regente de la Familia otorgándole el nombre de Odín, aunque Danny lo llamaba Baba.

Gerd, la madre de Danny, tenía poco que envidiar de la destreza de Alf; era una maga de luz y contaba con el talento de variar el color de la luz reflejada, de manera que podía conseguir que los objetos fueran invisibles, se sumieran en las sombras o brillaran con la fuerza del sol.

Durante muchos años, el viejo Gyish, el Odín de aquella época, prohibió que Alf y Gerd contrajeran matrimonio; temía que la unión de dos entes tan poderosos engendrara algo terrible como un mago teleportador, cosa que los North tenían prohibido, o un mago mental, ser que todas las Familias habían jurado destruir.

Sin embargo, cuando Gyish perdió la última guerra y abdicó, Alf, el mago tecnológico, fue nombrado Odín en su lugar. Entonces, la Familia aprobó el matrimonio entre Alf y Gerd por unanimidad. Poco después, la llegada de Danny supuso todo un acontecimiento; era el primer miembro de una realeza por la que los North llevaban suspirando muchas generaciones.

Todos los adultos de la Familia siguieron la evolución de Danny durante su infancia. Era la gran esperanza, el chico al que se auguraban grandes logros. Y resultó ser un niño con mucho talento, brillante. Lector precoz, lingüista soberbio que acabaría dominando todas las lenguas de la Familia, hábil en las artes manuales, buen atleta, curioso insaciable y lo bastante ocurrente como para arrancar una carcajada a casi cualquier miembro de la Familia. Pero, con los años, la admiración por esas habilidades dio paso a la decepción cuando Danny evidenció la ausencia de cualquier capacidad mágica propia de la Familia.

Danny lo intentó todo. Practicó la agricultura con los primos que tenían afinidad con las plantas, árboles y hierbas; los mismos que de magos adultos contribuirían a mantener la asombrosa productividad de las granjas de los North. Sin embargo, las semillas que plantó Danny brotaron sin fuerza y nunca llegó a captar el pulso vital de un árbol.

Probó a recorrer los bosques con aquellos que tenían afinidad con los animales, los mismos que podían llegar a entablar un lazo profundo con el lobo, o el oso, o (si las bestias más grandes los eludían) con la ardilla o la serpiente. En este caso,

adoptaban la condición de Garra u Ojo y poseían la capacidad de recorrer el mundo en su forma animal. Pero las bestias rehuían a Danny, o le gruñían y amenazaban, y fue incapaz de relacionarse con animal alguno.

También intentó comprender cuál era el sentido de «empatizar» con la piedra, o el agua, o el viento, o la electricidad del rayo. Pero las piedras herían sus dedos y sólo se desplazaban cuando él las arrojaba; el viento, por su parte, se limitaba a enredarle el pelo, y en las tormentas o las excursiones al estanque acababa empapado y tiritando de frío e impotencia. Su capacidad para la magia era escasa. Peor aún, era inexistente.

Y a pesar de ello, a excepción de la soledad, Danny disfrutaba de la vida. Le gustaba vagar por los bosques. Y, ya que no tenía afinidad con los árboles ni con las bestias, se limitaba a correr kilómetro tras kilómetro, cada vez más veloz e incansable. Al principio limitaba sus correrías al territorio de la Familia; sabía que los árboles que vigilaban el perímetro lo detectarían si lo traspasaba, y cuando dieran la alarma, se encontraría en manos de los Guardasemillas, o peor aún, en las de Tío Poot, el único Verde que quedaba en la Familia.

No obstante, durante el último invierno, probablemente debido a que los árboles estaban aletargados y, por ello, menos atentos, Danny halló tres rutas distintas que le permitían burlar a los árboles centinelas y franquear los límites.

Danny era consciente de que al ser un drekka en potencia era probable que lo vigilaran, y como no podía detectar si el aura de algún adulto lo seguía o no, adoptó la costumbre de no tomar nunca el mismo camino hacia las rutas secretas que lo llevaban al exterior. Que él supiera, nadie lo había visto abandonando el territorio North; al menos, nadie lo había acusado de hacerlo.

Una vez en el exterior, se sentía libre para correr con total independencia en cualquier dirección. ¡Y era rápido! Podía recorrer kilómetros y más kilómetros y volver a casa siempre a tiempo para la cena. Sólo se detenía al llegar a una autovía, una valla, una fábrica o una población; en esos casos se ocultaba tras los árboles o la maleza y observaba a los mortales que iban de acá para allá, ocupados en sus asuntos. Danny acabó por pensar que él se parecía mucho a los mortales: no tenía capacidad para empatizar con nada ni con nadie, ni poderes que lo hicieran destacar. Era un mortal más, uno de esos que tenían que conformarse con vivir del fruto de la labor de sus manos o de las palabras que surgían de sus bocas. Aunque había una sutil diferencia entre ellos y Danny: los mortales eran ajenos al hecho de que no formaban parte de la auténtica nobleza que habitaba la Tierra; ellos no sufrían por sus carencias.

La familia North los ignoraba; para sus miembros, los mortales carecían de importancia. Sin embargo, si Danny intentaba abandonar a los suyos para vivir lejos de ellos, en el mundo de los mortales, la Familia consideraría que su existencia secreta peligraba y tomaría medidas. Las historias que se relataban en la oscuridad de

la noche, cuentos sobre traidores, sobre las guerras entre las Familias westilianas... Todas tenían el mismo desenlace: se perseguía a cualquiera que abandonara el territorio familiar sin permiso, y se le daba muerte.

En aquellos tiempos crepusculares, los North no contaban con el mismo poder que tenían antes de que Loki cerrara las puertas, y menos aún tras siglos de guerras con el resto de las Familias. Pero eran cazadores soberbios. No había presa que se les escapara. Danny era consciente de que arriesgaba su vida cada vez que traspasaba los límites de los dominios de la Familia. Era estúpido actuar así. Sin embargo, la sensación de libertad lo compensaba. El mundo era un lugar enorme, lleno de gente que no lo despreciaba por ser como era.

«Carecen de nuestras habilidades, y a pesar de ello construyen carreteras, fábricas, sus hogares... Nos vemos obligados a adquirir sus aparatos de aire acondicionado para nuestras propias casas. Nos conectamos a su Internet para estar informados y enviar los correos electrónicos a los exploradores que las Familias mandamos al mundo de los mortales. Nos desplazamos en coches y furgonetas que les compramos a ellos. ¿Y nos sentimos superiores? ¡No poseemos ninguno de esos adelantos! ¿Y qué hay de los tiempos en que las Familias westilianas regían el mundo como si fueran dioses sobre los frisios, hititas, griegos, celtas, persas, hindúes, eslavos y nórdicos? Eran tiempos en los que las vidas de los mortales eran duras y desagradables, y nuestras constantes exigencias sólo sirvieron para empeorar sus vidas. El mundo habría sido un sitio mejor sin dioses como nosotros. Dioses que se apropiaban de lo que les apetecía, matando a cualquiera que se interpusiera en su camino, que deponían reyes y nombraban a otros en su lugar, que enviaban a sus súbditos a conquistar otros territorios...

»¿Con qué derecho actuábamos así? En el mundo añorado de Westil, donde todos contaban con algún poder, la situación habría sido más justa, más equilibrada. Pero en Midgard, la Tierra, donde sólo las Familias westilianas contaban con esos poderes, era totalmente injusto».

Danny se entretenía con esta clase de pensamientos mientras observaba a los chicos de su edad que salían de los institutos de Buena Vista y Lexington y se marchaban en los autobuses escolares o en coches particulares. En casa no se atrevía a meditar sobre esos asuntos, tenía miedo de que al hacerlo su rostro expresara rechazo o repugnancia cuando uno de sus parientes relatara alguna historia épica sobre las aventuras de los antepasados. La única esperanza que tenía de llevar una vida provechosa era que la Familia confiara en su lealtad inquebrantable y algún día le permitiera salir a ese mundo exterior de los mortales.

Mientras tanto, se dedicó a devorar todos los libros que la Familia permitía leer a los niños. Sus favoritos eran los que trataban sobre mitología; confiaba en descubrir la verdadera historia de los westilianos a través de los relatos recopilados por los

mortales. En una ocasión le había preguntado a Tía Uck cuáles de los relatos de la Mitología de Bulfinch eran auténticos; ella lo había mirado fijamente antes de sentenciar que todos eran reales, lo que a Danny le había parecido absurdo.

En algún lugar había libros cuyas páginas albergaban la historia verdadera de las Familias. Danny dedujo que se debían de conservar registros de los acontecimientos familiares acaecidos miles de años atrás; si no fuera así, ¿de dónde sacaban los adultos sus comentarios sobre personajes o hechos del lejano pasado? Todos los mayores conocían esas historias y, con el tiempo, los primos también tendrían acceso a ellas. Pero a Danny no se lo permitirían, él, que contaba con las mejores aptitudes para leer, comprender y recordar, tendría que apañarse por su cuenta si deseaba averiguar la verdad oculta tras los mitos.

Mientras tanto, tenía que seguir vivo. Y eso significaba limitar sus escapadas al exterior; limitarlas a los días en que ya no soportaba más su intensa soledad; esos momentos en los que pensaba que quizá lo mejor fuera subir a la Colina Hammernip, cavar su propia tumba, acostarse en su interior y aguardar a que alguien subiera a terminar el trabajo.

Era consciente de que sus correrías más allá del perímetro familiar eran una suerte de suicidio. Como jugar a la ruleta rusa sin saber cuántas balas había en el revólver. Cada vez que recorría una de sus rutas secretas hacia el mundo exterior, apretaba el gatillo.

Claro que tenía que reconocer que no todo era soledad y rechazo hacia su persona. Algunos tíos y tías lo habían querido desde que era un chiquillo y aún lo hacían, aunque se mostraran más distantes. Por el contrario, Baba y Mamá jamás habían sido demasiado cariñosos, con lo que a Danny no le afectaba demasiado la actual indiferencia de sus progenitores. En muchos sentidos, su vida era bastante normal. O al menos, llevadera; se podía soportar.

Sólo tenía que hallar la manera de ser útil a la Familia, entonces seguro que le permitirían seguir con vida, aunque fuera un drekka.

Uno de sus intentos en ese sentido fue pedir que le dejaran ocuparse de todo lo relacionado con la informática e Internet.

—Puedo montar una red local —les dijo—. He leído sobre el tema en la Red. Podríamos tener un ordenador en todas las casas, incluso uno en cada cuarto; compartirían la misma conexión y no tendríamos que pagar ni un dólar de más a la operadora de cable.

—¿De dónde has sacado todo eso? —fue lo único que le preguntaron.

—Lo consulté en Google.

La respuesta de la Familia fue dictar una norma según la cual los estudiantes sólo podían utilizar los ordenadores en presencia de un adulto y, además, tenían que demostrar que sus consultas estaba relacionadas con el trabajo escolar que les habían

mandado en clase.

—Gracias, muchas gracias, drekka —le espetaron Lem y Stem al día siguiente, mientras lo zurraban en la parte trasera del establo.

Todo el asunto había adquirido una dimensión dolorosa para ellos dos ya que, a raíz de la propuesta de Danny, los adultos habían revisado la memoria de los ordenadores y Tía Tweng había encontrado los archivos llenos de pornografía descargada de la Red por los dos hermanos. La consecuencia fue una impresionante bronca por parte de su madre drekka, Miz Jane, y unos buenos azotes propinados por Tío Poot con una de sus varas más dolorosas.

Tras este fiasco, Danny decidió colaborar echando una mano con los estudiantes que estaban aprendiendo a crear efigies a partir de sus auras. Danny lo ignoraba todo acerca de la creación de efigies, pero se ofreció a hacer de supervisor para informar más tarde a los estudiantes del resultado de sus esfuerzos, ya que éstos no podían ver sus efigies. Era una tarea de enorme simpleza, pero mientras fuera Danny el que se ocupara del asunto, un adulto podía dedicarse a otro menester.

Ese día, Danny tenía que supervisar a tres estudiantes, Tina, Mona y Crista, que le estaban dando más de un quebradero de cabeza. En lugar de hacer lo que les habían mandado, formar una efigie que fuera lo más fiel posible al original, estaban formando imágenes de tamaño mucho menor al normal y con las formas más voluptuosas que se les ocurrían. Ciertamente que las tres niñas ya mostraban signos físicos de su llegada a la pubertad, pero los diminutos cuerpos femeninos que recrearon en sus efigies estaban dotados de pechos descomunales y caderas a juego. Un mortal las hubiera llamado hadas del bosque... O zorras.

—Pienso presentar un informe sobre esto —advirtió Danny, dirigiéndose a las efigies. El aviso fue en balde; ninguna de las niñas tenía el talento suficiente como para dotar de oído a sus creaciones. Sin embargo, sí que podían ver, porque las auras contaban con el sentido de la vista, estuvieran o no involucradas en el proceso de formación de una efigie. Y una de las niñas vio a Danny moviendo los labios con gesto de desaprobación.

Las tres hadas del bosque se dieron la vuelta de inmediato. Dos de ellas exhibieron sus pechos impudicamente y la tercera hizo lo propio con el trasero, meneándolo de un lado a otro. No podían haber expresado su desdén hacia Danny con mayor contundencia.

A Danny no lo afectó demasiado. Peor era recibir una paliza de Stem y Lem. Sin embargo, quería cumplir con su responsabilidad de supervisar el trabajo de las niñas, pero no tenía autoridad alguna sobre ellas y, aunque la tuviera, no le valdría de nada si las tres decidían ignorarlo, como era el caso. Los adultos podían emplear sus propias auras para dar una colleja a las efigies que las niñas habrían sentido en sus propias carnes. Pero Danny no tenía aura, o ésta todavía no se había manifestado. Así

que lo único que podía hacer era buscar a un adulto y contarle lo que ocurría. No obstante, sabía que para cuando llegara el adulto a la escena, las tres chicas estarían trabajando con toda normalidad y el que se llevaría una bronca sería el propio Danny.

No es que el adulto en cuestión fuera a dudar de la palabra de Danny; tenía fama de ser honesto y, además, todos conocían de sobra a Tina, Mona y Crista. No, el problema radicaba precisamente en la necesidad en sí de convocar a un adulto para que disciplinara a las estudiantes. Algo así cuestionaría la utilidad de Danny como supervisor de estudiantes. En el pasado, Danny sí que había informado a los adultos sobre algún mal comportamiento, aunque la mayoría de las veces pensaba en su propia supervivencia y no contaba nada.

Por otra parte, cuando esos mismos estudiantes crecieran, recordarían la ineficacia de Danny como supervisor y, lejos de agradecerle que no los hubiera delatado en su día, llegarían a la conclusión de que no era alguien en quien se pudiera confiar para cuidar de sus propios hijos. Entonces sólo sería el pobre Tío Danny, el drekka. O peor aún, el pobre Viejo Danny, un cuerpo enterrado bajo una lápida sin nombre en la Colina Hammernip.

Danny decidió actuar y dispersó a patadas el material con el que las niñas habían creado las efigies. Pero a ellas apenas les costó un par de segundos volver a formarlas; llevaban creando hadas del bosque de ese tamaño desde los diez años, cuando Danny sólo era un chiquillo de ocho años al que a veces hacían carantoñas cuando había adultos cerca, o del que se burlaban con crueldad cuando no había ninguno.

No obstante, aunque no fuera capaz de crear una efigie del tamaño de un dedal, Danny sí recordaba lo que habían explicado sobre el tema en clase, detalles que muchas veces quienes sí tenían talento mágico olvidaban. Por ejemplo, recordaba muy bien la advertencia que les hizo Tío Poot sobre el riesgo de que un mortal capturara una efigie menuda y frágil.

—Tú te aferras a la efigie cuando la creas —les había comentado Tío Poot—, pero la efigie también se aferra a tu aura. Si te capturan cuando eres tan pequeño, pueden mantenerte alejado de tu propio cuerpo y te quedas indefenso.

—¿Y por qué no podemos desligarnos de la efigie y ya está? —había preguntado Danny. En esos días todavía se esperaba mucho de él y su participación en clase era bienvenida.

—Tienes que girar y saltar para separarte de los elementos con los que has creado tu efigie —replicó Tío Poot—. Si te agarran de tal manera que no puedes moverte, la efigie se mantiene entera y sigue unida a ti. Así es como funciona.

—Pues cuando vaya a crear mi primera efigie incluiré unas tijeras —intervino Friggy, el mejor amigo de Danny por aquel entonces—. Y me abriré paso a tijeretazos.

—¿Unas tijeras? —se había reído Tío Poot—. ¿Y por qué no incluyes una escopeta y le pegas un tiro a tu captor?

—Las efigies que crean los niños son pequeñas y endebles —explicó Danny—. Carecen de fuerza.

—Exacto —confirmó Tío Poot con orgullo—. El hijo de Odín nunca olvida lo que aprende. Sólo una efigie de tamaño natural y con la misma solidez que el cuerpo de quien la crea puede considerarse auténtica. Todas las que hacéis ahora son apenas un suspiro, una menudencia que no podría con el peso de unas tijeras.

Fue el recuerdo de esas clases lo que llevó a Danny a elaborar un plan. Se despojó de la camiseta, luego se rascó el costado como si ésa hubiera sido su intención al quitarse la prenda. Las efigies se burlaron de él y se tiraron al suelo haciendo ver que se tronchaban de risa; Danny tuvo que reconocer que eran muy hábiles reproduciendo ese tipo de movimientos: las efigies casi parecían dotadas de vida propia. Pero lo único importante para Danny era que estaban distraídas, absortas en sus burlas y ajenas al peligro que corrían. No le costó ni un segundo echar la camiseta encima de las dos hadas más cercanas, y tardó apenas otro en formar un saco con la prenda, aprisionando a las dos efigies de las confiadas muchachas.

La tercera seguía libre y se arrojó, enfurecida, contra su rostro. Danny se deshizo de ella golpeándola con la mano y esparciendo los componentes de la efigie por el suelo. Supuso que la chica, no sabía cuál de las tres era ya que no las distinguía a través de sus efigies, volvería a por él, así que decidió moverse; cogió la prenda con sus presas entre los dientes y comenzó a trepar al árbol más cercano.

Nadie trepaba a los árboles como Danny, y en esta ocasión se movió con tanta rapidez que parecía volar, rozando apenas las ramas y el tronco del árbol. Mientras, las hadas apresadas en el interior de la camiseta intentaban girar y saltar para desprenderse de las efigies y volver a sus cuerpos, pero la falta de espacio frustró todas sus tentativas.

Danny se detuvo al alcanzar una de las ramas más altas del árbol, cogió la camiseta con las dos manos y la ató con firmeza a una de las ramas de forma que las efigies apenas podían moverse. Luego, bajó del árbol con más rapidez que lo había subido. Al llegar al suelo, la tercera efigie había desaparecido.

Danny decidió volver a casa y contarle a Tío Poot lo que había hecho.

No tuvo ocasión de hacerlo.

El Tío Abuelo Zog y el Abuelo Gyish lo detuvieron en el camino y no quisieron atender a sus explicaciones sobre los motivos que había tenido para dar a las chicas una lección.

—¡¿Dónde están?! —chilló el Abuelo Gyish.

—¡¿Qué clase de drekka mete a unas crías en un saco?! —rugió el Tío-Abuelo Zog—. ¡Me aseguraré de que acabes en la colina, ladrón de hadas, abusón! —Cogió

del hombro a Danny y comenzó a sacudirlo con tanta fuerza que el chico temió que le arrancara la cabeza. El viejo Zog llevaba años volando con las águilas y había desarrollado una musculatura tan poderosa que podía partirle el cuello a un hombre de un manotazo; lo había hecho más de una vez cuando luchó en las guerras.

La aparición de Tía Uck y Tía Tweng supuso un alivio para Danny; las dos se colgaron de los brazos de Zog e intentaron que soltara al muchacho. El problema fue que no lo consiguieron. Las dos mujeres arrastraron al viejo y éste arrastró a su víctima a la que apresaba por el hombro. Danny intentó mantener los pies apoyados en el suelo para no añadir su peso a la poderosa presa de Zog. ¿Quién habría dicho que el viejo tenía tanta fuerza?

Unos minutos más tarde, todos los adultos que se encontraban en el territorio se habían reunido y Danny se encontró sometido a una especie de juicio. El problema era que las garantías legales de las que hablaban en las series televisivas que había visto brillaban por su ausencia. Ahí estaban Danny, el acusado; Crista, la mayor de las chicas, como la denunciante; Gyish haciendo las veces de juez ante la ausencia de Baba y, por último, Zog, que ejercía la acusación. Y ahí terminaba cualquier parecido con un juicio justo; nadie salió en defensa de Danny. Ni siquiera el propio Danny, porque cada vez que intentaba hablar, Zog le daba una bofetada o Gyish le exigía a gritos que se callara. La única que pudo hablar con libertad fue Crista.

—Nos esforzábamos para que nuestras efigies alcanzaran un tamaño natural —explicó la chica—, y no vimos a Danny acercándose con el saco; nos atrapó a las tres, aunque yo conseguí escabullirme antes de que cerrara el saco con Mona y Tina en su interior. Luego destrozó mi efigie y, antes de que pudiera formarla de nuevo, había desaparecido volando hacia el cielo.

—¿Voló? —preguntó Gyish, asombrado.

—¡Sí! —gritó Crista—. ¡Se fue volando y abandonó el saco fuera del territorio y ahora jamás lo recuperaremos!

Apenas le costó un segundo darse cuenta de que había ido demasiado lejos; todos los adultos la observaban con incredulidad, y algunos hasta reían sin disimulo.

—¿Danny volando? —dijo Tío Poot—. Como si pudiera hacerlo...

—Es obvio que Crista miente —intervino Tío Mook—. Es posible que todo lo que nos ha contado sea mentira.

—¡No es mentira! —gritó Gyish, que ni siquiera se esforzaba por parecer imparcial—. ¡Yo mismo he visto los cuerpos de las chicas en la escuela, totalmente indefensos! ¡Las criaturas de esa edad no tienen fuerza suficiente para recuperar el aura cuando han capturado su efigie! ¡Ni la capacidad para que sus cuerpos recuperen la conciencia cuando el aura está vinculada a una efigie! ¡Podrían no despertarse jamás!

—Oigamos qué tiene que decir Danny —propuso con suavidad Tía Lummy.

—¡Un drekka no tiene derecho a hablar aquí! —intervino Zog con rabia.

—Sin embargo, el hijo de Odín y Gerd sí que tiene derecho a defenderse —arguyó Lummy; Mook, su marido, se acercó a ella para apoyarla frente a los demás.

—¿Y qué se supone que nos contará? ¡Mentiras y nada más! —gritó Gyish—. ¡Conozco muy bien a los drekkas y a los mortales; dirán lo que sea con tal de salvar el pellejo!

—Si tanto interés tiene en preservar su vida —comentó Tía Lummy—, ¿por qué la arriesgaría agrediendo a las chicas que hemos puesto a su cuidado?

—¡Porque nos odian! ¡Los drekkas nos odian aún más que los mortales! —aulló Gyish, echando espumarajos por la boca. Danny fue consciente de que el viejo estaba dando voz a sus habituales gruñidos y refunfuños. La rabia y vergüenza acumulada desde su derrota en la última guerra y la consecuente pérdida del asiento de Odín lo habían convertido en una especie de gnomo decrepito y ponzoñoso. O eso parecía en esos instantes, mientras agitaba un dedo hacia Tía Lummy como si amenazara con clavárselo en el corazón si ella daba un paso hacia él.

—¡Paparruchas! —sentenció Tía Uck—. Te estás comportando como un crío, Abuelo Gyish, y tú, Zog, no eres más que un matón. Suelta al chico de inmediato; probablemente le hayas roto el hombro y sabes que ya no contamos con sanadores de primera. —Volvió a encararse con Gyish—. Y eso es algo que tú echarás en falta cuando ese genio tuyo te provoque un infarto.

El tono firme y aguerrido de Tía Uck bastó para que Gyish plegara velas retomando su acostumbrada actitud gruñona; por su parte, Zog tiró a Danny al suelo y se alzó sobre él con los puños cerrados desafiando al chico a que se atreviera a ponerse en pie. Danny ni siquiera lo intentó, el hombro le dolía tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas, mientras se sujetaba la zona con la otra mano.

—Danny —le dijo Tío Mook—, cuéntanos lo que pasó.

—¡Ya os lo he contado yo! —gritó Crista.

Tío Poot le dirigió una mirada severa que la hizo callar.

—Ya hemos atendido a tus mentiras, muchacha. Oigamos lo que Danny tiene que decirnos, quizá su versión mejore la tuya.

—¿Y bien, chico? —gruñó Zog—. ¡Ya has oído! ¡Habla!

—Estaban creando efigies pequeñas y les pusieron tetas enormes —explicó Danny.

—¡¿Y qué?! —chilló Gyish—. ¡¿Qué pasa si lo hicieron?! ¡Es lo que hacen todas! ¡No son más que unas crías bobas! ¡Y eso es lo que hacen las crías bobas!

—Sabía que si iba a buscarte, Tío Poot, mentirían y dirían que sólo estaban intentando hacerse más grandes.

—No las habría creído —respondió Poot.

—Pero tampoco las habrías castigado —arguyó Danny—. Y habrían seguido haciéndolo. —Danny observó que el resto de adultos asentía ante esa afirmación.

—¿Me estás echando en cara que no soy un buen maestro? —saltó Tío Poot.

—¡Eso no justifica que las metieras en un saco! —exclamó Zog, y los otros adultos también mostraron su conformidad a esto.

—No fue un saco —explicó Danny—. Estaba delante de ellas cuando me quité la camiseta y fui a por ellas; si hubieran estado atentas, se habrían dado cuenta de cuáles eran mis intenciones. ¡No creí que pudiera atraparlas con la camiseta! Sólo quería asustarlas para que se tomaran en serio sus deberes. Cuando vi que había cogido a dos de ellas, no supe qué hacer. Sabía que si las soltaba se burlarían de mí y dejarían de respetarme, por lo que en el futuro tendría que estar molestando constantemente a un adulto cuando se portaran mal. Creo que me habéis dado este trabajo para evitar que ocurra eso, ¿no?

Danny fue consciente de que acababa de reconocer que si los niños que practicaban con sus efigies no querían obedecerlo, no había casi nada que él pudiera hacer para obligarlos. Al final tendría que intervenir un adulto, y en ese caso era mejor no confiar en Danny desde el principio. Pero decir la verdad era la única salida al lío en el que estaba metido. La acusación de Crista era muy grave, y con Gyish y Zog acusándolo de ser un drekka, alguien a quien se podía matar sin reparos, corría el peligro de que Zog le arrancara la cabeza y la tirara a la espesura.

—Así que las atrapaste en tu camiseta —dijo Tía Lummy—, y siguen ahí dentro. ¿Dónde están ahora?

—La efigie de Crista intentó arañarme en los ojos, la aparté y luego trepé a un árbol para escapar de ella.

—Y, sin embargo, ahora no estás subido a un árbol —dijo Tío Mook—. Ni tienes tu camiseta, ni las efigies de esas bobas indisciplinadas.

—Até la camiseta a una rama, y cuando bajé fui en busca de Tío Poot para contarle lo ocurrido y entregarle las efigies, pero el Tío Abuelo Zog y el Abuelo Gyish me atacaron.

—¡No soy abuelo tuyo! —gritó Gyish, aunque esto no era del todo cierto, pues la madre de Danny, Gerd, era la mayor de las nietas de Gyish.

—Te creo —sentenció Mook—. No obstante, hay algo que ignoras, algo que escapa a tu comprensión, y es el pánico que sienten ahora mismo esas chicas. Para una cría inexperta, no poder recuperar su aura es como si a ti te faltara el aire, lo mismo que si te estuvieras ahogando.

El resto de los presentes murmuró que eso era cierto.

—Lo siento —dijo Danny—. De verdad. No era mi intención que sufrieran. Hice lo primero que se me ocurrió, sólo quería que se tomaran su trabajo en serio. No sabía que fuera a dolerles.

—Mirad su hombro —intervino Tía Tweng—. Fijaos en esas marcas, parece que lo haya atropellado un camión.

—¡Intentaba escapar! —se defendió Zog.

—Le estabas haciendo daño —replicó Tweng—. ¿Cómo tuviste la osadía de castigar al chico antes de que estuviéramos todos presentes?

—¡No lo castigué! —rugió Zog—. ¡Me limité a traerlo a vuestra presencia!

—Conoces bien tu fuerza y sabes muy bien lo que haces —dijo Tweng—. No puedo creer que tú y el Abuelo Gyish le hayáis hecho esto. Es tan malo como lo que él le ha hecho a las chicas. No me sorprendería que tuviera la clavícula rota, por no hablar de los capilares que debes de haberle reventado...

Ni Zog ni Gyish estaban familiarizados con la anatomía humana, así que no tenían una idea muy clara de qué los estaba acusando Tweng, pero tuvieron que reconocer que las tornas se habían vuelto contra ellos y se sintieron humillados e irritados.

—Y mientras os dedicabais a torturar a esta criatura, sin dejarle hablar —continuó Tweng—, ¿no se os ocurrió que él es el único que conoce el paradero de la camiseta en cuyo interior están encerradas esas estúpidas hadas sin modales?

Danny sintió ganas de besar a Tía Tweng, aunque ella jamás lo hubiera permitido. Los Tíos Poot y Mook lo ayudaron a ponerse en pie y lo sostuvieron para que no cayera de nuevo al suelo. El intenso dolor le provocaba mareos. Les indicó el camino hacia el árbol al que había trepado.

Estaba más lejos de lo que Danny recordaba, o era posible que se lo pareciera a causa del dolor, ya que cada paso le hacía dar un respingo. Pero acabaron por alcanzar su objetivo, y ahora todos los tíos y tías y unos cuantos primos que se habían unido al grupo miraban hacia la copa del árbol.

—No veo nada —declaró Zog—. Está mintiendo.

—Dijo que lo ató a una rama alta —replicó Tía Tweng—. Es natural que no puedas verlo, te lo impide la hojarasca.

—No puedo trepar por ahí —dijo Tío Mook.

—¿Podrías hacer que el árbol las bajase? —preguntó Tía Lummy a Tío Poot.

—¿Lo colocaste sobre una rama viva? —le preguntó a su vez Poot a Danny—. ¿Una verde con hojas?

—Sí —contestó Danny.

—En ese caso, habrá que buscar otra solución —comentó Poot con suavidad—. Lo último que quisiera pedirle a este roble escarlata es que renunciara a una de sus ramas.

—Zog —dijo Tía Tweng—, envía a un ave a que desate la camiseta y que la baje hasta el suelo.

Zog se revolvió con furia, aunque en seguida recuperó el control y respondió con

amabilidad forzada.

—Sabes que perdí parte de mi empatía durante la guerra. Las aves con las que me puedo comunicar ahora carecen de la habilidad para deshacer un nudo. Puedo conseguir que ataquen o incluso que maten, pero no que deshagan un nudo.

—Entonces, alguien tendrá que trepar al árbol —sentenció Tío Poot.

—Primero crea una efigie —dijo Tía Tweng—, así podrás comprobar a qué altura está y la dificultad que tiene la escalada.

Tío Poot era uno de los mejores creadores de efigies de la Familia y aprovechó el momento para presumir un poco ante los demás. Se sentó, apoyándose sobre el tronco del árbol, y a partir de su aura formó una efigie con las hojas y ramas vivas del propio roble. Comenzando por las ramas inferiores, que se doblaron para que sus hojas adoptaran la silueta poco definida de un hombre, la efigie ascendió «recorriendo» las hojas que encontraba a su paso hasta adentrarse en las alturas.

No tardó en descender de nuevo; una efigie que era apenas un susurro entre las ramas y las hojas, pero con la forma de un hombre.

Tío Poot abrió los ojos.

—¿Cómo has sido capaz de trepar hasta esa altura? —le preguntó a Danny—. ¿Cómo es posible que esas ramas tan delgadas soportaran tu peso?

—No lo sé —dijo Danny—. Yo sólo trepé, las ramas no se rompieron y no me caí.

—No puedo arriesgarme a enviar a otro crío ahí arriba —comentó Tío Poot—. No creo que tenga que volver a recordaros que no contamos con un sanador con capacidad para tratar heridas graves.

—Dejad que lo haga yo —pidió Danny.

—¿Con el hombro en esas condiciones? —saltó Tía Lummy—. ¡Me parece una mala idea!

—Puedo hacerlo. Me duele, pero puedo moverlo sin problemas.

Y así fue como Danny se encontró trepando al mismo árbol por segunda vez, aunque en esta ocasión lo hizo con más tranquilidad, sin forzar el brazo magullado más allá de lo necesario.

Llegó a un punto desde el que ya no veía el suelo, pero tampoco la manera de seguir subiendo. La siguiente rama estaba fuera de su alcance. Y sin embargo, era el camino que había seguido la primera vez; a esa altura no había rutas alternativas.

«Me estaba moviendo con mucha rapidez —reflexionó Danny—. Casi corría hacia arriba. Supongo que salté hacia esa rama hasta alcanzarla».

No obstante, sabía que eso era imposible. Si hubiera sido capaz de dar un salto tan grande, lo recordaría, aunque sólo fuera para poder presumir en el futuro de haberlo hecho.

Había trepado al árbol sumido en la misma actitud concentrada que adoptaba

cuando iba a correr. Nunca recordaba cómo elegía el camino o dónde pisaba cuando corría a toda velocidad. Seguro que pasó lo mismo con la primera vez que ascendió al árbol: no recordaba haberse aferrado a esta rama o haberse apoyado en esa otra; detalles que sí recordaba de esta segunda ascensión.

Cerró los ojos. No podía volver con los demás y decirles que no era capaz de hacer lo que había hecho la primera vez. ¿Qué podían pensar aparte de que no quería subir? ¿Y si otro llegaba hasta ahí y veía la camiseta anudada fuera de su alcance? La conclusión obvia sería que Danny no quería que las chicas recuperaran la libertad. Entonces, Tío Poot se vería obligado a pedirle al roble que se sacrificara desprendiéndose de una rama viva; en ese caso, le caería un buen castigo. Y a nadie le importaría, porque para todos no era más que un vulgar drekka.

Pero tenía que haber una forma de subir, estaba seguro, y no sólo porque la camiseta anudada probara que ya había llegado hasta allí la primera vez. Estaba seguro de ello porque lo presentía, detectaba el principio del camino y su curso, aunque no hubiera sitio al que agarrarse en el tronco del árbol. Decidió cerrar los ojos y estirar el brazo hacia lo alto, deslizando su mano sobre la áspera corteza. «¡Ah, si sólo pudieras hablar conmigo, viejo roble! ¡Si sólo me hicieras el favor de tender tu rama hacia mí!».

Y con ese pensamiento entremezclado con la desesperación que lo dominaba, se encogió, tomando impulso, y saltó hacia arriba. Le daba igual caer si no alcanzaba la rama. Si fracasaba en su cometido de bajar a las chicas, su destino estaba también sellado.

Su mano se cerró sobre una rama.

Abrió los ojos.

Sí, era una rama, pero no la que intentaba alcanzar para proseguir con su escalada; era la rama a la que estaba atada la camiseta.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

No bien se había hecho la pregunta, cuando tuvo la respuesta.

«No pude hacerlo empleando las manos y los pies; tampoco existe magia que permita a un chico de doce años saltar en vertical una distancia así».

No era cierto, sí que existía esa magia a pesar de que Danny jamás la hubiera presenciado. Nadie había sido testigo de esa magia desde el año 632 de nuestra era. Danny cerró los ojos e inspiró con fuerza.

«He creado una puerta. Una puerta pequeña que me trasladó hasta aquí la primera vez; al saltar ahora, la he vuelto a cruzar».

Había leído cosas sobre las puertas en los libros. Eran las mismas puertas que estaban al alcance de los Caminantes e incluso de las Ganzúas en los tiempos en que se practicaba la creación de puertas en el mundo. Y al pensar en todo eso, Danny fue capaz de ver dónde comenzaba su puerta y adónde conducía. No era algo visible, ni

siquiera podía vislumbrarlo como había ocurrido con la efigie temporal de Tío Poot; sencillamente sabía que estaba ahí, sentía la entrada de la puerta y también su destino, como si todo formara parte de su propio cuerpo.

Danny había abierto una puerta. ¿Cuántas había creado sin ser consciente de ello? Ahora comprendía que otras puertas, como esta del roble, eran las que le habían permitido eludir la vigilancia del perímetro del territorio de la Familia. ¿Cuánto tiempo llevaba abriéndolas? ¿Cuántas habría en total?

Y al igual que antes, no bien formuló la pregunta, dio con la respuesta. Percibió todas y cada una de las puertas que había abierto. No llegaban a sumar un par de docenas, pero por lo que recordaba de sus lecturas, ésa era una cantidad apreciable. Un Caminante sólo podía llegar a abrir una docena de puertas, tuvieran el tamaño que tuviesen, porque el mago teleportador que las abre ha de dejar una porción de su aura en cada puerta. Un teleportador experimentado es capaz de cerrar las puertas que ha abierto y recuperar así las porciones de su aura, pero Danny no tenía ni idea de cómo se hacía eso y no había nadie que pudiera enseñarle.

«He abierto más de veinte puertas sin saberlo, dejándome llevar por la intuición. Y a pesar de ello, he sido capaz de seguirlas para salir al exterior; las percibía, aunque no supiera conscientemente que estaban allí, ni adónde conducían, ni cómo utilizarlas».

El problema es que se hallaban todas dentro de los dominios de la Familia y alguien podía topar con una por accidente y encontrarse de pronto en otro lugar. Bastaba con que ocurriera una vez para que todos supieran que un mago teleportador moraba de nuevo entre ellos; y no uno cualquiera capaz de encontrar y utilizar puertas ya existentes. No, éste era uno que tenía el poder de crear sus propias puertas.

Danny sintió una intensa alegría al darse cuenta de que no era un drekka, al contrario, era un mago poderoso y excepcional. La alegría no tardó en dar paso al hecho de que ser un teleportador en la familia North era peor que ser un drekka.

El último mago teleportador en el mundo había sido Loki, el embaucador, el monstruo que había sellado todas y cada una de las Grandes Puertas existentes en el mundo, cerrando así el tránsito entre Westil y Midgard. Y con ello dinamitó el poder de todas las Familias, ya que sus mayores poderes sólo se renovaban al pasar con frecuencia de Westil a Midgard y de Midgard a Westil. La magia acumulada en uno de los mundos se multiplicaba por cien al pasar al otro a través de una Gran Puerta. Las puertas menudas como las de Danny no contaban con ese poder; conducían desde un lugar a otro en la propia Tierra y su único fin era permitir que él se desplazara entre esos lugares. Pero las Grandes Puertas eran las que habían convertido a los magos de Westil en dioses cuando llegaron a Midgard.

Cuando Loki cerró las puertas, impidiendo el acceso a cualquiera de ellas, incluso a las que habían estado abiertas durante más de tres mil años, los dioses volvieron a

convertirse en simples magos, un estado en el que eran vulnerables. Cualquier mortal podía darles caza y muerte; podían morir bajo la espada de los mortales, o a causa de las flechas lanzadas por un arco mortal. Los magos tuvieron que recurrir a la prudencia y se aislaron, simulando que eran gente corriente. Se ocultaron, como la familia North, que buscó su refugio en las colinas de Virginia, en lugares donde la gente no se metía en los asuntos de los demás y podían vivir sus vidas con relativa tranquilidad.

Los primeros tiempos que siguieron al cierre de las puertas se vieron sacudidos por las guerras; nadie creía que los actos de Loki no formaran parte de un diabólico plan urdido por los North y querían obligarlos a que reabrieran los accesos a Westil. A la larga, después de que todas las Familias sufrieran fuertes bajas en la guerra, que los North huyeran con Leiv Eiriksson a Vinland, y de que el resto de Familias constatará la indefensión de los North tras cinco siglos de violencia, acabaron por creer que Loki había actuado solo. Si los North hubieran podido seguir cruzando las puertas hacia Westil, ya habrían arrasado al resto de las Familias sin problema alguno.

No obstante, una vez conquistaron América, las Familias aún declaraban la guerra a los North cada cierto tiempo, aunque sólo fuera por el recuerdo de haber perdido Westil. Tenían que castigarlos, quizá borrarlos de la faz de la Tierra. ¿Acaso no lo merecían?

Con el tiempo, y tras muchos acuerdos y tratados de paz que se rompían y renovaban, hubo una cláusula que siempre se incluyó y que todos apoyaron: si un mago teleportador nacía en el seno de alguna de las Familias, sobre todo en la de los North, se le daría muerte. Y tras matarlo, su cadáver sería troceado y se enviaría una parte a cada Familia como prueba de que el acuerdo se había respetado.

Sin este pacto, la Familia que contara con un teleportador tendría una ventaja decisiva sobre las demás si no era detenida a tiempo. Todas las Familias albergaban el temor de que las demás incumplieran el acuerdo, porque llegado el caso, era justo lo que ellos harían.

Si alguno de los adultos había enviado una efigie tras Danny y observó lo que acababa de hacer en el árbol, le esperaba una muerte segura cuando descendiera al suelo, y nadie intervendría en su favor. El chico sabía que si el resto de Familias sospechaba que los North ocultaban a un teleportador entre ellos, formarían una alianza que no se detendría hasta haber aniquilado a todos los North.

«Soy un mago con un poder que ningún otro tiene, y, sin embargo, soy hombre muerto. Si Loki no hubiera cerrado las puertas, el descubrimiento de mi poder sería motivo de celebración. Me convertiría en uno de los miembros más destacados de la Familia y los magos de las bestias, como Zog, tendrían que rendirme pleitesía; y Lem y Stem jamás volverían a alzar sus manos contra mí. Pero Loki cerró las puertas y

ahora soy una anomalía a la que hay que dar muerte. Si yo fuera buena persona, me arrojaría desde aquí en busca de la muerte; les ahorraría la pena de tener que matarme».

Pero Danny no era tan bueno.

No les debía nada. No era uno de ellos. No aceptaba la autoridad que le querían imponer. Si estaba en su mano, no pensaba dejar que lo mataran.

Lo malo era que no sabía cómo emplear su poder. Había creado puertas, pero de manera inconsciente. Podía localizar todas las puertas que había creado, porque formaban parte de él, pero era incapaz de crear una nueva. Una que lo condujera desde el árbol a algún sitio como Canadá o Brasil. Pero no, todas las que había creado lo llevaban a una distancia máxima de cincuenta metros, y lo que era peor, ignoraba cómo se hacía una que fuera más lejos.

Se acercó con cuidado al lugar donde había atado la camiseta, la soltó, abriéndola a continuación para liberar a las debilitadas efigies. Las auras de las chicas se desprendieron de inmediato de las ramas, hojas y cáscaras de semillas que conformaban sus efigies. Ya se habrían despertado en la escuela y ahora estarían gritando y llorando, abrazadas la una a la otra y llenas de terror.

«Apuesto a que esas dos no volverán a burlarse de mí —pensó Danny—. Me respetarán si vuelvo a supervisarlas. Podría decirse que lo que hice estuvo bien, si olvidamos que casi consigo que me maten».

Danny bajó sin prisa, deteniéndose de vez en cuando y prestando atención a lo que ocurría en el suelo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el hombro ya no le dolía, que había dejado de dolerle desde que pasara por la puerta hacia la rama donde había atado la camiseta. Se examinó el hombro y no halló rastro de la herida; ni un arañazo, ni un moratón.

Las puertas sanan. Había oído algo al respecto, pero sólo rumores, ya que al ser un aspecto positivo de los magos teleportadores, nadie tenía demasiado interés en hablar sobre ello. Cuando Tía Uck comentó que no contaban con un sanador de primera, se refería a un Herbolario, alguien con conocimientos sobre plantas y que contaba con el poder para incrementar sus cualidades curativas. Sin embargo, antes de los nefastos sucesos del 632 d.J.C., cualquier herida podría curarse pasando a través de una puerta.

Danny supo en seguida que si veían su hombro, sabrían que era un mago teleportador. La herida no podía haberse curado sin dejar tan siquiera una cicatriz; sólo el tránsito a través de una puerta tenía la capacidad para hacerlo.

Tenía que hacer algo, y no bastaría con ponerse la camiseta; estaba seguro de que una de las tías insistiría en curar la herida, en ponerle una venda. Tenía que mostrarles algo que le permitiera salir del paso. Se preguntó cómo iba a infligirse una herida subido al árbol como estaba. Al final, se clavó varias veces las uñas con todas sus

fuerzas. Le dolió y comprobó que donde se había arañado habían aparecido unas marcas rojas; tuvo dudas de si con eso sería suficiente, pero como no podía hacer nada más, se puso la camiseta, cruzó los dedos y siguió descendiendo hacia el suelo.

Cuando alcanzó la base del tronco, sólo lo esperaban Tío Mook y Tía Lummy. Lummy era la hermana pequeña de Mamá y se parecía a ella, aunque era algo más regordeta y menos irascible. Lummy tampoco era una gran maga de luz como Mamá. Tenía mucha empatía con los conejos, un talento que sólo le había servido para convencer a los pequeños animales de que dejaran en paz la huerta familiar. Sin mucho más que hacer, Lummy dedicaba su tiempo a la enseñanza de todos los idiomas conocidos, tanto escrito como hablado, a estudiantes que no comprendían la utilidad que podía tener ese aprendizaje.

Y trataba bien a Danny. Y Tío Mook también. Y ellos eran quienes se habían quedado a esperarlo.

Danny se dejó caer desde la rama más baja del árbol hasta el suelo y se volvió hacia ellos.

—¿Estoy metido en un buen lío? —les preguntó.

—En lo que a mí respecta, no —respondió Tía Lummy.

—Alguien debería haber metido a esas crías en un saco hace ya tiempo; les faltan modales y sentido común —añadió Tío Mook.

—Pero Zog y Gyish se han convertido en tus enemigos —siguió Tía Lummy—, y te quieren muerto. Y me temo que muchos están de acuerdo con ellos; creen que sigues vivo por ser hijo de quien eres.

—¡Ya! Como si Mamá fuera a echarme de menos —replicó Danny con amargura—. Y Baba ni siquiera se daría cuenta de que yo ya no estaba.

—No seas injusto —lo reprendió Tío Mook—. Tus padres son algo enrevesados, es cierto, pero te aseguro que se preocupan mucho por ti y te tienen presente a todas horas.

—Aunque eso fuera cierto, si la Familia decidiera que soy un drekka peligroso para los demás y me sentenciaran a muerte, el mismo Baba me arrastraría hasta la Colina Hammernip y Mamá me enterraría con sus propias manos.

—¡Bobadas! —replicó Tía Lummy.

—Claro que lo harían —la contradijo Tío Mook—. Es su obligación.

—¡Mooky! —lo reprendió Lummy.

—El chico tiene edad para saber la verdad —le dijo Mook a Lummy. Luego se dirigió a Danny—. Tienen sus obligaciones y las respetan, por eso harán lo que tengan que hacer. Pero ahora todo este desagradable asunto ha concluido y yo diría que es hora de que vuelvas a casa para comer algo. En nuestra compañía, eso sí, no vaya a ser que alguien decida vengarse antes de que tus padres vuelvan a casa.

—¡Ya está bien, Mooky! —se impacientó Tía Lummy—. ¡Deja de asustar al

chico!

—Debería estar asustado —adujo Mook—. Debería haberse cortado una mano antes de meter las efigies de esas crías en un saco. Supongo que eso ya lo sabe, aunque sea algo tarde. A partir de ahora van a vigilarlo de cerca; si queremos que esté a salvo, hay que meterle en la cabeza que debe pasar inadvertido. Se acabó el presumir de lo listo que es en el colegio...

—Nunca ha presumido de eso —lo interrumpió Tía Lummy. Danny le agradeció en silencio que saliera en su defensa, pero tuvo que reconocer que a veces sí presumía de su indudable superioridad intelectual sobre los demás.

—Pues al resto de los estudiantes se lo parece, y sabes que tengo razón —espetó Mook.

—Si sólo pudiera marcharse a algún lugar seguro lejos de aquí y llevar una vida tranquila —suspiró Tía Lummy.

—¡No le des ideas! —le advirtió Mook.

—He pensado en eso más de mil veces —reconoció Danny—, pero me perseguirían hasta atraparme, así que no me parece una buena idea. Mi vida pertenece a este lugar y mi único objetivo es intentar que sea lo más larga posible.

—Ésa es la actitud correcta —convino Mook—: humildad, resignación y capacidad de sacrificio.

Lo acompañaron de vuelta a casa, y esa noche Danny cenó bien, ya que el mayor talento de Lummy no eran los conejos ni la enseñanza, sino la cocina. Después de cenar, Lummy insistió en curar las heridas en el hombro de Danny empleando su mejor y más apestoso ungüento. Cuando el chico se quitó la camiseta y ella comprobó que apenas tenía unos hematomas, suspiró aliviada.

—¡Vaya! —dijo sorprendida—, o Zog se está debilitando con la edad, o no es tan bruto como pensé; sólo tienes unos moretones.

—Danny tiene la fuerza de la juventud —dijo Tío Mook—. Estos críos son más duros de lo que parecen.

Con el intenso olor del ungüento precediéndolo, Danny se fue a la cama. Sólo entonces, inmerso en la oscuridad, llegó a la única conclusión posible: iba a sobrevivir costara lo que costase. Y para eso tenía que concentrar todos sus esfuerzos en encontrar la manera de abandonar los dominios de la Familia North y que jamás pudieran atraparlo. Afortunadamente, y al contrario de muchos de los que habían terminado sus días en Hammernip, Danny tenía la facultad de desplazarse desde donde se encontrara a cualquier otro sitio; sólo tenía que averiguar cómo funcionaba su poder para controlar el rumbo de las puertas.

LA CHICA GRIEGA

Los griegos llegaron en Navidad.

Las Familias no celebraban la Navidad, habría sido un síntoma de decadencia. Pero en esa época del año, casi todas las tierras indoeuropeas se tomaban unos días de vacaciones, y eran los habitantes de esos lugares los que en el pasado habían adorado como dioses a los magos de Westil, así que la mayoría de las Familias aprovechaban también ese periodo para marcharse de vacaciones.

Hacía mil años que Tamurlane había acabado con la Familia Persa de forma bastante fortuita, y la Familia Védica, por su parte, moraba en unos dominios precarios situados en las faldas del Himalaya.

Por el contrario, los griegos habían prosperado merced a la fortuna de haber contado con una sucesión ininterrumpida de Poseidones, magos marinos que garantizaban una navegación óptima para sus embarcaciones y no tanta para las de sus rivales. Los griegos habían sufrido como todos cuando Loki cerró las puertas, pero habían conservado el poder suficiente para mantenerse en primera fila.

Por lo tanto, el día en el que tres impresionantes automóviles negros atravesaron sin dificultades las protecciones mágicas que guardaban los territorios de los North, nadie tuvo dudas sobre la identidad de sus ocupantes: los griegos llegaban para llevar a cabo una de sus «inspecciones sorpresa».

A decir verdad, no fue una sorpresa para ninguno de los adultos. Thor había llegado a casa cuatro días antes que los griegos. Su cometido era mantener una red de mortales que vigilara al resto de Familias; la mayoría de ellos eran expertos informáticos que «pinchaban» las comunicaciones electrónicas de las Familias. A través de la red habían llegado noticias de que se estaba preparando una inspección a los North, y considerando que los griegos eran los más prósperos, era obvio que serían ellos los que la llevarían a cabo.

Los North tenían que mostrar una actitud humilde y cooperadora durante las inspecciones para evitar que estallara otra guerra. La última los había debilitado tanto que sus fuerzas eran más escasas que las de los védicos, pero aun así, el resto de Familias no relajaba la vigilancia sobre los North. Y los que más empeño ponían en ese cometido eran los griegos.

Ese día, Danny, que había cumplido los trece años en septiembre, se puso en fila con el resto de los primos. Había crecido lo bastante como para colocarse en segunda fila. Procuró ocupar uno de los extremos para evitar las bromas pesadas de los chicos y las burlas de las chicas. Mantuvo la cabeza baja, pero sin adoptar una actitud

sumisa que pudiera interpretarse como un intento de pasar inadvertido.

Los griegos se apearon de sus coches en la entrada a la vieja mansión North. Nadie vivía allí en la actualidad, aunque en el pasado rebosaba vida. En los primeros días de ocupación del nuevo territorio, la gran casa había crecido a un ritmo caótico con nuevas habitaciones y niveles que la llevaron a ocupar toda la colina como si fuera el laberinto de Creta. Las partes más antiguas de la morada contaban con gruesos muros hechos con vigas y argamasa de manera que entre el exterior y la pared interior de yeso quedaba un hueco de casi medio metro. En esas oquedades no había más que aire, pero Danny había descubierto su existencia y las empleaba para recorrer la mansión sin que nadie lo viera ni oyera.

Fue así como descubrió lo que ocurría en la Colina Hammernip, y también desde allí había oído a Gyish quejarse amargamente sobre la debilidad de la sangre familiar. Pero desde el asunto de las efigies de las chicas, Danny había decidido no emprender más incursiones por el interior de los muros; quería estar siempre a la vista para que no pudieran acusarlo de nada o que se preguntaran dónde andaba. Y se alegró de haber adoptado esa decisión cuando averiguó que Gyish y Zog habían reclutado un grupo de chicos y chicas para que lo vigilaran. Sus primos eran cada vez más diestros creando efigies, y Danny nunca estaba seguro de cuándo lo estaban vigilando y cuándo no. Incluso decidió no abandonar los territorios de la Familia hasta que las cosas cambiaran.

A pesar de ello, ese día sabía que los griegos y el consejo de la Familia se reunirían para tratar temas de importancia y había planeado espiarlos desde su escondrijo en los muros.

En el pasado, cuando otros observadores acudieron a territorio North, Danny era demasiado joven para interesarse por las conversaciones que tenían lugar. En esta ocasión, sin embargo, sabedor de que los griegos eran los que más interés tenían en localizar un mago teleportador, un «nuevo Loki», su presencia allí bastaba para que Danny quisiera estar presente en la reunión entre las dos Familias. Si confirmaba que tenían sospechas sobre la presencia de un teleportador entre los North, Danny tendría que huir, aunque no supiera adónde ni cómo iba a mantenerse a salvo.

De todas formas, en esos instantes estaba al aire libre en un día frío de diciembre, pasando la inspección de la misma gente que había diezmado a la Familia en tiempos relativamente recientes.

Los griegos recorrieron las filas de los chicos examinándolos con detenimiento. Algunos de ellos, sobre todo las mujeres, los miraban con desprecio. Y era posible que tuvieran motivos para hacerlo; los primos North iban todos descalzos, a pesar del frío, con el pelo tan enredado que sugería que jamás habían visto un peine. Lucían un moreno intenso mezclado con mugre, y su ropa, adquirida en Wal-Mart o Goodwill por los adultos, estaba remendada y, salvo excepciones, no era de la talla de su

poseedor.

En contraste, los griegos lucían sus mejores galas. Se habían arreglado como si fueran a asistir al funeral de un hombre rico y poderoso. Los hombres llevaban trajes oscuros y las mujeres vestidos negros, todo con aspecto de haber costado un dineral. Llevaban el cabello bien cortado y peinado y las uñas exhibían una manicura impecable. E iban limpios y aseados. Y para rematar el efecto, se movían con total naturalidad, como si ése fuera su aspecto habitual. Y tampoco les importaba mancharse con el barro resultante de las nevadas de hacía una semana que cubría la entrada a la mansión; si estropeaban la ropa que llevaban puesta, la cambiarían por otra sin mayores problemas.

«Podrían comprarse un pequeño planeta», afirmó Thor en una ocasión.

A pesar de ello, ni toda la fortuna griega podía comprarles un billete al único planeta al que querían ir desde hacía casi catorce siglos.

Los griegos recorrieron las filas, deteniéndose de vez en cuando delante de uno de los chicos y formulando una pregunta en el antiguo idioma de Westil, el mismo del que habían surgido todas las lenguas indoeuropeas cinco mil años atrás. Uno de los North respondía a las preguntas formuladas y los griegos seguían hacia adelante. Si no hubieran hablado en un tono tan bajo, Danny habría podido descifrar lo que decían, ya que era el único de los primos que dominaba la antigua lengua. Pero hablaban en susurros y, hasta que llegaron a su altura, no comprendió que las preguntas indagaban sobre la vocación mágica de los estudiantes ante los que se detenían.

Baba era habitualmente el encargado de responder a ese tipo de cuestiones, pero estaba fuera adquiriendo maquinaria. Danny sospechaba que no era casual que los griegos hubieran elegido ese día para hacer la visita, así podían entrevistarse con otros miembros de la Familia menos habituados a responder preguntas incómodas. Ese día, la Familia North eligió a Tía Tweng para contestar, confiada en su carácter habitualmente taciturno. Tío Poot, acostumbrado a trabajar con los más jóvenes, también contestó algunas de las preguntas.

Los niños más pequeños que formaban la fila delante de Danny no ofrecían mucho interés, todavía eran demasiado jóvenes para mostrar alguna inclinación mágica, aunque ya se hubieran iniciado en la creación de efigies. Sin embargo, la chica que estaba a la derecha de Danny era Megan, la hija de Mook y Lummy, y con quince años ya era una maga eólica muy prometedora. Los griegos se detuvieron ante ella e hicieron algunas preguntas. Danny observó que, aunque Poot la halagaba con entusiasmo, solo refirió los logros alcanzados por la muchacha cuando tenía diez años. Al responder así, no faltaba a la verdad, pero transmitía la sensación de que la Familia North estaba tan debilitada que presumía de acciones propias de una estudiante de diez ejecutadas por una de quince.

Danny reflexionó sobre la escena que acababa de presenciar. Años atrás había asistido a una discusión sobre si la Familia debía ofrecer una imagen de fortaleza para evitar que la atacaran o si, por el contrario, la imagen debía ser de debilidad para no suscitar la envidia y el resentimiento.

—No nos atacan por temor a nuestra fuerza —había declarado con vehemencia Baba—. Nos atacan porque creen que no habrá represalias.

Por contra, Gyish adoptó la postura opuesta, quizá porque fue él quien llevó a la Familia a la última guerra.

—Las Familias son cada vez más débiles y eso es algo de lo que culpan a los North. Las llamas del rencor son fuertes y duraderas, Odín; debemos ofrecer una imagen débil y así su rencor obtendrá satisfacción.

Danny dedujo, ante lo que estaba presenciando, que la postura de Gyish se había impuesto a la de Baba, o que, ante la ausencia de Odín, Gyish había amedrentado al resto de la Familia para que siguiera su estrategia de humildad.

—¿Y éste? —preguntó la mujer de corta estatura y algo pasada de peso, que parecía llevar la voz cantante entre los griegos.

Danny levantó la cabeza y clavó su mirada en la de Poot. Poot no dijo nada.

Tía Tweng fue la que respondió.

Una sola palabra.

—Drekka.

La griega sonrió con brevedad.

—¿Y qué hace aquí?

—Aún tenemos esperanzas —declaró Poot con languidez, y se dio la vuelta para marcharse. El resto del grupo lo siguió. Tweng echó una mirada de profundo desprecio a Danny antes de irse también.

«Lo que me faltaba —pensó Danny—. Un motivo más para que la Familia me quiera muerto».

Danny vio que había una chica de unos once o doce años en el grupo de los griegos. Era la única niña y Danny se preguntó por qué la habrían traído. La chica se mantenía apartada y su gesto era de aburrimiento. Cuando pasó por su lado, la mujer que lideraba a los visitantes la cogió de la mano y se la llevó. Con toda probabilidad, era la hija de la dirigente griega. Danny se la imaginó como una cría consentida propensa a las rabietas cuando no se salía con la suya.

Una vez concluida la inspección, a los niños les ordenaron que se quitaran de en medio, y éstos lo interpretaron como que podían marcharse a jugar siempre y cuando se alejaran de la gran casa. Los gritos de alegría resonaron en cuanto salieron por la puerta del patio de la mansión.

Nadie invitó a Danny a jugar y él tampoco había esperado que lo hicieran. Se dirigió hacia la escuela como si tuviera la intención de estudiar; algo que ningún niño

iba a hacer en un día como ése. Sin embargo, Danny no tardó en abandonar el edificio escolar por la puerta trasera para dirigirse a Hammernip. Desde la colina, siempre desierta, se dirigió hacia la vieja mansión.

Por la izquierda de Danny, la ladera descendía hasta desembocar en una zanja que quedaba a su derecha. La zanja se introducía por debajo del suelo del ala más nueva de la mansión. Alguien cavó esa zanja mucho antes de que se emprendiera la construcción del nuevo añadido a la mansión, cosa que había ocurrido hacía más de cien años.

Danny no intentó comprobar si alguien lo seguía, pensó que si empezaba a escudriñar a su alrededor, levantaría sospechas. Aunque lo pillaran metiéndose debajo de la casa, diría que le gustaba esconderse ahí para echar una siesta. Ciertamente el pretexto era más creíble en verano, debajo de la casa la temperatura era agradable y fresca; sin embargo, a pesar de que era invierno, siempre podía alegar que allí estaba a resguardo del viento. Sonaría creíble si les contaba que era su escondrijo secreto. Y a fin de cuentas, lo era. Sólo que no era su persona lo que ocultaba ahí dentro, sino el pasadizo que le permitía introducirse desde allí al interior de los muros de la mansión.

Había descubierto el pasaje cuando tenía cinco años, edad en la que su tamaño le permitía pasar por el reducido espacio entre los muros sin demasiados problemas. Con el tiempo, había tenido que aprender a contorsionarse para poder seguir recorriendo su camino secreto.

Los representantes de las dos Familias iban a encontrarse en la biblioteca, situada en el extremo opuesto de la mansión; las reuniones se celebraban siempre allí. Con tal fin, había una gran mesa en el centro de la sala y sillas arrimadas a las paredes.

Los libros que llenaban las estanterías de la biblioteca estaban escritos en todas las lenguas indoeuropeas conocidas e incluso en la lengua del mismísimo Westil. Sus páginas desgranaban toda la historia de los North desde los tiempos antiguos en que las tribus indoeuropeas comenzaron a desgajarse. Cada tribu se llevaba a su particular Familia de dioses para que los condujera a la victoria y les asegurara el favor del cielo y de la tierra; también que las bestias y los árboles les fueran siempre propicios. Fueron tiempos en el que los poderes de las Familias eran infinitos y los indoeuropeos —hititas y persas, arios y celtas, ilirios y latinos, dorios y jonios, germanos y nórdicos y eslavos— vencieron con facilidad a los habitantes de los lugares que invadían. Sus conquistas sólo se detenían cuando los dioses se aburrían o distraían con otros asuntos y se negaban a ayudar a sus fieles a invadir nuevos territorios y subyugar o diezmar su población.

Las Familias más prósperas fueron aquellas que apoyaron a sus adoradores tanto en la guerra como en la obtención de recursos, sobre todo alimentos, aunque cuantos más territorios conquistaba una tribu, más probable era que acabara fragmentándose en tribus más pequeñas o ciudades-estado independientes. Cuando se separaban, cada

tribu resultante reclamaba la atención de sus dioses favoritos. En ocasiones, una Familia se dividía y parte seguía a una tribu y la otra a la segunda tribu. Cuando esto ocurría, las Familias que se habían separado luchaban entre ellos a través de sus seguidores.

Pero lo más frecuente era que la Familia decidiera quedarse con una de las tribus separadas, así mantenían la fortaleza familiar y los miembros de la otra tribu se las tenían que apañar sin dioses que velaran por ellos. También podía darse el caso de que los dioses no se sintieran adecuadamente atendidos por sus fieles, entonces, la Familia elegía otra tribu o ciudad sobre la que velar y abandonaba a los primeros a su suerte.

Y ésa era la historia real tras todas las historias; los motivos de tantas invasiones; los porqués de los triunfos y las derrotas. ¡Y los mortales creían que Homero se había inventado todo ese asunto de los dioses! ¡Que los Eddas, Vedas y Sagas no eran más que recopilaciones de supercherías religiosas! Los mortales se habían convencido en la actualidad de que esos dioses invisibles no podían existir. Y, sin embargo, algo de razón tenían cuando uno comprobaba que las Familias westilianas de la actualidad no poseían ni un ápice del poder divino de antaño.

Danny recorrió el muro occidental de la biblioteca, el que carecía de ventanas. Originalmente sí las tenía, pero cuando se reconvirtió la sala para que sirviera de biblioteca en 1920, se sellaron todas. Aun así, los marcos seguían encastrados en los muros y Danny habría tenido que agacharse para esquivarlos si hubiese querido alcanzar el otro extremo de la habitación. Pero en realidad no necesitaba llegar hasta ahí. Años atrás había perforado con clavos la pared interior de yeso, atravesando el papel que la recubría del otro lado. Los orificios resultantes le permitían ver lo que pasaba en la biblioteca; con el tiempo y conforme fue creciendo, practicó nuevos orificios a mayor altura.

En aquel momento decidió no abrir ningún agujero y se limitó a agacharse para espiar a través de uno de los antiguos que estaba a mayor altura. No llegaba a distinguir los rostros, pero sí que podía calcular cuántos asistían a la reunión. Además, en estos casos era más importante oír que ver. Una vez identificara a los ocupantes de la biblioteca, podría reconocerlos sin demasiadas dificultades cuando hablaran.

Como no conocía a los griegos, se agachó para intentar averiguar cuántos eran. La chica no estaba con ellos, así que debía de haber siete griegos adultos: tres mujeres y cuatro hombres. Danny no se molestó en aprenderse sus nombres, sólo se quedó con que todos se apellidaban Argyros. Más tarde, quizá buscara el nombre en Google. Lo único que le interesaba del encuentro era cualquier mención que se pudiera hacer sobre su persona.

Las formalidades entre las Familias duraron bastante. A Danny le asombró oírlos

hablar con ligereza sobre la última guerra. Los griegos comentaban el episodio en el que uno de los suyos quedó atrapado en territorio North y sólo contaba con un hacha para defenderse de los magos arbóreos enemigos.

—¡Sí! —exclamó Gyish—. Recuerdo que Alf sólo era un muchacho por aquel entonces y aún ignorábamos de lo que era capaz. Pero consiguió aflojar la cabeza del hacha, y cuando vuestro hombre quiso atacar, el metal salió volando. Y ahí se quedó, listo para luchar contra los árboles con un simple palo en las manos.

—Lo hicieron papilla —afirmó Zog—. Acabó incrustado en el suelo.

Danny no daba crédito a sus oídos ¡Estaban fanfarroneando delante de la Familia del muerto! ¡Y lo más sorprendente era que los griegos se reían tanto como los North!

Por su parte, las mujeres de ambos bandos se mantuvieron impasibles y en silencio.

Las anécdotas se sucedieron. Hubo también comentarios sobre la «magia» del dinero y otras frivolidades hasta que Tía Tweng se aclaró de forma ostensible la garganta.

—Bien ya habéis visto a nuestros chicos. ¿Qué pensáis?

—Que deberíais comprar más jabón.

Uno de los hombres soltó unas risitas.

—Te equivocas, Valbona. Agon me ha contado que debe de haber un mago mugriento entre ellos y ha estado practicando con sus compañeros.

Los hombres volvieron a estallar en carcajadas y las mujeres de nuevo callaron.

¿Cómo podían enemigos jurados reír juntos?

Quizá la camaradería fuera algo natural entre los guerreros cuando no estaban en guerra. O quizá la risa fuera el remedio ideal para paliar los recuerdos de las penalidades sufridas en el campo de batalla. Era probable que la risa fuera lo único que impedía que se mataran entre ellos nada más verse.

—Es la vida en el campo —se rió Tía Lummy—. Los lavamos, pero a los cinco minutos están tan sucios como antes. Se nos ocurrió que podríamos criarlos en jaulas bien acondicionadas, pero el aire libre es mucho más saludable y el ejercicio los fortalece.

—¡Ni siquiera usan zapatos en pleno invierno! —se asombró la mujer griega llamada Valbona.

—Te asombraría comprobar la resistencia que puede alcanzar la planta del pie humano.

—Estoy convencida de que pueden convertirse en pezuñas —replicó Valbona—. La ventaja de los zapatos es que te permiten ir a la moda.

Los hombres rieron de nuevo como si el comentario fuera de lo más hilarante.

—Me parece que es hora de tomar un refrigerio —comentó Tía Tweng—. Como estamos en invierno, serviremos el té caliente, pero este año hemos comprado una

nevera, así que si alguien quiere una limonada o un té helado, no tiene más que decirlo.

Danny contuvo una carcajada ante el comentario, en parte por la burla implícita, y es que los North poseían neveras desde hacía mucho, y en parte por el ácido sentido del humor de Tía Tweng.

—Y pastas —añadió Tía Lummy—. Té con pastas.

—¡Qué británico! —exclamó una de las griegas.

—La verdad es que el té procede de Indonesia —dijo Tía Lummy—. Por cierto, no deja de ser curioso que llamemos «java» al café cuando lo único que produce la isla de Java es té.

—Cultivan muchas más cosas —adujo uno de los griegos—, y nosotros nos encargamos de gran parte de la exportación. No obstante, es cierto que las montañas son una gigantesca plantación de té.

«Presume de haber estado en Indonesia —pensó Danny—, pero no puede volver a Westil, que es el único lugar al que todas las Familias quieren ir».

Oyó como se abría la puerta cuando Tía Tweng y Tía Uck salieron en busca del refrigerio que aguardaba en carros en el rellano de la escalera.

Alguien entró en la biblioteca, cuando ellas la abandonaron. Danny no tardó en reconocer a la chica griega, caminaba con lentitud mientras lo examinaba todo a su alrededor. Los griegos adultos la siguieron con la vista, pero no la reprendieron por irrumpir en plena reunión. Observaron como recorría la estancia sin perder detalle, y los North, ante la atención que le prestaban los griegos, también se fijaron en la chica.

La joven se encontraba en el otro lado de la biblioteca, cuando se dio la vuelta hacia el punto exacto desde el que espiaba Danny.

—¿Qué sucede, Yllka? —susurró uno de los griegos; una de las mujeres le chistó para que se callara.

La chica rodeó la mesa y Danny la perdió de vista, pero reapareció al cabo de unos instantes y se dirigió sin vacilar hacia la mirilla desde la que observaba Danny. La chica colocó su ojo sobre el orificio.

Danny dio un respingo, pero detrás sólo estaba el muro y se arreó un coscorrón contra él. El dolor lo hizo gemir. Fue apenas un murmullo que acalló de inmediato, pero lo habían oído, y Danny supo que acababa de firmar su sentencia de muerte.

—Nos espían —dijo Tío Mook.

—¡Apartad! —ordenó Gyish. A continuación, el atizador empleado para el fuego de la chimenea atravesó el yeso de la pared con estrépito, justo en el lugar donde se encontraba Danny.

El pánico de Danny fue in crescendo; se abalanzó en busca del pasadizo que lo conduciría al exterior, pero no lo encontró. Nunca le había ocurrido antes, pero lo único que había ante él era la sólida viga de madera que recorría esa esquina de la

estancia y que iba desde los cimientos hasta encontrarse con una de las vigas del techo...

De pronto lo comprendió: no había ningún pasadizo secreto. Danny había creado una puerta sin saberlo; envuelto en la oscuridad que había bajo la casa, se había abierto paso igual que en el árbol, cuando subió con las efigies de las chicas envueltas en su camiseta. Y ahora no encontraba la puerta y estaba atrapado como una mosca en una telaraña.

¡Cras! El atizador atravesó de nuevo la pared y alguien comenzó a retirar los escombros; la luz de la biblioteca se introdujo en el hueco entre el muro exterior y la pared. No tardarían en asomarse y entonces verían a Danny ahí dentro.

Había sido la chica. Cayó en la cuenta de golpe. Ella, de alguna manera, había cerrado la puerta para que no pudiera escapar. Bien, pensó, hay algo que no puede hacer: cerrar una puerta que no existe.

Danny no sabía cómo crear a propósito una puerta, pero sí conocía la sensación de querer correr hacia un sitio y llegar allí a través de una puerta recién creada. Era algo que sucedía. Y había llegado el momento de que sucediera; era hora de correr.

Se arrojó contra la viga con un pensamiento fijo: salir de la mansión, abandonar la zona para que nadie pudiera relacionarlo con el incidente... y se dio de bruces con la viga.

«Necesito coger más impulso», pensó. Reculó con rapidez hasta el boquete recién abierto en la pared y volvió a lanzarse hacia el lugar donde siempre había creído que se encontraba su pasadizo secreto...

Tropezó de nuevo con la viga, y en esta ocasión, el impacto lo arrojó al suelo.

Pero algo había cambiado. Estaba en el exterior, y aunque se encontraba a la sombra, distinguió la luz del sol a través de las ramas de un pino. No había chocado con la viga. Al final, había conseguido abrir la puerta, y al atravesarla fue a parar contra el árbol. Comprobó que tenía sangre en la frente.

Conocía el lugar. Estaba a pocos pasos de una de las puertas secretas que le servían para salir del territorio de los North sin ser detectado. Estaba fuera del territorio. Había abierto una puerta que iba desde el hueco en la pared de la biblioteca hasta los terrenos más allá de las lindes del territorio familiar.

«Abrí una puerta justo cuando más la necesitaba —pensó, con júbilo, Danny—. Puedo ir a cualquier sitio».

Se dijo que no era el momento de celebraciones, ni siquiera privadas. Si alguien lo pillaba más allá de los límites, y los árboles guardianes declaraban que no lo habían visto pasar, sería tan malo como si lo hubieran atrapado dentro del muro de la biblioteca. Tenía que volver como fuera al territorio de la Familia si quería evitar sospechas sobre su poder. A no ser que la chica ya lo supiera y se lo hubiera contado a los demás. Danny no tenía manera de saber cuánto sabía la chica sobre los magos

teleportadores y sobre las puertas en sí. No creía que ella poseyera un gran talento mágico; quizá fuera una Localizadora. Si sus poderes fueran mayores, ya la habrían matado. Pero a los Localizadores y también a los Husmeadores, las clases más bajas de mago teleportadores, se les permitía vivir, porque si alguien abría una puerta, ellos podían localizarlo. Y si eso ocurría, entonces una de las Familias habría infringido la ley al admitir a un Caminante, o peor aún, a un Gran Mago Teleportador entre sus miembros.

La guerra estallaría de nuevo.

Las Familias tenían otro motivo para mantener con vida a un Husmeador o a un Localizador: la esperanza de que encontraran una Gran Puerta que condujese a Westil, una que Loki no hubiera advertido cuando cerró todas las puertas. En ese caso, la Familia podría viajar hasta el otro mundo y volver con sus poderes incrementados hasta el punto de que imperarían sobre todas las Familias westilianas presentes en Midgard.

Sin embargo, no había ninguna puerta a Westil en los territorios de los North. Allí sólo hallarían a Danny, un teleportador al que habría que llevar a la Colina Hammernip para impedir que se declarara una nueva guerra... Por otra parte, la Localizadora griega lo había encontrado, pero no creía que supiera quién era Danny. Aún podría salir todo bien.

—¿No estarás pensando en volver ahí dentro, verdad?

Sólo era la efigie de un adulto, así que la voz sonaba algo distorsionada, como un susurro en el bosque semejante al crepitar de las hojas, pero Danny reconoció la voz.

—¡Thor! —exclamó—. Sí, claro que voy a volver.

—Ya veo. La vida es un peso insufrible y crees que Hammernip es un buen sitio donde descansar.

—Nadie sabe que era yo el que estaba en el hueco de la pared.

—Ahora, yo lo sé —dijo Thor.

Danny no cayó en la trampa; si la efigie de Thor estaba aguardándolo, entonces es que lo sabía de antemano.

—Conocías este lugar.

Thor creó un pequeño torbellino con hojarasca y ramitas para dar a su efigie la forma de un diminuto tornado.

—Te hemos estado vigilando; hemos asistido a tus idas y venidas. En ocasiones, nos preguntábamos si eras consciente de que estabas creando puertas o si sólo pensabas que corrías muy de prisa.

—Me di cuenta el verano pasado. Fue cuando subí las patéticas efigies de Tina y Mona a la copa de un árbol. Un sitio tan elevado que nunca hubiera podido trepar hasta allí.

—No llares «patético» a algo que tú no puedes hacer —le advirtió el tornado.

—Sé que yo soy el más patético de todos, aunque tampoco es que os hayáis molestado en enseñarme nada.

—¿Y quién estaba capacitado para hacerlo? Supongo que no nos guardas rencor.

—Tus hijos me pegan. Con bastante frecuencia.

—Asquerosos abusones.

—Son tus hijos.

—Me fue asignada una esposa drekka. La acepté y ahí están los resultados. Decepcionantes.

—Pueden generar efigies.

—Sí, y también cantidades ingentes de orina, heces y quebraderos de cabeza. Aparte de eso, poco más. Pero uno hace lo que sea por la Familia. Uno no le falla a los suyos.

—Y, a pesar de eso, lo sabes todo sobre mí desde hace tiempo y no has contado nada.

—Gyish y Zog jamás te permitirían seguir con vida, Danny. Lo sabes muy bien. Y no sólo ellos, muchos miembros de la Familia los apoyarían.

—Pero tú no. Ni esos otros... ¿Quiénes son? ¿Y qué esperáis de mí?

—Eso es algo que no te puedo revelar hasta estar seguro de que no vas a volver, que te marcharás —dijo Thor—. Porque creo que eres muy capaz de volver y entregarte y, de paso, delatar a la gente que te ha estado protegiendo. Luego, estarías dispuesto a morir junto a ellos como muestra de tu lealtad hacia la Familia.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está tu lealtad?

—Con la Familia, como siempre. Una lealtad volcada en la búsqueda de un mago teleportador entre los nuestros para protegerlo hasta que sea lo bastante mayor para escapar de esta prisión y convertirse en un adulto.

Danny se sentó para reflexionar sobre lo que acababa de escuchar.

—Entonces, ¿nuestra adhesión al tratado es una farsa?

—Zog y Gyish se lo toman muy en serio, te lo aseguro. De hecho, nunca hemos contado con Gyish para este asunto, ni siquiera cuando era Odín. Siempre ha sido un chalado que se toma en serio los tratados. Para él es una cuestión de honor. Yo no tengo honor. No en lo que respecta a nuestros enemigos. Ni hablar. El único honor es conseguir que la Familia North resurja de las cenizas en las que nos hundió la locura de Loki. Eres el primer teleportador desde Loki que ha conseguido sobrevivir hasta tu edad.

—Ha sido una cuestión de suerte, no tenía ni idea de que contaba con esa magia.

—Cierto, pero cuando lo averiguaste, no comenzaste presumir, o a hacer preguntas, o a consultar libros sobre Loki en la biblioteca. Y antes de saberlo, tampoco presumías de lo rápido que eras corriendo; de haberlo hecho, alguien habría podido sospechar y comprobar que en realidad ibas abriendo pequeñas puertas

mientras corrías. Detalles así han sido la causa de que muchos como tú hayan terminado sus días en Hammernip.

—Y a pesar de mi discreción, tú conocías mi talento.

—¿Conocerlo? Creo que sería más correcto decir que lo ansiaba. ¡Tu padre y tu madre son tan poderosos! ¿Por qué crees que querían tener descendencia juntos? Ya tenían hijos de matrimonios anteriores. Pipo y Leonora resultaron muy prometedores. ¡Son Alf y Gerd, los dos magos más poderosos de las últimas generaciones! Ganaron la última guerra para los North.

—Creía que nos habían derrotado.

—¿Derrotado? Eso fue lo que dijimos por el bien del resto de las Familias. ¡Nos rendimos! ¡Haced con nosotros lo que queráis! —El pequeño tornado comenzó a girar con mayor lentitud—. Pero jamás hubieran firmado el tratado, ni lo hubieran respetado, si no nos temieran. Ni siquiera en estos momentos se atreven a acusarnos de nada. Temen a tus padres.

—También los temo yo.

—Tienen que mantenerse en movimiento para evitar caer en una trampa. Las Familias quieren acabar con ellos. El pánico se disparó cuando supieron que tu madre estaba embarazada de Alf. Y luego nombramos Odín a Alf. Y entonces es cuando se enteran de que el ansiado hijo de Alf y Gerd es un... drekka. Se lo tragaron.

—Yo también me lo tragué —comentó Danny.

—No podías saber que los magos teleportadores no pueden crear efigies. Es algo que muy poca gente conoce. Pero piénsalo: ¿qué necesidad tienes de crear una efigie cuando puedes ir tú mismo con las alas de Mercurio al sitio que deseas? Nosotros sí lo sabíamos, y hasta tu condición de drekka era un signo favorable.

—¿Quiénes sois «nosotros»?

—Somos cinco: tus padres, Mook, Lutmur y yo.

Tía Lummy y Tío Mook. Y Thor.

Y Mamá y Baba.

Danny comenzó a llorar. Fue algo inesperado hasta para él. Lloró. Ocultó el rostro entre las manos y sollozó. Con fuerza. No habría sabido explicar la causa. Sólo sabía que tenía que ver con Mamá y Baba.

—Tienes que entender que estaban obligados a guardar las distancias —explicó Thor—. ¿Qué habría pasado si te demostraban su afecto? ¿O su orgullo? ¿Qué explicación podrían dar a esos sentimientos sin levantar sospechas? Pero has de saber que están orgullosos de ti. Orgullosos de lo bien que te ha ido en los estudios. ¡Tu talento para las lenguas! Es uno de los rasgos más característicos de un teleportador. ¡No puedo creer que nadie se diera cuenta! ¡Y tu capacidad como estratega! Nos llevó meses darnos cuenta de que estabas abandonando el territorio, y aún tardamos más en localizar tus tres puertas. ¡Impresionante! Ciertamente que tus puertas sólo sirven para

trayectos cortos, pero todavía eres muy joven. ¿Qué tienes, trece años? Sí, puedes creerme, están muy orgullosos de ti.

Danny recuperó la compostura. Se sentía avergonzado por haber llorado delante de Thor.

—¿Quieres decir que Mamá y Baba no me quieren muerto?

—No, no quiero que te equivoques, Danny. Si vuelves ahí dentro, la Familia te matará sin vacilar. Y no creo que lo hagan de inmediato, probablemente aguarden a que tus padres vuelvan a casa, pero sólo para que sean ellos los que te ejecuten. ¿Lo entiendes?

—¡No! —Danny no sabía si estaba más enfadado con Thor por decirle que sus padres estaban dispuestos a matarlo, o con sus propios padres porque sabía que era cierto.

—No te dejes llevar por la ira, nublará tu entendimiento. No tienen más remedio que actuar así, tienen que ser despiadados; la ley es para todos, tanto para los hijos de los demás como para los propios. Además, tampoco tendrían elección. Si vacilaran lo más mínimo, Zog te arrancaría los ojos a picotazos y Gyish haría que tu sangre hirviera.

—Entonces, ahora me darán caza, ¿verdad?

—Piensa, Danny, piensa. ¿Por qué crees que me pusieron al frente de la red de informadores? Yo soy quien te dará caza.

—¿Y qué es lo que se supone que voy a hacer ahí fuera? El mundo de los mortales no es un lugar seguro para los chicos de trece años, aunque no haya nadie intentando darles caza.

—Danny, Danny... Nosotros pertenecemos a ese mundo de mortales, llevamos trece siglos viviendo aquí.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Te apañarás.

—¿Cómo?

—Eres uno de los nuestros. Hay muchas probabilidades de que seas uno de los magos más poderosos que haya habido en la Familia. Confiamos en que lo seas y puedas abrir una puerta hacia un mundo que nunca has visto o todo esto habrá sido en balde.

Danny reflexionó unos minutos sobre lo que le acababa de decir Thor.

—Abrí una puerta hasta este lugar y jamás lo había visto.

—¡Vaya, qué impresionante! —exclamó Thor con sorna—. A ver... son tres kilómetros hasta a un sitio que puedes ver desde Hammernip. ¡Creo que mañana mismo estarás listo para llevarnos a Westil, un planeta situado en otro planeta solar!

—¡Vale! ¡No tengo ni idea de cómo funciona esto!

—Pues para empezar sería conveniente que supieras que las puertas que estás

creando no están abiertas para los demás. Tienes que aprender a abrirlas y que se queden así para que otros puedan usarlos. Cuando lo consigas, serás un Gran Mago Teleportador.

—¿Has intentado usar mis puertas?

—¡¿Que si lo he intentado?! ¡Tendrías que haberme visto! Lo he intentado de todas las formas posibles: cogiendo carrerilla, dando saltos, brincando... Y siempre me quedaba en el mismo sitio. Tus puertas son reales, pero sólo te sirven a ti.

—¿Cómo las abro?

—¿Soy acaso un mago teleportador?

—En ese caso, necesitaré libros.

—Los de tu clase jamás han dejado un legado ni oral ni escrito sobre su talento. Son mentirosos, embaucadores, embusteros, eso sí. Y también sanadores, guías, intérpretes y embajadores.

—¿Sanadores?

—Vamos, Danny, reflexiona. ¿Nunca has pasado por una puerta con alguna herida y salido en perfectas condiciones?

Danny se encogió de hombros.

—Algo ocurre cuando pasas por una puerta. Te cura. El cuerpo que surge al otro lado está perfecto. Nunca ha habido teleportadores ciegos o cojos.

Danny recordó que si bien Loki nunca fue conocido por ser un sanador, Hermes y Mercurio sí lo eran.

—Márchate lo más lejos que puedas —le dijo Thor—. Habla a la gente empleando su lengua, pero no cuentes demasiado sobre ti. Deja que sean ellos los que te enseñen. Aprende a sobrevivir. Los mortales pueden ser crueles, pero no son todos iguales, y al final verás que muchos de ellos tienen buen corazón. Cuando seas capaz de mantener una puerta abierta, será hora de que vuelvas. Pero cuando lo hagas, abre una puerta que te lleve al cuarto de Lumtur y Mook. Te estarán esperando y allí serás bienvenido.

—¿Y qué ocurrirá?

—Decidiremos cómo y cuándo nos llevarás a Westil. A nosotros cinco. Cuando volvamos, tendremos el poder suficiente para protegerte de cualquiera que te quiera hacer daño. Y te aclamarán. En cuanto vean lo que has hecho, serás un héroe.

—Así que ése es el plan: me marcho para evitar que la Familia se vea obligada a matarme; me busco la vida por mi cuenta y vosotros hacéis ver que me estáis persiguiendo. Mientras procuro permanecer oculto, tengo que instruirme en la magia prohibida de la teleportación sin que vosotros mováis un dedo para ayudarme... ¿Y cuándo lo haya conseguido, tengo que volver y entregaros todo ese poder?

—¡Ah, Danny! —se rió Thor—. ¡Es un placer ver que eres uno de la Familia! Sabemos que no nos darás nada porque sí; querrás que te nombremos Odín en lugar

de tu padre. No serías el primero en actuar así. Tu propio padre te cederá el poder y se inclinará ante ti. Nos pidas lo que nos pidas, valdrá la pena.

Thor no había entendido nada. Danny no tenía ningún interés en que lo nombraran Odín y menos aún en despojar del título a Baba. Pero decidió permitir que Thor creyera que ésas eran sus intenciones. Así sería más sencillo engañarlo cuando llegara el momento.

—Hacia el norte, sur, este y oeste. Haz todas las teleportaciones que puedas y cuánto más lejos, mejor. Aunque debes evitar abrir puertas sobre el agua, no vaya a ser que pierdas los nervios y te ahogues.

—Abrí una puerta cuando estaban a punto de atraparme en el interior de un muro... No perdí los nervios.

—Prometedor... No me digas adónde te diriges. No dejes pistas, así mis esfuerzos por encontrarte parecerán reales, pero no quisiera dar contigo por accidente. Y cuidado no te vaya a localizar la criaja griega esa; ten por seguro que la obligarán a rastrearte.

Danny asintió poniéndose en pie.

—¿Algo más?

—¿No te estaré aburriendo, verdad? Recuerda que la voz de Dios resonó en un torbellino —declamó Thor—. Los dioses no impresionan tanto como antaño —añadió con resignación—. Las cosas han...

Danny no se quedó para escuchar el final de la frase. Ya había oído bastante y alcanzado sus propias conclusiones.

La primera, que sus padres, Lummy, Mook y Thor habían cuidado y cuidarían de él, aunque con la salvedad de que si la fastidiaba, lo matarían con la misma rapidez que cualquier otro miembro de las Familias. Por lo tanto, daba igual que se preocuparan, porque Danny no tenía ni idea en esos momentos de cómo evitar «fastidiarla».

La segunda era que si la efigie de Thor lo había visto cruzar las puertas durante los últimos años, antes incluso de que Danny fuera consciente de que eran puertas, no existía certeza alguna de que no hubieran otros vigilándolo a través de sus efigies. Incluso podrían haber estado presentes durante toda la conversación que acababa de mantener con Thor. Los hijos de Thor, Lem y Stem, eran imbéciles, pero Danny albergaba serias dudas sobre si esa imbecilidad la habían heredado de su madre drekka.

La tercera era que Danny comenzaba a comprender cómo funcionaba el proceso de apertura de una puerta. El que lo había trasladado desde la mansión hasta su encuentro con Thor fue el primero que había abierto de manera consciente. Y sólo necesitó dos intentos para hacerlo. Tenía la certeza de que podría crear una puerta cuando le hiciera falta. Ya no tenía que estar en movimiento, ni correr ni saltar, como

antes. Y decidió probarlo en ese preciso instante.

Salió bien. Pensó en el lugar al que quería ir y estaba allí, justo al lado de la valla que delimitaba la autovía I-64; frente a él transitaban a toda velocidad turismos y camiones.

Y de pronto ya estaba al otro lado de la autovía, en lo alto de la colina. Ahora tenía otra puerta a su espalda, y si lo que Thor le había contado era cierto, nadie podría usarla para seguirlo. Se preguntó para qué querría abrir puertas que otros pudieran utilizar. En ese caso podrían seguirlo allá donde él fuera y eso era algo que quería evitar a toda costa.

Otra puerta lo llevó al aparcamiento del Wal-Mart. Lo primero que necesitaba para poder pasar desapercibido en el mundo de los mortales era ropa. No los harapos que llevaba puestos, y, desde luego, zapatos. Deportivos. Como las que había visto en los anuncios de la tele y también en Internet. Las que calzaban los niños mortales. Las mismas que las tías se negaban a comprarle.

—Es mejor que vayas descalzo, Danny —le decían—. Te harás más fuerte...

«¡Qué os jodan, condenados asesinos de mierda, no pienso volver jamás!».

EL HOMBRE EN EL ÁRBOL

El reino de Iceway no tiene frontera oriental; por el este limita con Icekame, la cordillera que conforma la columna vertebral del norte del gran continente de Westil. Las cumbres de Icekame cuentan con una perenne corona de nieve y sus glaciares descienden a los elevados valles de la cordillera año tras año, hendiendo el terreno pedregoso y estéril que sale a su encuentro.

Al rey, que residía en el castillo de Nassassa, situado muchos kilómetros por debajo de estos valles y próximo a la ciudad de Kamesham, en el Graybourn, le importaba muy poco esa frontera de su reino. Más allá de Icekame no habitaban tribus bárbaras deseosas de cruzar los pasos para invadir sus posesiones. Allí, ocultos en Bosque Profundo, tan sólo moraban los Espinos, magos que rechazaban cualquier contacto con el exterior.

El rey consideraba a Icekame la mejor de sus fronteras; nadie amenazaba su trono ni sus tierras desde allí y, por lo tanto, tampoco tenía que preocuparse de asignar fondos para que su ejército fuera a vigilarla. Por otra parte, a mayor altura, mayor pobreza, y eso significaba que nada había para recaudar en concepto de impuestos entre los habitantes de esas tierras; hacerlo una sola vez supondría condenar a muerte a los súbditos de Icekame, o peor todavía, obligarlos a emigrar hacia las tierras bajas como refugiados, con el coste que eso supondría para el reino.

Así las cosas, los habitantes de esos valles elevados vivían tranquilos; con su pobreza y falta de recursos; escarbando el terreno para obtener un fruto con el que apenas superarían el invierno y cazando alguna ave o ardilla para echar algo de consistencia a la olla. Muchos eran los niños que conocían una sepultura temprana, y los hombres ya eran viejos a los cuarenta.

Y, sin embargo, entre el hambre y la precariedad, las gentes de las alturas habían hallado el modo de gozar de la vida. Los niños disfrutaban de juegos, rimas, desafíos y aventuras en el escaso tiempo libre que les permitían los esfuerzos por sobrevivir. Y cuando crecían, el amor recorría sus venas con la misma fuerza que la savia se apresura por las ramas de los árboles en primavera. Las mujeres construían sus hogares de barro y cantaban a sus amantes ante el fuego; luego llegaban los hijos y los amaban, les enseñaban a sobrevivir y se aferraban a ellos con todas sus fuerzas confiando en que la muerte no se los arrebataría.

Para las gentes de Kamesham, donde residía el rey, los habitantes de los valles altos no eran mejores que las bestias. Se equivocaban. Sus existencias eran muy humanas. Eran muy conscientes de que se necesitaban los unos a los otros para

sobrevivir. No había lugar para las conspiraciones ni los secretos. Tampoco afloraban la ambición o las disputas. Todo hombre, mujer y niño era imprescindible para el resto.

Los habitantes de los valles altos poseían un conocimiento que el rey en Kamesham ignoraba: estaban familiarizados con todos y cada uno de los pasos entre Icekame y Bosque Profundo. En pleno verano, cuando las cosechas ya no precisaban de cuidados, las familias tenían la costumbre de preparar algo de comida y hacer una excursión al otro lado de la cordillera.

Durante el camino, los padres enseñaban a sus hijos qué podían hacer y qué no debían hacer en Bosque Profundo.

—Podrás comer cuanto puedas y beber hasta saciarte. Más no cogerás nada con la intención de llevártelo en el camino de regreso a casa.

—¿Veremos un Espino? —solían preguntar los más pequeños. El deseo de ver a uno de los misteriosos habitantes del bosque se mezclaba con el temor a hacerlo.

—Entraremos en sus hogares y sus corazones —contestaban siempre los adultos —, pero nunca los verás porque en verdad son el mismo bosque. Nada les pasa inadvertido; están en todas partes.

—¿Y comparten el bosque con nosotros?

—Vigilan que no tomemos nada de sus tierras y nos permiten morar allí uno o dos días al modo de los animales. Toleran nuestra presencia si nuestro comportamiento es el propio de las aves y las ardillas.

Esto último provocaba un escalofrío en los niños, ya que todos habían consumido con ansia la carne de aves y ardillas para sobrevivir al rigor del invierno. No era sorprendente que las familias sólo frecuentaran Bosque Profundo en verano. ¡En invierno, los apetitos de los Espinos debían de ser terribles!

Una de estas familias era la de Roop y Levet, un hombre y una mujer cuyo matrimonio había durado lo bastante como para engendrar siete hijos; lo asombroso era que seis de ellos siguieran con vida. La hija mayor era Eko, una chica de once años que gozaba de cierta empatía hacia los tubérculos, no tanta como para que la consideraran una maga, pero sí la suficiente como para hallar esas raíces comestibles bajo las nieves más profundas. La supervivencia de la familia tenía mucho que agradecer a esta habilidad de Eko. Sus hermanos la adoraban y soportaban su incesante mangoneo, porque sabían que ella los quería y se preocupaba por ellos.

La familia siempre iba de excursión al mismo sitio: el prado del Hombre en el Árbol. Otras familias habían frecuentado el lugar en el pasado, pero el Hombre en el Árbol las atemorizaba y nunca hacían una segunda visita. A Roop y a Levet eso no les preocupaba lo más mínimo; el prado era ideal para los niños y allí crecían árboles frutales y zarzamoras que no brotaban en el valle donde ellos tenían su hogar.

¿Por qué no los asustaba el Hombre en el Árbol?

El gran roble se erguía solitario en el centro del prado, como si el resto de árboles rehuyera su vecindad. La inmensa circunferencia del tronco daba idea de la longevidad del roble; la familia entera cogida de las manos no bastaba para rodearlo.

A unos cuatro metros de altura, la corteza se deformaba adoptando la forma de un hombre; de modo que parecía que uno estuviera aprisionado entre la corteza y el duramen del corazón del árbol. La silueta no era un simple esbozo, una interpretación truculenta de los ojos según la perspectiva, en absoluto. El cuerpo estaba bien proporcionado; tenía las rodillas ligeramente dobladas, una más que la otra, y las manos extendidas de forma que uno podía llegar a distinguir todos y cada uno de los dedos. Pero no había ojos ni nariz que ver, ni boca, ni vientre, ni pies, porque la figura estaba de espaldas al prado, el rostro sumergido en el corazón del árbol.

—Yo creo que es un mago arbóreo —dijo Eko a sus hermanos—. Uno que desafió a los Espinos cuando vino a Bosque Profundo e intentó convertir este gran árbol en su efigie. Los Espinos lo castigaron aprisionándolo en el interior del roble; no sólo su aura, sino también su esencia.

—No sabes nada de magia —le dijo su hermana Immo, la que la seguía en edad—. ¿Cómo puede sobrevivir un hombre en el interior de un árbol?

—¿Y qué crees tú que es?

—Yo creo que es un hongo que crece bajo la corteza —respondió Immo.

—¡Qué bobada! ¿No hablarás en serio?

Padre las oyó y se acercó a ellas.

—Yo creo que el árbol se come a las niñas que juegan demasiado tiempo cerca de sus raíces. Luego, le cuesta tanto tiempo digerirlas, que se hacen mayores convirtiéndose en adultas.

Los niños rieron, las historias de Padre siempre eran divertidas. Hasta Madre, que se hallaba sentada en la hierba al sol mientras cuidaba al más pequeño de los hermanos, se volvió hacia ellos prestándoles atención.

—¿Cuánto tiempo, Baba? —preguntó Eko—. ¿Cuántos años ha estado este niño atrapado dentro del árbol?

—Mis padres me trajeron aquí —contó Padre—, y el Hombre en el Árbol ya estaba aquí. Pero no a la altura que se encuentra ahora. Mi padre era tan alto como yo y podía tocar el talón del hombre sin tener que empinarse. —Entonces, Padre se acercó e intentó tocar el pie del hombre. No lo consiguió aunque se empinó e, incluso, saltó. El hombre estaba fuera de su alcance—. Ha estado aquí durante siglos. Nuestra familia siempre acude para verlo. Mi padre me contó que nuestra familia fue la primera en advertir su presencia, cuando la cabeza del Hombre en el Árbol estaba justo aquí.

—¿Ahí? —intervino Immo con tono escéptico—. Eso está justo al otro lado del árbol.

—No sólo ha crecido con el árbol hacia arriba —explicó Padre—, también lo está rodeando. Dicen que cuando haya completado la circunferencia, será libre.

—¿Quién lo dice? —preguntó Eko.

—El padre de mi padre, o alguien de la familia, o quizá fuera algún extraño que visitó el prado con nuestra familia... O quizá lo diga yo.

—¿De verdad hay un hombre ahí dentro? —preguntó Bokky, el mayor de los chicos y que contaba sólo seis años.

—Sí —afirmó Padre—. Estoy convencido de que así es. No hay otra razón por la que un árbol adoptaría la forma de un hombre. Los árboles no tienen motivos para mentir. ¿Intenta acaso un sicomoro hacerse pasar por un nogal? ¿Pretende un almendro ser un sauce?

—Pero no entiendo cómo puede sobrevivir ahí dentro —dijo Immo.

—¿Quién dice que está vivo? —intervino Bokky.

—¿Quién querría meter ahí dentro a un muerto?

—Conozco dos historias al respecto —dijo Padre—. Una cuenta lo que sucedió con el hombre que descubrió el fuego y quemó el primer árbol. Los magos arbóreos no fueron capaces de impedir que otros hombres aprendieran el secreto del fuego y quemaran otros árboles, pero se vengaron atrapando al descubridor del fuego en el interior del tronco de este roble.

—¿Y cuál es la segunda historia? —preguntaron con una sola voz los niños.

—La segunda dice que el hombre huía de un rey que buscaba darle muerte porque había osado amar a su hija. Fue ejecutado al lado de este gran árbol y su sangre empapó la tierra hasta llegar a las raíces. El roble se apiadó del hombre y le devolvió la vida. La hija del rey venía hasta aquí todos los años y lloraba al lado del árbol. El hombre la oía desde el interior del tronco, pero ella envejeció y murió. Su muerte rompió el corazón del hombre y decidió darle la espalda al mundo. Sigue vivo, pero ni ve ni oye nada porque su amor murió. Pero sigue vivo en el interior del árbol que lo salvó.

Eko se enjugó una lágrima e Immo se burló de ella. Padre levantó la mano en gesto de advertencia.

—Jamás te burles de un corazón sensible.

Immo se mostró contrariada, pero no dijo más sobre las lágrimas de Eko.

—Creo que la corteza que cubre al hombre es más delgada que en ocasiones anteriores —comentó Bokky.

—Podría ser —asintió Padre—. También nos lo puede parecer desde aquí abajo.

—¿Y si sale del árbol mientras estamos aquí? —preguntó Bokky.

—Lo saludaremos y le pediremos que nos cuente su verdadera historia —dijo Eko.

—No te atreverías a hablar con él —la desafió Bokky.

—Yo creo que sí lo haría —lo contradijo Padre—. Tu hermana es una chica valiente.

—No se atrevió a saltar el arroyo, el que está al fondo de la cañada del norte —replicó Bokky.

—No es valor lo que se necesita para responder a cada desafío que te hacen, sólo estupidez —sentenció Padre.

Los demás se rieron de Bokky, porque él sí había aceptado el desafío y Padre tuvo que bajar a por él y rescatarlo de la rama que pendía sobre el arroyo y en la que se había enredado al caer. La mitad de los hombres del pueblo ayudaron en el rescate, sujetando la cuerda que utilizó Padre para descender por la cañada. Luego tiraron de él y Bokky hasta ponerlos a salvo.

Esa noche en el prado fue tan cálida que durmieron sin mantas. La luna estaba en lo alto cuando Eko se despertó y se quedó mirando al roble. Al principio no fue consciente de lo que ocurría en realidad; creyó que una serpiente descendía de árbol y lanzó una mirada apresurada en busca de sus hermanos, asegurándose de que ninguno estuviera cerca del roble. Entonces volvió la vista al árbol y, aún somnolienta, reconoció como un brazo y un codo lo que había confundido con una serpiente. Y la palma de la mano al final del brazo empujaba con fuerza contra el tronco como si su dueño quisiera salir de su encierro.

Y eso era justo lo que estaba sucediendo. El brazo parecía más pequeño de lo que debiera, y cuando el hombro salió al exterior y el cuerpo giró hacia afuera, Eko observó que el cuerpo era el de un niño y no el de un hombre. Era más alto que Bokky, pero no más fornido, ni más adulto.

«Debería despertar a los demás para que vieran esto», pensó.

Pero no se atrevió a hacer ruido o a acercarse a los demás para despertarlos. ¿Qué ocurriría si asustaba al chico? ¿Y si hacía esto mismo todas las noches y volvía a su sitio al amanecer? Si hacía ruido, quizá dejara de salir, y entonces nadie la creería cuando les contara lo que estaba viendo.

Decidió que observaría en silencio. El cuerpo del muchacho giró, liberando el brazo y el hombro por completo. A continuación sacó la pierna derecha, y con ello se dio la vuelta encarándose al exterior. Las dos piernas y los dos brazos quedaron libres, y hubo un momento en el que Eko tuvo la impresión de que el chico sufría suspendido del cuello mientras su cabeza seguía aprisionada en el interior de la corteza del árbol. El chico se balanceó forcejeando con toda su energía, pero no encontraba un punto de apoyo para ejercer la fuerza suficiente. Golpeó y empujó el tronco en vano: no conseguía liberar su cabeza.

A Eko le preocupó que pudiera asfixiarse, o estrangularse. O que se quedara ahí, impotente sin poder liberar la cabeza. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Moriría de hambre? ¿O sería la presa de un oso? Si es que había osos en la tierra de los Espinos; la verdad

es que nunca había oído que hubiera osos en Bosque Profundo, pero en un lugar así uno nunca sabía qué esperar.

Sumida en estos pensamientos, se había ido acercando al árbol. El resto de la familia seguía durmiendo, así que estaba sola cuando se empinó bajo el chico en el árbol para intentar ayudarlo en sus esfuerzos. No pudo. Decidió despertar a Padre, y cuando lo hizo, le puso un dedo sobre los labios pidiéndole silencio. Lo llevó hasta el árbol y le mostró con gestos lo que quería de él. Padre la levantó sobre sus hombros de manera que ella pudo colocar sus manos bajo los pies del chico para que él se sostuviera. Con ese punto de apoyo, el chico pudo afianzarse y hacer fuerza contra el tronco con ambas manos. Eko oyó como la respiración de Padre se hacía más pesada bajo el peso de ella y el del chico al que ella sostenía.

—Ven a mí, ven a mí —canturreó Eko en susurros—. Que la luna ya está aquí. — La rima original se refería al sol, pero a Eko siempre le había gustado improvisar.

La corteza no se agrietó, simplemente se abrió, aunque tampoco fue eso, más bien retrocedió igual que el agua, dando paso al rostro que emergió de sus profundidades. No era un muchacho agraciado; su rostro era enjuto y la nariz se curvaba hacia abajo alejándose a la vez del rostro, como si fuera el improbable pico de un ave. En el momento en que consiguió liberarse, estaba haciendo tanta fuerza que no pudo evitar irse hacia atrás, arrastrando en su caída a Eko y a Padre.

Pero nadie más despertó.

Eko se incorporó y fue hacia el chico. Estaba desnudo, acurrucado sobre la hierba. Lo tocó en la rodilla. El chico jadeó y encogió la pierna con rapidez, igual que si el contacto de Eko lo hubiera quemado.

Eko se sentó frente a él, observándolo, maravillada. Ninguna de las historias sobre el Hombre en el Árbol decía que fuera un chico tan joven.

—¿Qué tenemos aquí, un cachorro? —susurró Padre—. ¿Es ya un hombre o no?

Eko agitó la cabeza, no tenía ni idea de cuándo se convertía un muchacho en un hombre. Ya tenía bastante con afrontar los problemas que acarrearaba el que una muchacha se convirtiera en mujer.

Con el sonido de la voz de Padre, el chico se llevó las manos a los oídos; luego se encogió sobre sí mismo con los oídos tapados y los ojos fuertemente cerrados.

—Quiere estar solo —musitó Padre—. Mejor me voy.

Eko asintió, aunque no se mostró de acuerdo con que quisiera estar solo. Padre captó ambos mensajes y volvió al sitio en el que había estado durmiendo al lado de Madre. Ella no se movió.

Eko se despertó con la primera luz del amanecer. El chico se había marchado. Se volvió hacia el árbol para comprobar si todo lo sucedido no había sido más que un sueño.

No había sido un sueño. La figura humana había desaparecido. En la corteza no

quedaba ningún indicio del lugar por el que había escapado el muchacho.

Pero se había marchado sin hablar con ella; no había esperado al amanecer. En algún momento, Eko se quedó dormida y él aprovechó para escabullirse. Le dolió que después de haber asistido a su ¿nacimiento?, ¿brotadura?, o lo que fuera, se marchara a hurtadillas mientras ella estaba durmiendo. No había tenido ocasión de oír su voz. De hecho, en ningún momento había dado muestras de reconocer su presencia o la ayuda que le había prestado para escapar del roble.

«No lo hice para que me diera las gracias —se dijo a sí misma—. Así que no tiene importancia que no lo hiciera. Además, quizá no pueda. A lo mejor sólo habla la lengua de los árboles».

O puede que naciera en el árbol. Puede que no sea humano. Puede que sea la efigie del árbol. ¿Quién dice que los árboles no tengan su propia magia? El aura del árbol viajaría en el interior del chico, descubriendo un mundo nuevo a su alrededor.

Eko se quedó donde estaba, llorando en silencio, hasta que los demás despertaron para descubrir que el Hombre en el Árbol se había marchado. Todos comenzaron a hacer preguntas a la vez y a Eko le costó que escucharan el relato de lo que ella y Padre habían hecho la noche anterior.

—¡Lo dejaste marchar! —gritó Immo.

—Si había conseguido escapar del árbol —comentó Padre—, ¿por qué tenía Eko que retenerlo?

Padre y Madre intentaron recuperar el ambiente festivo de la excursión, pero fue en vano. Todos vieron como el propio Padre se mantenía cabizbajo. El Hombre en el Árbol había formado parte de la vida de su familia desde que él tenía memoria y, ahora se había marchado.

Al mediodía, todos supieron que había llegado la hora de marcharse. Ya no era el prado del Hombre en el Árbol; ahora sólo era un prado con un roble, sin más. Otras familias acudirían al lugar al no haber un misterioso hombre atrapado que los ahuyentara. Pero su familia, que jamás había temido al Hombre en el Árbol, no volvería a ese sitio.

Conforme recorrían el camino de vuelta a casa, un sendero apenas perceptible pero que ellos conocían de memoria, Eko creyó ver a alguien moviéndose furtivamente en el bosque. ¿Los estaría siguiendo el chico? ¿Tendría hambre? ¿Sed? ¿Y si transgredía las normas de los Espinos?

¡Tonterías! Los Espinos sabrían de dónde había surgido el muchacho y no iban a prohibirle que echara un trago de los arroyos que le salían al paso.

Al fin, salieron del bosque y comenzaron el largo ascenso hacia el paso entre las montañas. Como habían emprendido la marcha a una hora tardía, no iban a poder completar el ascenso antes de que anoheciera, así que acamparon en un claro gélido de la ladera. La pendiente era tan pronunciada que Padre y Madre ataron a los niños

más pequeños a algunos de los arbolillos del lugar para evitar que echaran a rodar mientras dormían.

—¿Y si fuera así como el hombre acabó atrapado en el árbol? Puede que su madre lo atara a un árbol y se olvidara él —soltó Bokky, riéndose.

—No puedo creer que se haya marchado —dijo Immo.

«Se ha ido, pero está cerca», pensó Eko. Acababa de vislumbrar otro movimiento furtivo cerca de donde se encontraban.

Al día siguiente recorrieron el camino hasta el paso y desde allí al pueblo. Eko no vio al chico por ningún lado, pero no le cupo duda de que seguía cerca, a pesar del frío y de que fuera desnudo. Ése fue el motivo de que al llegar a casa cogiera una túnica vieja de Padre que Madre guardaba para hacer trapos o ropa para el bebé — aún no se había decidido— y también algo de comida. Lo llevó todo al borde del campo de patatas de la familia y lo dejó bajo un joven roble que había allí.

A la mañana siguiente, tanto la comida como la ropa habían desaparecido, y Eko se preguntó adónde habría ido el chico. Quizá río abajo. Quizá había vuelto sobre sus pasos. O se había marchado volando como un pájaro, o cavado un túnel hasta alcanzar las raíces de otro árbol. ¿Quién sabe las cosas de las que es capaz un ser mágico tan asombroso?

LADRÓN

Danny siempre había extremado la cautela para evitar que alguien lo viera cuando abandonaba el territorio familiar. Le bastaba con poder contemplar a los mortales, y disfrutaba, además, alejándose del lugar en el que se sentía un extraño aunque allí viviera toda la Familia.

En esos momentos, sin embargo, no era suficiente observar a los mortales. Tenía que hacerse pasar por uno de ellos. En Wal-Mart tenían todo lo necesario para que Danny fuera un mortal más, pero eso requería dinero y él no tenía ni un centavo. Jamás había tenido dinero. Todos los conocimientos que tenía al respecto provenían de Internet y de los libros que había leído; incluso conocía los nombres de los billetes y las monedas y cuál era su aspecto. Pero ese conocimiento no le iba a servir para conseguir esos billetes y esas monedas.

No tardaría en necesitar dinero para comer y beber, y las posibilidades de que alguien le diera un empleo vistiendo como vestía, apenas unos harapos mal cosidos y que le quedaban grandes, eran ínfimas. Por no mencionar el hecho de que no sabía qué trabajo podría desempeñar, sin contar con preparación alguna, en el caso de que fuera legal la contratación de un menor de trece años...

Primero la ropa. Ya se ocuparía del resto más tarde.

El primer obstáculo se presentó nada más llegar a la entrada del centro comercial. Un hombre mayor recibía a los clientes en la entrada norte. Cuando vio a Danny, lo miró de arriba abajo y luego señaló a sus pies.

—Zapatos —dijo escuetamente.

—No tengo —respondió Danny.

—Sin camisa, sin zapatos, no se entra.

—Llevo puesta una camisa —protestó Danny.

—Sin camisa, o sin zapatos, no se entra.

Danny estaba a punto de marcharse con una profunda sensación de impotencia cuando vio a una madre con su hijo de dos años entrando en el centro comercial. La mujer calzaba chanclas.

—¿Y con chanclas?

—Las chanclas valen —respondió el hombre—. Pero no veo que tú lleves unas.

—Porque mi hermano pequeño me las robó. Lo tiene que haber visto entrar, corría con mis chanclas en la mano. No me haga esperar aquí fuera con este frío, mi hermano me robó las chanclas y eso no es culpa mía.

—Yo no he visto a nadie entrar corriendo con unas chanclas —replicó el hombre

mayor.

—Vamos, no es usted tan viejo —arguyó Danny—. No creo que le falle la vista. El hombre frunció el ceño, pero Danny le dedicó una sonrisa cómplice.

—Venga, déjeme que busque a mi hermano y haré que me devuelva las chanclas. Le daré un buen pellizco para que no lo repita y todos contentos.

—Todos menos tu hermano —repuso el hombre, aunque su gesto se había suavizado y casi sonreía.

—¡Qué va! Ése tiene que estar riéndose a gusto después de haberme robado las chanclas y hacerme pasar este mal trago.

—Eres un pequeño embaucador —comentó el hombre—. No le digas a nadie que entraste por esta puerta.

Danny sabía lo que necesitaba y, sin calzado, tenía que conseguirlo cuanto antes y largarse. Pero no pudo evitar entretenerse. El Wal-Mart estaba vestido de Navidad; había muérdago, imágenes de Papá Noel y elfos por todas partes; el rojo y el verde lo cubrían todo. Había luces navideñas, arbolitos de plástico y calcetines para dejar sobre la chimenea la víspera de Navidad. Danny observó que esta época del año era un gran negocio para los mortales, mayor incluso de lo que parecía en la tele o en Internet.

Danny estaba impresionado. Dejando aparte la decoración festiva, no podía apartar los ojos de las cosas que la Familia nunca había comprado para los primos. Había comida que tenía un aspecto extraño, casi incomedible, pero la mayor parte parecía apetitosa. Y bebidas de sabores de los que jamás había oído hablar. Y etiquetas que anunciaban productos exóticos. Complementos cuya utilidad se le escapaba...

Sin embargo, sabía lo que eran las chanclas y las tenían a la venta incluso en invierno. Se acercó a la estantería donde estaban expuestas, las cogió y, sin detenerse, rompió el cordón de plástico que las unía. Cuando llegó al siguiente pasillo ya las llevaba puestas.

El problema era que un hombre lo estaba siguiendo. Cuando Danny se detenía para mirar algo, allí estaba el hombre, simulando interés por algún artículo.

Danny conocía a todos los miembros de la Familia, pero no a los mortales que estaban al servicio de Thor. De todas formas, pensó que los espías de Thor serían más sutiles que el tipo que lo seguía. ¿Un pederasta? Danny había leído cosas sobre la gente así, aunque pensó que ya era mayor para que se fijaran en él; además, si lo fuera, estaría hablando con él, intentando engatusarlo en lugar de mantener las distancias.

¿Un guardia de seguridad del centro comercial? ¡Eso era! A fin de cuentas, el comportamiento de Danny era bastante sospechoso: vagaba de un lugar a otro, sin intención aparente de llevarse nada. «Bueno —pensó Danny—, en realidad sí que

quiero llevarme ropa, pero sin pagar. Así que, señor Segurata, tus sospechas tienen fundamento».

Danny dejó de mirar los artículos que había a la venta y comenzó a examinar a la gente que lo rodeaba. ¿Cómo eran los clientes del centro comercial?

Para empezar, no eran críos de trece años, y ése era uno de los motivos por los que Danny llamaba la atención. Los compradores tenían más de trece años, y cualquiera que no contara con un permiso de conducir iba acompañado de un adulto, ya fuera su padre, su madre u otro familiar. Considerando que Danny había entrado solo en la galería, cualquier empleado del centro daría por sentado que no tenía dinero. Y con mayor motivo a la vista de su actual vestimenta. Sólo le faltaba un cartel colgado del cuello con la palabra «Ladrón».

En segundo lugar, la mayoría de clientes llevaban una cesta o un carro de la compra en el que metían los productos que pensaban llevarse.

«Si metes las cosas que te interesan en una cesta, es que no tienes la intención de robarlas —pensó Danny—. Eres alguien que va de un lugar a otro buscando los artículos que necesitas y, al final, te diriges a la línea de cajas y pagas. Cuando llevas una cesta, o un carro, no vas con la idea de llevarte nada sin pagar».

Con esta reflexión, Danny fue en busca de un carro. Evitó acercarse a la entrada norte por la que había accedido al centro comercial; no quería que el hombre mayor le preguntara por su hermano.

El inconveniente era que el guardia le seguía los pasos de cerca, y cuando Danny se detuvo en otra de las entradas para coger un carro, el hombre se interpuso en su camino.

—Acompáñame —le dijo.

—¿Por qué? —dijo Danny.

—Tú acompáñame y ya está.

—No pienso ir con un extraño a ningún sitio —dijo Danny en voz alta.

La mujer mayor que recibía a los clientes en esa entrada, se volvió hacia ellos. El de seguridad le mostró algún tipo de identificación y la mujer se relajó de inmediato, pero Danny aprovechó la oportunidad.

—No me importa lo que le ha enseñado, no quiero ir a ningún sitio con este hombre.

El guardia suspiró teatralmente y se encaró con Danny.

—Enséñame el interior de tus bolsillos.

Danny lo hizo. Estaban vacíos.

—Levántate la camisa.

—¿Le gusta mirar los cuerpos desnudos de los niños pequeños? —le espetó Danny.

—No eres tan pequeño y quiero ver lo que llevas ahí escondido.

Danny se despojó de la camisa, se descalzó y dejó caer los pantalones, todo a la vez. Una de las pocas concesiones de la Familia a las costumbres mortales era la ropa interior, y Danny se quedó desnudo a excepción de unos calzoncillos blancos.

—¡Dios bendito! —exclamó la mujer mayor—. ¿No te estás pasando? No ha robado nada.

—Lo hará, puedes estar segura —sentenció el hombre.

«Échale un vistazo a mis chanclas», pensó con sorna, Danny. Luego se dirigió al guardia de seguridad en voz alta:

—Voy a coger ropa y meterla en una cesta, y cuando llegue mi mamá, la pagará. Y ya verá la que se monta cuando le diga que un tipo del Wal-Mart me ha obligado a quedarme en calzoncillos.

—Yo no te dije que te bajaras los pantalones.

—Sí que me lo dijo.

—De eso nada.

Danny se volvió hacia la mujer de la entrada.

—Usted lo oyó decirlo.

—No lo sé... —repuso la mujer mayor, algo confusa.

—Oh, venga ya, señora. No puedo creerme que no se acuerde —soltó Danny.

—La está engatusando —le dijo el guardia a la mujer.

—¿Puedo coger la cesta? —preguntó Danny.

—Puedes largarte —dijo el guardia—. Cuando llegue tu madre, si es que viene, puedes volver a entrar con ella.

—Usted manda —replicó Danny, y cogió la ropa del suelo, abandonó la zona de carros y cestas y salió al vestíbulo de la galería.

—¡Ponte los malditos pantalones! —le ordenó el de seguridad.

Danny estaba ahora a la vista de todo el mundo y la gente lo miraba ahí plantado, con unos calzoncillos por toda vestimenta.

—Me obligó a quitarme la ropa y ahora me está echando —dijo en voz alta—. En Wal-Mart deben odiar a la gente pobre. Mi mamá está de camino y trae algo de dinero, lo bastante como para comprarme algo de ropa por Navidad en Wal-Mart, porque aquí tienen buenos precios. El problema es que como soy pobre, este hombre cree que he venido a robar y me ha obligado a desnudarme. ¡Ahora quiere echarme a la calle con el frío que hace! ¡¡Mi mamá va a comprarme un abrigo, pero éste quiere hacerme esperar fuera!!

Danny tuvo que reconocer que el discurso le había quedado bastante melodramático, pero el guardia de seguridad tenía todas las de perder, y eso era algo que los dos sabían. Incluso la mujer mayor de la entrada lo sabía, y le dedicó una sonrisa cómplice y hasta le guiñó un ojo.

La gente se había detenido y, tras escucharlo, miraron al guardia con reprobación.

Danny consideró la posibilidad de seguir hablando y comentar lo afortunados que eran todos porque nadie los obligaba a marcharse con el frío que hacía fuera, pero decidió no hacerlo. Sería excesivo. Se dirigió a la puerta intentando ponerse los pantalones mientras lo hacía.

—Ya me voy, ya me voy —dijo, y entonces hizo como que tropezaba y cayó al suelo.

Lo había conseguido. La gente se arremolinó para ayudarlo a ponerse en pie, recogió la ropa que se le había caído y se interpuso entre él y el guardia.

—¿Qué se cree que está haciéndole al chico? —le imprecó una mujer en tono irritado.

—Es un ladronzuelo —respondió el de seguridad.

—No ha robado nada —dijo la mujer de la entrada—. Eso es más que evidente.

—Sólo quería coger un carro —intervino Danny.

—Puedes comprar con nosotros —se ofreció un hombre—. Respondemos por ti.

—Si lo echa a él, nos echa a todos —espetó la mujer irritada.

El guardia acabó por encogerse de hombros y se alejó en silencio. Pero Danny sabía que no se había rendido. No era más que una retirada táctica; Danny había actuado igual que cuando jugaba de pequeño a la guerra con los demás primos. Simulas una huida cuando en realidad estás preparando una emboscada.

—Gracias —dijo Danny a la gente que lo había ayudado, pero se mantuvo cabizbajo, como si lo avergonzara su condición. Era la misma estrategia que había empleado miles de veces en el pasado para no llamar la atención, y le daba mejores resultados con estos extraños que con los tíos y las tías—. Sólo quiero un carro.

—No te separes de nosotros —dijo el hombre. Lo acompañaban tres niños.

Danny se fijó en él por si necesitaba ayuda más tarde, pero en ese preciso instante prefería estar solo.

—Gracias —le dijo—, pero mi mamá está a punto de llegar y se supone que yo debería estar eligiendo la ropa que me va a comprar. Hoy ha recibido el cheque de Navidad de papá y está cobrándolo.

El cuento era creíble y conmovedor: madre soltera y sin muchos medios, criando a un hijo en solitario. Ahí estaba el chico sin abrigo y calzado con unas simples chanclas. Y encima, el padre era tan mezquino que retrasaba el envío del cheque hasta la víspera de Navidad. Y Danny también sabía que el hombre no sólo se lo tragaría, sino que no iba a querer estar presente cuando la supuesta madre llegara; nadie quiere hacer amistad con una madre soltera, ni siquiera en Navidad.

«Soy bueno —pensó Danny—. Soy capaz de engañar a la gente con historias que encajan con su visión de la vida. No tienen razones para sospechar y se lo creen todo». Y la expresión de Danny era honesta, no parecía que estuviera mintiendo; era algo que había perfeccionado tras años de jugársela a sus primos sin que nadie

sospechara de él. Y si lo pensaba bien, era lógico que fuera bueno engañando y mintiendo, que se le dieran bien las argucias. Era un mago teleportador, el primer loki desde el Loki que había cerrado todas las puertas: la mejor jugarreta de la historia. El engaño era uno de los talentos de los teleportadores, ése era el motivo por el que Hermes, Mercurio y Loki y todos los magos teleportadores de las Familias, se habían encargado de negociar con los mortales. Y también la razón de que tuvieran tantos nombres diferentes; ahí estaban Cupido y Eros, por ejemplo, capaces de colarse en cualquier dormitorio con el disfraz de Dios del Amor. ¡Como si algo así existiera!

E incluso en esos momentos triunfales, Danny procuró que su rostro se mantuviera impassible; sólo era un chico pobre que hacía unas compras navideñas por encargo de su madre. Se dirigió a los carros y, antes de que pudiera coger uno, alguien lo hizo por él.

—Gracias —dijo de nuevo, manteniendo la mirada en el suelo.

Al pasar al lado de la mujer mayor que estaba en la entrada, ella lo cogió del hombro. La miró, no era mucho más alta que él, y vio que le sonreía.

—Eres el más ladino de todos los que he visto —le dijo con suavidad—. No te llesves demasiado, no querrás que alguien pierda su empleo por tu culpa, y menos en Navidad, ¿verdad? —Y le guiñó el ojo otra vez.

Danny no respondió, ni hizo gesto alguno, se limitó a empujar el carro y seguir hacia adelante. Sin embargo, ya no se sentía tan bien, la mujer lo había calado, no se había creído su historia. No era tan bueno como creía. Por otra parte, lo había defendido ante el guardia de seguridad declarando delante de todo el mundo que Danny no había robado nada. Y ahora se limitaba a pedirle que no se llevara demasiado; no le exigía que no robara, sólo que no se excediera. Era obvio que Wal-Mart había contratado a esa mujer siguiendo su política de ayudas a los trabajadores de la tercera edad, pero la mujer no sentía que tuviera que ser leal a la empresa.

Los mortales eran más complicados de lo que creían las Familias. La percepción que se tenía de ellos era que todos eran iguales, pero esta mujer había sido lo bastante lista para darse cuenta de la farsa que había representado Danny, y lo bastante generosa como para permitirle que se saliera con la suya. ¡Y cuando lo había cogido del hombro, lo había hecho con casi tanta fuerza como el Tío Abuelo Zog!

El peligro acecha en todas partes, pero también se encuentran aliados donde menos se espera. En ocasiones, hasta la gente que sabe que estás mintiendo te ayudará y depositará su confianza en ti. En su primera hora de libertad había aprendido bastante.

Empujó el carro de la compra hacia la sección de ropa para chicos. No tardó en darse cuenta de que su talla iba a ser muy complicada de encontrar. Era demasiado alto para la ropa confeccionada para los chicos de su edad y demasiado bajo y escuálido para la de hombre. Se quitó la camisa y los pantalones ahí mismo, sin

importarle que pudieran verlo; no quería pedir permiso para emplear un probador por lo que pudiera pasar. Vio al guardia, algo más alejado que antes, que no le quitaba el ojo de encima. Danny decidió seguir con la farsa, y dobló y volvió a colgar la ropa que no le quedaba bien, metiendo en el carro la que quería llevarse.

Durante unos instantes, Danny casi lamentó que su madre ficticia no existiera; que no hubiera una madre real que fuera a acudir y pagar por las cosas que estaba cogiendo.

Lo que más le costó elegir fueron las deportivas. Resultaba complicado probárselas sin calcetines y no podía comprar un par para probarse el calzado. Al final, optó por coger dos pares de calcetines iguales, cada par estaba unido por una grapa de plástico, y se calzó uno de cada par y luego se puso las deportivas. Se paseó con las zapatillas mientras el calcetín suelto revoloteaba alrededor del tobillo de cada pie. Contento con el resultado, se quitó el calzado y los calcetines y los echó al carro; después se volvió a calzar las chanclas y fue en busca de más ropa.

«No debo pasarme —se advirtió a sí mismo—. El guardia no se lo tragará si elijo demasiadas cosas o si cojo juguetes». Un juego de tres camisetas, otro de tres calzoncillos, el par de zapatillas, un par de vaqueros y otro par de pantalones de vestir, como los que uno se pone para ir a misa, dos camisas de manga larga, una pequeña mochila y una bonita chaqueta de abrigo. Justo lo que una madre le compraría a su hijo si dedicaba la paga extra de Navidad a comprar ropa para su pequeño.

Para terminar fue hacia la sección de tarjetas y felicitaciones. Había decidido llevar la representación hasta el final y se detuvo ante las tarjetas dedicadas a las madres. De vez en cuando, miraba hacia la entrada del centro comercial, como si esperara que su madre fuera a entrar en cualquier momento.

Hora de marcharse.

Miró de nuevo hacia la puerta y, de pronto, sonrió. Se alzó sobre las puntas de los pies todo lo que pudo, agitó la mano con fuerza y echó a correr empujando el carro. Esquivó a la gente que se dirigía hacia la línea de cajas y se desvió a la izquierda en el último instante, como si su madre se hubiera metido en un pasillo lateral. «Que el señor Segurata haga algo de ejercicio», pensó Danny. Al final del pasillo, Danny se metió en el corredor central desde el que partían otros más estrechos. En cuanto vislumbró uno sin clientes, la sección de material de oficina, gritó «Mamá» y se metió en el pasillo secundario...

Y al instante, Danny y el carro de la compra estaban en la arboleda situada en la parte trasera del centro comercial.

Sacar el carro le supo a triunfo; había estado a punto de cargar la ropa con las manos, pero en el último instante decidió aferrarse al carro y seguir corriendo. Y había salido bien.

Danny se quitó la ropa vieja y la desechó junto con las chanclas. Se puso los vaqueros, una camiseta y una de las camisas. Por último, se puso la chaqueta y embutió el resto de la ropa robada en la mochila. Se sintió reconfortado desde el primer momento. Las deportivas Nike eran lo bastante cómodas como para no molestarle demasiado, a pesar de la falta de costumbre. Resultaba agradable no ir pisando piedras y ramas con los pies desnudos. Y eran mucho mejores que los zapatos para las ocasiones que pasaban de un primo a otro, siempre en condiciones lamentables cuando le llegaban a él.

Se quedó mirando el carro vacío; no quería dejarlo abandonado en el bosque. Decidió echarse la mochila al hombro y empujó el carro desde el bosque por el terreno abrupto hasta alcanzar el asfalto de la parte trasera del Wal-Mart, donde varios camiones estaban siendo descargados. Abandonó el carro en cuanto llegó a la zona asfaltada y se dirigió hacia el sur, hacia la zona de almacenes separada del centro comercial por el aparcamiento. Acarició la idea de pasar por la entrada principal como si fuera un mortal cualquiera, aunque al final decidió ir por detrás.

Esa decisión marcó los siguientes años de su vida.

Había un par de tipos fumando en la parte trasera, sentados en los escalones de una escalera con pasamanos. Danny calculó que tendrían unos dieciocho años. Uno llevaba un mono de trabajo y el otro tenía un aspecto más desaliñado; vestía una chaqueta roñosa y a sus pies tenía una mochila muy baqueteada. Se quedaron mirando a Danny cuando pasó por delante de ellos.

—Chico, eres el ladrón más memo que he visto en mi vida —le espetó el desaliñado.

Danny se detuvo y se volvió hacia ellos.

—¿Ladrón?

—Ven aquí —dijo el tipo—. ¡Fíjate, Toni, fíjate! Lleva las etiquetas con el precio.

—Las quité —protestó Danny.

—Puede que quitaras algunas, pero mira, ¿qué tienes en el cuello? ¿Es la etiqueta de la camisa o de la chaqueta?

Desaliñado se había puesto de pie y Danny le permitió que arrancara algo que tenía en la parte posterior de la chaqueta. Luego le mostró una etiqueta del tamaño de un panfleto en el que se podían leer las características del tejido, además del nombre de un diseñador desconocido para Danny.

—Gracias —dijo él.

—Más tonto que un zapato —se rió Tony.

—No, hombre, no —negó el mismo tipo que lo acababa de llamar el ladrón más memo de la historia—. Es sólo un tipo ensimismado. ¿Verdad, chico? ¿A que eres una persona ensimismada?

—Supongo que sí —dijo Danny.

—Quítate la chaqueta a ver si llevas algo más colgando por ahí. Y esa mochila, a ver si lo adivino: ahí dentro hay un montón de ropa con las etiquetas puestas, ¿no? Así, si te detienen, no tendrán que pensar mucho para averiguar si lo has robado, ¿eh, chico?

Danny se quitó la chaqueta y el tipo le arrancó algo de la parte trasera del pantalón.

—¿Y qué me dices de ésta, Eric? ¿Ahora me dirás que el chico está ciego?

Danny había abierto la mochila y estaba arrancando etiquetas a toda prisa.

—¿Qué hago con éstas? —preguntó con las manos repletas.

—Tíralas a alguna papelera —respondió Tony—. O tíralas en el bosque. Lo que te dé la gana, pero no las tires aquí, que me obligarían a recogerlo.

Eric apoyó las manos en las caderas y escudriñó a Danny de arriba abajo.

—Me pregunto qué llevarías puesto antes.

—Otra ropa —respondió escuetamente Danny.

—Otra ropa que has tirado en cuanto has podido.

—Ropa vieja, fea y usada —repuso Danny—. ¿Sacia eso tu curiosidad?

—¿Has oído, Eric? —intervino Tony—. «¿Sacia eso tu curiosidad?». El chaval es un sabihondo.

Danny no apartó la vista de Eric.

—Tú dijiste «ensimismado».

—Porque yo acabé el instituto —replicó Eric—. No valía para la universidad, eso me lo dejó bien claro mi tutor, pero conseguí graduarme. Al día siguiente del fin de curso, me largué.

Eso le gustó a Danny.

—Es justo lo que estoy haciendo yo: largarme.

—Ya lo veo —asintió Eric—. Y lo haces con ropa nueva para que te den una paliza y te la roben.

—¿Es eso lo que vas a hacer? —preguntó Danny. Se preparó para desaparecer.

—¿Qué tienes, doce años? —preguntó Eric.

—Catorce —lo corrigió Danny.

—Entonces es que tienes trece.

Danny asintió.

—Muy bien, chaval, más vale que prestes atención porque vivir en la calle es duro. ¿De qué vas a vivir? Yo ya he cumplido los dieciocho; si quiero, puedo conseguir un empleo, o alistarme en el ejército. Pero tú... ¿qué vas a hacer tú? ¿Buscar a un hombre agradable que te permita vivir con él a cambio de que tú le hagas algunas...?

—Paso de eso —lo interrumpió Danny, molesto. Recordó la acusación que le había hecho al guardia del Wal-Mart y le asaltó el temor de que podía topar con

alguien así de verdad. Podía escapar con facilidad, pensó, aunque si lo golpeaban o lo drogaban, estaría perdido. No podía abrir una puerta si estaba inconsciente.

—Es posible, pero ellos no pasarán de ti; un chico como tú, jovencito y guapetón, con ropa nueva, aspecto de memo y que no tiene miedo de nada... Dile lo que le ocurrirá, Tony.

—Nada mientras no se acerque a mi padrastro —respondió el aludido.

—Tu padrastro no es el único cabrón que hay en el planeta —arguyó Eric.

—Eso ya lo sé —intervino Danny—. Hay unos cuantos en el sitio del que vengo.

—¿Has oído eso, Tony?! —exclamó Eric, dándole una palmada a Danny en el hombro—. ¡Es un hombre de mundo!

—No, no lo soy. Es la primera vez que salgo de casa, de... la granja. —Estuvo a punto de decir territorio familiar, pero habría sonado extraño, como si perteneciera a una secta religiosa o algo por el estilo. Claro que, bien pensado, los miembros de la Familia eran dioses, o al menos eran sus descendientes, y eso casi equivalía a pertenecer a una secta religiosa.

—¿Un chico del campo! —exclamó Eric—. ¡Yijaaaaaaaaa!

—No hay nadie en mi Familia que pegue esos alaridos —dijo Danny, aunque pensó que Lem y Stem eran muy capaces de hacerlo si tenían ocasión.

—Se me está ocurriendo una idea, chaval. ¿Tienes nombre?

—Me llamo Danny —replicó éste; no había motivo para dar un nombre falso.

—Vale, Danny, como te decía antes, la vida es muy dura y eres demasiado joven para vagar por ahí por tu cuenta. Necesitas a alguien que cuide de ti.

—Eso es que se le ha ocurrido cómo sacarte provecho —dijo Tony.

—Lo que he pensado —explicó Eric—, es que el chavalín y yo podemos montar un numerito. Escucha: «No tengo un centavo para darle de comer a mi hermanito, ¿no puede darnos un par de dólares, señora?». Je, seguro que funciona.

—¿Con esa ropa nueva? Lo dudo —comentó Tony.

—Tendrá que mancharla de todas formas —dijo Eric—. Con esas pintas no llegará muy lejos.

Danny se miró.

—No creo que parezca tan nueva dentro de unos días y no pienso mancharla a propósito. Si quisiera parecer un guarro, me habría quedado con mi ropa vieja.

—¿Puedes recuperarla? —preguntó Eric—. No para ahora, sólo te la pondrías cuando fueras a pedir.

—¿Estás de coña? No pienso mendigar.

—¡Ah, ya caigo! Has conseguido un empleo de jefazo en una gran empresa, ¿verdad? ¿Dónde? ¿En Filadelfia? ¿Atlanta?

—No.

—Pues dudo que te puedas dedicar a cavar zanjas en una obra —siguió Eric con

ironía—. ¿Eres peso mosca? ¿Te ganas la vida boxeando? ¿O te dedicas a la lucha libre? ¡No, ya lo tengo! ¡Eres un mecánico de Fórmula Uno!... Vamos, Danny, espabila. Pedir es lo único que te mantendrá con vida aquí fuera. O eso, o te vuelves a casa con papá y mamá.

—Nunca he tenido que pedir. No sé cómo hacerlo.

—¿Puedes recuperar la ropa que llevabas antes? ¿Dónde está?

—En el bosque.

—Ve a por ella —ordenó Eric—. Te espero aquí. Y guárdate toda esa ropa nueva, te la has ganado. Eres un tipo con mucha suerte, conseguir todo eso la primera vez que lo intentas, sin que te atrapen.

—¿Cómo sabes que ha sido mi primera vez?

—¿Cómo? ¿Ya has olvidado las etiquetas? —se rió Tony.

—Vale, tuve suerte —admitió Danny—. Se me da bien escabullirme.

—Eso está bien —afirmó Eric—. Pero ésta es mi ciudad. No vuelvas a robar en mi ciudad, ¿está claro?

—Está claro.

—Tengo un montón de amigos aquí, como Tony. ¿Vas a robar en la tienda de Tony?

—No.

—Bien, porque si lo hicieras, tendríamos que darte una buena paliza.

—Si vives aquí y sigues aquí, ¿qué sabes tú de vivir en la calle? —preguntó Danny.

—Porque llevo en la carretera desde junio. He vuelto por Navidad para saludar a mi madre y decirle a mi padre que le den por culo y se muera.

—¿Se lo has dicho ya? —se burló Tony—. ¿Y se lo ha tragado sin tocarte un pelo?

—Le dejé una nota —afirmó Eric—. Y mi padre no es tan grande como tu padrastro; dudo que pudiera conmigo ahora. He crecido.

Aunque las vidas familiares de Eric y Tony estaban repletas de amenazas, Danny se preguntó cómo se sentirían viviendo bajo la sombra de la Colina Hammernip.

—Recupera esa ropa —dijo Eric—. Te espero aquí. Cuando vuelvas, iremos hacia el norte, la gente de por aquí no tiene dinero para limosnas. Pero en Washington sí, la gente le soltará pasta a un tipo que va con su hermano pequeño, ya lo verás.

—¿Y quién nos llevará?

—Ya encontraremos a alguien. Vete a por esa ropa o tendré que cascarte, hermanito.

—No creo que puedas —replicó Danny, poniéndose a la altura del otro.

—¿Qué no puedo? Mueve el culo, hermanito. Te espero lo que tardo en fumarme un pitillo.

Danny hizo lo que le pedían. Recuperó la ropa, se la puso, metió la nueva en la mochila y volvió corriendo descalzo.

—¡Tío, el chaval no iba de cachondeo! —exclamó Tony.

—Se llama Danny —dijo Eric.

—Eso a mí me da igual —comentó Tony—. Yo no voy con vosotros, tengo un empleo.

—Vaya cosa —se burló Eric y luego se volvió hacia Danny—: Esa ropa es genial. Te queda perfecta.

—¡Venga ya! Es un palurdo, se ve a la legua.

—Pero no habla como un palurdo —dijo Eric—. Es un tipo instruido y será un buen compañero. Le enseñaré a pedir y él me enseñará a escabullirme. Nos llevaremos tan bien que acabaremos siendo hermanos de verdad.

Eric y Tony se despidieron, y media hora más tarde, Eric y Danny estaban subidos en la parte trasera de una camioneta que iba a Staunton. Danny dio gracias a la suerte que había tenido al conocer a Eric.

LADRÓN DE PUERTAS

El rey Prayard de Iceway era un Amo del Oleaje, un mago marino con el poder de controlar y dirigir las corrientes marinas.

Que el rey contara con este poder era natural. Los habitantes de Iceway no poseían tierras fértiles, por no hablar de la brevedad de la estación de cosechas a causa del clima. Sus únicas opciones para sobrevivir residían en el comercio o el pillaje, y considerando que sus fronteras terrestres eran cordilleras montañosas casi inaccesibles, la única puerta al exterior con la que contaba el reino era el océano.

Así las cosas, los magos marinos eran indispensables en los largos viajes oceánicos, sobre todo cuando las condiciones eran desfavorables. Un barco con un buen mago marino a bordo jamás naufragaría a causa de una tormenta. Un Amo del Oleaje a cargo de una flota conseguiría que las corrientes los condujeran a su destino sin percances. Y si contaban con un Gran Señor Marino, el más poderoso de esa clase de magos, éste podía crear una corriente a partir de su aura que siguiera una ruta concreta, y esa corriente duraría décadas, incluso siglos, sin importar si el Gran Señor en cuestión seguía vivo o no. En Iceway llevaban tanto tiempo confiando en los mapas en los que figuraban todas las antiguas corrientes creadas por los Grandes Señores Marinos a lo largo de los dos últimos milenios que ya no se preocupaban de dotar a sus barcos con velas o cualquier otro medio de propulsión. Contaban, además, con los Amos del Oleaje para dominar las corrientes y asegurar el éxito de la navegación de sus barcos comerciales y de pillaje.

No es sorprendente que los grandes magos marinos alcanzaran el poder político en el reino y, por ende, que el poder de dominar las aguas fuera el talento más deseado entre sus habitantes. Si cualquier niño mostraba el más leve indicio de ese poder, se lo entrenaba con denuedo para que lo desarrollara al máximo.

No es que el resto de poderes mágicos no fuera valorado. Un Limo mejoraba la fertilidad de la tierra; un Galerna podía alejar las tormentas que destruían las cosechas; un Mineral podía guiar a los mineros hacia las vetas más ricas y provechosas, y un Herbolario cuidaría de las cosechas para que fueran las mejores. Y las gentes de Iceway valoraban en su justa medida estos talentos.

Pero el poder del agua era algo sagrado para ellos. La familia que concebía un hijo con ese talento alcanzaba una consideración social preeminente, no existían las barreras sociales para alguien capaz de calmar las aguas u orientar una corriente en la dirección deseada.

Los reyes de Iceway siempre se casaban con hijas de magos marinos, o con

mujeres que poseyeran el poder sobre las aguas por sí mismas; pues existía la creencia entre los habitantes de Iceway de que la inclinación hacia ese poder era hereditaria.

Conviene matizar un aspecto en esta cuestión: en Westil, también conocido como Mundo Primigenio, todo el mundo sabía, y estaba más que probado, que los hijos fruto de la unión de dos magos poderosos serían también grandes magos. Pero también se sabía que su talento rara vez guardaría relación con el de sus padres.

Y a pesar de eso, era tal la importancia del poder sobre las aguas en Iceway, que un rey mago marino haría cuanto estuviera en su mano por tener descendientes con su mismo talento, y por ello sólo se uniría a mujeres con esa condición.

Los problemas del rey Prayard comenzaron cuando su padre, el rey Oviak, declaró la guerra al conde de Gray y fue derrotado. Una de las consecuencias de esa derrota fue que tuvo que aceptar el enlace matrimonial entre su hijo Prayard y Bexoi, hermana del victorioso joven conde.

Bexoi carecía de cualquier vestigio de poder sobre las aguas, y sólo mostraba algo de talento como maga de bestias. En un alarde de generosidad, uno podría aceptar que Bexoi poseía la suficiente empatía con las aves como para ser una Pluma. Era cierto que las aves acudían a su llamada cuando estaban cerca, aunque sólo lo hacían los pájaros más menudos; nada de gansos o patos para la cocina, o halcones u otras aves de presa para la cetrería.

Todos los habitantes de Iceway y de Gray sabían que el matrimonio concertado entre Prayard y Bexoi tenía el objetivo de acabar con la sucesión de magos marinos cuyo último representante era el propio Prayard. El rey era uno de los Amos del Oleaje más poderosos de la historia reciente de Iceway, pero su descendencia con Bexoi no contaría con demasiado talento y, desde luego, las posibilidades de que algunos de sus hijos tuviera alguna inclinación hacia el poder sobre las aguas eran mínimas.

Prayard era un hombre de talante gentil y atento, que aceptó su matrimonio con Bexoi por el bien de la nación, aunque lamentaba el malhadado destino de su descendencia. Sabía que ninguno de sus hijos con Bexoi sería un mago marino con el poder suficiente como para convertirse en su sucesor. La línea hereditaria real pasaría a otra casa nobiliaria que fuera capaz de presentar un mago marino con el poder suficiente para optar al trono. A Prayard ni se le había pasado por la cabeza que Iceway cayera en manos de un regente que no fuera capaz de ponerse al mando de la flota de barcos sin velas del reino; creyó que la imposición matrimonial del conde era una venganza contra su familia y nada más.

Sin embargo, los términos del tratado de paz no se limitaron al matrimonio concertado. La llegada de Bexoi a Iceway también supuso la de un pequeño ejército de sirvientes y ayudas de cámara que, en realidad, eran espías y caballeros de Gray, y,

en ocasiones, las dos cosas a la vez. Y entonces, las verdaderas intenciones de Gray quedaron al descubierto: no pretendía vengarse de la vigente familia real desposeyéndola del trono; al contrario, su objetivo era que se mantuviera en el poder y que al trono accediera el sucesor de Prayard, un rey por cuyas venas correría sangre Gray y tendría un poder mágico limitado y sin relación alguna con los mares y sus fuerzas. En otras palabras, Iceway quedaría debilitada y sometida al poder de Gray.

Así fue como la fortaleza de Nassassa, hogar del rey Prayard, se convirtió en un silencioso campo de batalla entre los icewayianos y los grayanos.

La actitud de Prayard hacia su esposa era respetuosa, e incluso compartía su lecho una vez al mes. Todos aceptaron la esterilidad de Bexoi como explicación a la falta de hijos, ya que el rey hacía todo lo que estaba en su mano. Prayard la sentaba a su lado en las recepciones oficiales y le había asignado una generosa asignación con la que podía mantener el contingente de sirvientes y ayudas de cámara que andaba siempre entrometiéndose en el gobierno y negocios de Iceway.

También se sabía que Prayard tenía una amante, más bien una concubina, Anonoei, que había engendrado dos hijos, Eluik y Enopp. El parecido de los pequeños con Prayard era objeto de multitud de comentarios por parte de los icewayianos y muchos los consideraban los legítimos herederos de su padre.

Si Anonoei hubiera sido una maga marina, o incluso una maga poderosa de cualquier otra clase, entonces los agentes de Gray habrían asesinado sin tardanza sin dejar rastro a los dos pequeños. Y si el infanticidio hubiera fracasado, se habría declarado otra guerra. Pero Anonoei carecía de cualquier talento, ni siquiera uno insignificante como el de Bexoi con las aves. No tenía capacidad para crear una efigie, no dedicaba su tiempo al estudio de alguna disciplina, ni mostraba una especial empatía hacia la naturaleza. Su único propósito era complacer al rey Prayard y criar con amor a sus hijos.

Por todo esto, los de Gray aceptaban como ciertas las palabras de Prayard cuando afirmaba que los hijos de Anonoei jamás serían sus herederos al trono, aunque los había reconocido y esperaba de ellos que cuidaran de él en su vejez. No obstante, las gentes de Iceway, así como la nobleza, albergaban la esperanza de que Eluik y Enopp fueran instruidos en los principios del poder sobre las aguas, como se hacía con todos los niños en Iceway. Confiaban en que mostrarían poseer un gran talento y que acabarían por ser los herederos al trono. Entonces encabezarían una flota que vengaría la derrota de su abuelo Oviak y la humillación constante a la que sometían los de Gray a Prayard.

Los grayanos presentes en Nassassa, sabedores de las esperanzas albergadas por el pueblo de Iceway, vigilaban de forma constante a Eluik y Enopp para asegurarse de que no recibían instrucción alguna. Incluso exigieron que jamás se aproximaran al mar, y menos aún, que subieran a un barco. Los icewayianos presentes en la casa real

también vigilaban a los muchachos, pero con la esperanza de averiguar si los chicos estaban estudiando la disciplina del poder sobre las aguas.

Y a este castillo en el que reinaban la intriga, la desconfianza, el resentimiento y un clima de violencia apenas contenida, llegó un día un forastero. Tenía la apariencia de un chico muy alto para su edad o la de un hombre demasiado delgado; por un lado, su rostro era el de un adolescente, pero por el otro, en sus ojos brillaba una sabiduría impropia de alguien tan joven. No hablaba mucho, tanto es así que muchos en Nassassa creyeron que era mudo.

No tenían ni idea de los cientos de años que el extraño había vivido en el interior de un árbol, o cómo tal prodigio había tenido lugar. Sólo una campesina de las tierras altas podría haberles relatado la historia del muchacho.

El extraño y silencioso joven llegó un verano al jardín que había al lado de las cocinas del castillo. Vestía ropa de labrador que le venía grande y tenía un aspecto miserable y famélico. La noche comenzaba ya a cerrarse, y Hull, la cocinera del turno de noche, estaba comprobando la consistencia de las masas de pan preparadas por los aprendices. Cada uno de ellos estaba a un lado de la mesa, mientras Hull trabajaba con la masa que habían preparado. El sudor que cubría los rostros de los aspirantes a panaderos era producto tanto del calor de los hornos de pan como del miedo que les inspiraba la cocinera.

La joven Jib, una prometedor aprendiz en el arte de la preparación de sopas, entró en ese momento y se detuvo en un extremo de la mesa, expectante. A Hull le irritó su presencia. ¿Cómo podía ser tan estúpida de interrumpirla cuando estaba haciendo el pan? Sin embargo, Jib sólo hacía lo que le habían enseñado cuando surgía algún tema urgente: acudir a la cocinera, pero sin interrumpir su concentración. De manera que Hull no podía imputarle falta alguna a la muchacha.

Hull echó dos puñados de harina a la masa con la que estaba trabajando y luego la lanzó sobre la mesa; el sonido fue el de algo húmedo golpeando la madera.

—¿Te hemos dado ya un nombre? —preguntó la cocinera al aprendiz.

—No, señora —respondió el desafortunado muchacho, consciente de que la masa que había presentado estaba demasiado esponjosa.

—Eso está bien, porque alguien que presenta una masa como ésta para hornear no merece recibir un nombre en la casa del rey.

El aprendiz palideció y se abalanzó de inmediato sobre la masa, recubriéndola con la harina que había añadido Hull. Le haría falta más harina y la cocinera lo sabía; quería comprobar si el chico llegaría a la misma conclusión. Era un buen aprendiz, sus panes eran sabrosos, pero era pronto para decírselo; aún le quedaba mucho por aprender.

—¿Y bien? —dijo Hull, dirigiéndose a Jib, que seguía de pie al extremo de la mesa.

—Hay un chico en el jardín, o un hombre. Es difícil verlo bien en la oscuridad.

—¿Y ha sido este chico, u hombre, el que te ha enviado a mí desde el jardín sin las hierbas que te pedí? ¿Dónde está el cilantro? ¿Y el romero? Ni siquiera percibo su aroma en tus manos.

—Lo vi en el interior del umbráculo cuando fui en busca del comino —relató Jib—. El cerrojo estaba echado y la puerta no estaba forzada, pero él se encontraba dentro.

—¿Quieres decir que hemos conseguido criar un nuevo y extraño fruto? —preguntó con sorna Hull. Pero ya se estaba lavando manos y brazos de la harina y la masa; iba a ver lo que ocurría en el jardín.

Jib hizo ademán de acompañarla.

—¿Crees que no conozco el camino hacia el umbráculo, Jib? Ve ahora mismo a por el romero e intenta no topar con extraños esta vez.

Jib vaciló unos instantes, como si quisiera explicar que encontrarse con extraños no era algo que hiciera a propósito. La pobre muchacha era demasiado simple para captar un ironía; o quizá fuera que no concebía que Hull pudiera tener sentido del humor, con lo que todos los sarcasmos y bromas de la cocinera eran considerados como signos de locura más que de ingenio. La inmensa autoridad de la cocinera de noche la convertía en una persona solitaria, a pesar de estar siempre acompañada, lo cual no dejaba de ser otra ironía.

Un intruso y la puerta sin señales de haber sido forzada. Hull no quiso albergar esperanzas antes de tiempo, aunque la aparición de una persona en un lugar cerrado a cal y canto era un indicio prometedor. Pero no, no tenía nada de especial, no era tan difícil colarse en el umbráculo, bastaba con levantar una esquina de la malla que lo cubría o rasgarla con la uña.

Cuando llegó al lugar, Hull observó que Jib había vuelto a cerrar la puerta del umbráculo antes de marcharse. La cocinera tomó nota del detalle como una muestra de sensatez por parte de la muchacha. Hull pensó que cualquiera de los otros sirvientes de la cocina la habría dejado abierta. Ella no habría encontrado a nadie en el jardín y quién sabe si un asesino no acabaría deambulando por el castillo a sus anchas.

Hull abrió la puerta y entró, cerrándola de nuevo.

El chico, o el hombre, estaba sentado en el suelo, entre los parterres. El fulgor de la luna llena del exterior quedaba difuminado por la malla, pero Hull distinguía al intruso con claridad. Se abrazaba las rodillas y durante unos instantes miró a Hull, luego desvió la mirada hacia las plantas frente a las que estaba sentado.

—Así que has venido a por cilantro —comentó Hull—. ¿O es que buscas una cita a medianoche con una cocinera más bien gorda y vieja?

El intruso siguió sin mirarla.

Hull inspeccionó la malla en busca de alguna abertura sin hallarla. La malla estaba tan firme como hacía dos semanas, cuando ella misma la había tensado. Si algo sabía la gente marinera de Iceway, era tensar una tela. Echó un vistazo al extraño, que seguía sin prestarle atención.

Reprimió la creciente excitación que comenzaba a dominarla. No era posible. Cierto que su abuelo le había enseñado a interpretar las señales, pero aún más cierto era que su padre le había repetido hasta la saciedad que ya no quedaban magos teleportadores en el mundo.

Pero ante ella había una señal inconfundible: alguien había aparecido en el interior de un sitio cerrado a cal y canto.

Imposible. Los teleportadores existían, claro que sí. Su abuelo lo había sido, muy a su pesar. Eran las puertas las que no podían existir.

La pregunta, por lo tanto, no era si el intruso era un mago teleportador; la pregunta era si ya había sido descubierto por el Ladrón de Puertas. Y era posible que ése fuera el motivo de que estuviera sentado sin hacer nada; la puerta con la que había entrado al jardín había desaparecido y él no tenía ni idea de lo que había ocurrido.

—Sé lo que eres —dijo Hull. Se acercó desde un lado, para que él la viera pero no se sintiera amenazado. Lo hizo con calma, no quería que el extraño malinterpretara sus movimientos—. Sé que has entrado aquí a través de una puerta que nadie más es capaz de ver. ¿La has abierto tú?

Él no mostró señales de haberla oído.

—¿Sigue abierta la puerta? ¿Puedes marcharte?

Se volvió hacia ella, pero no la miró a la cara, sino a sus rodillas. Luego se volvió de nuevo al parterre, los brotes de albahaca parecían fascinarlo.

—No le diré a nadie lo que eres —le aseguró Hull—. A nadie. Guardé el secreto de mi padre mientras vivió, pero ahora te lo contaré a ti para que compartamos algo que ambos queremos ocultar. Mi abuelo era un teleportador y mi padre tenía el mismo talento. Mi abuelo vivía en el Bosque de los Magos; allí estaba a salvo de los reyes, de sus enemigos, del mundo. Sus puertas le servían para hacer recorridos cortos en el bosque y todo marchaba bien. El resto de los magos le mostraban un gran respeto, pues era el mago teleportador con más talento de los últimos cien años.

El intruso, un niño, nada más que un niño, no podía ser un adulto, la piel de su rostro era tersa y sin arrugas, asintió con lentitud, aunque Hull no supo si lo hacía ante sus palabras o sobre alguna reflexión interna.

—Pero llegó un día en el que decidió crear una Gran Puerta. Una de las que se abren en dos sentidos, uno de ida y otro de retorno. Una que condujera desde aquí al mundo perdido de Midgard.

El niño dejó de asentir.

—Sí, era muy ambicioso. Quería que la magia recuperara su antiguo esplendor y para ello buscaba que los magos transitaran de un mundo a otro, pues esa transición no sólo cura cualquier enfermedad del cuerpo, excepto el desgaste propio de la edad, sino que multiplica por diez el poder de cualquier mago. O por cien. Con esa idea en la mente, mi abuelo reunió a doce de los magos que más respeto le habían demostrado y les contó cuál era su propósito. Añadió que era muy posible que fracasara en su empeño y todo quedara en nada. Sin embargo, ¿y si conseguía abrir una Gran Puerta y moría tras conseguirlo? ¿O conseguía abrir el camino de ida pero no lograba volver? Necesitaba testigos, alguien que supiera dónde estaba la puerta. Y si tenía éxito, otros podrían seguir sus pasos. Mi abuelo era un hombre generoso, se veía a sí mismo como un caudillo de hombres y quiso tenerlo todo previsto. Mi padre afirmaba que era un imbécil, pero eso fue después de que fracasara. Porque fracasó, como ya habrás adivinado.

»Aquel día, mi abuelo comenzó a girar con velocidad creciente, la puerta que estaba creando no era un simple tránsito desde la superficie de un mundo a otro. Estaba perforando, nadie sabe en qué dirección, un gran agujero en el Universo, un túnel que conduciría a un lugar en otro planeta que giraba alrededor de otra estrella. Ése es el mayor de los secretos de los teleportadores, y también uno de los motivos por los que son tan envidiados y temidos.

»Sin embargo, no le cuentes nada de esto a la gente de Iceway, para ellos sólo cuentan los magos marinos, así de cortas son sus miras. ¡Si un mago marino pudiera cruzar una Gran Puerta, su poder sería tan grande que podría crear grandes burbujas en las que guardar los barcos que navegarían por debajo del mar, lejos de la vista de cualquier enemigo! ¡Podrían transformar el agua en cristal y caminar sobre él! ¡O drenar una bahía y luego permitir que el agua volviera de golpe! Un poder que ningún mago marino ha tenido en más de mil años.

»Ahora nadie cree en esas historias; ha pasado demasiado tiempo. Mi abuelo abandonó el Bosque de los Magos cuando perdió su aura... ¿No lo sabías? Eso es lo que hace el Ladrón de Puertas cuando un teleportador es muy poderoso. Los Grandes Magos Teleportadores y los Caminantes abren las puertas empleando parte de su aura en el proceso, igual que cuando se crea una efigie. Es una de las primeras señales que se observa en un niño que posee este don: no pueden crear una efigie.

»El Ladrón de Puertas les roba su aura. Eso es lo que hace. Se la arrebató para siempre. Cuanto mayor es el aura que un mago dedica a la puerta, mayor es el aura que pierde. Mi abuelo volcó toda su aura en la Gran Puerta que estaba abriendo, y cuando el Ladrón de Puertas se la quitó, se quedó sin nada. Desde entonces ya no fue capaz de abrir una puerta, ni siquiera una minúscula. Mi padre me dijo que el abuelo cometió una estupidez al arriesgar toda su aura en una sola puerta. Pero yo sé que tenía que hacerlo, que actuó como un gran hombre y lo comprometió todo en la

creación de la puerta. No quiso reservar nada, porque si fracasaba, siempre se preguntaría si no tendría que haberse esforzado más. Mi abuelo lo dio todo y no tuvo que preguntarse nada de nada.

»Y lo conseguí. Abrió la Gran Puerta. Me lo contó el propio abuelo. Me dijo que podía sentir el camino de ida y vuelta y que, de pronto, desapareció. Como cuando alguien te birla las monedas de la cartera y desaparecen antes de que seas consciente de lo que ha ocurrido.

Hull extendió la mano y le acarició el brazo.

—¿Fue eso lo que te ocurrió? ¿Te arrebató el Ladrón de Puertas tu aura cuando entraste en el umbráculo?

El intruso la miró por fin. Estaban tan cerca el uno del otro que ella distinguió sus ojos a pesar de la oscuridad dominante. Eran ojos insondables, ancianos. Si habían mirado a Jib, era comprensible que la chica no hubiera sabido decirle si era un hombre o un muchacho cuando se topó con él en el umbráculo. Ojos de anciano y piel de recién nacido. Una persona muy extraña. Y callada. ¿Era a causa del dolor? ¿O era muda?

—¿Puedes hablar? —preguntó Hull.

Recibió un leve encogimiento de hombros por toda respuesta.

—¿No sabes si puedes hablar? ¿Es eso lo que quieres decir? Me entiendes, de eso no cabe duda. Has entendido lo que te preguntaba, ¿no? Vamos, dime si comprendes lo que te digo. Al menos asiente con la cabeza.

El intruso la observó con calma y acabó por asentir.

—Bien. Atiende entonces a lo que he pensado: mentiré. Apartaré la malla que cubre el umbráculo y contaré a todos que te metiste a través del hueco. Nadie sabrá lo que eres. Y no deben saberlo porque no estamos en el Bosque de los Magos, y las gentes temen y odian a los magos teleportadores a causa de lo que hizo el Embaucador, Loki, el que nació en el norte de Mitherkame, cuando robó todo el poder que fluía entre los mundos y lo ocultó. Por su culpa, las gentes destierran o matan a quien muestra el talento de crear puertas. Los reyes, por su parte, los buscan para hacerlos prisioneros y servirse de su don en provecho propio. Es por ello que debes ocultar tu condición, y yo te ayudaré a hacerlo.

»Siempre y cuando desees permanecer en este lugar —matizó Hull—. Soy cocinera, y quienes trabajan para mí siempre tienen algo que llevarse a la boca. Y ocurre igual con aquellos que a mí me place alimentar. Comida y refugio, eso te ofrezco. Puedes dormir en un rincón de la cocina junto a los aprendices y las fregonas. No te puedo ofrecer nada mejor, porque para eso necesitaría contar con la aprobación de Rudder, el mayordomo, y no creo que tuviera paciencia con un muchacho tan callado como tú. O un hombre. Pero te consideraré un muchacho, porque eso dice tu aspecto, siempre y cuando uno no te mire a los ojos. ¿Eres capaz

de evitar que te miren a los ojos? No creas que me molesta mirarte, pero tus ojos son extraños y provocarás la inquietud en más de uno. Habrá quien prefiera no verte, y hay quien tiene el poder para hacerte desaparecer. No dejes que la gente te mire a los ojos, ¿comprendes?

El chico asintió.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Y para evitar que la gente sospeche, trabajarás para mí; harás recados, o puedes fregar. ¿Te parece bien? Así justificaré la comida que te voy a dar.

El muchacho asintió de nuevo y una leve sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—¡Ah, me entiendes! —exclamó Hull, satisfecha, aunque en realidad no supiera interpretar la sonrisa—. Esto lo hago por mi abuelo, y por mi padre, que poseía el don, aunque jamás quiso hacer uso de él por temor a que el Ladrón de Puertas le arrebatara el aura como había hecho con mi abuelo. No quería convertirse en un lisiado entre los magos, sufrir el destino de mi abuelo. No soportaba la idea de acabar como un hombre que sólo tiene una pierna, o peor todavía, uno sin brazos ni piernas. Así es un hombre que ha perdido su aura... —De pronto, se llevó la mano a la boca—. ¡Perdona! No sé si eso mismo te ha ocurrido a ti... ¿Te han...? Pero no importa, no tienes por qué contestar a esa pregunta. Por el talento que tuviste, o todavía tienes, te ofrezco un techo tanto tiempo como necesites. ¿Aceptas? ¿Te quedarás en las condiciones que te he ofrecido?

El muchacho volvió a mirarla a los ojos, y esa mirada era como encaramarse a las almenas del muro norte de la fortaleza y mirar hacia abajo, hacia una caída de casi quinientos metros hasta el río.

Entonces abrió la boca.

—Gracias.

Tenía acento, un acento que era la mezcla del acento del padre y del abuelo de Hull, el deje propio de los icewayanos de antaño. Nadie hablaba así ya, y en esa solitaria palabra, Hull percibió más de lo que hubiera deseado. Porque era como si el muchacho hubiera empleado la voz de ella, con un tono más grave, propio del de un muchacho en la adolescencia.

Ese acento no era espontáneo, era algo que el muchacho acababa de aprender, una imitación de la propia habla de Hull. Un nuevo signo de su talento, pues los magos teleportadores eran hábiles con las lenguas, tanto que las podían aprender con sólo escucharlas en las bocas de otros.

Si el chico había sido capaz de aprender la lengua de Hull con tanta facilidad, era porque conservaba su aura, o al menos parte de ella. El chico era un mago.

Hull se incorporó y fue hacia un rincón más oscuro, el más cercano a la entrada en el que Jib no habría reparado al no entrar en el umbráculo. Se empinó y desenganchó la malla que hacía de techo. Soltó tres de los cierres que la mantenían en

su sitio y, a continuación, volvió a prenderlos. Más tarde se lo mostraría a Jib para que ella viera las señales del lugar por donde había entrado el muchacho, señales que permanecerían aunque cerrara la malla tras su entrada. No quiso rasgar la propia malla, estaba bien tejida y Hull quería recogerla cuando acabara el verano para volver a usarla el año siguiente.

Cuando se volvió hacia el chico, la sorprendió verlo al lado de la puerta. La miraba fijamente. Ella le sonrió.

—¡Qué mentirosa soy! —exclamó, señalando lo que acababa de hacer con la malla—. Pero a ti no te he mentado.

Él le devolvió la sonrisa. Luego bajó la mirada y fue como si la luz que había en él se fundiese. Parecía más pequeño, aunque sólo era una ilusión; era tan alto como Hull, y ella era una mujer grande.

Abandonaron el umbráculo y él aguardó, cabizbajo y sumiso, a que Hull cerrara la puerta. La siguió en silencio hasta la cocina cuando ella se encaminó entre las mesas empleadas para el despiece de la carne. Hull se detuvo al sentir la mano de él sobre su brazo.

Su voz era suave, pero ella lo oyó con total claridad.

—¿Eres como tu padre y como tu abuelo?

La pregunta esperada, la gran pregunta de su infancia. A pesar del intenso temor que inspiraba el Ladrón de Puertas, Hull pensaba que todos esperaban que ella tuviera el don, igual que su padre y su abuelo. O, si no el talento de las puertas, sí un gran poder en cualquier otra faceta de la magia.

Pero Padre se había casado con una mujer sin poder alguno y Hull había heredado esa incapacidad. Madre había sido una mujer tierna y paciente, pero su único talento había sido el de amar a sus hijos con todas sus fuerzas, para que fueran capaces de enfrentarse al mundo repletos de autoestima.

—Mi único talento es no olvidar a quienes son buenos conmigo y confiar en quienes lo merecen —respondió Hull.

Él no dijo nada, sólo mantuvo la mano sobre el brazo de ella, un remedo perfecto del mismo gesto que Hull tuviera con él en el umbráculo. Sabía lo que esperaba el muchacho. La parte de la frase que sólo conocía ella, como el colofón de un chiste, y que él quería escuchar de sus labios.

—Sí —rió suavemente—, también tengo el talento de recordar cualquier agravio que se cometa conmigo y, por desgracia, confío muchas veces en quien no debo. — Luego abrió a puerta de la cocina y lo invitó a entrar.

Los aprendices estaban concentrados en sus faenas, pero Hull no era tonta y sabía que hasta hacía un momento habían estado espiando a través de las ventanas de la cocina; las huellas de harina eran visibles en los alféizares. Pero la cocinera tenía una plácida sensación de bienestar, o a lo mejor sólo era la nostalgia ante el recuerdo de

su padre y su abuelo. En cualquier caso, decidió hacer la vista gorda ante la falta de disciplina de los aprendices.

—¿Jib? —preguntó Hull.

La chica se adelantó desde la mesa donde había estado troceando las hierbas aromáticas.

—Entró por una esquina de la malla que estaba suelta y volvió a engancharla después. Por eso no viste nada.

Jib asintió.

—Creo que ha sido cosa del viento, por lo tanto, nadie es responsable de lo ocurrido.

Todos se relajaron visiblemente.

—Tampoco puedo culpar de nada a este muchacho por tener hambre y entrar en un lugar en el que hay comida. Es un viajero, no es de Iceway, o al menos no de esta parte del reino. Habla poco, es posible que no tenga mucha sesera, pero no toleraré ningún tipo de burla. Está bajo mi protección y servirá en la cocina obedeciendo mis órdenes y las de nadie más. ¿Está claro?

—No acabo de comprender —intervino Jib, hablando con franqueza—. ¿Cuál será su posición, estará por encima o por debajo de nosotros?

Hull apreció el gesto y el desparpajo de la chica.

—Ni una cosa ni la otra —replicó—. Sólo dependerá de mí, y así será mientras quiera quedarse.

—¿Tiene un nombre? —preguntó Jib.

Hull miró a su alrededor y vio las masas para el pan que cubrían las mesas; su aspecto era mejor que antes, aunque todavía no lo bastante como para meterlas en el horno. Tuvo una idea.

—Lo llamaréis Pan, si es que tenéis que llamarlo para algo. Tendrá un hueco para dormir entre los chicos detrás de las estufas. No digo que merezca el mejor sitio, pero tampoco el peor.

Esto último iba dirigido tanto a los chicos como al propio Pan.

—Ahora traedle un poco de pan y queso, y también limonada fresca, al chico nuevo. —Señaló a Jib—. Hazlo tú, ya que fuiste tú quien lo encontró. En cuanto al resto, ha llegado el momento de que os explique por qué vuestras masas de pan valen menos que el barro que enfanga las calles en invierno.

Conforme caminaba alrededor de la mesa inspeccionando el trabajo de los aprendices y corrigiendo errores, observó cómo Jib le traía comida y bebida al muchacho y éste mantenía la vista en el suelo, encogido sobre sí mismo, procurando pasar inadvertido.

«Bien —pensó Hull—. Sigue así y nadie fuera de la cocina reparará en ti».

FISTALK

Conseguir dinero, comida y viajar gratis hasta Washington no fue demasiado complicado; al menos, no con Eric al mando. Sabía qué necesitaban y cuándo lo necesitaban. También sabía a quién se lo tenían que pedir.

—Esa chica parece agradable —decía, o—: Ya verás como él querrá presumir delante de su novia. —O también—: Mira, ése va a hacer un viaje largo al norte y tiene sitio. Seguro que nos lleva.

Y entonces era el turno de Danny, que se acercaba con sus harapos y pedía que le dieran algo.

—Tengo que llegar a mi casa en Maryland —decía—. Pero mi papá no quiere mandarme ni un centavo.

Cuando querían que alguien los llevara, se acercaban los dos y era Eric el que contaba su historia.

—Dejé el coche aparcado con las llaves puestas, y cuando volvimos, ya no estaba. Tengo que llevar a mi hermano pequeño a casa en Maryland. Nuestros padres no tienen otro coche, al menos uno que funcione.

Y solían tener éxito. La gente les daba dinero o se ofrecía a llevarlos en sus vehículos.

Cuando se encontraban a solas, Eric se dejaba llevar por el entusiasmo.

—¿Por qué no se me ocurriría conseguirme un crío como tú antes?!! ¡Esa tipa nos ha soltado uno de veinte!

Al final del segundo día de su estancia en Washington, Danny insistió en recorrer el parque National Mall de un extremo al otro, a pesar del intenso frío.

—Mendigar es un trabajo serio, tío —dijo Eric—. Tienes que ser constante o no te ganarás la vida.

—Venga, hombre, es mi primer viaje a Washington DC —suplicó Danny—. Quiero verlo todo.

—A mí no me pongas ojitos lastimeros, tío —le advirtió Eric.

—Se me da bien, ¿eh? —comentó Danny—. Empiezo a preguntarme para qué quiero seguir contigo...

Eric también se había planteado la misma pregunta y tenía la respuesta preparada.

—Para empezar, tú no conoces la ciudad y yo sí.

Danny pensó que eso no era cierto, había conseguido aprenderse el plano del National Mall sin problemas. El monumento a Lincoln estaba a la izquierda, el Capitolio quedaba a la derecha, el monumento a Washington estaba en el centro y la

Casa Blanca quedaba al norte. Los museos se repartían a ambos lados del recorrido. Pero no dijo nada, porque la cuestión no era ésa, la cuestión era que Danny no estaba dispuesto a que Eric siguiera mangoneándolo de un lado para otro.

—En segundo lugar —siguió Eric—, hay tipos que acechan a los críos como tú, y si van a por ti, no podrás hacer nada para impedirlo. En tercer lugar, con esas pintas, la poli no tardará en fijarse en ti, y te llevarán a comisaría y de ahí a Asuntos Sociales; acabarán por averiguar dónde vive tu familia y te enviarán de vuelta con ella. Creo que eso no te gustaría demasiado.

Danny lo escuchó sin abandonar su expresión entre suplicante y lastimera. Las tías solían reírse cuando empleaba el mismo gesto con ellas, aunque de eso hacía mucho, mucho tiempo. No tardaron en pensar que Danny no era nada gracioso.

—Me da la impresión de que no estás prestando mucha atención —le recriminó Eric.

—Me acabas de soltar un rollo en plan mamá preocupada que tira de espaldas, tío.

Eric se enfureció.

—Repítelo y seré yo el que te deje tirado a ti.

Danny se encogió de hombros. Había algo que Eric ignoraba y que Danny no pensaba contarle: nadie iba a atraparlo; ni pederastas, ni la poli, ni trabajadores sociales. Si se encontraba en peligro, todo lo que tenía que hacer era crear una puerta y escapar.

Eric no conocía el poder de Danny, y tampoco iba a creerlo si él se lo contaba. Eric le echó una mirada ofendida y se marchó.

«Vale, vale —quiso decirle Danny—. Lo haremos a tu manera».

Pero lo pensó mejor e hizo a un lado la repentina sensación de abandono que lo asaltó al ver como el otro se marchaba. Se había apañado bien en el Wal-Mart antes de conocer a Eric. Le iría bien en DC. No valía la pena someterse a las órdenes de Eric para conseguir que se quedara con él. O volvía sin condiciones, o no lo haría. Mientras tanto, Danny fue a recorrer el Mall.

Se encontraba cerca del Monumento a los Caídos en Vietnam, así que decidió empezar su visita por ahí. Observó que muchos de los visitantes estaban llorando, y no sólo los que estaban por encima de los cincuenta, que eran los que habían vivido esa guerra en directo y seguramente conocían algunos de los nombres escritos en el muro. También vio pequeñas ofrendas depositadas a los pies del monumento: flores de plástico y de verdad, soldaditos de plástico, cartas y tarjetas. Para Danny nada de lo que veía tenía significado. Las guerras y padecimientos de los mortales no solían interesar a las Familias, excepto cuando eran conflictos organizados por las mismas Familias; enfrentamientos en los que los mortales eran simples marionetas al servicio de los dioses y sus caprichos. Pero cuando los mortales luchaban entre ellos, lo

hacían por razones tan absurdas como el orgullo de una nación, o para decidir quién gobernaría un país o por la libertad... ¿Qué diferencia había en ser gobernado por unos imbéciles u otros? Y tampoco eran libres, ni lo serían nunca, porque no estaba en sus manos tomar ninguna decisión.

Danny sintió un leve malestar al hacer estas reflexiones; a fin de cuentas, hacía muy poco tiempo que él mismo había pensado que acabaría siendo un mortal, si es que sobrevivía a la ira de la Familia. Sin embargo, ahora era un poderoso mago. Danny no sabía hasta dónde llegaba su poder, quizá fuera un débil Caminante, o un poderoso Gran Mago Teleportador, pero aunque fuera un simple Husmeador como la chica griega, era infinitamente más poderoso que cualquiera de los mortales que lo rodeaban en el Monumento a los Caídos en Vietnam.

No obstante, Danny había estudiado historia americana y solía estar pendiente de las noticias que salían en la red sobre América, y aunque no compartía la angustia de los mortales que lo rodeaban, sí que le hubiera gustado hacerlo.

¿Tenía la Familia su propio monumento a los caídos? ¿Era la Colina Hammernip ese monumento?

Danny echó a andar hacia el oeste, con la mente divagando, hasta que llegó al monumento a Lincoln. Subió las escaleras que conducían al grandioso vestíbulo que albergaba la gran escultura de un hombre sentado en una gran silla. ¿O era un trono? Danny alzó la vista y observó a un hombre feo, tan demacrado como los zombis de las películas de serie B. No era más que una estatua, no era el hombre en cuestión. El rostro lo conocía de las monedas, las de menor valor.

«Éste es el dios al que adoran los mortales», pensó Danny, haciéndose eco del mismo desprecio que las tías sentían por los mortales; y ese recuerdo de la Familia fue lo que le hizo quedarse y leer las inscripciones que cubrían los muros.

Al principio se burló de lo que había ahí escrito: el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo... ¿A qué pueblo se referían? ¿A quién podía importarles el gobierno de ese pueblo?

A pesar de estos sentimientos, Danny ya llevaba dos días conviviendo con los mortales y tenía motivos para estarles agradecido. Les había mendigado dinero y comida, y también que lo llevaran en sus vehículos, y lo habían hecho. ¿Por qué? Nadie de los North movería un dedo por alguien que no perteneciera a la Familia. Danny dudaba que alguno de sus parientes, a excepción de Tía Uck, advirtiera la presencia de un niño mortal pidiendo limosna.

Era cierto que Danny mentía a los mortales para obtener su favor, pero aun cuando lo que les contaba fuera cierto, ¿por qué debería importarles? ¿Qué más les daba el que un crío tuviera hambre o quisiera llegar a casa?

El dios de estos Americanos no pertenecía a los antiguos panteones de los North, o de los Griegos, Hindúes, Persas, Galos, Hititas, Latinos o Godos, o cualquiera de

las bandas que había campado a sus anchas hasta que Loki cerró todas las puertas. No, su dios era el propio pueblo; eran una nación en la que se adoraban entre ellos. No como individuos, sino como concepto. Su ideal más elevado era el que todos los mortales gozaran de libertad y los medios necesarios para mantener a sus familias. Los demás importaban.

Danny había sido siempre el objeto de la crueldad de la Familia. Y había tenido que huir para que no le dieran muerte por ser el tipo de mago erróneo. Este Abraham, este Lincoln, ¿habría luchado por los derechos de alguien como Danny? ¿Los derechos de un mago teleportador que había nacido en una época en la que los teleportadores eran considerados enemigos de los propios dioses? ¿Y qué, si lo hubiera hecho? ¿Qué posibilidades de victoria tenía un mortal, aunque contara con una nación entera, armada y dispuesta a apoyarlo en su lucha? Cualquier mago podía acabar con la vida de un mortal sin dificultades.

Además, los propios mortales habían acabado con la vida de Lincoln sin que las Familias tuvieran que intervenir.

Demasiados pensamientos conflictivos. Demasiado tiempo en el mismo lugar. De pronto le asaltó la necesidad de moverse.

Danny echó a correr. Voló escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres. Iba descalzo, pero su paso era firme y no temía nada. Nadie podía cogerlo, nada podía hacerle daño. Dejó atrás el estanque, rodeó la colina del monumento a Washington y se metió en las calles que cruzaban el Mall. No se detuvo ante la Casa Blanca cuando pasó ante ella, lo que buscaba estaba en el otro extremo del Mall, pero no era el Capitolio, no tenía ningún interés en la sede del gobierno americano, era la Biblioteca del Congreso lo que buscaba.

Jadeaba cuando alcanzó su destino; el camino hasta allí era cuesta arriba y además no había comido nada desde esa mañana. Recordó que Eric se había llevado todo el dinero, lo cual no había sido muy inteligente por su parte. Además, la mochila que llevaba a la espalda le molestaba al correr, y eso lo cansó más aún.

Al aproximarse a la entrada de la biblioteca fue consciente de que todavía vestía los andrajos que usaba para mendigar. ¡Y estaba descalzo! Si había algo a lo que los mortales daban importancia, era al calzado.

¿Dónde se podía cambiar?

Rodeó el edificio —era enorme— hasta llegar a la parte trasera de la biblioteca. Por allí discurría una larga calle de casas adosadas. La mayoría de las viviendas tenía escaleras que conducían hasta la entrada principal, y en varias, justo debajo de los escalones, se distinguía una puerta que daba a la planta baja. Danny examinó las viviendas en busca de una que tuviera aspecto de estar desocupada. Cuando dio con una, saltó por encima de la pequeña valla que se alzaba frente a la fachada y se metió en el hueco bajo la escalera. Allí no tardó en cambiarse de ropa. Ahora tenía mucho

mejor aspecto, casi normal, y llevaba puestas las deportivas.

Aun así, Danny se preguntó si le permitirían entrar en la biblioteca; a fin de cuentas, no era más que un crío.

Obtuvo la respuesta en seguida.

No.

—¿Cree que voy a robar algo o qué? —preguntó Danny.

—Eso, o puede que te dé por pintarrapear las paredes —dijo el guardia de seguridad. Pero sonreía, como si le dijera que él no había escrito las reglas y que si por él fuera, Danny podría haber entrado.

Y Danny por su parte tampoco podía contarle que andaba en busca de información sobre los magos teleportadores. Que quería buscarla en libros que hablaran sobre tradiciones y antiguas leyendas. Que necesitaba averiguar algo sobre él mismo y su condición, saber qué podía y no podía hacer. Que era información esencial.

«Los teleportadores son realmente poderosos y peligrosos —se dijo—, pero aparte de servirme para salir de un par de apuros, no tengo ni idea de qué puedo hacer con las puertas que he creado. Por eso necesito un libro. Necesito información».

Su mente voló a la biblioteca que tenía la Familia; allí estaban todas las respuestas que necesitaba. Por contra, no sabía qué posibilidades le ofrecía la Biblioteca del Congreso. Pensó que su mejor opción era buscar libros sobre leyendas y folclore, que seguramente recibirían la consideración de fantasía o, en el mejor de los casos, relatos tradicionales con un trasfondo de veracidad distorsionado por el tiempo. Ese trasfondo era lo que buscaba Danny, quizá bastara para ayudarlo.

La tradición dictaba que los magos recibieran su formación de otros magos de igual condición. Los magos arbóreos eran introducidos al mundo del bosque por un mago arbóreo con experiencia; los magos de las bestias conocían a las bestias gracias a la ayuda de un Ojo, o un Garra.

Ante estos pensamientos, Danny sintió una profunda impotencia a causa de lo injusta que era su situación. Las lágrimas afloraron, aunque las enjugó de inmediato.

—No llores, que no te voy a dejar entrar —le dijo el guardia de seguridad, aunque ya no sonreía.

—Ya lo sé —replicó Danny. De inmediato se puso a pensar de qué manera podía servirse de las lágrimas que, aunque reales, podrían valerle para urdir algún cuento que le facilitara el acceso a la biblioteca. Rechazó la idea al instante. El mortal que tenía delante era un tipo decente. Su obligación era prohibir la entrada a los críos que acudían sin un adulto para impedir que pudieran causar algún tipo de daño. Si permitía entrar a Danny, estaría arriesgando su empleo. No había motivo para que Danny le hiciera correr ese riesgo; no, cuando había otras formas de acceder al interior sin perjudicar a nadie. Un mago teleportador contaba con medios para entrar

y salir de cualquier lugar.

Danny retrocedió e intentó echar un vistazo al interior de la biblioteca desde donde estaba. No consiguió distinguir las estanterías con los libros, pero vio una especie de vestíbulo que conducía a los cuartos de baño. Memorizó la imagen que utilizaría para entrar más tarde. Luego, se marchó.

Desde el exterior contempló la cúpula del Capitolio. Los mortales no poseían magia y, sin embargo, construían cosas como ésta. ¿Qué mago era capaz de tal prodigio? Ciertamente que los magos trabajaban con la naturaleza y que este tipo de construcciones carecía de importancia para ellos. No obstante, los mortales, sin poderes, contando sólo con la habilidad de sus manos y la fuerza de sus ideas, habían construido cosas maravillosas y llenas de hermosura. Sí, también hacían cosas detestables, y cuando las tías hablaban de ellos, mencionaban sus guerras, los hedores que despedían y su manifiesta estupidez. Pero no era toda la verdad. Los mortales también eran capaces de crear. La hermosura, el poder y el ingenio formaban parte de sus virtudes.

Era posible que Loki también hubiera reparado en esos valores. A lo mejor, Loki llegó a preocuparse tanto por los mortales que decidió cerrar las puertas para cortar el suministro del poder de los dioses y así los mortales tendrían ocasión de vivir libres en su mundo. Sería su mundo y ya no pertenecería a los dioses.

Pero Danny tenía que aprender a usar su poder. Porque cuando lo consiguiera, iba a abrir una puerta al otro mundo, a Westil, el antiguo mundo natal de los magos. Si Loki había actuado para favorecer a los mortales, éstos ya habían tenido catorce siglos para desarrollar todo su potencial. Ahora se podría abrir una Gran Puerta de nuevo; Danny estaba seguro de que ése era su destino, la razón de que se le hubiera concedido el poder que tenía.

«No soy otro Loki —pensó—. Soy el anti-Loki, su antítesis. Lo que él cerró, yo lo abriré. Lo que él rompió, yo lo volveré a unir. Lo que él ocultó, yo lo hallaré».

Creó una puerta que lo llevara a la biblioteca y se encontró en el pasillo que daba a los cuartos de baño. Distinguió al guardia de seguridad que le había denegado la entrada; estaba cerca pero le daba la espalda. Permanecía atento a la entrada y hablaba con los otros guardias que lo acompañaban en su puesto. No esperaba que alguien pudiera aparecer a su espalda.

Danny aprovechó que se encontraba en el baño para lavarse las manos y la cara, y se sintió reconfortado después de varios días sin hacerlo. La mugre podía ayudar cuando uno mendigaba, pero no era algo con lo que uno se sintiera cómodo.

Un hombre entró en los lavabos y se quedó mirando a Danny. No, a Danny no, lo que había llamado su atención era la mochila.

—¿Cómo has metido esa mochila aquí dentro? —preguntó sin rodeos.

Danny recordó que había carteles fuera indicando que todos los bolsos y mochilas

tenían que pasar por el escáner; no decían nada de que no se pudiera entrar con ellos. Sin embargo, el temor al hurto de libros unido a la edad de Danny lo convertían en sospechoso a ojos de cualquier adulto desconfiado. Y además, el hombre tenía toda la pinta de ser un capullo, uno de esos que siempre anda buscando a ver si puede pillar a alguien cometiendo alguna falta. Danny estaba seguro de que al hombre le encantaría coger de la oreja a Danny y hacer que lo arrestaran por robo.

Danny abrió la mochila para que el otro pudiera ver que dentro sólo había ropa.

El hombre asintió.

—De acuerdo, pero asegúrate de que dejas eso en consigna antes de entrar en las salas. —Y entonces, sin añadir nada más, el hombre se metió en un váter, cerró la puerta y no tardó en impregnar todo el lavabo de un fuerte olor.

El primer impulso de Danny fue huir, abrir una puerta al exterior, o al menos a algún lugar dentro de la propia biblioteca con una atmósfera más limpia. Pero no lo hizo, la mochila le planteaba un problema. No podía llevarla con él, y tampoco quería perderla. Una posibilidad era volver al exterior y ocultarla, pero corría el riesgo de que alguien la encontrara y se la quedara. Además, no le parecía una solución... elegante. Era lo que solía decir Tía Tweng cuando alguien le daba una solución chapucera a un problema matemático o relacionado con la informática.

—Sí, es correcto —decía—, pero no es elegante. La verdad es simple y elegante a la vez.

Lo que Danny necesitaba era un lugar donde nadie pudiera encontrar la mochila. ¿Y si abría una puerta a un sitio pequeño, como el dispensador de toallas de papel? Podría meter algo en su interior...

Danny siempre se había introducido en las puertas que creaba, pero si abría una en el dispensador de toallas, no podría meterse dentro. Si lo intentaba, era posible que lo destrozara, o peor aún, que el destrozado fuera él.

Se quedó ahí pensando, mientras el tipo dentro del váter gruñía a causa del esfuerzo y el aire se impregnaba de un hedor insoportable. Danny rió para sus adentros y se dijo que el tipo era un mierda en toda regla.

Examinó el dispensador de toallas. Era un armatoste metálico de dos piezas encastrado en la pared. En la parte superior estaba el dispensador en sí, y en la inferior había una papelera para las toallas usadas. La papelera rebosaba papeles y Danny pensó que sería un buen sitio para esconder la mochila; sólo tenía que embutirla hasta el fondo y quedaría oculta y a salvo. Pero seguía acariciando la idea de crear una puerta pequeña e introducir la mochila a través de ella.

¿Qué podría ir mal? Lo peor que podía ocurrir era que cuando los átomos de la mochila intentaran ocupar el mismo espacio que los átomos del dispensador, la pared y la papelera, todo volara por los aires a causa de una explosión nuclear. Y en ese caso, ya no tendría que preocuparse de nada. Y nadie lo culparía a él, culparían a

algún grupo terrorista, o a una potencia extranjera; eso conduciría a una guerra que acabaría con la vida de millones de mortales. No sería la primera vez que una idea absurda por parte de un miembro de la Familia provocaba la muerte de los mortales. En este caso, Danny pagaría con su propia vida por su estupidez.

Pero Danny no conocía ninguna leyenda que hablara de gigantescas explosiones provocadas por magos teleportadores inexpertos, así que, o bien se podía hacer sin riesgos, o era imposible y punto.

Reflexionó sobre la manera de abrir esa puerta sin traspasarla. El problema era que todavía no comprendía cómo funcionaba su poder; sólo sabía cuál era la sensación que acompañaba al hecho de abrir una puerta. Ahora tenía que ser capaz de volver a sentirse de esa forma al pensar en el lugar hacia el que conduciría la puerta pero sin cruzar su umbral.

El hombre dentro del váter suspiró, aliviado.

«Mira que a gusto se ha quedado», pensó Danny.

—Joder —susurró de pronto el hombre—. Joder, joder, joder...

Danny colocó la mochila contra la papelera e intentó visualizarla dentro de ella. No ocurrió nada.

«Más me valdría cruzar los dedos y pedir un deseo», se dijo.

—¿Aún estás ahí? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó Danny.

—No hay papel higiénico aquí dentro. ¿Puedes ver si hay un rollo en el otro cubículo?

Danny dejó la mochila en el suelo y fue al otro váter. Se dispuso a desenrollar el rollo que había en el portarrollos metálico fijado a la pared y pasárselo al hombre por la parte superior del cubículo. Entonces vio que había otro rollo de papel detrás del primero; una delgada lámina metálica era lo único que lo separaba de ese segundo rollo.

La idea surgió casi sin querer: Danny sólo pasaría la mano por la puerta que iba a abrir. Extendió la mano, se dejó invadir por la familiar sensación que acompañaba a la creación de puertas, y atravesó la pared del portarrollos como si no existiera.

—Hola, soy Danny —declamó orgulloso, para sí mismo—. El teleportador que se desprende de una porción de su aura en cada caja metálica que ve.

Notó como sus dedos se cerraban alrededor del rollo de papel higiénico y lo sacó con facilidad. Su mano estaba intacta. Y también la superficie del portarrollos.

Volvió a introducir la mano a través de la superficie metálica y no encontró ninguna resistencia. Colocó el rollo en su sitio, donde encajó sin problemas. Danny sacó la mano y el rollo se quedó dentro.

—¿Qué haces? —preguntó el hombre con impaciencia.

—Conseguir papel para usted.

—A ver si te das un poco más de prisa.

A Danny le entraron ganas de contestarle que no se diera tantos humos, que era él quien estaba atrapado dentro de un váter sin papel.

No lo hizo y volvió a meter la mano por la pequeña puerta que acababa de abrir. En esta ocasión no lo acompañó la habitual sensación de crear una puerta. La puerta estaba allí. Y él lo sabía, lo percibía, formaba parte de su mapa mental. Se preguntó si la puerta tendría alguna utilidad para los demás. A lo mejor el encargado de los baños podía meter los rollos sin tener que abrir el portarrollos.

—¡Date prisa! —exigió el hombre. De pronto, como si quisiera subrayar su impaciencia, el hombre se tiró un sonoro pedo al que siguió el sonido de algo cayendo al agua.

A Danny le vino a la cabeza una malévola versión de Macbeth que le pareció totalmente adecuada para la ocasión: «¿Quién habría pensado que el viejo tuviera tanta caca?». Tía Uck se habría sentido orgullosa de él. La cita, sustituyendo la sangre de la cita original por la caca, era ingeniosa.

Danny asomó el rollo del papel por la parte superior del cubículo en el que se encontraba el hombre.

—Cójalo.

El hombre gruñó por toda respuesta.

Danny soltó el rollo. Cayó al suelo y rodó de vuelta al cubículo de Danny.

—No he podido cogerlo —dijo el hombre. Parecía angustiado, y unos sonidos desagradables reforzaron esa impresión.

Danny lo empujó hacia el cubículo del hombre con la puntera de la zapatilla. El hedor era peor que nunca.

—Gracias —refunfuñó el tipo desagradable—, ahora está sucio.

Danny estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Ha sido un placer —respondió.

Salió del cubículo y se dirigió a la papelera del dispensador de toallas. Abrió una puerta introduciendo la mano. Sacó un montón de toallas mojadas y las dejó caer al suelo. Ahora la puerta ya estaba abierta. Sólo tenía que meter la mochila en el hueco.

Cuando lo hizo, Danny se preguntó por qué la mochila no se salía cuando él retiraba la mano. Y entonces decidió comprobar el tamaño que tenía la puerta. Presionó la superficie metálica con el dedo justo al lado de dónde sabía que estaba la puerta. Nada. Probó en otros puntos y obtuvo el mismo resultado: el metal era impenetrable. Sólo podía volver a entrar a través del sitio exacto para alcanzar la mochila —un punto de la superficie metálica igual al resto—. En ese lugar, la mano atravesaba el metal como si no existiera.

Por eso había que recurrir a la magia para encontrar una puerta. Un Husmeador no podía crear sus propias puertas, ni abrir una que estuviera cerrada, pero podía

localizarlas. Un Ganzúa sí que podía utilizar una puerta, aunque no pudiera crear una. La conclusión era que no había motivos para ocultar las puertas a los mortales. Sin magia, jamás las encontrarían.

Aunque cabía la posibilidad de que sólo los magos sin formación como Danny abrieran puertas que nadie más podía encontrar. Si fuera un mago poderoso de verdad, tendría la capacidad de crear puertas que cualquiera podría usar.

El caso era que la mochila estaba bien escondida en el interior de la papelera. Danny podía marcharse tranquilo, porque a la vista de las condiciones en que se encontraba el cuarto de baño en general, dudaba de que fueran a vaciar la papelera en breve. O podía ser justo al contrario. A juzgar por la escasez de papel higiénico, el encargado de los baños podía estar a punto de pasarse por ahí.

«En ese caso —reflexionó Danny—, robaré otra. No necesito esos harapos de mendigo. Creo que debería dejar de mendigar de una vez por todas».

Danny se agachó y recogió todas las toallas usadas que había sacado y volvió a meterlas por la parte superior del dispensador.

Entonces oyó la descarga de la cisterna procedente del cubículo del hombre. Lo oyó incorporarse y el sonido de una cremallera. El hombre soltó un suspiro de alivio. Danny se apresuró a abandonar el cuarto de baño. Más tarde, advirtió que el comportamiento de ese gilipollas cagón era justo el que la Familia esperaba de cualquier mortal. Danny recordó los sentimientos de admiración que había sentido al contemplar la cúpula del Capitolio y concluyó que había algo que aprender en todo eso. No tenía muy claro qué era, aunque bien pensado, quizá fuera que los sentimientos más elevados podían convivir con los más básicos dentro de la misma especie. Incluso en la misma persona. Y de eso había pruebas tanto en las Familias westilianas como entre los mortales. Grandes héroes, cagones insoportables; hasta era posible que la misma persona asumiera ambos papeles. El idiota del váter bien podría haber sido condecorado con la Medalla al Honor del Congreso cuando era joven.

Danny entró con paso decidido en una gran sala llena de mesas, mostradores de atención al público y ordenadores. También vio estanterías llenas de libros, pero sólo eran una parte ínfima de los inmensos fondos que debía de tener la Biblioteca del Congreso. Si buscabas un libro, tenías que pedirlo para que te lo entregaran.

Danny se sentó delante de un monitor e intentó encontrar lo que había ido a buscar. Comenzó introduciendo «puerta mágica» en el buscador. No sabía si esperar miles de entradas o ninguna; todo dependía de si el buscador actuaba por contenidos o sólo respondía al título exacto del libro.

Obtuvo miles de resultados. Danny observó que había una anotación al lado del buscador: POTENCIADO POR GOOGLE. Los mortales eran capaces de hacer magia con sus programaciones con la misma facilidad que un mago arbóreo la ejecutaba con los árboles. Y si esto era poder auténtico, ¿qué ocurriría si hacía que uno de los

programadores de Google cruzara una Gran Puerta de ida y vuelta a Westil? ¿Contaría con un poder multiplicado por mil? Los ordenadores poseían su propia magia, o eso le parecía a quienes no comprendían su funcionamiento. Los programadores tenían que entender, amar y conocer los ordenadores para obtener los mejores resultados posibles; igual que un mago de las bestias hacía con los animales o un mago pétreo con las piedras.

Danny sonrió al imaginarse a todos los grandes magos de la historia de Westil como si fueran frikis de la informática.

—Jovencito, ¿puedo ayudarte? —le preguntó una mujer, sacándole de su ensimismamiento. Llevaba prendido un carné que la identificaba como empleada de la biblioteca.

—Mi padre está en el baño —respondió Danny.

La mujer sonrió.

—Me preguntaba si podía echarle una mano con lo que estás buscando. —Miró el monitor—. «Puerta y mágica» —leyó—. ¿Es para algún trabajo?

—Busco información sobre viejas leyendas —explicó Danny que traten sobre viajes mágicos.

—Botas de siete leguas —dijo la mujer.

—Podría servir —replicó Danny. Era la primera vez que oía eso de las botas, pero no le costó demasiado imaginar a qué se refería: botas que te permitían recorrer kilómetros con cada paso que dabas... La interpretación de un mortal de la magia de las puertas—. También están los pies alados de Hermes.

—¡Excelente! —exclamó ella, complacida—. Has estado investigando por tu cuenta antes de venir aquí. No puedes ni imaginar la cantidad de gente que viene sin tener una idea clara de lo que quiere. A ver, déjame que te ayude. —Se sentó a su lado e introdujo en el buscador una lista de palabras a la que añadió varios signos de más, de menos y algún que otro paréntesis. En cuestión de segundos había conseguido reducir la lista de libros a unos cuantos. A continuación, pulsó otra tecla.

—Tendrás la lista impresa en mi mesa —le dijo—. Te conseguiré los seis primeros títulos de la lista y los podrás recoger en unos quince minutos.

—¡Vaya! —soltó Danny con auténtica admiración.

—Estamos aquí para ayudar a la gente —dijo la mujer—. Y ahora contamos con los programas adecuados para hacerlo. Antes, todo esto era un desastre, encontrar algo era poco menos que un milagro a no ser que supieras con exactitud lo que querías.

La mujer se marchó en busca de los libros.

«¡Mortales! —Rió para sí Danny—. A veces los adoras, a veces los odias».

Fue entonces cuando llegó a la conclusión de lo ridículo que era clasificar a todos los mortales como iguales; era casi lo mismo que buscar un nombre para todos los

animales capaces de mantenerse erguidos sobre las patas traseras durante más de un minuto, o los animales que tenían el hocico seco. Eran clasificaciones sin sentido. La palabra «mortal» sólo era una forma de llamar a los que no pertenecían a una Familia de Westil. Lllamarlos mortales quería decir que no eran westilianos, nada más. No se podía añadir más información, porque no eran un grupo homogéneo que se pudiera clasificar; sólo eran personas.

Danny no quiso permanecer ocioso mientras esperaba a que le trajeran los libros, así que pasó a otra sala algo más pequeña que la primera. Allí la gente estudiaba, leía y tomaba apuntes. Había cuadros colgados en las paredes y Danny recorrió la sala mientras los miraba. Nadie lo miró dos veces. Un chico que no molestaba, ni se ponía a toquetearlo todo, no merecía la atención de nadie.

«Estoy a diez centímetros de convertirme en un mortal —pensó Danny—. Si fuera un poco más alto y llevara bigote, no levantaría ni la más mínima sospecha. Aunque siempre puede aparecer un capullo como el cagón, que me trataría con desprecio sólo por ser más joven que él y no llevar puesto un traje. Necesito un traje. No ahora mismo, pero con el tiempo me hará falta. Tengo que ofrecer el aspecto de alguien con dinero y eso no lo conseguiré vistiéndome en Wal-Mart. No conseguiré nada creando puertas a sitios donde todo el mundo se me quede mirando a causa de mi aspecto.

»¿Qué clase de ropa usarán en Westil? Cuando cree la Gran Puerta y vaya allí, ¿qué me encontraré? ¿Vestirán como nosotros? ¿O será su ropa tan distinta como la del Wal-Mart comparada con la de la antigua China o el Antiguo Egipto?».

Ya habían pasado los quince minutos. No tuvo que mirar al reloj, estaba seguro. Siempre se le había dado bien eso del tiempo; era capaz de despertarse a una hora concreta o volver a casa a la hora exacta sin necesidad de mirar ningún reloj. Si alguna vez llegaba tarde, no era porque se hubiera despistado, más bien tenía que ver con que sus padres lo castigaban sin cenar y entonces aprovechaba para ir a casa de Tía Lummie. Lummie siempre le preparaba un buen bocadillo, aunque lo riñera por ser un irresponsable.

«Un chico que está creciendo no puede saltarse las comidas, no está bien —decía, y Tío Mook elevaba los ojos al cielo cuando la oía hablar así».

Danny volvió a la sala grande. La simpática bibliotecaria tenía que estar ya de vuelta, si es que en efecto había conseguido encontrar los libros en el tiempo que había pronosticado.

Ya estaba tras el mostrador, y había seis libros junto a ella, tal como había dicho.

—Éstos son casi los mejores que he podido conseguir —le dijo en cuanto Danny se acercó lo bastante para no tener que alzar la voz.

—¿Casi?

—Supongo que no te interesarán las rarezas, aunque éstos sean mis favoritos —

dijo la mujer.

—No sé. ¿A qué se refiere con rarezas?

—Acompáñame y te lo enseñaré. Pero no puedes tocar nada, ¿de acuerdo?

—¿Qué vamos a ver?

—Paciencia.

Siguió a la mujer, que lo condujo a través de una puerta con un cartel que rezaba SÓLO PARA EMPLEADOS. Subieron por una escalera y, al final, dieron con una puerta protegida por un sistema de apertura con teclado; la mujer introdujo una clave y al abrir la puerta se oyó un sonido de succión.

—Atmósfera controlada. Intenta no hacer nada que aumente la temperatura — bromeó la mujer.

Danny la siguió dentro de la sala. Era amplia y estaba llena de libros protegidos en el interior de expositores transparentes. No se detuvieron allí. Siguieron hasta llegar a otra sala donde los libros se alineaban en estanterías. Sobre una mesa había un libro enorme abierto.

—El libro en sí sólo tiene unos doscientos años —comentó ella, señalando el mamotreto—. Pero no está escrito en inglés, así que dudo que te sea de mucha utilidad.

—Está escrito en danés, ¿verdad?

—¿Sabes danés? —le preguntó ella, clavándole la mirada.

Danny se encogió de hombros. Claro que sabía danés, era una de las lenguas procedentes del nórdico antiguo, pero no podía contarle a la mujer que se había criado hablando la ancestral lengua. Junto con el fistalk, la antigua lengua de los germanos anterior a la nórdica, fue adoptada por las colonias que los fenicios fundaron a lo largo del mar del Norte y las costas del Báltico. El fistalk era una de las lenguas de la Familia y algunos de los antiguos libros estaban escritos en ella. Nadie se la había enseñado a Danny, pero el nórdico antiguo incluía palabras y frases de esa lengua y Danny tenía un don innato para aprender idiomas. Podía leer las runas que se utilizaban para escribir el fistalk; runas iguales a las de la página del libro abierto ante él.

—Cuando catalogaron este libro —le contó la mujer—, lo colocaron en la sección de historia americana porque creyeron que trataba de la colonización de Nueva Suecia, en la costa este de Norteamérica. Pero un investigador que sabía leer danés dijo que en realidad trataba sobre Erik el Rojo y Leif Ericson y la colonia que fundaron en Vinland; así que trasladaron el libro a esta sección. Entonces, en la época en la que estaba preparando mi tesis de fin de carrera, encontré el libro y averigüé que en realidad es un libro que habla de otro libro que a su vez habla de un antiguo archivo rúnico.

—¿Sabe leer danés? —le preguntó Danny.

—Soy danesa —dijo la mujer—. Vinimos a vivir a América cuando yo tenía sólo siete años, por eso no tengo acento. Pero cuando vinimos yo ya sabía leer, y no lo olvidé porque había bastantes libros en danés para leer en casa. Este libro habla sobre un antiguo manuscrito que el autor descubrió en una antigua gestoría de Copenhague. Procedía de la biblioteca de un convento que había cerrado sus puertas. El libro que el autor describe está escrito en nórdico antiguo y en latín, y hablaba a su vez de un antiguo archivo rúnico escrito en una lengua desconocida. El autor danés del libro que tenemos delante intentó descifrar esa lengua, hay dos capítulos dedicados al trabajo que hizo en ese sentido, y aunque logró traducir las partes escritas en nórdico y latín, fracasó con las runas.

Danny había creído que la historia no tenía nada que ver con lo que buscaba, pero estaba fascinado. Podía leer las runas, las mismas que el autor del libro no había conseguido descifrar.

—Aquí dice cómo Tiu arrojó las naves de Cartago contra las rocas porque se negaron a pagar el tributo a las valquirias —dijo Danny.

—¿Qué? —exclamó la mujer.

Danny siguió leyendo.

—Cuenta que Loki trenzó una nueva puerta hacia el cielo para que las valquirias la cruzaran muchas veces, ya que, los cartagineses habían devorado la antigua puerta. Y aquí relata cómo la ira de Odín estremeció los cielos y aplastó a Cartago hasta que los supervivientes lloraron bañados en la sangre de sus hijos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la mujer.

Danny asintió.

—Es justo lo que buscaba —dijo—. ¿Cómo lo sabía?

—Me acordé de que la traducción del nórdico ancestral que hizo el autor estaba repleta de referencias a los antiguos dioses y que hablaba de puertas mágicas. Cuando vi que habías escrito puerta y mágica en el buscador, sabía que este libro saldría entre los resultados, así que pensé que te gustaría verlo. Pero ¿de dónde era esa cita que has mencionado antes?

—No era una cita, estaba leyendo el libro.

La mujer examinó las páginas abiertas del libro.

—¿Dónde has leído eso? No dice nada de eso en la parte escrita en danés.

—Lo pone ahí —indicó Danny, señalando a la parte de las runas.

—¿Ahí habla sobre los cartagineses y Tiu y Loki y Odín?

—Lo que no acabo de comprender es cómo pudieron los cartagineses devorar una puerta. ¿No hay más runas?

—Hay tres textos más en las tres páginas siguientes —dijo la mujer con lentitud—. ¿De verdad puedes leer... esto?

—Claro que no —se rió Danny—. Me estoy inventando la mayor parte. —No

pudo evitar mentirle. Le pareció divertido leer una lengua que un chico mortal de su edad no podía conocer y decir luego que se lo acababa de inventar. No era justo burlarse de la mujer, había sido amable y servicial con él, pero era tentador y le gustaba ceder a esa tentación. Cuando vivía con la Familia, se burlaba de los demás con frecuencia; sus primos jamás se lo habían perdonado, aunque los tíos y tías lo encontraban gracioso, una muestra de ingenio... Hasta el día que comenzaron a considerarlo un drekka. A partir de entonces, todo había cambiado.

—¿Cómo es posible que las runas hablen sobre Cartago? —señaló la mujer.

Danny señaló unas runas.

—Los semitas escribían sin vocales. K-R-T-G. En la época en que los germanos se estaban separando de los nórdicos, se encontraban bajo el dominio de la colonia cartaginesa del istmo de la península de Jutlandia.

Danny le recitó lo que había aprendido en sus clases de historia sobre la Familia.

—Es la primera vez que oigo hablar de esto. ¿Cuándo lo han descubierto? Desde luego no figura en los libros de historia que yo he leído.

—Ocurrió en la época en que Cartago era todopoderosa, antes de que entraran en guerra con Roma por primera vez. Los dioses germanos quebraron el poder cartaginés. Este texto debe de proceder de esa época. Sin embargo, nunca me hablaron de Loki ni de una puerta que condujera al cielo.

—Eso no parece parte de la historia nórdica, en sus creencias no figura ningún «cielo».

—Pero en las cartaginesas, sí. Se refieren a otro planeta, uno tan lejano que la luz de su estrella no se puede distinguir ni en la noche más clara. Ése era su cielo, y Loki abrió una puerta para llevarlos allí.

—¿Y ésa es la puerta mágica que andas buscando?

Danny no respondió a la pregunta de la mujer.

—Es la primera vez que oigo eso de trenzar una puerta. Es lo que dirías si estuvieras hablando de cómo hacer una cuerda, pero no una puerta. Creo que «crear» o «construir» serían palabras más adecuadas. ¿Cómo se trenza una puerta? —Danny no esperaba que ella pudiera ofrecerle respuestas, sólo reflexionaba en voz alta, aunque eso significara incumplir la ley de no tratar los asuntos de la Familia con extraños.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer con perplejidad—. ¿De dónde vienes? ¿En qué colegio estudias?

—Estudio en casa —dijo Danny—. ¿Puedo ver el resto de las runas?

—A ver, ya que puedes leerlas, dime en qué lengua están escritas.

—Widdensprak —respondió Danny. La palabra significaba «manera en que habla la gente». No era del todo cierto, nadie hablaba así en realidad, pero era muy similar al fistalk.

—Es la primera vez que lo oigo —dijo ella.

—¿Puedo volver la página, o eso lo tiene que hacer usted?

La mujer extendió la mano y volvió la página con mucho cuidado.

Danny leyó las runas de la página siguiente. Al igual que las anteriores, reconoció las palabras y la gramática no era complicada. Las partes que no eran fistalk se parecían mucho al westiliano, aunque esta última lengua solía emplear un alfabeto distinto. O mejor dicho, silabeo y no alfabeto, ya que el westiliano empleaba una representación gráfica para cada combinación de vocal y consonante. También existían representaciones diferentes para cada nombre común y las terminaciones verbales. El resultado era que las transcripciones escritas ocupaban menos espacio, aunque había que aprenderse ciento ochenta y una representaciones distintas y algunas se parecían mucho entre sí. Danny prefería los alfabetos. El fistalk se escribía empleando runas que también se empleaban a modo de alfabeto, aunque algunas también representaban sílabas. En conjunto era todo bastante confuso y la mayoría de los primos se negaban en redondo a estudiar el westiliano o el fistalk. Tía Lummy solía decir que el westiliano acabaría por desaparecer.

—Si alguien consiguiera volver a abrir una Gran Puerta, no podríamos comunicarnos con nuestros familiares de Westil.

El texto de la nueva página era una continuación del anterior.

—«Escuchadnos moradores de la tierra de Midgard, escuchadnos navegantes de los grandes barcos de Iceway, habitantes de las dunas errantes de Dapnu Dap, magos silenciosos del Bosque y ágiles jinetes de Wold: nos hemos enfrentado a Bel y él ha conquistado el corazón de muchos. Los hombres valerosos huyeron igual que el ciervo ante el cazador, pero Loki no huyó».

—Te lo estás inventando —afirmó la mujer.

—¿Pasamos a la siguiente? —propuso Danny.

—El dios semítico Bel, o Baal, jamás se habría mencionado en una lengua indoeuropea, menos aún en una antigua lengua germánica.

—Error —replicó Danny—. Los hititas conocían a Bel.

Danny consideraba a los hititas una rama de la Familia, aunque se hubieran extinguido. Sin embargo, a esta mujer le sorprendía que él supiera algo sobre ellos.

—¿Qué edad tienes? —preguntó con suspicacia—. ¿Qué buscas aquí?

—Sólo quiero leer la página siguiente.

—No estás leyendo, me estás tomando el pelo. Esto quizá sea un juego para ti, pero es el trabajo de mi vida.

Danny negó con la cabeza.

—No, señora, se equivoca. Todo esto es tan importante para mí como para usted.

—Pensé que te gustaría ver algo muy antiguo. No esperaba que te burlaras de mí con este numerito de leer el libro.

—No es ningún numerito.

La mujer cerró el libro.

—Se acabó. Nos vamos.

En parte tenía razón, Danny estaba jugando con ella, pero no como ella creía. Pero el juego se había acabado. Danny alargó la mano y cogió el libro. La mujer reaccionó de inmediato cogiendo el tomo.

—¿Cómo te atreves?! ¡He confiado en ti!

—Este libro pertenece a quien sabe leerlo —sentenció Danny.

La mujer tiró con fuerza, Danny lo aferró con más fuerza aún. Si abriera una puerta y la traspasara, ¿la arrastraría con él?

—Este libro pertenece a la Biblioteca del Congreso y sólo los estudiantes serios pueden consultarlo.

Danny le respondió de nuevo con la verdad, a pesar de que ella jamás lo creería, o precisamente por eso.

—Estas runas hablan sobre Loki, un creador de puertas. Yo también tengo el poder de crear puertas y necesito leer lo que dice aquí.

—¡Esto es una pesadilla! ¡Suelta el libro, lo vas a estropear!

—¿Y qué si lo hago? No seré yo quien pierda el empleo. Vamos, déjeme que lea la página que falta y se lo devolveré.

—¡Seguridad! —chilló ella.

Danny abrió una puerta y la traspasó. Había vuelto al cuarto de baño y tenía el libro. La mujer debía de seguir en la sala de acceso exclusivo, contemplando sus manos vacías. Podía contarle lo que quisiera a seguridad; dudaba que fueran a creer una sola palabra.

Cogió una toalla de papel y secó el lavabo, a continuación colocó el libro encima y lo abrió.

La tercera página de runas decía:

Loki halló la puerta oscura de Bel, a través de la cual su dios llenaba el mundo de terror y la misma por la que arrebatava los corazones a los bravos guerreros para devorarlos en su mesa de banquetes.

El corazón de Loki fue presa del terror de Bel y las fauces de Bel se cerraron alrededor de su corazón para arrebatarlo.

Loki se aferró a su corazón y siguió a las fauces de Bel a su destino.

Danny lo leyó dos veces para estar seguro de que lo había memorizado y no se le escapaba ningún detalle. Luego pasó a la siguiente página con runas.

Loki permitió que Bel creyera que era su cautivo, más no lo era.

Su corazón sujetaba las fauces, no eran las fauces las que sujetaban el corazón.

Y cuando halló la puerta de Bel, hizo que la boca cubriera el corazón del sol.

¡Qué Bel devore el corazón del sol y lo arrastre a su sombría morada!

Ya no pertenece a Midgard.

Qué bonito. Una historia loando una hazaña del Loki de esa época. Un Loki al que se honraba. Hubo una guerra con un dios cartaginés, o quizá sólo con los cartagineses, y atribuyeron a Loki el mérito de aislar al enemigo. Y lo había logrado desplazando la entrada de una puerta. Danny no tenía la más remota idea de cómo lo había conseguido, sobre todo si era cierto que había situado un extremo de la puerta en el centro del sol.

Se acabó. Danny lo había leído. Lo había memorizado. Era suyo.

Buscó la puerta abierta en la papelera y sacó su mochila. Se la echó al hombro, cogió el libro y abrió otra puerta a la sala donde la mujer se lo había enseñado. La oyó gritando en el vestíbulo, llamando a seguridad.

Necia mortal, ¿de verdad pensaba que podía hacer algo que él no quisiera?

Colocó el libro en su sitio y lo abrió por la misma página de runas que la mujer le había mostrado en primer lugar. Sintió la tentación de quedarse y dedicarle una sonrisa antes de desaparecer. No obstante, decidió no hacerlo, ya se había extralimitado bastante. De hecho, comenzaba a sentirse algo avergonzado al haber correspondido a su amabilidad primero con arrogancia y luego con una exhibición de magia.

Y sin embargo, la emoción de lo que había hecho contrastaba con todo lo anterior. Acababa de probar que era un mago de la Familia North y no uno cualquiera. Era un tipo peligroso, tan peligroso que querían matarlo y enterrarlo en la Colina Hammernip.

Empleó la puerta para volver a los baños y, desde allí, al exterior; al mismo sitio desde donde había entrado en la biblioteca.

Eric lo esperaba con una amplia sonrisa.

—Te has tomado tu tiempo y aquí hace frío, chaval —le dijo—. Vas a tener que explicarme un par de cosas.

STONE

Danny consideró la posibilidad de abrir una puerta y huir, o emplear la puerta que ya tenía abierta y volver a la biblioteca.

Sin embargo, recordó que Eric le resultaba útil. Y a continuación pensó que no quería considerar a los mortales como hacía la Familia, que los dividía en dos categorías: «útiles» y «prescindibles». No, si Danny quería llegar a convertirse en un ser humano, en lugar de una especie de dioscecillo de pacotilla, iba a tener que comenzar por considerar a Eric algo mejor que «útil». Quizá «amigo» sirviera.

—¿Qué es lo que has visto?

—La cuestión es lo que no he visto —remarcó Eric.

—¿Y qué es lo que no has visto?

—A ti —sonrió Eric—. Buen truco ese de la invisibilidad.

—¿Eso hice? —preguntó Danny.

—Eso es lo que vi —respondió Eric—. Venga, hombre, puedes contármelo. Te he traído desde Lexington hasta DC. Estás en deuda conmigo.

A Danny no le gustó el comentario.

—A mí me parece que estamos en paz. Has conseguido más pidiendo conmigo que cuando estabas solo, y te has quedado con todo el dinero.

—Compartimos la comida —arguyó Eric.

—Me gané esa comida. No nos debemos nada.

—Te equivocas —replicó Eric—. ¿Y si le voy con el cuento a la poli?

—¿Qué somos, críos de cinco años? —se burló Danny—. O haces lo que digo, o se lo cuento a mamá...

—Existen agencias del gobierno a las que les encantaría estudiarte.

Eric no era un amigo, en eso se había equivocado. Aunque tampoco podía olvidar que la vida de su compañero siempre se había movido entre el engaño y la trampa. Si Danny conseguía demostrarle que no tenía ningún poder sobre él, entonces recuperaría al viejo Eric con su actitud protectora.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Eso crees?

—Primer punto: ¿quién va a creerse esa historia? ¿Qué es lo que les vas a contar?

—Que puedes hacerte invisible.

—Claro, y esa gente le va a hacer caso a un tipo como tú. Seguro que hay un departamento con un montón de agentes investigando casos como el mío.

—Ya —asintió Eric, irritado. Hizo un gesto con la mano, como si quisiera apartar

la idea de un golpe.

—Segundo punto: si lo pensaras sólo tres segundos, te darías cuenta de que tu plan de entregarme al gobierno tiene un fallo gordo.

—¿Cuál?

—Tres segundos...

—Deja ya de joderme, chaval.

Danny contó hasta tres con los dedos.

—Vale, vale —cedió Eric—. Ya lo pillo, si te entrego, te volverías invisible y no podrían pillarte... Pero ¿y si te esposan antes de que te vuelvas invisible? Entonces no te serviría de nada, estarías atrapado.

—Ése es el último punto: no puedo hacerme invisible.

—Sé lo que vi.

—Y lo que viste no fue un chico haciéndose invisible —explicó Danny.

Eric hizo con los labios una mueca de desprecio, e iba a responder cuando Danny volvió a levantar la mano contando hasta tres con los dedos.

—¿Y qué eras si no te habías vuelto invisible? —exigió Eric con impaciencia.

—Qué no es la cuestión, la cuestión es dónde.

—¡Ah! Quieres decir que no estabas ahí invisible, sino que eras visible pero no estabas ahí.

—Y si te estás preguntando por qué no te lo había contado, piénsalo: ¿me habrías creído? ¿Y si alguien me hubiera oído? Siempre estamos rodeados de gente.

—Y si puedes largarte así, ¿por qué no lo has hecho ahora?

—Casi lo hice —respondió Danny con sinceridad—. Pero decidí que, aunque tú me dejaste plantado en el Mall, yo no soy de los que dejan tirados a los amigos.

Eric alzó la mirada al cielo, luego cerró los ojos, asintió con la cabeza y acabó por tenderle la mano a Danny.

—De acuerdo, tío. Amigos.

—No sé —comentó Danny—. Sé que yo soy un buen amigo, pero tú acabas de amenazar con entregarme a la poli, o al gobierno. ¿Seguro que puedo contar contigo?

—Fui yo quien te trajo hasta aquí —respondió Eric—. Y fui yo quien te siguió por todo el Mall, desde el monumento a Lincoln al de Washington y de ahí al Capitolio.

—Pudiste haberme acompañado en lugar de seguirme.

—Déjalo ya, ¿vale? Estaba preocupado por ti.

—Eso mismo creía yo —dijo Danny.

—¿Qué creías?

—Que yo te importo.

—Vale, lo has conseguido: voy a vomitar.

—¿Dejarás de decirme lo que tengo que hacer todo el rato? —preguntó Danny.

—De eso nada —replicó Eric—, pero aceptaré que no me hagas caso.
—Mientras lo tengas claro...
—Tomaremos las decisiones juntos —cedió Eric.
—Eso me vale.
—Pero antes me tienes que contar cómo funciona lo que sea que haces.
—Ya estamos exigiendo...
—¿Cómo quieres que lo aprovechemos si no sé cómo funciona?
—¿Aprovechemos?
—Somos colegas, amigos, ¿no? Tú has aprovechado las cosas que yo sé hacer.
¿No puedes enseñarme a hacer lo que tú haces? Desaparecer y reaparecer en otro sitio...
—En una palabra: no.
—¿No puedes, o no quieres?
—Aún no tengo muy claro cómo funciona —afirmó Danny.
—Entonces, ¿dónde has estado ahora mismo?
—En la biblioteca.
—¿Una emergencia? —preguntó Eric con sorna—. ¿Necesitabas leer un libro como fuera?
—Tenía que ir al baño.
—¿De verdad fuiste al baño? —preguntó Eric.
—De verdad.
Eric lo observó con atención. Lo que vio lo hizo asentir satisfecho.
—Así que eso es lo que haces: atravesar paredes.
—Claro que sí.
—¿Cómo que claro que sí? —exclamó Eric—. ¿Por qué tendría yo que saber eso?
—Vale, supongo que no es tan obvio. Sí, puedo entrar y salir de los edificios sin más.
—¿Agujereas las paredes? —preguntó Eric.
—No, es una puerta —replicó con impaciencia—. Una que abro y que nadie más puede ver.
—Hablas como si cualquiera pudiera entender de qué va todo esto.
—Lo siento —se disculpó Danny.
—¿Hasta dónde puedes llegar a través de esa puerta?
—Ni idea —contestó Danny—. Lo más lejos que he llegado han sido unos tres kilómetros.
—Pero ¿puedes ir a cualquier sitio?
—Hasta ahora, sí.
—¿Podrías ir a un sitio que no conocieras?
Danny lo pensó. Al principio, cuando no era consciente de que estaba abriendo

puertas, se trasladaba más allá del perímetro de los dominios familiares sin saber adónde iba. Y cuando se introdujo en el hueco entre los muros de la biblioteca de la Familia, lo hizo a un lugar donde nadie había estado nunca.

—Sí, podría —concluyó Danny—. El problema es que no sé cómo lo hago. Me preocupa acabar en el interior de un árbol, o de un muro y volar media ciudad.

—Pero eso no ha pasado —dijo Eric.

—Aún estoy aquí, por lo tanto no, no ha ocurrido.

—¿Puedes llevarme contigo? —preguntó Eric.

—No lo sé —dijo Danny, encogiendo los hombros. Le tendió la mano a Eric—.

¿Quieres probar?

Eric titubeó.

—¿Qué me pasará si no puedes llevarme contigo?

—No lo sé.

—¿Y si puedes sacarme de aquí pero no puedes llevarme hasta allí? ¿Habría trocitos míos esparcidos por todas partes?

—Tienes una imaginación bastante absurda —dijo Danny.

—Estoy calculando las consecuencias —se defendió Eric—. Siempre hay consecuencias.

—No tengo ni idea de cómo funciona esto, Eric.

—Creo que paso de que intentes llevarme contigo.

—Si te vale de algo, cuando paso por una puerta mi ropa pasa conmigo —comentó Danny—. Y todo lo que llevo en los bolsillos. Y también he pasado cosas empujándolas sin llegar a pasar yo.

—Ya, pero eso son «ropa» y «cosas». ¿Lo has intentado con un ser vivo? ¿Algo que llegara vivo y coleando al otro lado?

—Nunca.

Eric sonrió.

—¿Ves? Me niego a ser un conejillo de Indias y acabar mitad mosca, mitad ser humano, atrapado en una telaraña y agitando las patas mientras chilló: ¡Socorro! ¡Socorro! —Esto último lo dijo con una voz aguda y débil.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —preguntó Danny, asombrado.

—¿No has visto La mosca? Me refiero a la versión buena, la de blanco y negro, no la de Jeff Goldblum.

—¿Es una película? ¿Estás hablando de una peli?

—Eso es —confirmó Eric—. A fin de cuentas, esto es una peli. Piénsalo, ahí estoy yo sin meterme con nadie, y llega un crío al que decido proteger. De pronto, resulta que puede desaparecer y aparecer a su voluntad. Esto es como un episodio de «En los límites de la realidad». ¡Espera! ¿Teletransporte? ¡Stargate!

Danny no tenía ni idea de lo que era Stargate, pero por lo visto, Eric pensaba que

era algo genial.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes?! —exclamó Eric—. Claro que tú no necesitas una pirámide, o una máquina, o algo por el estilo... Supongo que no es lo mismo.

—No veo muchas pelis —dijo Danny, encogiéndose de hombros.

—A ver, recapitulemos —siguió Eric, ignorando el comentario de Danny—. Puedes atravesar paredes y puedes empujar objetos a través de esas puertas que abres sin tener que pasar tú también, ¿verdad? Pues en mi opinión, eres el caco perfecto.

—¿Caco?

—Sí, tío, un caco. Alguien que se mete en las casas de otros y roba cosas sin que los dueños se despierten.

—Ya sé lo que es un caco.

—¿Y tengo que saber que lo sabes? ¡Alguien que no conoce ni «En los límites de la realidad», ni Stargate! ¡Hasta es posible que no sepas abrocharte los pantalones!

Lo dijo sonriendo. Danny le devolvió la sonrisa.

—No soy un ladrón.

—¿En serio? —preguntó Eric—. ¿De dónde has sacado esa ropa?

—Wal-Mart —replicó Danny muy serio.

—¿Pagaste en efectivo, o con tarjeta?

—Usé una puerta.

—Entonces eres un caco.

—No es lo mismo.

—Ya, robar en una tienda está bien, pero robar en casas de gente rica...

—Es distinto —insistió Danny—. Robar en Wal-Mart sólo significa que subirán un poco sus precios para amortizar las pérdidas.

—¿Amortizar? —repitió Eric con sorna, como si la palabra fuera en sí un error.

—Robar en una casa es distinto, Eric. Es apropiarse de objetos que pertenecen a gente...

—¿Y si te prometo que sólo robaremos en casa de gente rica? No se darán ni cuenta de lo que nos llevamos.

—¿Y qué vamos a robar?

—Lo que el perista quiera comprar —respondió Eric.

—Vaya, eres todo un profesional del crimen, ¿eh? ¡Conoces gente que compra objetos robados!

—No, listillo, pero conozco a gente que estoy seguro de que conoce a gente que conoce a otra gente que trafica con objetos robados.

—¿Y se supone que tenemos que confiar en los amigos de los amigos de tus amigos? —soltó Danny de un tirón—. Eso me da más miedo que intentar llevarte conmigo a través de una puerta.

—¿Y a ti qué más te da? —se revolvió Eric—. Pase lo que pase, tú estarás bien. Seré yo el que corra los riesgos.

—Ya, y ahora querrás quedarte con más de la mitad de lo que consigamos.

—Correcto —afirmó Eric—. Merezco el doble que tú.

—¿No soy yo el que va a entrar en las casas y correr el riesgo de que lo pillen?

—Eso no es verdad, no te pueden pillar.

—Pueden verme. Podrían hacer carteles de SE BUSCA con mi cara en ellos.

—¿Y?

—Que entonces no podría andar tranquilo por la calle.

—Nadie hace caso a los carteles. Hay barrios en Washington donde todo el mundo aparece en un cartel.

A Danny seguía sin gustarle la idea de allanar casas. Por otra parte, era mejor que mendigar. Trabajaría en lugares cerrados, ganaría más dinero, y mientras sólo se dedicaran a las casas de la gente rica, nadie saldría perjudicado; no demasiado, al menos.

Danny oyó voces, y al levantar la mirada vio a varios hombres uniformados y armados con pistolas. Salían de la biblioteca y se dirigían hacia ellos.

—Salgamos de aquí —dijo Danny.

—Demasiado tarde. Nos han visto —señaló Eric—. Si intentamos abrirnos, entonces sabrán que somos los que están buscando.

—Es que yo soy el tío al que buscan —dijo Danny.

—¿Robando un par de cosillas en la biblioteca para practicar?

—Lo devolví.

—¿No hay nada en la mochila que te pueda incriminar? —preguntó Eric.

—Estoy limpio.

—Entonces, habla con ellos, y así no verás tu jeta en un cartel.

—Nunca he hablado con un poli —dijo Danny—. La cagaré.

—Ésos no son polis, son los guardias de seguridad de la biblioteca. Además, tienes un pico de oro, chaval, convencerías a un mono de que sabe volar.

Danny pensó que si alguien tenía un pico de oro, ése era Eric, que acababa de convencerlo para meterse a ladrón. Pero los guardias comenzaron a gritarles que no se movieran y no hubo ocasión de seguir hablando.

—¡Abre la mochila! —gritó uno de los guardias, acercándose—. ¡Y vaciad los bolsillos, los dos!

—Sí, señor. Ahora mismo, señor —asintió Eric.

Danny abrió todos los bolsillos de la mochila, y al hacerlo recordó el encuentro que había tenido en el Wal-Mart con el guardia de seguridad del centro comercial. Tuvo una idea. No había nadie cerca para hacer de testigo como en el centro comercial, pero le podía valer la misma táctica: ir más allá de lo que le pedían y

desconcertarlos.

Danny se quitó la camisa, se quitó los zapatos y comenzó a bajarse los pantalones.

—¡Sólo te dije que vaciaras los bolsillos! —chilló el guardia que se había dirigido a ellos desde el principio—. ¿Qué haces?

Un segundo guardia se acercó con una sonrisa burlona.

—Ahí tiene mi ropa; ahora puede registrarla —le ofreció Danny—. No quiero que me ponga las manos encima.

—A mí no me importa —comentó Eric—. Puede tocarme todo lo que quiera.

Danny le dio los pantalones y la camisa al guardia chillón y los zapatos y los calcetines al otro. Los dos se quedaron ahí plantados, con la ropa en las manos y sin saber muy bien qué hacer. De pronto, Danny se volvió, se agachó y, bajándose los calzoncillos, separó las nalgas con las manos. Sintió un frío intenso.

—¡Qué estás haciendo! —el guardia chillón estaba histérico—. ¡Súbete ahora mismo los calzoncillos!

Danny hizo lo que le pedía.

—Me parece que acaba de hacerte un calvo, Barry —dijo el guardia que sostenía los zapatos.

—Yo diría que el calvo era para los dos —sugirió Eric.

Danny se había vuelto de nuevo y tenía los calzoncillos en su sitio.

—No tengo ni idea de lo que andan buscando, pero sólo quería dejar claro que yo no lo tengo escondido.

—¡¡Debería encerrarte por exhibicionismo!! —gritó Barry.

—Sin embargo, yo creo que estaba colaborando con un representante de la ley —intervino de nuevo Eric—. Seguro que un buen fiscal tendría un buen caso contra usted por haberse extralimitado con un crío.

Barry dirigió una mirada asesina a Eric.

—¿Qué están buscando? —preguntó Danny.

—Un libro —contestó el otro guardia.

—No puedo meterme un libro en el recto —dijo Danny—. No creo que nadie pueda.

—¡Nadie ha dicho que lo tuvieras ahí! —explotó de nuevo Barry.

—Entonces, ¿por qué tienen toda mi ropa?

Barry tiró la ropa al suelo y se marchó hecho una furia. El otro tipo le dio los calcetines y los zapatos a Danny.

—Eres un tipo listo, chaval —le dijo con una sonrisa—. Si fueras mi hijo, me reiría a gusto, mientras te daba una buena tunda. —A continuación, dio media vuelta y salió corriendo para reunirse con su compañero.

—¡Genial! —exclamó Eric con admiración—. ¡Hacerles un calvo a metro y

medio de distancia!

—Era lo que tocaba —respondió Danny. No le contó que ya había hecho algo parecido en el Wal-Mart. Las temeridades no impresionan tanto si se sabe que no son del todo espontáneas.

—Venga, nos largamos —lo urgió Eric—. A ese tal Barry puede que se le ocurra meterte algo que sí te quepa en el recto.

—Espera un momento a que me vista —repuso Danny.

—Date prisa. Oye, con esas patitas sin pelos pareces un chihuahua —bromeó Eric—. Bueno, uno de esos chuchos mexicanos sin pelo, comoquiera que se llamen, el perro más feo que he visto en mi vida; como ver a tu abuelo en pelotas.

Danny se imaginó a Gyish o a Zog en bolas y no pudo reprimir una sonrisa. Sin embargo, en cuanto recordó que Zog podía hacer que te atacara una bandada de halcones, entre los que podía estar la efigie del Tío Abuelo, la sonrisa se desvaneció.

Les llevó el resto del día conseguir una cita con un perista de aspecto árabe en la trastienda de un pequeño local de ultramarinos. El tipo no apartaba los ojos de Danny.

—¿Bromeas? —soltó el perista—. No es más que un crío.

—Parece un crío —lo corrigió Eric—. En realidad tiene veinticinco años, pero padece un problema hormonal de éstos.

—Tengo catorce —lo interrumpió Danny. Se puso sólo un año más, trece parecían demasiado pocos, porque no se veía lo bastante alto para aparentar quince—. Lo que no comprendo es qué tiene que ver la edad en toda esta historia.

—De acuerdo, ¿qué tenéis? —preguntó el perista.

—Lo que nos pidas —presumió Eric—. Basta con que no sea demasiado pesado para traerlo hasta aquí.

—¿Es que aún no lo habéis hecho?

—¿Hecho el qué? —preguntó Eric—. Nosotros encontramos cosas, eso es todo. Somos unos tíos con suerte. A la gente se le caen cosas y nosotros las encontramos. Eso sí, comprenderás que a nadie se le cae una pantalla plana de alta definición, una de las grandes, ¿verdad? Mi primo no podría cargar con ella.

—Pues utilizad el e-bay, o lo que os dé la gana para colocar las cosas que encontráis —dijo el perista en tono neutro.

—Claro, como si tuviéramos una página web, o un e-mail, o un ordenador, o una condenada cámara con la que sacar una foto para colgarla.

—Ya os apañaréis —gruñó el perista—. Y ahora, sacad el culo de mi tienda.

—Sólo una pregunta —insistió Eric—. ¿Quieres joyas? ¿Cuadros? ¿Portátiles?, ¿i-pads? Sólo tienes que pedirlo.

—Y no se os ocurra volver —dijo el perista.

—Portátiles, entonces —sentenció Eric.

El hombre se puso de pie. No era mucho más alto que Eric, pero llevaba una

ajustada camiseta de tirantes, y lo que se adivinaba debajo era puro músculo.

—Si me traes algo, lo destrozaré con mi bate de beisbol. Pero antes lo haré con vuestras cabezas. ¿Pillas o no lo que quiero decir?

—Nos encantará hacer negocios contigo —dijo Eric—. Vamos, primo, este hombre tiene cosas que hacer.

Danny siguió con alivio a Eric hasta la parte delantera de la tienda.

—Tengo hambre —dijo Danny, examinando las bolsas de aperitivos que había en el expositor cerca de la caja.

—Aquí no —le advirtió Eric—. ¿Quieres que nos maten?

Cuando salieron a la calle, Danny se encaró con Eric.

—¿Ésa es tu manera de negociar?

—¿Estás de coña? —respondió Eric—. Ha ido de maravilla.

—¡Te amenazó de muerte!

—Nos amenazó. Te incluyó a ti en el asunto del bate de beisbol.

—Ya, pero yo no pienso volver. ¿Qué vamos a hacer ahora? No tenemos más peristas. Tus amigos no están tan metidos en los bajos fondos como tú creías.

—Tranquilo. Comprará lo que le traigamos —aseguró Eric.

Danny no pudo reprimir unas carcajadas.

—Ahora lo pillo. Te crees tus propias mentiras.

—Nada de eso —protestó Eric—. El tipo tiene miedo de que seamos polis, que llevemos un micro, o algo por el estilo. Tiene que montar ese escándalo para disimular. Te garantizo que comprará lo que le traigamos esta noche.

—Te equivocas. Sé cuando la gente habla en serio, y ese tío no nos quiere volver a ver.

—¡Bah! Es fácil decir que no antes de ver el género. Cuando lo vea, cambiará de opinión.

—O nos cambiará a nosotros a golpes de bate.

—Confía en mí —casi suplicó Eric.

—¿Confiar en ti? Tú eres el que no quiere pasar por una de mis puertas porque es arriesgado.

—Por eso formamos un equipo tan bueno —enfaticó Eric—. Cada uno es un completo estúpido en cosas distintas.

Danny no estaba muy de acuerdo con lo de formar un equipo. Si Eric tenía un equipo, contaba con un solo miembro, y ése no era Danny.

Eric lo observaba con ansiedad, la misma que empleaba cuando quería convencer a Danny de algo. No es que estuviera mintiendo, era más bien una necesidad de ser creído porque necesitaba obtener algo.

Confía en mí, decía esa mirada, confía en mí hasta que haya conseguido lo que necesito.

En este caso, lo que necesitaba de Danny era que aceptara su plan de robar, de entrar sin forzar la entrada. Y Danny podía proporcionárselo.

Mientras Eric estaba buscando a alguien que lo pusiera en contacto con un perista, había aprovechado para encontrar un sitio donde pasar la noche. Un colega le dijo que ya tenía compañero de cuarto y que sólo podrían quedarse una o dos noches. Pero hubo otro, un tal Ced, dos años mayor que Eric, que mostró tanto entusiasmo sobre el tema del alojamiento como el que mostraría un chulo promocionando su negocio.

—Es una casa de tres pisos y está en una parte decente de la ciudad; el dueño se llama Stone y no pide nada a cambio, sólo que seas sociable. Puedes quedarte lo que quieras siempre que no atasques el váter o te pongas a saltar en el sofá; hasta puedes guardar cosas en la nevera... A cambio, basta con que pongas el lavaplatos de vez en cuando y hagas algún recado, aunque casi nunca pide nada. Le gusta llamarnos su séquito o su equipo, pero el tío mola.

Eric y Danny se quedaron con la parte de que se podían quedar todo lo que quisieran. El sitio estaba a unas seis manzanas al este de la Biblioteca del Congreso y a dos manzanas al oeste del parque Lincoln. Danny no tenía ni idea de cómo sería una parte «indecente» de la ciudad, pero lo de decente sonaba muy bien, sobre todo para un chaval procedente de una granja de Virginia.

Las casas se sucedían unas a otras a lo largo de la calle; todas tenían escaleras hasta la puerta, y bajo esas escaleras había sótanos o plantas bajas con entradas a nivel de calle. Había muchas vallas y verjas, pero nada que no pudieras superar de un salto. Se encontraron con gente paseando al perro antes de cenar, o volviendo a casa después de trabajar, mientras otros salían a pasar la noche fuera.

—Estamos a tres manzanas del metro —comentó Eric—. Eso está bien.

—No llevamos la ropa adecuada para un vecindario así —dijo Danny.

Eric comenzó a enumerar las razones por las que creía que Danny era un bobo de tomo y lomo.

—A: somos chavales. Vestimos como chavales. Es como un uniforme y nosotros lo llevamos puesto. B: no tenemos que encajar aquí, éste sólo es el barrio donde vamos a vivir. Cuando vayamos a buscar los objetos que esto... la gente deja tirados por ahí para que los encontremos, entonces sí que hay que ir vestidos como toca. Ése será el vecindario donde no nos interesa que la policía se fije en nosotros y nos pare para ver qué estamos haciendo allí.

—Entonces, ¿llevamos o no la ropa que toca para esos barrios? —preguntó Danny.

—¿Has olvidado el punto número A? —apuntó Eric—. Somos chavales.

—La A no es un número —murmuró Danny. Eric le dio un pequeño empujón para que siguiera andando. Danny tropezó con el bordillo y estuvo a punto de caer al

suelo, pero Eric se adelantó cogiéndolo de un brazo mientras se reía, divertido.

Danny tuvo que reconocer que Eric podía ser un puñetero egoísta, pero también lo eran sus primos, y éstos nunca habían bromeado con él.

—Vale, ¿dónde está ese barrio tan maravilloso? —preguntó Danny.

—Todavía no lo sé —respondió Eric.

—Pensé que conocías Washington.

—Conozco los mejores sitios para mendigar y también donde se pueden conseguir drogas. Allí no hay nada que robar, o mejor dicho, lo hay, y bastante, pero si cometes el error de intentarlo, alguien se encargará de perseguirte y darte matarile del bueno.

Danny soltó una carcajada.

—¿«Matarile del bueno»?

Eric no se rió.

—Te cortan en trocitos mientras estás vivo; cuando te matan y te dejan tirado por ahí, la gente capta el mensaje: aquí no se roba.

La conclusión era que había gente peor que la Familia; Danny ya lo sabía, había navegado por Internet y también estaban las clases de historia, pero nunca pensó que esa gente viviera en un lugar como Washington.

Llegaron a la casa que les había indicado Ced. La fachada estaba recién pintada y había flores por todas partes: en jardineras, macetas y en el pequeño jardín frente a la entrada. Danny se detuvo, disfrutando del embriagador aroma que procedía de la casa y preguntándose si el tal Stone sería un Mago de la Flora o un Guardasemillas. Pero no, imposible. ¿Cuáles eran las probabilidades de encontrarse con un miembro de alguna Familia así, de buenas a primeras?

Ced les había dicho que entraran sin llamar a la puerta, pero Eric se detuvo, indeciso. Al final, decidió llamar con los nudillos y, a continuación, pulsó el timbre. Se oyó ajetreo procedente del interior y a alguien que acudía a la entrada.

La puerta se abrió dando paso a una mujer, no, era una chica de unos dieciséis años, que vestía una enorme camisa blanca de hombre que llevaba arremangada. Aparte de la prenda masculina no parecía cubrirse con nada más, y eso distrajo, y mucho, a Danny. No era capaz de apartar los ojos de la chica, aunque intentaba con todas sus fuerzas mirar a cualquier otra parte.

La chica los miró de arriba abajo y luego se volvió y gritó:

—¡No es nadie! ¡Sólo un tipo con su hermanito buscando una cama!

—¿Podemos pasar? —preguntó Eric.

La chica le lanzó una mirada tan compasiva y altanera a la vez que consiguió que Danny se ruborizara.

—Supongo que eso es un sí —dijo Danny.

—¿Qué pasa, chaval, una miradita femenina y adiós pelotas? —murmuró Eric

antes de seguir a la chica al interior.

Cuando llegaron a la desordenada sala de estar, se encontraron con un malhumorado Ced que entraba en ese preciso instante.

—Os dije que entrarais sin llamar, mamones. Sólo la bofia llama al timbre; me ha faltado esto —aproximó el índice al pulgar— para tirar la hierba por el váter.

—¿No decías que estaba prohibido atascar el váter? —intervino Danny.

—Mira, un gracioso —masculló Ced.

—¿No vas a presentarme a tus amiguitos? —preguntó la chica.

—Dejaron de ser amigos cuando tocaron el timbre —refunfuñó Ced.

Danny tendió la mano.

—Soy Danny.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la chica—. ¿Doce?

—Trece —corrigió Danny.

—¡Qué mayor! —se rió la chica—. ¿Ya tienes pelo en el pecho?

Danny vaciló, sin saber cómo interpretar la pregunta.

—Creo que no —respondió finalmente.

—¿Tienes pelo en algún sitio? —insistió la chica.

—Déjalo, ¿quieres? —intervino Eric—. Es sólo un crío.

—Mira quién habla: el hombrecito. ¿Y tú quién eres? —preguntó, burlona.

—Soy Eric. ¿Y tú, tienes nombre?

—¿Qué día es hoy? —preguntó ella.

—Jueves —contestó Ced. Estaba liando un cigarrillo tumbado en el suelo. Danny adivinó que el cigarrillo no era de tabaco.

—Entonces me llamo Lana —dijo la chica.

—¿Y si fuera miércoles? —dijo Eric.

—Te habría bajado la bragueta en lugar de ponerme a hablar —replicó con desparpajo—. Los miércoles soy una zorra que te cagas.

—Menos mal que te hemos pillado en un jueves de castidad —ironizó Eric.

—¿Se supone que eso tiene gracia? —preguntó Lana con sarcasmo.

—Se me ocurren respuestas mucho mejores, pero las guardo para cuando vale la pena —respondió Eric.

—¿De verdad? ¿Las untas con miel para que la gente no vomite al oírlas?

—Oye, tío —dijo Eric, dirigiéndose a Ced—. No sólo necesitamos un sitio para dormir, también queremos que alguien nos eche un cable. ¿Está el señor Stone?

Lana lanzó un alarido burlón.

—Nada de señor Stone, tutéalo —dijo Ced—. Stone a secas. Es su nombre. Nunca he oído a nadie que lo llame de otra manera.

—Es la traducción de su nombre auténtico —dijo Lana—. Su nombre real no hay quien lo pronuncie. Se lo pusieron sus padres en su idioma nativo.

—¿Qué idioma? —saltó Danny interesado ante la mención de otras lenguas.

—Amazonio —dijo ella—. No, ¿amazon...? Tampoco, ésa es la librería de Internet. ¿Umbilical?

—No tiene ni idea —intervino Ced, pasándole el porro a la chica.

—Ahora no —lo rechazó Lana.

Ced se encogió de hombros y guardó el porro sin encenderlo.

—¿Qué quieres de Stone? —preguntó Lana.

—Supongo que el hombre lleva tiempo viviendo en Washington, seguro que nos podría enseñar algún buen barrio donde la gente sea descuidada y pierda cosas. Cosas caras que tipos como Danny y yo podríamos encontrar.

—Para eso no te hace falta hablar con Stone —repuso Lana—. ¿De dónde habéis salido? Cualquiera sabe que el mejor barrio de la ciudad es Georgetown.

—Creía que eso era una facultad —dijo Eric.

—Es una universidad —lo corrigió Lana—. Y también un barrio de ricachones. Tampoco está mal la zona de Chevy Chase, en Maryland. Basta que vayáis hacia el oeste, la pasta está en esa dirección. Supongo que los objetos que queréis encontrar están dentro de las casas, ¿verdad?

—Me da que ése es el mejor sitio, sí —respondió Eric.

Danny no podía creerse que Eric estuviera comentando sus planes con desconocidos. ¿Cómo sabía que no le iban a ir con el cuento a la poli?

—A tu amiguito no le hace mucha gracia que hables tanto —se rió Lana.

Eric miró a Danny.

—Todavía no sabe de qué va —comentó—. Pero ya se pondrá al día. Es muy bueno en lo que hace. Tiene talento.

—¿Bueno en qué? —preguntó Lana.

—Bueno en meterse en sitios cerrados —respondió Eric.

—¿Y cómo lo hace?

—Sólo tengo que desearlo —dijo Danny. Luego se arrodilló en el suelo y comenzó a hojear las revistas que había sobre la mesa en el centro del cuarto. Rezó para que Eric cambiara de tema, pero fue en vano.

—Es justo eso: magia —dijo Eric—. No toca ni puertas ni ventanas. No deja huellas, simplemente aparece dentro de la casa.

—Ya vale, Eric. Déjalo de una vez. —Danny comenzaba a irritarse.

—No te mosquees tanto, tío, o van a creerse que haces magia de verdad —se rió Eric.

—Yo ya me lo creo —dijo Lana—. Tiene un toque mágico, eso se nota.

La chica se arrodilló delante de él. Estaba tan cerca que Danny podía sentir su aliento en las mejillas y tuvo la sensación de que iba rozarlo con los pechos. Quiso volverse, pero si lo hacía, no tendría más remedio que tocarla.

—Venga, Danny —dijo la chica, colocando sus manos sobre los hombros del muchacho—. Muéstrame tu magia.

—Déjalo en paz, Lana, sólo es un crío —le advirtió Ced.

—¿Sería corrupción de menores? ¿Es eso lo que quieres decir? —preguntó Lana con sarcasmo. Acercó su cara a la de Danny y lo abrazó por la cintura. Ahora, los pechos de la chica se aplastaban contra su propio pecho y su aliento se mezclaba con el suyo. Cuando habló, sus labios rozaron los de Danny.

—¿Qué te ocurre, menor de edad? ¿No vas a besarme?

Danny se echó hacia atrás, pero al estar de rodillas sólo consiguió perder el equilibrio. Ella aprovechó para empujarlo y ponerse encima de él; apoyó las manos sobre sus hombros y se sentó a horcajadas sobre su entrepierna. Como Danny seguía con las rodillas dobladas debajo del trasero, tenía el cuerpo arqueado y en contacto íntimo con el de ella. Sintió cosas que nunca había sentido antes. Las únicas chicas con las que había tenido alguna relación eran sus primas, y siempre las había visto como hermanas. O menos que hermanas, incluso, porque sólo sentía desprecio hacia ellas. Pero Lana no era su hermana, y tampoco la despreciaba; estaba fascinado por la chica y por las sensaciones que despertaba en él. Y, sin embargo, también sintió miedo. ¿Qué magia era esa que lo alteraba tanto? No era la magia que él conocía y que funcionaba con las plantas, o los animales, o los elementos; ésta era magia que afectaba a la gente. ¿Sería ésta la temida magia mental de la que apenas había oído hablar?

—Ya basta —ordenó Eric—. No lo he traído aquí para que le contagies alguna enfermedad.

Ella se volvió para encararse con Eric. Danny no podía verle la cara, pero al darse la vuelta, le había soltado los hombros y él pudo alzarse sobre los codos. Se arrepintió casi de inmediato, porque al ver su cuerpo en contacto con el de ella, las sensaciones que lo recorrían de pies a cabeza se intensificaron.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Lana al advertir su expresión.

—No tiene ni idea de lo que le hablas —dijo Eric.

—Ni falta que le hace —adujo ella—. Con tal de que lo sepa yo... —Alzó las caderas y metió la mano entre sus propias piernas hasta alcanzar los pantalones de Danny. Comenzó a bajárselos.

Danny pegó un respingo hacia atrás en un intento de librarse de ella, pero sólo consiguió bajarse aún más los pantalones. Desesperado, se impulsó hacia ella para mantenerlos puestos.

—Ayúdame antes de que lo viole —le pidió Eric a Ced. Eric la cogió por debajo de un brazo y comenzó a levantarla, Ced hizo lo mismo por el otro lado.

—Chicos, chicos, esperad vuestro turno —dijo ella. Pero no se detuvieron hasta separarla de Danny.

—Súbete los pantalones —le ordenó Eric con sorna.

—Eso intento —respondió Danny, aunque observó que tampoco se los había bajado tanto. Quizá no había sido ésa su intención y sólo buscaba llamar la atención de Ced, que en esos instantes la sacaba sin miramientos de la estancia.

—Sólo quería educar al chico —se intentó justificar ella con una risita—. ¡Le he concedido una beca para mis clases íntimas!

Ced la acompañó fuera de la sala de estar. Danny pudo oír como él la recriminaba, con más pesar que rabia:

—No entiendo cómo puedes comportarte así, Lana.

Danny sintió alivio cuando la vio marcharse. También algo de decepción, pero sobre todo, alivio.

—¿De qué va? —preguntó Eric cuando Ced volvió con ellos—. ¿Forma parte de alguna campaña de alivio para tíos salidos?

—Es mi mujer —respondió Ced con un suspiro—. Pero ni se os ocurra compadecerme; sabía dónde me metía, siempre ha sido así.

—¿Y por qué te metiste en un lío como éste? —preguntó Eric.

—Lo creas o no, ha mejorado mucho.

Entonces, el sonido de una mujer llorando llegó hasta el salón.

—¿Ésa es...? —comenzó Danny, sorprendido.

—Sí, es ella —confirmó Ced—. Ahora está avergonzada y llena de desprecio hacia sí misma. Tengo que hablar con ella para convencerla de que no salte al Potomac, o haga de terrorista suicida para Greenpeace, o los de la Protectora de Animales. —Ced abandonó el cuarto con gesto abatido.

En cuanto se quedaron solos, Eric se arrojó sobre el sofá e irrumpió en carcajadas silenciosas.

—No le veo la gracia —dijo Danny.

—Eso es porque no te has visto la cara.

—No quiero quedarme —dijo Danny—. ¿Y si intenta hacérmelo cuando esté durmiendo?

—¿Qué te parece? Ya estás fantaseando con ella...

—De eso nada. Yo...

—Estás a punto de reventar —lo interrumpió Eric—. Estaba jugando contigo, ¿no lo has pillado? Tienes ese aspecto tan infantil y virginal...

Ced y Lana volvieron a la sala de estar. Ella sonreía con timidez y se había puesto unos pantalones cortos que asomaban por debajo de la camisa.

—Lo siento —dijo. Tenía los ojos enrojecidos de llorar, aunque a Danny le dio la impresión de que había sido un llanto muy breve, si es que había sido real.

—No te preocupes —intervino Eric—. El problema es que Danny se ha criado en una granja y no está acostumbrado a hacerlo... con chicas.

Danny no entendió el comentario de Eric, pero Ced y Lana estallaron en carcajadas, y estaba seguro de que se reían de él.

—¿De qué vas? —preguntó.

—De lo tuyo con las ovejas —explicó Eric—. Venga, no me digas que no hay alguna borreguita especial en tu vida.

Danny sintió que le ardían las mejillas a causa de la rabia y la vergüenza.

—Eso no es... Eso es absurdo...

—Eso es que lo ha hecho bastante —siguió Eric entre risas—. Pero al final, ella lo dejó.

Danny pensó en lo que un mago de las bestias le haría a alguien de la Familia que se atreviera a mantener una relación de ese tipo con un animal.

—Nosotros cuidamos de los animales. Si alguien hiciera una cosa así, el Abuelo Gyish lo mataría. O lo haría el Tío Abuelo Zog.

No dejaron de reírse, aunque cuando acabó de hablar, lo observaron con atención.

—¿Hablas en serio? —preguntó Lana en voz baja—. ¿Tu familia sería capaz de...?

—Y enterrarían a quien lo hiciera en el cementerio de la Colina Hammernip —añadió Danny.

—Eso es un crimen —dijo Ced—. Son malos tratos. Peor aún, es un asesinato.

—Tranquilos —dijo Eric—. No dice que lo hayan hecho; sólo dice que lo harían si alguien empezara a tirarse a las ovejas. Vamos, dejadlo, ¿vale? Todo esto se ha salido de madre. No hemos venido para que abuséis del chaval. Es un menor y te podrían acusar de corrupción.

—No iba a hacerlo —se defendió Lana.

—Sí que ibas a hacerlo —la contradijo Ced—. Te has pasado bastante.

—¿No podemos ir a otro sitio, Eric? —pidió Danny. No es que tuviera miedo de Lana, pero comenzaba a sentirse avergonzado ante su papel en todo el asunto; se sentía como un bufón del que todos se habían reído. Y también le preocupaba lo que les había contado sobre la Familia. Hasta había mencionado a Zog y a Gyish. Sólo faltaba que les facilitara un mapa de cómo llegar hasta el territorio familiar... Quería salir de la casa lo antes posible.

—Ya vale —dijo Eric—. Si de verdad te hubiera fastidiado tanto, te habrías... desvanecido, ¿no?

Danny no supo qué lo molestaba más: que Eric volviera a sacar sus poderes a colación delante de dos extraños o que tuviera razón en lo de no haberse marchado. ¿Por qué no había abierto una puerta y se había librado de Lana? Claro que, con sus cuerpos entrelazados, Lana habría atravesado la puerta con él. Pero seguro que el tránsito habría detenido el asalto.

No obstante, la razón por la que no había abierto una puerta para marcharse era

que no se le había ocurrido. Todavía no tenía asumido su poder a un nivel intuitivo. Pensó que si ella lo hubiera atacado con un cuchillo o unas tijeras, no se habría acordado de que podía escabullirse en cualquier momento.

Se sintió estúpido al pensarlo.

¿Qué había hecho desde que descubrió su poder? Escaparse de casa, y porque no había tenido más remedio después de que lo descubriera la chica griega. Luego había mendigado, robado, y ahora iba a asaltar casas y apropiarse de lo que encontrara en su interior. Y además lo habían pillado haciendo magia; el propio Eric lo había visto ir y venir en la biblioteca. ¡Era un milagro que la Familia no lo hubiera atrapado todavía!

—A ver, ¿puedo garantizarle al chaval que podrá dormir tranquilo si nos quedamos aquí esta noche? —preguntó Eric.

—Yo me preocuparía más por Ced que por mí —declaró Lana—. Ced es gay, por eso me casé con él.

Ced hizo un gesto de impotencia.

—Esto me pasa por ayudarte a quitársela de encima al chaval.

—Venga, Eric —dijo Danny—. Vámonos a comer algo. —No es que tuviera hambre, sólo quería salir de la casa con Eric y convencerlo de que no volvieran.

—Stone siempre tiene la nevera repleta de comida —comentó Lana—. Comidas congeladas. Helados. Zumos. Pero nada que tenga conservantes o demasiadas grasas o azúcares. También hay frutas y verduras. Me encantan los pepinos.

—Lana —dijo Ced en tono de advertencia.

—Me encantan, en serio. Me gusta comérmelos. Morderlos y sentir como crujen. —Se dirigió a Danny—. ¿Sabías que las verduras chillan cuando las muerdes? Mucha gente no lo sabe porque no las oye. Pero han hecho experimentos y han grabado los gritos. Aunque me da igual. Creo que si eres un vegetal, mereces sufrir.

—¿Ha olvidado la medicación? —preguntó Eric.

—No toma medicación —gruñó Ced.

—Eso está claro, pero debería tomarla.

—Sólo intenta ser un espíritu libre, alguien original, una mezcla de Madonna, Britney Spears y Mae West.

Danny había leído sobre Madonna y Britney Spears en Internet y sabía que eran cantantes. De Mae West no había leído nada en absoluto.

—No me compares con esas zorras —le reprochó Lana a su marido (¿sería realmente su marido?), y abandonó por segunda vez la sala de estar. Al dirigirse hacia la puerta, los pantalones cortos, que le quedaban demasiado grandes, se deslizaron por sus piernas hasta los tobillos. Ella se limitó a darles una patada y marcharse. En esta ocasión no hubo lágrimas, sólo los pasos sonoros de alguien muy enfadado subiendo por la escalera.

—¿Veis lo que tengo que soportar? —se quejó Ced.

—Si dejamos aparte el tema de Danny, lo demás me parece que está bastante bien —apuntó Eric.

—No soy gay —les aseguró Ced.

—No creía que lo fueras —dijo Eric—, pero que sientas la necesidad de decirlo... No sé...

—En la cocina podéis comer lo que queráis —les indicó Ced—. Para cuando volváis, la habré tranquilizado. En realidad es cariñosa y divertida. Es sólo que a veces necesita sentirse al mando con los hombres. Su madre tenía muchos amigos, y si le pagaban lo bastante, el premio extra era Lana.

—¡Oh! —exclamó Eric.

Danny no comprendió muy bien a qué se refería Ced. O no quería comprenderlo; le costaba creer que esas cosas pudieran ocurrir. Claro que jamás hubiera creído que las chicas pudieran comportarse como Lana había hecho con él. El recuerdo que tenía de sus primas era muy distinto, más normal. Cuando lo tiraban al suelo, era para pegarle o para pringarle la cara con algo. Ninguna lo había hecho sentir como Lana.

—¿Por qué necesita «sentirse al mando»? —preguntó Danny.

—Necesita sentir que controla la situación —explicó Ced—. Te tenía dominado, ¿verdad?

—Me tiró al suelo. Me cogió por sorpresa.

—¿Te cogió por sorpresa, o te cogió por otra parte? —preguntó Eric.

Tanto Eric como Ced comenzaron a reírse en voz baja; no querían que Lana los oyera.

—¿Hay algún sitio en esta casa donde os pueda perder de vista? —preguntó Danny, indignado.

—¿Por qué no te limitas a desaparecer? —preguntó Ced. Y entonces, tanto Ced como Eric comenzaron a reírse con más ganas. Danny sabía que las risas de Ced eran porque creía que todo el asunto de aparecer y desaparecer era una especie de chiste. Eric se reía porque sabía que no lo era. Danny no le encontró la gracia. De hecho, estuvo tentado de cruzar una puerta y no volver a ver a Eric nunca más. No lo hizo porque habría tenido que volver a pedir limosna y buscar un sitio para dormir en una ciudad que no conocía.

—Estoy cansado —dijo—. Ya no vamos a hacer nada esta noche y quiero irme a dormir. Así no tendré que aguantar más a un par de capullos como vosotros.

El comentario desató nuevas carcajadas.

Danny abandonó la estancia y subió al piso de arriba. Miró en todos los dormitorios que encontró abiertos en busca de uno que no estuviera ocupado, pero no tuvo suerte. Al final, subió al último piso y se metió en el ático, donde buscó acomodo en el interior de un gran armario, prácticamente un pequeño almacén, lleno

de ropa y cajas. Cogió algo de ropa para que le sirviera de lecho y otra a modo de mantas. Luego apagó la luz y se acostó.

No se durmió de inmediato, pues no podía dejar de pensar en Lana y también en cómo Eric y Ced se habían burlado de él. Después sus pensamientos volvieron a Lana y, por último, al hogar que había dejado atrás. Comenzaba a sentir tal añoranza que pensó si valdría la pena volver, aunque acabaran matándolo. Por fin se quedó dormido con la mente vagando entre la añoranza y el recuerdo de Lana.

Cuando despertó, estaba todo a oscuras. No obstante, ya podía ser de día, puesto que no tenía ventanas en su improvisado dormitorio. Necesitaba orinar. No lo había hecho antes de acostarse y ahora iba a tener que buscar un cuarto de baño a oscuras.

No, no tenía que ir a oscuras. Había visto los cuartos de baño cuando buscaba un dormitorio desocupado, ahora sólo tenía que abrir una puerta y aparecer en uno de ellos... Pero no era una buena idea. ¿Y si estaba ocupado por alguien y de pronto aparecía él de la nada? Entonces recordó que en el rellano del primer piso había un cuarto de baño, y al lado de la puerta un descansillo sumido en sombras. Tan pronto lo recordó, ya había abierto una puerta y llegado al descansillo. Había luz, aunque no demasiada. La puerta del baño estaba abierta. No se oía nada cerca, aunque le llegaban los sonidos de conversaciones y risas procedentes de la planta baja. Danny entró con sigilo en el cuarto de baño, echó el pestillo de la puerta, encendió la luz y orinó. Cuando acabó, estuvo tentado de usar alguno de los cepillos de dientes que había sobre el lavabo, tenía un regusto amargo en la boca, pero se conformó con enjuagarse varias veces. Tiró de la cadena, se lavó las manos, las secó y agarró el tirador de la puerta. Entonces oyó que alguien subía por la escalera. Quizá le diera tiempo a llegar a la puerta que había abierto y volver al ático antes de ser visto, o quizá no.

Descorrió el pestillo y apagó la luz. Pero no abrió la puerta del baño, se limitó a abrir una de sus puertas y desapareció.

Volvió al ático, justo al lado de la cama que se había preparado. Se acostó tras comprobar que todo estaba tal y como él lo había dejado.

Estaba a punto de dormirse cuando cayó en la cuenta: antes de marcharse al baño, el cuarto estaba sumido en la más completa oscuridad; sin embargo, ahora podía ver.

¿Se habían acostumbrado sus ojos a la falta de luz? No, eso era absurdo. Cuando se despertó, sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad y, no obstante, no había podido ver nada. Ahora, al llegar, pudo distinguir los objetos que había a su alrededor.

Danny abrió los ojos. La puerta entre su dormitorio provisional y el resto del ático estaba entornada. Él la había cerrado cuando se metió dentro para dormir. ¿Quién la había abierto?

Adivinó la respuesta.

—¿Señor Stone? —pronunció en voz baja.

—Tranquilo —respondió alguien en voz aún más baja—. Tu secreto está a salvo conmigo, no como con el idiota que te ha traído hasta aquí.

Danny distinguió la silueta de un hombre levantándose de una silla al otro lado de la puerta.

—Que duermas bien —dijo el hombre desde el umbral. Luego cerró la puerta.

Danny pensó que era estupendo que alguien lo viera materializarse en el ático sin pestañear. Pero por otra parte era posible que no se hubiera sorprendido porque sabía de lo que era capaz Danny. ¿Era un miembro de alguna de las Familias? ¿Uno de los espías de Thor? ¿Y qué quería decir eso de que su secreto estaba a salvo con él? Estar a salvo no quería decir que estuviera seguro.

«Creo que soy la persona más estúpida del mundo —pensó Danny—. Tan estúpido que probablemente me maten muy pronto. Y lo único en lo que puedo pensar es en lo estupendo que sería que Lana subiera y me pegara un buen repaso antes de morir. Tengo trece años y ya soy tan perverso como idiota. No tengo derecho a tener descendencia, eso mejoraría la genética de la humanidad y se cumpliría la máxima darwiniana: la supervivencia de los más aptos.

»Claro que tampoco dejaría de ser una ironía que después de huir de la Familia y mi destino en la Colina Hammernip, vaya y me deje matar como un idiota. Porque eso es lo que me va a pasar. Voy a allanar la casa de alguien y me van a pegar un tiro con una escopeta. Dudo mucho de que sea capaz de abrir una puerta y largarme a tiempo si alguien me apunta y dispara».

Se encontraba tan confuso que estaba seguro de que no volvería a dormirse. Y de pronto le llegaron el olor a café y la luz matinal que entraba por la puerta abierta del armario. Había dormido tan bien que se sentía reconfortado y con una mejor opinión de sí mismo. Y entonces lo asaltó el pensamiento de que por eso era tan bobo, porque olvidaba en seguida las lecciones que acababa de aprender.

Encontró a Eric recostado sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos; a su lado había una taza de café vacía. Alguien le había metido flores a través del cuello de la camisa, como si Eric fuera una especie de jarrón. La escena hizo sonreír a Danny.

—Me alegro de que estés de mejor humor esta mañana.

El hombre estaba de pie al lado de la nevera. Tendría unos cincuenta años, era esbelto, de estatura media y lucía una barba rojiza. Sostenía un vaso del que bebía un brebaje verdoso y de aspecto repugnante. Al igual que ocurriera en el ático la noche anterior, Danny no había reparado en su presencia hasta que se dirigió a él.

—¿Es usted el señor Stone?

—Stone es mi nombre de pila. Nada de formalismos.

—¿Y tu apellido?

—Stone es el nombre que uso aquí dentro —le dijo—. Ya veo que te gusta el arreglo floral de Lana. ¿Estás enamorado de ella?

Danny reprimió un escalofrío.

—Espero que no; creo que no. Ella, desde luego, no está enamorada de mí. —Y sin poder reprimirse, aún a sabiendas de lo patético que sonaría, añadió—: ¿O sí lo está?

—No está enamorada ni de ti ni de nadie, aunque tiene cierta fijación con su terapeuta... ¿Danny? Te llamas así, ¿verdad?

—Sí —respondió, consciente de que ya era tarde para ir de incógnito. La noche anterior se había presentado a Lana con su nombre real.

—Bien, Danny. Te voy a sugerir que tengas mucho cuidado con Eric. Me parece que es de esos tipos capaces de matar a la gallina de los huevos de oro.

Eric no reaccionó al comentario. Todo indicaba que estaba realmente dormido.

—Que yo sepa, aún no he puesto huevos —repuso Danny—, pero gracias por el consejo... ¿Eso era un consejo?

—Yo lo llamaría un toque de atención, más que un consejo. Si quisiera darte un consejo, te habría repetido lo que le dijeron al personaje de Charles Dickens: «Aléjate de Fagin, Oliver Twist, es un perdedor, que te adopte tu abuelo rico».

—Conozco a todos mis abuelos y abuelas —explicó Danny—. Si me fui de casa, es porque no quiero seguir perteneciendo a mi Familia. Quiero perderlos de vista, sobre todo a mis padres.

—Tendrás tus motivos y serán personales. Nada que me incumba.

Danny captó la indirecta. Había estado a punto de hablar más de la cuenta sobre la Familia.

—Toma tus precauciones cuando vayas a buscar objetos perdidos en casas ajenas. Hay gente muy puntillosa con los ladrones, y tienen armas, las mejores, ya sean legales o ilegales. No se presentan muchas oportunidades a lo largo del día de pegarle un tiro a un ladrón, así que no creo que desaprovechen la ocasión de dispararle a alguien justificadamente, si sabes lo que quiero decir.

—Comprendido.

—Perfecto. Me voy a trabajar —dijo Stone—. Una cosa más, no traigas aquí nada de lo que encuentres en esas casas. Ni aunque sólo tengas que entrar a usar el váter y marcharte de inmediato. Si rompes esa regla, te entregaré a la policía.

—Comprendido también.

—Perfecto también. Desayuna, o almuerza, cómo quieras llamarlo a esta hora del día. —Y sin añadir nada más, Stone se marchó.

LA CAJA FUERTE

Danny y Eric cogieron el metro hasta Foggy Bottom y desde allí caminaron hasta Georgetown. A Danny le extrañó que no hubiera parada de metro en Georgetown. ¿Cómo iban a trabajar los criados de toda esa gente rica?

—No creas que es casual que el metro no pare aquí —dijo Eric—. Los ricos no quieren que los chicos de los barrios bajos lo tengamos fácil para llegar hasta su querido Georgetown. ¿Crees que les importa que sus criados tengan que andar? Les pagan, así que se aguantan.

Eric hablaba con resentimiento y Danny pensó que él debería de sentir lo mismo. Sin embargo, era complicado cuando en realidad no sabía nada sobre la gente rica. El único mundo que había conocido hasta entonces era el territorio de la Familia North, y los bosques, prados y colinas que lo rodeaban. Había espiado a los mortales durante sus excursiones secretas, pero no había gente rica que viviera en Lexington y Buena Vista. Nunca había visto mansiones como las de Georgetown.

—Deja de mirar así, pareces tonto —lo riñó Eric.

—Miro como haría un crío —replicó Danny—. Estoy en mi papel.

—¿Es que nunca has visto una casa grande?

—Sí, claro que sí. He visto la Academia Militar de Virginia, la Universidad de Virginia del Sur y algunos edificios de buen tamaño en Washington y Lee. Pero estas casas son increíbles... Podrías abrir un Wal-Mart dentro de cualquiera de ellas.

—No, no podrías —lo contradijo Eric.

—Molaría intentarlo —se rió Danny.

—¿A qué viene tanta risa? Más vale que te tomes esto en serio.

—¿Por qué? Ahora mismo es de día y lo único que estamos haciendo es decidir qué casa vamos a robar.

—No vamos a robar, sólo buscamos objetos que la gente pierde, ¿vale?

—Sí, que pierde en casa... —Danny volvió a reír—. Venga, hombre, déjame disfrutar del paseo. Soy nuevo por aquí.

Un coche patrulla de la policía entró en la calle, y Danny observó como Eric se ponía en guardia.

—Supongo que no hemos conseguido pasar inadvertidos —refunfuñó Eric.

—Quizá pasen de largo —comentó Danny.

El vehículo se detuvo, y dos policías salieron de su interior.

—Hola —saludó Danny desde lejos.

—Esta vez no te quites la ropa —dijo Eric en voz baja.

—¿Qué son todas estas banderas? —preguntó Danny a los policías, señalando la casa ante la que se habían detenido.

Uno de los agentes miró hacia donde indicaba Danny.

—Es la embajada danesa.

—Mola —exclamó Danny.

—Hemos recibido un par de llamadas. Os han visto ir de un lado para otro, como si estuvierais evaluando la zona.

—¿Evaluando? —se extrañó Danny.

—Quiere decir que estamos decidiendo dónde podemos entrar a robar —explicó Eric—. Venga, hombre... ¿Qué crimen hemos cometido? ¿Ser adolescentes?

—No, todavía no es un crimen —respondió el policía—. Una fechoría, tal vez.

Danny soltó una carcajada.

El policía lo miró y sonrió.

—La mayoría de la gente está demasiado nerviosa para verle la gracia a los chistes de la poli.

—Entonces, ¿esto es un aviso, o tenemos que acompañarlos? —preguntó Eric.

—Ni lo uno, ni lo otro. Sólo queremos saber que os trae por aquí con el frío que hace.

—Siempre me acompaña a casa después de mis clases de canto —explicó Danny—. Pero hoy le dije que nunca había visto una embajada, y aquí estamos.

—¿Dónde vivís?

De nuevo fue Danny el que respondió.

—A un par de manzanas de Wisconsin, nada más pasar Nebraska.

—¿Y dónde estudias... canto?

—En una academia al este del Capitolio, cerca del parque Lincoln.

—¿Y quieres hacerme creer que esto te pillas de camino?

Fue Eric el que contestó en esta ocasión.

—Quería ver las embajadas, por eso nos bajamos en Foggy Bottom. Sus padres no quieren malcriarlo, por eso nada de coche para llevarlo y traerlo. A mí me pagan por acompañarlo para que nadie se meta con él, o lo raptan.

—¿Eres su guardaespaldas? —preguntó el policía con tono escéptico.

—Hombre, supongo que contra Al Qaeda no tendría mucho que hacer, pero me apañé bien con matones y mendigos demasiado efusivos.

El otro policía, que no había dicho nada hasta el momento, intervino:

—¿Sabes qué? Quiero que nos cantes algo.

—Tengo trece años —replicó Danny—. No soy un criajo para ponerme a cantar así como así.

—Canta —le ordenó el segundo policía.

—La voz me está cambiando y todavía no se ha asentado —se excusó Danny.

—A mí no me parece que hayas dado el cambio aún.

—De crío tenía voz de soprano; podía cantar «Un Bel Di», de Madama Butterfly, sin problemas. En comparación, ahora tengo la voz de un barítono...

—Sigo esperando esa canción —insistió el segundo policía.

Danny cantó. Les dedicó una de las arias que había aprendido en casa de la época en que Baba y Mamá se dedicaban a escuchar ópera. Más adelante, siguieron escuchando música, pero ya no pasaban tanto tiempo en casa.

Merced a su facilidad con los idiomas, Danny nunca había tenido problemas para aprender canciones en italiano, francés o alemán y darles el tono justo. De hecho, cuando era un crío, lo hacía tan bien que había dado un motivo más a sus primos para odiarlo.

Y por eso había puesto la excusa de las clases de canto. Además, ¿qué otras clases de música podía estar dando sin llevar el instrumento encima...? Bueno, estaba el arpa; nadie lleva un arpa por la calle. Tendría que haber pensado en el arpa.

Cantó «*Fin ch'han dal vino*», de Don Giovanni. Se le había olvidado parte de la letra, pero dudaba que los policías fueran a darse cuenta. Cantó con tal intensidad que no parecía que fuera a detenerse jamás. Hacía años que no cantaba esa pieza y le sorprendió la gravedad de su propia voz. No entonaba demasiado bien, pero el timbre era el adecuado.

—No se puede decir que seas muy bueno —comentó el segundo policía.

—Por eso voy a clase —dijo Danny—. Ya le dije que tenía voz de soprano cuando era un crío. Tenía el timbre tan agudo como un pífano. Pero estoy trabajando en mi vibrato. Tampoco tengo prisa, no tengo ningún concierto a la vista.

—Suerte, chaval —dijo el primer agente—. No os quedéis mirando mucho rato delante de una embajada, ¿vale?

—No irán a dispararnos o algo así, ¿verdad?

—Alguno hay al que le gusta practicar el tiro al blanco, pero a éstos los vigilan los militares. Ahora será mejor que os vayáis a casa.

—Ese Don Giovanni ha sonado fatal —intervino el segundo policía, demostrando que la ópera no era incompatible con el hecho de llevar un arma.

—¿Don Giovanni? Nunca lo he oído cantar —dijo Danny.

—Don Giovanni es el título de la... —Se detuvo ante la sonrisa de Danny.

—Una broma musical —explicó Danny—. Nos pasa como a ustedes, poca gente nos encuentra graciosos.

Los dos agentes volvieron al coche y Danny y Eric siguieron caminando.

—¿Eso era coña, o de verdad te han dado clases? —preguntó Eric.

—¿Te parece que canté como si me hubieran dado clases?

—A mí me pareció ópera, aunque tienes la voz un poco chillona.

—Son cosas que aprendí de mi familia.

—Tienes una familia rara.

—¿No te había dicho que no son muy normales? —preguntó Danny—. Vale, mi familia no es muy normal.

—Lo mejor será descartar las embajadas —comentó Eric.

—Bien, en eso estamos de acuerdo. ¿Y qué hacemos aquí, entonces?

—No tenía ni idea de que ésta era la calle de las embajadas; había oído hablar de ella, pero nunca había venido. Venga, seguro que damos pronto con casas particulares.

—Ahora entiendo por qué eran tan grandes —dijo Danny.

Media hora más tarde se encontraban en la calle 44, entre Garfield y Hawthorne, y delante de ellos estaba la madre de todas las casas. Las mansiones en el lado opuesto de la calle eran grandes, pero al lado de la monstruosidad que tenían delante parecían casas de muñecas.

—Creo que la hemos encontrado —dijo Danny.

—Seguro que tienen una hipoteca tan grande que no les queda dinero para comprar nada de valor —dijo Eric—. Comerán trigo integral con leche desnatada y harán gimnasia para entrar en calor en invierno.

—Me muero por verla por dentro.

—No te cortes, abre una puerta, o lo que sea que haces, y echa un vistazo —dijo Eric.

—¿Ahora? ¿A plena luz del día? ¿En mitad de la calle?

—Ahora es cuando no habrá nadie en casa; si acaso, los criados. Tendrás que evitarlos para registrar los cajones.

—La verdad es que de día, con luz, será más sencillo.

—Te espero en esos arbustos —le indicó Eric.

—Va a parecer que estás tramando algo... —arguyó Danny.

—No entres, entonces.

—¿Y si lo hago y nos llevamos ahora lo que encuentre en lugar de esperar a la noche? —sugirió Danny.

—¿Y si te pillan con las manos en la masa?

—Te lo pasaré a través de la puerta —respondió Danny—. Así, aunque me pillen, no me encontrarán nada encima.

—De acuerdo, pero no voy a ponerme al lado del muro; sería demasiado arriesgado.

—¿No creerás de verdad que atravieso paredes? —se rió Danny—. Lo que hago es abrir una puerta en el espacio. Abriré la puerta aquí mismo, y cuando encuentre algo, te lo pasaré y tú sólo tendrás que metértelo en el bolsillo.

—¿Quieres decir que tu mano aparecerá flotando en el aire?

—Ni idea. Nunca lo he visto. Sólo lo he hecho una vez.

—Bien. Aquí te espero.

—Espero que sí —le advirtió Danny—, porque si no lo haces, me largaré con todo y no habrá reparto.

—Más vale que cumplas con tu parte o yo te abriré una puerta a ti en el culo —replicó Eric.

—Atrévete a intentarlo y veremos lo que pasa.

—Venga, muévete. Echa un vistazo. Yo te espero aquí.

Danny abrió una puerta desde los arbustos, la atravesó y se encontró en el centro de una impresionante sala de estar.

La primera sensación que tuvo fue la de que nadie vivía allí. Hasta el enorme árbol de navidad que se erguía majestuoso parecía parte de un decorado. La estancia estaba preparada para que le sacaran una foto. Había algunos cuadros en las paredes y un par de esculturas y jarrones, pero todo era demasiado voluminoso para transportarlo hasta la parada del metro en Foggy Bottom. Aunque bien pensado, con lo que habían caminado debían de encontrarse más cerca de las paradas de Wisconsin y Nebraska. Negó con la cabeza, daba igual, no pensaba llevarse nada de lo que había en el salón.

Se mantuvo atento para ver si oía voces, o pasos. O una alarma. Eric le había advertido que tuviera cuidado con los sensores de movimiento.

Nada. Hubiera preferido oír a alguien hablando, o cantando, así podría esquivarlo, o abandonar la casa si no tenía otra opción. Pero el silencio era peligroso, alguien podría estar estudiando, trabajando o, incluso, echando una siesta, y si lo pillaban ahí dentro, gritarían, y él gritaría y...

Subió la escalera. Ni un crujido. No saltó ninguna alarma, al menos una que fuera audible. Era posible que hubieran saltado alarmas en seis comisarías distintas, pero si aparecía la policía, Danny podía largarse sin dejar rastro.

Danny echó un vistazo rápido en los dormitorios. No había nadie allí. Decidió ser más metódico y comenzó a buscar en los cajones. Encontró un montón de joyas en dos de los cuartos, pero no le pareció que fueran buenas. Colores brillantes y diseños funky. Plástico. Encontró un par de cadenas de oro, pero tan ligeras que no valdrían ni el billete de metro hasta la tienda del perista.

No encontró ordenadores ni portátiles en esa planta. Decidió subir hasta la última planta. Pero tampoco encontró nada de interés; parecía un almacén lleno de muebles viejos, ropa usada, cajas y más cajas con aspecto de llevar años ahí apiladas... Nada de valor que pudieran venderle al perista.

Encontró también una caja fuerte, grande y antigua. Danny abrió una puerta en la pared del armatoste y metió la mano buscando en el interior. No había nada.

Sin embargo, la presencia de la antigua caja fuerte le hizo pensar si no habría una más moderna en otro lugar de la mansión.

¿Dónde?

Danny bajó a la sala de estar y volvió a los arbustos a través de la puerta que había abierto.

Eric estuvo a punto de chillar a causa del sobresalto.

—¿No me esperabas?

—Me has pillado desprevenido —se disculpó Eric, recuperando la compostura—. ¿Qué has encontrado?

—Bisutería. Nada de portátiles. A lo mejor hay un buen juego de cuchillos en la cocina...

—Casa grande, nada de valor —dijo Eric—. Lo imaginaba.

—Me falta comprobar el sótano. He venido porque quiero preguntarte algo. En el piso de arriba hay una enorme caja fuerte, no sé cómo consiguieron subirla hasta ahí. No hay nada dentro, y lo que yo creo es que han montado una caja fuerte nueva y por eso han dejado de usar la antigua. Quiero decir que esta gente es de la que usa caja fuerte, así que seguro que tienen cosas que vale la pena meter dentro.

—Muy listo. El problema es que no tengo ni idea de cómo forzar una caja de ésas —dijo Eric—. Además, te recuerdo que el plan era coger cosas que encontraras por ahí tiradas.

—¿Dónde crees que habrán metido la caja fuerte nueva? —insistió Danny.

—¿En el sótano? —sugirió Eric.

—Es posible. Echaré un vistazo.

—Detrás de un cuadro.

—Eso suena bien —asintió Danny—. ¿Se te ocurre algo más?

—Oye, que éste también es mi primer trabajito.

Danny no le creyó. A lo mejor era la primera vez que iba en busca de un botín que valía la pena, pero nada más.

—Vuelvo en seguida —dijo Danny y regresó a la casa.

No había nada detrás de las pinturas de la sala de estar. Bajó la escalera hacia el sótano. La estancia ocupaba la planta completa de la casa y allí era donde estaban los ordenadores. Había dos despachos con ventanas que daban al jardín trasero de la vivienda. También encontró un par de archivadores llenos de papeles y figuritas de adorno. Danny se acercó a la mesa del hombre (la foto de una mujer sobre la mesa lo delataba), y cogió el portátil. Lo guardó en la bolsa que había al lado de la mesa y que correspondía al aparato.

En lugar de volver a la sala de estar, Danny abrió una nueva puerta, una pequeña por la que cupiera la bolsa con el portátil, y la pasó al otro lado convencido de que aparecería junto a la primera puerta que había abierto. No ocurrió nada. Eric no cogió el portátil.

«Soy idiota», pensó Danny. Había dirigido la segunda puerta al punto de salida de

la primera, y la bolsa con el portátil se había estado balanceando en medio de la sala de estar de la casa. Volvió a crear la puerta orientándola hacia la entrada de la primera puerta. En esta ocasión notó como Eric le arrebatava la bolsa de inmediato.

Al menos, asumió que había sido Eric.

Ya tenían un portátil. Y tras registrar el despacho de la mujer añadió un iPad al botín. Pero no encontraba la caja fuerte.

¿Dónde la habrían instalado?

Danny recorrió el sótano una vez más, y en esta ocasión observó que en el cuarto trastero, debajo de la zona correspondiente a la cocina, habían reforzado las paredes. Como si tuvieran que soportar un gran peso.

«¡Lo tengo!», pensó Danny.

Subió corriendo la escalera y fue hacia la cocina. Allí se encontró con que el peso que tenía que soportar el muro reforzado era el de un horno enorme. Dos hornos, de hecho.

Vio un sándwich a medio comer sobre la mesa de la cocina. ¿Había alguien en la casa?

Danny tocó el pan. Estaba seco. Alguien lo había dejado allí hacía varias horas, puede que estuviera allí desde ayer.

Paseó por la planta principal de la mansión hasta que cayó en la cuenta de que el cuarto de baño para invitados del primer piso era mucho más pequeño que el espacio correspondiente que tenía debajo, y que iba desde la sala de estar hasta la gran estancia con el televisor y la chimenea.

Danny buscó algún tipo de entrada oculta, pero en esa planta no había ninguna. Decidió buscarla arriba.

Subió hasta la planta superior y estudió la zona hasta localizar el espacio «desaparecido». Estaba justo debajo del armario de la ropa masculina en la habitación de matrimonio. Danny se arrodilló y tiró de la alfombra. La había encontrado: una trampilla.

Danny la abrió.

Un olor repugnante emergió del hueco al otro lado de la trampilla. A Danny el hedor le resultó familiar: un animal muerto. También sabía lo que hacer en esos casos: comenzó a respirar por la boca evitando hacerlo por la nariz.

Al abrir la trampilla se había encendido una bombilla. Parpadeó una o dos veces, pero ahora la luz era estable. Unos peldaños llevaban al interior del espacio oculto y Danny los bajó con cuidado. Al llegar abajo, encontró cuatro cuerpos maniatados y tirados en el suelo. El hedor procedía del hombre: alguien le había pegado un tiro en la cabeza y comenzaba a descomponerse.

Sin embargo, los otros tres no se estaban descomponiendo. Una mujer blanca, otra negra y una niña blanca, estaban vivas. E inconscientes. Danny calculó que

debían de llevar bastante tiempo sin agua, el suficiente como para que el marido estuviera descomponiéndose.

«Si las despierto y les traigo agua, me verán y se preguntarán cómo conseguí entrar. Y mis huellas dactilares están por toda la casa. He tocado los marcos de los cuadros y los tiradores de las puertas...

»Por otra parte, la policía no tiene mis huellas registradas. Y más aún, el que hiciera esto, habrá desconectado las cámaras de seguridad y las alarmas».

En un rincón del escondrijo había una caja fuerte con la puerta abierta; el interior estaba vacío.

«¡Hemos elegido la única casa del barrio que ya han robado!».

Danny abrió una puerta y se reunió con Eric.

—¿Ya está? —preguntó su compañero al verlo—. ¡Vámonos!

—Devuélveme el portátil y el iPad —le pidió Danny.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando o qué? —se revolvió Eric.

—He encontrado a la familia. El padre está muerto. El resto está inconsciente y en muy mal estado. No vamos a colocar nada que haya salido de esa casa.

—¡Mierda! —exclamó Eric—. ¡Claro que no! ¿En qué follón me has metido?

—¿Yo? ¿En qué follón te he metido yo a ti? Menudo morro tienes. —Danny cogió la bolsa que le tendía Eric—. ¿Y el iPad?

—Está en la bolsa —dijo Eric.

Danny volvió al cuarto de la caja fuerte. Cogió el iPad y el portátil, los limpió y luego los colocó al lado de la caja fuerte. Después subió los escalones y buscó un teléfono. Encontró uno y cogió el auricular para llamar, pero no había tono. Los ladrones habían cortado las líneas.

Danny abandonó la casa y se reunió con Eric.

—Vamos, hay que encontrar un teléfono.

—¿Un teléfono? ¿Y para qué queremos un teléfono?

—Para llamar a la policía y contarles lo que ha pasado; es posible que puedan hacer algo por las tres que siguen con vida.

—¡No es asunto nuestro! —se enfadó Eric—. No hemos estado aquí. Así de simple.

—Pero sí que hemos estado aquí —lo rebatió Danny, caminando hacia el norte, en dirección a Nebraska. Había edificios con oficinas en Nebraska y Massachusetts, y en las oficinas tenían teléfonos. Eric fue tras él y lo agarró del brazo.

—¡Que lo dejes, tío! —le exigió.

Danny se soltó con brusquedad y abrió una puerta que lo llevó hasta Nebraska y Wisconsin, cerca de una parada de metro.

En la zona había un par de iglesias; una católica, Santa Ana, y otra baptista, La Iglesia de la Avenida Wisconsin. Allí también encontraría teléfonos. Si tenía suerte,

alguna de las iglesias estaría cerrada y no tendría que pedir permiso a nadie para telefonar.

En la iglesia baptista estaban celebrando una especie de reunión, pero las puertas de la católica estaban cerradas a cal y canto.

Danny se teleportó al interior y, una vez dentro, buscó el despacho del párroco, al que accedió creando otra puerta. El lugar estaba desierto. Cogió el teléfono y marcó el 911. Les dio la dirección de la casa donde había entrado para robar y les describió lo que encontrarían en el cuarto de la caja fuerte, dentro de la habitación de matrimonio.

—El hombre está muerto, pero creo que los otros tres siguen vivos. Necesitarán ambulancias.

—Ya están de camino. ¿Desde dónde estás llamando, jovencito?

—Desde la casa, no. No pienso volver ahí jamás.

—¿Quién eres? ¿Dónde están tus padres? ¿Puedo hablar con ellos?

«¿Tanto se nota que soy un crío?», se preguntó Danny.

—No soy de aquí —respondió a la voz al otro lado del teléfono—. Estoy de visita, haciendo turismo.

—Por favor, no cuelgues —le pidió la voz—. Hay alguien que quiere hablar contigo.

Danny dedujo que intentaban entretenerlo mientras un coche patrulla se dirigía hacia la iglesia. Limpió de huellas el auricular con la camisa y lo dejó sobre la mesa sin cortar la comunicación. Abandonó el despacho a través de la puerta que había abierto, y desde el interior de la iglesia se teleportó a la parada de metro de Nebraska y Wisconsin. Nadie advirtió su llegada repentina, y a juzgar por la normalidad reinante, nadie lo había visto desaparecer minutos antes. Danny concluyó que los conductores apenas prestan atención a los peatones, excepto cuando se detienen en los semáforos.

Danny no tardó en encontrar la puerta que lo llevaría junto a Eric y la cruzó.

Distinguió a su compañero a unos cien metros de distancia; caminaba con los hombros encogidos y las manos en los bolsillos. Ya se podían oír las sirenas que se dirigían hacia el lugar del crimen. Danny se obligó a no correr para alcanzar a Eric; si lo veía algún policía, podía llegar a la conclusión, acertada, de que estaba huyendo del escenario del crimen. Danny había leído bastantes novelas policíacas como para saber lo que ocurría en esos casos. Al final, abrió una puerta que lo teleportó a unos arbustos delante de Eric. Cuando éste llegó a su altura, le salió al paso.

Eric pegó un buen respingo.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—Lo siento. He llamado a la policía.

—Ya oigo las sirenas. ¡Gracias por hacerlo mientras me encontraba cerca del

escenario, mamón!

—Hay restaurantes y sitios donde conseguir comida en Wisconsin, vayamos a comer algo.

—¿Y con qué dinero vamos a comprar comida? —preguntó Eric—. Lo único que hemos conseguido ha sido meternos en un follón muy, muy gordo.

—Tienes el dinero que yo conseguí mendigando; está en tu bolsillo —dijo Danny—. Y te recuerdo que ni siquiera habíamos planeado hacer el trabajo hoy, ¿vale? Y no vamos a volver a esa casa. Así que estamos como al principio y podemos gastarnos en comida lo que teníamos previsto.

—Primera regla del ladrón: no llamar a la poli —dijo Eric.

—¿Qué clase de persona eres? —saltó Danny—. Allí dentro había dos mujeres y una niña inocentes; las habían dejado para que murieran. Y llevaban dos días junto al cadáver podrido del padre de esa niña.

—Ahí está. Jamás se van a recuperar del trauma; sus vidas van a ser una mierda a partir de ahora. Seguro que desearían estar muertas, así que tú dirás lo que has conseguido montando este follón.

—Si no hubiera llamado a la policía, sería lo mismo que si las hubiera matado yo.

—En absoluto —replicó Eric—. Sería lo mismo que si no hubieras entrado en la casa. No sabías nada, no pudiste hacer nada.

—Pero sí que entré en la casa y sí que lo sabía. Pero ¿tú de qué vas?

—¿De qué vas tú?! —se revolvió Eric—. ¡No eres más que un plasta con tus rollos de esto está bien y esto está mal!

—Vale, ya lo pillo —respondió Danny—. Te veo en casa. —No bien lo dijo, abrió una puerta que lo llevó directamente al ático de Stone. Bajó la escalera y se dirigió al baño, donde orinó. A continuación, se lavó las manos y bajó a la cocina en busca de algo para comer.

Mientras daba buena cuenta del sándwich que se había preparado, se le ocurrió pensar que el hombre muerto ya no podría volver a comer nada. Y que cierta niña pequeña iba a tardar años en volver a recuperar la normalidad, si lo conseguía alguna vez. Sin embargo, estos pensamientos no afectaron lo más mínimo su apetito. De hecho, siguió disfrutando de su sándwich.

«¿En el fondo soy igual que Eric? ¿Capaz de ignorar el sufrimiento ajeno sin que me importe lo más mínimo?

»No. Si no me afecta ahora mismo, es porque he hecho todo lo que estaba en mi mano. Y además, tengo hambre. Nadie siente mi hambre y nadie, excepto yo mismo, tiene interés en saciarla. Mi cuerpo es fruto de la evolución, y cuando sacio sus necesidades, siento placer. No tengo de qué avergonzarme por disfrutar de algo así, aunque otros estén sufriendo».

Al menos esa niña sabía que su padre la quería cuando murió. Y ella no tendría

que pasar por el trance de saber que sus padres estarían dispuestos a matarla si poseía ciertas habilidades.

Y ese pensamiento: saber que sus propios padres lo mandarían a la Colina Hammernip sin vacilar, y el odio que le profesaba a la Familia, sí acabó con el apetito de Danny.

«Curioso. Las miserias de los demás le dan sabor a mi comida, pero las mías se lo arrebatan. Hasta me dan arcadas».

Dejó el sándwich sobre la mesa.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta. No importaba que estuviera en DC; el simple recuerdo de la Familia era suficiente para arruinarlo todo.

HUÉRFANOS

Antes de que Eric volviera a casa de Stone, Danny ya había decidido que su carrera como ladrón había terminado. Más aún, estaba harto de su sociedad con Eric.

Era cierto que con Eric había aprendido a sobrevivir en la calle y que gracias a él había conseguido llegar hasta Washington. Por otra parte, fue el propio Danny quien se las apañó para robar en el Wal-Mart sin ayuda de nadie. Ciertamente hubo algún momento de tensión, o más bien cómico, dentro de la gran superficie comercial, pero al final todo había salido bien. Y había conseguido la ropa que necesitaba. No, no le debía tanto a Eric. Quizá algo de comida y un par de viajes, pero eso se podía solucionar con dinero. No se sentía obligado a hacer todo lo que le pidiera Eric.

Ya se habían separado el día que fueron al Mall. Si Danny hubiera tomado más precauciones para no ser visto cuando entró en la Biblioteca del Congreso, o si Eric no lo hubiera estado vigilando, ya sería parte del pasado.

Claro que, en ese caso, Danny no habría llegado a casa de Stone... ¿O sí lo habría hecho? La puerta de la casa de Stone estaba siempre abierta, pero no para todo el mundo. Y Stone no pareció sorprendido cuando Danny creó una puerta que lo llevó desde el baño hasta el ático. Y si le había molestado, no había dado muestras de ello la noche anterior, ni tampoco esta mañana. Era obvio que Stone sabía cosas, y a lo mejor podía ayudar a Danny a comprender su poder. Por otra parte, si pertenecía a alguna de las Familias, Danny tendría que marcharse haciéndose el firme propósito de no volver a confiar en extraños.

Oyó a Eric entrar, pero en lugar de acudir a la cocina en busca de Danny para discutir con él, se fue derecho a la sala de estar y encendió el televisor para ver las noticias locales.

—¿Danny, estás por ahí? —preguntó Eric a voces—. Vente para acá, tío. ¡Ven a ver esto!

Si Eric no hubiera dicho «tío», Danny le habría dicho que se fuera a rascarse el culo con un cactus. Pero lo de «tío» era como un reconocimiento de que eran iguales, casi como si le estuviera diciendo «por favor». Danny fue al encuentro de Eric con una manzana en la mano —hacía una hora y media del sándwich—, y allí, en la pantalla del televisor, vio a un periodista plantado delante de la casa en la que había entrado a robar.

—El señor Wheelright se había retirado, abandonando su carrera como diseñador de juegos para ordenador. Tenía la intención de dedicarse, junto a su esposa, a dirigir la fundación caritativa en favor del desarrollo de miembros artificiales y otros

dispositivos artificiales conectados al cerebro humano.

»Lamentablemente, Abel Wheelright, como ya hemos comentado antes, ha perdido la vida en el transcurso de un asalto a su hogar. Su esposa, Eleanor Wheelright; su hija Hannah; y su asistente personal, Dana Redd, están siendo atendidas por deshidratación y algunas heridas leves. El parte médico es favorable en los tres casos.

»La policía solicita colaboración para averiguar quién fue el chico que avisó al 911 de lo que había ocurrido en la casa de los Wheelright. Gracias a esta llamada, la viuda Wheelright, su hija Hannah y la señora Redd siguen con vida.

»La policía afirma que el autor de la llamada no es sospechoso de haber participado en estos violentos sucesos; creen que se hallaba en el interior de la casa cuando tuvieron lugar y podría aportar datos que ayudaran a la policía a detener a los autores del crimen.

En la pantalla aparecieron sobreimpresionados los teléfonos de contacto de la policía y de fondo se pudo escuchar la grabación de la llamada que había hecho Danny al 911. Eric se volvió con una sonrisa.

Ced también estaba en la estancia, y cuando oyó la grabación, dejó el libro que estaba leyendo y miró a Danny.

—Ése eres tú, ¿verdad?

Danny se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Tú lo sabes, colega —respondió Ced.

—Es él —confirmó Eric—. Estuvimos allí. Mi chico es todo un héroe.

—No fue eso lo que dijiste antes —repuso Danny.

—No sabía lo que decía —se excusó Eric—. Hacía frío. Estaba cansado. Salvaste la vida de tres personas y eso está bien.

—Puede que den una recompensa —comentó Ced.

—Puede que no quiera que sepan que fui yo —dijo Danny.

—¿Por qué? —se extrañó Ced.

—Tendría que contarlo todo —dijo Danny—. «Sí, señor Agente, yo estaba en la casa. Sí, me estaba haciendo unos bocadillos para compartirlos con mi amigo Eric, que me esperaba fuera. Luego volvimos a casa del señor Stone, cerca del parque Lincoln, el mismo sitio en que Lana la Nudista, se me tiró encima el día que llegué».

—¿A qué viene mencionar a Lana? —protestó Ced.

—¿Y por qué no? —respondió Danny—. Si a alguien se le ocurre chivarse de que fui yo el de la llamada, contaré todo lo que sé sobre vosotros.

—El chico tiene carácter —dijo Eric con un tono entre irritado y orgulloso—. Lo malo es que si hay algo con lo que podemos conseguir pasta, él va y hace justo lo contrario.

—Y si hay algo en lo que nos puedan pillar con el culo al aire, Eric va de cabeza a hacerlo —dijo Danny.

—Que yo sepa, el único que se ha quedado con el culo al aire has sido tú —replicó Eric.

Ced se revolvió, molesto ante el último comentario.

—Nadie lo dejó con el culo al aire, sólo le bajó un poco los pantalones; Lana estaba de coña.

—Lana no estaba de coña —lo rebatió Eric—. Y de todas formas, no me refería a Lana. Ayer por la mañana, Danny le hizo un calvo a un par de guardias de seguridad que nos estaban agobiando.

—¿Le hiciste un calvo a un segurata? —preguntó Ced con admiración.

—Lo tenía a menos de dos metros —contó Eric—. ¡Se abrió de nalgas y todo!

—Lo único que me importa es que las mujeres y la niña están bien —dijo Danny, y se volvió a la cocina. Allí se encontró con Stone sentado a la mesa.

—Has conseguido salir en las noticias.

Danny asintió y abrió la nevera.

—Sí, he hecho un montón de cosas desde que he llegado —dijo Danny con amargura. Se sentía mal.

—Salvar vidas es algo importante —afirmó Stone.

—Sí, y hacerle un calvo a un segurata también mola. Ojalá lo hubieran grabado y sacado en YouTube; no tiene ni idea de lo orgulloso que me siento.

—Eres un crío, eso son cosas de críos.

—Mis primos lo hacen siempre; sobre todo cuando... —se calló de golpe. Había estado a punto de decir «sobre todo cuando proyectan sus efigies», pero eso habría sido un descuido imperdonable. Hasta la estupidez tenía sus límites, y Danny suponía que mencionar las efigies habría superado esos límites.

—Lo hiciste sin pensar, fue igual que un acto reflejo —declaró Stone.

—Me parece que soy un gran acto reflejo —afirmó Danny. Recordó el suceso con Lana y en cómo él había respondido a su asalto. Aún sentía deseos de besarla, de tocarla. Eran sentimientos que lo avergonzaban.

—Estás pensando en Lana —dijo Stone.

Danny dio un respingo. ¿Le estaba leyendo la mente?

—¿Quién eres?

—Sólo alguien que también tuvo trece años —respondió Stone—. Vamos, chico, te habías ruborizado.

—Yo no me ruborizo.

—Se te puso la cara roja y sonreías como un bobalicón.

Danny se cubrió la cara con las manos.

—¡Sólo falta que salga en los periódicos!

—Vamos, vamos, Danny —intentó calmarlo Stone—. Eres muy bueno mintiendo, posees un gran talento para el embuste, aunque eso es normal en ti. Pero pocos hombres son capaces de ocultar sus reacciones cuando están pensando en una mujer.

—¿Por qué es normal en mí lo del talento para mentir? —preguntó Danny—. No creo que sea algo de lo que tenga que sentirme orgulloso.

—Es posible, pero gracias a eso sigues vivo y has conseguido llegar a DC.

—Eric fue quién me trajo hasta aquí.

—Eric te indicó lo que había que hacer, hacerlo bien fue cosa tuya. Tienes un talento nato.

—Sí, soy un criminal nato.

—Eres un teleportador nato —dijo Stone.

Danny se quedó paralizado.

—Tranquilo —dijo Stone—. ¿Crees que pertenezco a una de las Familias y que les iré con el cuento para que te maten? ¿O que te mataré yo mismo?

—Algo así —asintió Danny.

—Te lo diré con suavidad: las Familias, sus acuerdos, sus temores, sus normas... Todo eso me importa una mierda. Cuando Loki cerró las puertas, no sólo afectó a las Familias.

Danny sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿A qué se refería Stone? ¿Cuánto sabía?

—La cocina no es el lugar más apropiado para una conversación así —dijo Stone—. Y por lo que oigo en la sala de estar, dentro de nada un montón de gente vendrá en busca de algo para comer. —Se puso de pie—. Coge lo que quieras y vamos a mi cuarto.

Danny cogió una botella de yogurt líquido y buscó un vaso, aunque desistió al decidir que se tomaría la botella de litro entera. Siguió a Stone escaleras arriba hacia el cuarto con las mejores vistas de la casa.

Stone se sentó en un cómodo sillón encarado hacia la ventana que daba a la calle. Danny hizo lo propio en uno que estaba al lado del primero.

—Todavía no me has matado —dijo Danny.

—Si lo intentara, te escaparías creando una puerta.

—Exacto —asintió Danny—. Sabes cosas sobre las puertas pero no perteneces a ninguna Familia, ¿verdad?

—Cierto —afirmó Stone.

—¿Quién eres? —preguntó Danny—. ¿Cómo alguien que vive en una zona residencial de Washington sabe tanto sobre las Familias, las puertas y sobre mí?

—¿No conoces la historia de las Familias? ¿Los mitos, como los llaman los antropólogos? Ahí tienes a los Zeus, Eros, Ares y a todos los demás, dejando mortales embarazadas. ¿Y qué me dices de Afrodita y Atenea y hasta la casta Diana,

seduciendo a cualquier hombre del que se encaprichaban? Y éstos eran sólo los griegos. Podríamos hablar de las historias donde sale una reina de las hadas que se lleva a un hombre a su reino secreto y, hala, a fornicar como conejos hasta que se cansaba del tipo y lo devolvía a su mundo... ¿Qué crees que pasó con los hijos que nacieron de esas relaciones?

—¿Tú eres uno de ellos? —preguntó Danny.

—No yo, exactamente. Mis antepasados. Semidioses como Hércules, condenados a vagar por la Tierra sin poder vivir nunca en el Olimpo. En realidad, hubo casi cuarenta hijos, de más de diez tipos distintos que se hicieron llamar Zeus, a los que dieron el nombre de Hércules. Por eso hay leyendas sobre Hércules en tantos sitios de Italia y los Balcanes. Hubo un tiempo en el que llamarte Hércules y tener algún poder, por mínimo que fuera, te garantizaba un revolcón en muchas camas.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta —respondió Stone—. No te fíes de todo lo que te han enseñado. Las Familias se creen que son los únicos magos en el mundo; hablan de la pureza de la sangre westiliana y todo eso. Pero hay muchos como yo, muchos más, que no pertenecen a ninguna de las Familias, a excepción de algún parentesco lejano. No tomamos parte en vuestras estúpidas guerras y procuramos no mantener relaciones de ningún tipo con vosotros. Thor por ejemplo, ése pertenece a tu familia, ¿verdad? Sí, eres un North, tienes un acento americano perfecto y todo lo demás, aunque en realidad eso tampoco probaría nada, siendo como eres un mago teleportador. Pero sí, eres un North. Tu querido Thor ha montado una red de informadores por todo el mundo, pero es tan engreído que no se le pasa por la cabeza que antes de contarle nada decidimos si nos interesa que lo sepan los North o no.

Danny se recostó contra el respaldo de su sillón.

—No comprendo que estemos hablando sobre todo esto sin tomar precauciones.

—Soy bastante más discreto que tú. Te recuerdo que Eric ya sabe de lo que eres capaz, y apuesto lo que quieras a que Ced y Lana lo sabrán muy pronto. Y también cualquiera que venga a esta casa atraído por el aroma de Westil.

—¿Aroma de Westil?

—Las flores que crío. No son terrestres. Soy un experto en flores westilianas y cultivo distintos tipos a lo largo de todo el año. El polen de las flores atrae a todo el que tiene sangre westiliana.

—¿Eres un Raíz?

—Yo me inclinaría por Herbolario —dijo Stone—. Ésa es una de las desventajas de no pertenecer a una Familia, nunca estás muy seguro de qué tipo de mago eres. Todo lo que sé, lo he aprendido por mi cuenta. He seguido los principios básicos: amor y confianza en tu propia fuerza y talento. Si consigues evolucionar, creces y te haces más poderoso. El problema es que no sé hasta dónde habría podido llegar de

haber recibido la formación adecuada. Mi padre era un Aguador y mi madre una Marga. Siempre sospecharon que estaban destinados a ser un Amo Acuífero y ella una Ama de Greda, pero les faltaba información, alguien que los guiara.

—Tampoco me han enseñado nada a mí.

—Ya lo sé —dijo Stone—. Y no me sorprende, pues han jurado matar a los de tu clase en cuanto se determina que poseéis el poder. Claro que si alguna Familia consigue entrenar en secreto a un teleportador para su provecho, lo harán. El problema es que no funciona. Tampoco saldrá bien contigo, y lo siento.

—¿De qué estás hablando?

—Los magos teleportadores duran poco.

—¿Qué?

Stone hizo una pausa, y a Danny le dio la sensación de que estaba decidiendo qué mentira iba a contarle.

—Sois embaucadores, marrulleros. Cabreáis a la gente.

—Pero se nos da bien escabullirnos —replicó Danny. Se sintió extraño al emplear el plural, como si conociera a otros teleportadores y formara parte de una gran hermandad.

—Danny, si quieres conseguir algo, necesitarás formación.

—¿Un Herbolario puede instruir a un mago teleportador?

—Existen aspectos generales de la educación que son universales —dijo Stone—. Pero no, no seré yo el que se encargue de ti; yo sólo tenía que localizarte.

—Eso es lo que me fastidia —rezongó Danny—. ¿Cómo es posible que haya venido a parar a tu casa? Justo el sitio donde vive alguien que no echa a correr cuando me ve aparecer y desaparecer.

—Echo mis redes y atrapo magos —comentó Stone.

—A mí no me atrapaste —protestó Danny—. Fue Eric el que encontró tu casa; un amigo suyo le habló de ti y tu alojamiento gratuito.

—¿Un amigo? —preguntó Stone.

—Un conocido.

—Haz memoria —lo urgió Stone—. ¿Conocía Eric a Ced?

Danny volvió al día en que vio a Ced por primera vez. Fue en la calle, y no fue con Eric con quien cruzó sus primeras palabras, fue con Danny. Y lo que dijo fue:

—¿Quién coño eres tú y qué quieres?

Y si lo dijo fue porque Danny se había acercado a él hasta colocarse a su lado.

¿Por qué haría eso?

—¿Iba en serio eso del polen? ¿Me refiero al de las plantas westilianas?

—Seguro que Ced lo lleva pegado a la ropa desde que vive aquí. Déjame adivinar lo que pasó: ni siquiera sabes por qué te acercaste a él, ¿verdad?

Danny asintió.

—Yo diría que es como en el juego es en el que estás buscando algo y los demás te dicen «caliente» si te estás acercando y «frío» si te alejas. En este caso captaste el polen y algo en tu interior te dijo que te acercaras, que estabas en el buen camino. Te sentías seguro cerca del polen en una ciudad que te era extraña.

—¿Y yo actué así atraído por el polen?

—Estas plantas compensan todos los esfuerzos que hago por ellas; y cuidarlas es duro, porque no existe forma de conseguir más.

—Estaba convencido de que Eric y Ced se conocían.

—Ced tiene esa manera de hablar que parece que lo conozcas de toda la vida — dijo Stone.

—De acuerdo. Me has encontrado porque tus plantas me hicieron creer que aquí estaría a salvo. Y ahora, ¿qué?

—Formamos un grupo. Somos magos. Los westilianos perdidos. Nos denominamos «los Huérfanos» porque no formamos parte de las Familias. Tampoco queremos, no creas, pero sí practicamos algunos de sus aspectos más positivos: la formación, el apoyo y la protección. Aprendemos mucho unos de otros. Hemos estudiado los orígenes de la magia. Intentamos averiguar cómo se produce y por qué hay quienes poseen el poder y otros no. Cada uno de nosotros se dedica a lo que mejor se le da. Yo cultivo las plantas, crecen para mí. Y por eso me dedico a reclutar. Me ocupo de los que responden a la llamada del polen, los observo mientras están aquí, y si son dignos, les ofrezco lo mismo que a ti: un educador.

—Pero ése no eres tú.

—Soy el que selecciona a los que llegáis. Y estoy demasiado expuesto. El mismo polen que te atrajo a ti atrae a cualquier westiliano, incluido a los que te están buscando.

—¿Cómo es que Ced y Lana acabaron aquí? Son simples mortales.

—Ced no es un mortal —replicó Stone.

—¿Es un mago?

—Es un westiliano, un huérfano igual que yo, y no hay forma de saber de qué Familia procede. Cuando llegó aquí, me comentó que su madre era una hermosa maga de las bestias; que podía volar con las aves, me dijo, aunque sospecho que sólo repetía lo que ella le había contado. Estoy convencido de que ella no podía volar, lo más probable es que enlazara su aura con alguna ave y eso fue lo que le contó a su hijo. Se crió viendo como las aves acudían a la llamada de su madre y creyó en la existencia de la magia. Ella murió cuando Ced tenía diez años. Él intentó desarrollar su magia para las aves, pero se llevó una amarga decepción cuando averiguó que no poseía el talento de su madre.

—¿Y tiene alguno?

—Sí. El viento. Puede hacer cosas con el viento. Crear pequeños torbellinos y

remolinos de aire. También puede levantar una brisa constante. Lo bastante buena como para secar la ropa. Nos vino muy bien cuando se estropeó la secadora. También es útil tenerlo a tu lado cuando sales a navegar.

—¿Puede desatar una tormenta?

—No. Al menos, todavía no.

—No me parece un gran mago.

—Posees la arrogancia de las Familias —dijo Stone, irritado—. Pero piénsalo, ¿cuántos grandes magos de verdad has conocido?

Danny encajó la reprimenda y tuvo que admitir, tras pensarlo con detenimiento, que sólo conocía a dos grandes magos: Baba y Mamá. Nadie tenía su poder, ni su capacidad para emplearlo en el mundo actual.

—Dos —admitió en voz alta.

—¿Y el resto de tu Familia? ¿Cuántos dirías que están al nivel de Ced?

—Unos cuantos.

—¿Y qué nivel crees que tendrían si sólo contaran con la formación que les pudiera dar un Herbolario?

Danny se dio por vencido.

—De acuerdo, lo siento —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Qué sabe hacer Lana? —preguntó, llevado por la curiosidad.

—Nada en absoluto —replicó Stone—. La tolero porque la trajo Ced. Se ha hecho responsable de ella. Si tolero a Eric, es por el mismo motivo.

—¡Pero si odio a Eric!

—Eso no es verdad —lo contradijo Stone—. Te asusta porque sólo es capaz de pensar en sí mismo.

—Estoy harto de hacer todo lo que él quiere.

—Entonces, no lo hagas. Hay sitios en el mundo donde podrías vivir con gente que podría enseñarte. Ningún miembro de las Familias te encontraría jamás.

La idea de marcharse a un sitio seguro sedujo a Danny. Nunca hubiera imaginado que existía un lugar así. Y por eso mismo, una vocecita interior no paraba de repetirle que era un ingenuo.

—No me lo creo —dijo en voz alta.

—¿Por qué no?

—Porque no te conozco lo bastante como para ponerme en tus manos. ¿Y si todo esto no es más que una trampa? Podría acabar muerto, encarcelado o en manos de otra de las Familias, que me utilizarían como pretexto para declarar otra guerra a mi Familia.

—Eres precavido y supongo que eso está bien —suspiró Stone—. Aunque me pregunto por qué no lo fuiste cuándo conociste a Eric. Te acabo de contar cosas sobre tu poder que ni tú mismo conocías, pero no quieres confiar en mí; sin embargo,

confías en un delincuente de poca monta que te quiere convertir en un ladrón.

—Estoy en deuda con él —dijo Danny.

—No le debes nada —afirmó Stone—. Ya has hecho bastante por él. Estáis en paz.

—Estoy en deuda con él —repitió Danny.

Stone lo miró sin decir nada.

Danny se quedó sentado, sin decir nada tampoco. Quería contarle a Stone que Eric sí le había enseñado cosas, y que había sido paciente con él. A lo mejor era algo mandón, pero quería saldar las cosas entre ellos. Tampoco era exactamente una simple deuda, era algo más profundo, más esencial. Y que Eric quisiera siempre salirse con la suya no era pretexto para no zanjar lo que había pendiente entre los dos. Pero Danny era consciente de que no podía explicar de manera racional la sensación que tenía. Así que se mantuvo en silencio.

—Puedes marcharte —dijo Stone con un suspiro.

—¿Te has enfadado conmigo?

—Creo que eres bobo, pero por otra parte me alegro de que te estés volviendo más cauto.

—Tengo que hacer un trabajito con Eric, quiero que saque algo de dinero que le permita seguir adelante cuando me marche.

—¿Marcharte? —se extrañó Stone—. ¿Adónde vas?

—Adonde tú me has dicho: a un lugar seguro con gente que me enseñe.

Stone volvió a suspirar, pero en esta ocasión lo acompañó de una sonrisa.

—Comenzaré a indagar a ver quién te puede acoger.

—Y yo procuraré no allanar una casa donde ya hayan robado o haya gente muerta.

—No olvides nuestro acuerdo: nada de objetos robados aquí.

—Cumpló mis acuerdos.

Stone asintió satisfecho.

—Y gracias por hablar conmigo. Y por ofrecerme un profesor.

—Es agradable saber que no estás solo en el mundo, ¿verdad?

«Pero lo estoy —pensó Danny—. No hay otro mago como yo. No conozco a nadie con mi poder. El nombre del grupo de Stone es acertado: los Huérfanos».

»Es justo lo que soy —concluyó Danny—. El nombre que me define».

EL INFILTRADO

La presencia policial en Georgetown era mayor de lo habitual y Eric decidió buscar otro escenario para su primer robo real.

—No nos llevamos nada de la casa Wheelright —le dijo a Danny—. Así que no cuenta. Lo que hicimos ahí fue un salvamento y no un delito.

Eric hablaba de lo ocurrido como si la idea de salvar la vida a esa gente hubiera sido suya desde el principio.

—Cuando hablas de un primer robo, ¿estás diciendo que habrá un segundo? —observó Danny.

Eric lo miró con frialdad.

—Una vez empieces, ya no podrás detenerte.

—¿Y quién me va obligar a seguir si no quiero? —lo desafió Danny. La discusión le recordó los tiempos en que se peleaba con sus primos.

—Yo no —admitió Eric—. Sé que no te puedo obligar a hacer nada que no quieras.

—En ese caso, me detendré cuando quiera detenerme.

—Eso lo dices ahora. Pero repetirás porque en el fondo te gusta todo esto.

—No sabes nada de mí para decir algo así.

—Poder meterte en la casa de alguien mientras duerme, sabiendo que no se van a disparar las alarmas porque no has tenido que forzar la entrada. Si hay sensores de movimiento, estarán desconectados porque alguien puede levantarse por la noche y no quieren que suene la alarma. Poder ir adonde quieras y coger lo que quieras. Ese poder inmenso, el poder de un ángel. No podrás detenerte.

—Ya has hecho esto antes —dijo Danny.

—Un par de veces —admitió Eric—. Cuando tenía tu edad. En Buena Vista la gente no tiene alarmas ni sensores de movimiento; en mi barrio nadie usa cosas de éstas. Mucha gente dormía con las ventanas abiertas y aproveché la ocasión para darme una vuelta. Cogí alguna cosa sin importancia. Tuve la suerte de ver a un par de tías durmiendo desnudas; eran noches calurosas. ¿Quién es el guapo que deja escapar una oportunidad así?

—Yo —sentenció Danny.

—¿Qué quieres ser de mayor, cura o algo así?

—Cualquier cosa menos ladrón.

—Te veo convertido en un gay, si pasas de ver tías desnudas mientras duermen.

—Sigue así —rezongó Danny en tono amenazante—, y la casa Wheelwright será

la última en la que haya intentado robar.

—Calma, Danny —dijo Eric—. Lo siento si te parece que soy irritante, pero te juro que entre tú y yo, yo soy el normal.

—Suená fatal, pero te creo —asintió Danny.

Los dos hablaban como si sólo estuvieran bromeando. Pero no era así.

Eric guió a Danny hasta el barrio de Spring Valley, más allá de la avenida Massachusetts, casi al lado de la Reserva Dalecarlia. Los dos recorrieron la acera de la calle Segwick examinando las casas.

—Tres ventanas de dormitorio. Casa grande —anunció Eric.

—Críos —dijo Danny—. Varios críos. Hay bicicletas y un triciclo. No creo que tengan mucho dinero.

—O lo tienen y por eso se pueden permitir mantener a tanto crío.

Siguieron caminando hasta el final de la calle. Al girar la esquina entraron en Tilden. Y las casas mejoraron de aspecto. Una tenía piscina, otra un garaje con tres coches, y una tercera un barco aparcado en el acceso al garaje.

—Aquí estamos —dijo Eric, satisfecho.

—Vale. ¿Dónde quieres ponerte para recibir el género?

Eric miró a su alrededor en busca del sitio más adecuado.

—La parada de autobús nos pilla lejos.

—¿Y qué? —dijo Danny—. No he dicho que te quedes aquí al lado. ¿Qué quieres, salir desde aquí con todo lo que cojamos y que la poli nos pille por el camino? Te vas a marchar a la tienda del perista y buscas un sitio discreto cerca. Yo te pasaré todo lo que coja.

—¿Puedes hacer algo así? —preguntó Eric, impresionado.

—Es como abrir un agujero en el aire —afirmó Danny—. Cuando esté dentro de la casa, abriré una puerta pequeña y te lo pasaré todo a través de ella.

Eric negó con la cabeza en un gesto de duda.

—Suená demasiado bien para ser cierto.

—Ya, también tiene sus inconvenientes —dijo Danny—. Ahora dime cuánto queremos sacar.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto dinero? —exclamó Danny—. ¿Cuántas casas tengo que allanar? ¿Cuántos portátiles, Xbox, iPads...? ¿Cuántas joyas?

—No lo sé —respondió Eric—. Mucho de todo. Nos hará una oferta a la baja. Tendremos suerte si sacamos un diez por ciento del valor real.

—Tendremos suerte si sacamos algo —comentó Danny—. Sigo convencido de que se lo va a quedar todo sin darnos nada.

—Le iba a durar poco el negocio si actuara de ese modo; la gente dejaría de acudir a él.

—¿Y por qué se iba a enterar nadie? ¿Es que tienes tantos contactos en los bajos fondos de la capital de la nación?

—Hablas como el tío ese de las noticias —comentó Eric.

—Lo que quieras, pero estoy convencido de que no importa lo que robemos; lo que importa es buscar otro perista.

—Ya tenemos uno —zanjó la cuestión Eric.

—De acuerdo —respondió Danny secamente. Y sin más, abrió una puerta que lo llevó al jardín de una casa situada en la calle del perista. Había tomado nota mental del lugar en su visita anterior; quedaba cerca de la tienda y Eric podía recibir allí el género sin que nadie lo viera gracias a unos arbustos que separaban el jardín de la calle.

Mientras examinaba el lugar, se le ocurrió que Eric tendría que volver solo hasta allí, por lo que volvió a la calle Tilden. Eric seguía en el mismo sitio.

—¿Qué has hecho? —preguntó Eric.

—Lo que te dije que haría —contestó Danny—. Ahora existe una puerta que va desde aquí hasta allá. Ojalá me dejaras llevarte, nos ahorraríamos el viaje en autobús.

—¿Y si alguien te ve desaparecer de pronto?

—¿Y qué iban a contar? «Un chico se desvaneció de pronto y volvió a aparecer a los pocos segundos» —Danny soltó un bufido—. Seguro que la poli se lo cree y monta una vigilancia de veinticuatro horas para ver si me pillan.

—No te pongas borde, ¿vale? —se enfadó Eric—. Pensaba que querías pasar inadvertido.

—Aquí sólo nos pueden ver desde el interior de la casa —señaló Danny—, y ahora mismo no hay nadie ahí dentro.

—Pero podría haber gente esta noche.

—Y estará oscuro. ¿Ves alguna farola?

—Tú eres el de la magia, tú decides —acabó por ceder Eric.

—¿Qué me dices? —preguntó Danny—. ¿Te vienes conmigo a través de la puerta y nos ahorramos el viaje en autobús?

—No —se negó Eric—. Ya te dije que no. Nunca.

—¿Te importa si me vuelvo yo?

—Haz lo que te dé la gana —respondió Eric, enfadado.

—Vale, te acompañaré.

—¡Qué majo! —exclamó Eric con sarcasmo—. ¿Harías eso por el viejo Eric?

A Danny no le hubiera importado acompañarlo, pero decidió que ya estaba harto de las chorradas de su compañero. Pasó de nuevo a través de la puerta y fue hasta la tienda del perista a comprar algo de beber y comer. Después de comprar una botella de naranjada y una barrita de cacahuete y caramelo Payday, se dirigió a casa de Stone. Se sintió tentado de hacer una puerta al despacho del perista y espiarlo, pero

decidió no hacerlo por si el tipo lo veía. Pero no se pudo quitar la idea de la cabeza. ¿Y si no cruzaba la puerta por completo? Si había sido capaz de pasar una mano también podía limitarse a asomar la cara manteniendo el resto del cuerpo al otro lado.

Volvió atrás y se metió en el jardín donde Eric recibiría el género robado esa misma noche. Desde allí abrió una puerta pequeña que desembocaba en un punto elevado de la pared correspondiente al despacho del perista. Apoyó el rostro sobre la puerta de forma que pudiera ver lo que ocurría en el interior del despacho.

El perista estaba sentado a su mesa, trabajando con unos papeles. Danny examinó el cuarto. No vio nada sospechoso. Todo lo que había allí eran cajas de cartón llenas de productos para la tienda. Era posible que el perista no recibiera el género robado allí, o quizá lo metía en las cajas de cartón para llevárselo en cuanto pudiera.

La puerta del despacho se abrió para dar paso al dependiente.

—Ha venido uno de los que vinieron el otro día. Se ha llevado una chocolatina y un refresco; pensé que querrías saberlo.

«Era zumo de naranja, idiota —pensó Danny—. Nada de refrescos».

El perista alargó la mano hacia atrás y sacó un bate de aluminio.

—La verdad es que quiero que vuelvan —gruñó—. Hace tiempo que no le parto la cabeza a alguien.

—Entonces, ¿los dejas pasar?

—Pégame un timbrazo primero, para estar listo.

—¿Por qué no les compras lo que traigan y ya está? —preguntó el dependiente.

—Son polis —dijo el perista.

—El más joven no aparenta más de doce años.

«Trece —dijo para sí Danny—. No das ni una».

—Los eligen así adrede para que metas la pata. Venga, hombre, ¿crees en serio que esos dos han hecho algún trabajito en sus vidas? Pongamos que no sean polis y dan un golpe, seguro que los pilla una cámara de seguridad o se llevan algo que tenga un transmisor o una cagada por el estilo.

—Entonces lo mejor es que pases de ellos, Rico —dijo el dependiente.

¡Rico! Y ellos que creían que el tipo era árabe.

—Sé muy bien cómo llevar mi negocio.

—Y a mí me gusta mi empleo. ¿Quién me pagará si te meten en la cárcel por agresión? ¿O asesinato?

—No voy a matarlos. No mucho.

—Los echaré, Rico. No pienso dejar que pasen a verte.

—Vale, mami, haz lo que quieras —se burló Rico.

—Alguien tiene que cuidar de ti, vigilar que no cometas estupideces.

—Trabajas de dependiente, mamón. ¿Quién es el estúpido aquí?

El dependiente iba a marcharse, pero se detuvo en seco y volvió atrás. Clavó la

mirada justo en el punto por donde asomaba la cara de Danny. Éste retrocedió en aquel preciso instante. La expresión del dependiente lo había impresionado, como si hubiera visto un bebé decapitado o algo parecido. Aunque si lo pensaba bien, la visión de un rostro en la pared sin cuerpo ni cabeza era para impresionar a cualquiera.

Danny se sentó y comenzó a reírse. Se imaginó al dependiente intentando explicarle a Rico, el perista, lo que había visto en la pared de su despacho. Muchos magos se burlaban de los mortales enviando sus efigies creadas con jirones de niebla a rondar por casas encantadas. O también efigies diminutas compuestas de hojas y pétalos, para que revolotearan por los jardines como si fueran hadas. Cualquier mago con capacidad para proyectar su aura podía crear esas efigies.

Danny no, él no podía proyectar su aura y crear efigies. Pero podía abrir puertas y asomar la cara, y eso también era fantasmal. Podría divertirse haciendo cosas así. Pensó que con las cosas de las que eran capaces los magos a través de sus efigies, no era lógico que los teleportadores se llevaran toda la mala fama como bromistas y embaucadores. Salvo que los teleportadores pudieran hacer cosas que él ignoraba, el resto de magos era capaz de ejecutar proezas mucho mejores que las suyas.

Mordió la barrita de Payday y apuró la naranjada. A continuación, se dejó llevar por un impulso y abrió una puerta para dejar la botella vacía de zumo sobre el mostrador de la tienda. Cuando el dependiente volviera a su puesto, la encontraría allí. Decidió hacer lo mismo con el envoltorio de Payday. A ver si eso lo desquiciaba un poco y Rico, el perista, lo despedía creyendo que se había vuelto loco. Perder su empleo con el perista sería lo mejor que le podía ocurrir al dependiente.

Danny paseó por la calle, mientras terminaba de comerse el Payday. Luego comenzó a correr, cada vez más rápido, hacia la casa de Stone. Las puertas eran geniales, pero poder correr a toda velocidad como si fuera un antílope, o aún mejor, un avestruz, era una sensación maravillosa.

Mientras galopaba feliz, pensó que si fuera un mago de bestias, crearía un vínculo con un avestruz o con un emú. Sus poderosas patas, largas y tiesas como zancos, le permitirían correr más que los coches que circulaban por esas calles.

El problema es que ni avestruces ni emús vivían en América, excepto en los zoos. Tendría que trasladarse a África o a Australia para poder establecer el vínculo con una de esas grandes aves.

«A lo mejor mi vínculo es un chico de trece años —pensó Danny—. De esos sí que hay un montón aquí. ¿Quién sabe si no seré yo el vínculo de otro, que me ha estado cabalgando durante toda mi vida sin yo saberlo...?»

Pero eso sería magia mental, la magia más perversa de todas: dominar y manipular el cuerpo y la mente de otro ser humano. No es que a los miembros de las Familias les importara un ápice que alguien subyugara a un mortal, pero sí les preocupaba que se lo hicieran a un westiliano; y por ese motivo la magia mental era

detestable y el peor de los crímenes. El mago mental que poseyera a otro mago poseía también los poderes de ese mago. Un mago mental que dominara a un grupo de magos poseería un poder impresionante. La mental era la más peligrosa de las magias, una que podía convertir a un westiliano en un esclavo. Un acto que se podía equiparar al canibalismo.

En la actualidad, las Familias condenaban a muerte a los magos teleportadores, pero no siempre había sido así. La magia de la teleportación no era perversa en sí misma. «¿Qué habría pasado si yo fuera un mago mental? ¿Y si hubiera poseído a Zog, o a Gyish manejándolos como si fueran marionetas?». Danny sintió un intenso escalofrío recorrerle la espalda, a pesar de que correr hasta la casa lo había hecho sudar. ¿Quién querría meterse en el cuerpo de esos repugnantes vejestorios? Por otra parte, habría sido divertido darles su merecido a Lem y Stem, que probaran su propia medicina.

«¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo? —pensó Danny, algo sobrecogido ante sus propias reflexiones—. A lo mejor practicar una magia prohibida hace que cualquier magia prohibida no parezca tan perversa. A fin de cuentas, sólo me pueden matar una vez. ¿Qué más dan los motivos?».

Danny se encontró con Lana en la sala de estar. Estaba sentada en el respaldo del sofá con los pies apoyados en los cojines. Apenas echó un vistazo para ver quién era y volvió la mirada al televisor. El aparato estaba apagado.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Danny.

—Lo único que vale la pena en la tele —replicó Lana.

—También es mi programa favorito —asintió Danny.

Lana lo miró con frialdad.

—Si crees que me voy a enrollar contigo porque vas en plan guay, olvídalo.

El comentario sobresaltó a Danny.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—Eres tú el que siempre piensa en lo mismo.

—No tienes ni idea de lo que yo pienso.

—Me parece que demostré justo lo contrario cuando te conocí.

Danny se enfadó lo bastante como para dar una respuesta que en otras circunstancias lo hubiera avergonzado.

—Me recibes medio desnuda, te abalanzas sobre mí, me echas el aliento y me tiras al suelo... ¿En qué querías que pensara? ¿Por qué no intentaste mantener una conversación normal y ya está?

—Porque yo hablaría y tú sólo tendrías una idea en la cabeza: echarme un polvo —respondió Lana.

—Es posible —admitió Danny—, y también es posible que si no hubieras aparecido vestida con una camisa que enseñaba más de lo que cubría, no habría

pasado el rato calculando lo que me costaría desabrochar los botones. Pero ahora que vas vestida como una persona normal, no hay nada de eso.

—Ahora mismo, en lo que estás pensando es en la camisa que llevaba la primera vez.

—Eres imposible —se quejó Danny—. En lo único que pensaba cuando he entrado era lo guay que era verte mirando una pantalla apagada, y cuando has bromeado y yo he intentado seguirte la broma, vas y me sales con eso de echar un polvo. Tú eres la única que está obsesionada con el asunto, y me importa muy poco que lo hayas pasado mal. Eres la tía más rara que he conocido, y te aseguro que he conocido unas cuantas tías raras.

—¿Rara? —repitió ella, burlona—. ¡Ohhhhhh, soy tan raaaaaara!

Sin previo aviso, Danny se abalanzó sobre el sofá desequilibrándolo hacia atrás. No era la primera vez que hacía algo parecido. En el porche trasero que tenía la escuela de su antiguo hogar, había un sofá aún más pesado que éste, y Danny lo había volcado en más de una ocasión cuando pillaba a una de sus primas sentada. Si había más de una, se compinchaba con uno de los primos y lograban el mismo efecto. Las chicas intentaban ponerse de pie cuando los veían embestir, pero el efecto final era igual de divertido.

A Lana la cogió desprevenida. Cayó hacia atrás lanzando un chillido. En un abrir y cerrar de ojos, Danny se puso encima de ella y comenzó a hacerle cosquillas. Ella se debatió, indefensa, y rió hasta las lágrimas.

—¡Basta, basta! ¡Me estoy meando! ¡¡Basta, cabrón!!

Danny se detuvo y se puso de pie sin dejar de mirarla.

—Tengo trece años, Lana, y éste es el tipo de cosas que se me ocurre hacer con una chica. —Sin aguardar una respuesta, se marchó hacia la cocina.

Ced estaba sentado a la mesa, leyendo un voluminoso libro con la letra diminuta.

—Le has hecho cosquillas, ¿eh?

—Le ha gustado —dijo Danny—. Se notaba. —Fue a la nevera, pero el zumo y el Payday habían saciado su apetito.

Oyó como se abría la puerta de la cocina de par en par, y al volverse vio a Lana apoyada en el marco.

—¡Has hecho que me mee encima, enano apestoso!

—Es justo lo que espero de una chica. Lo único en lo que pensáis es en hacer pis. «Oh, tengo que ir al baño». «Tenéis que disculparme». «¿Chicas, quién me acompaña a ya sabéis dónde?». Las chicas me dais ganas de mear.

Lana corrió hacia el fregadero y cogió un cuchillo.

—¡Voy a matarte, marica de mierda!

—¿Con eso? —se burló Danny—. Como mucho me untarás con mayonesa, o algo por el estilo.

Ced comenzó a reírse ante la escena, y Lana se revolvió furiosa.

—¡Si fueras un marido como Dios manda, me defenderías en vez de partirme de risa!

—Tú eres la que empuña el cuchillo —repuso Ced.

—¡Sabes que odio las cosquillas! —chilló Lana, acercando su cara a la de él.

—Y es posible que el chaval odie que le metan mano —replicó Ced con suavidad—. Diría que estáis a la par.

—¡Ahora tengo que cambiarme de ropa interior!

—Apuesto lo que quieras a que él también tuvo que hacerlo —dijo Ced.

—No —replicó Danny.

—¡Vaya! Eso son malas noticias, nena. Estás perdiendo tu toque —rió Ced.

Lana atacó a Ced con el cuchillo, pero él consiguió detenerla, agarrándola por la muñeca. A Danny le pareció que no quería herirlo, que esperaba que él la detuviera.

Ced tiró de ella, obligándola a sentarse en su regazo. Y la besó. O mejor dicho, lo intentó, porque Lana hacía todo lo posible por esquivar sus labios. Al final, la besó en el cuello.

—¡Deja de babearme! —chilló la chica.

—Me voy a mi cuarto —anunció Danny.

Ced cogió en brazos a Lana y la sentó sobre la mesa, frente a él y encima del libro.

—Si ese libro es de la biblioteca, te van a multar —apuntó Danny.

Lana y Ced estaban besándose con tanta fuerza que Danny temió que fueran a desencajarse las mandíbulas.

—¿Qué sois, vampiros? —preguntó—. ¿Estáis intentando morderos el cuello desde dentro?

No le prestaron atención.

Danny salió al vestíbulo y se dirigió a la escalera.

—¡No pienso casarme nunca! —dijo en voz alta—. ¡Es repugnante! —Pero en el fondo sentía una agradable sensación de victoria. Había recuperado parte de su orgullo al conseguir que ella perdiera el control.

»—Estamos en paz —musitó en voz baja.

Bueno, casi en paz. Porque mientras le hacía cosquillas, había disfrutado del contacto de su cuerpo, aun a través de la ropa. Era posible que ella tuviera algo de razón en lo que decía sobre los pensamientos de los chicos. Era algo que, una vez despierto, permanecía latente aunque no fueras consciente de ello. Era la primera vez que le ocurría, hasta entonces las únicas chicas a las que había conocido eran sus primas, y ellas lo despreciaban.

Cuando apenas había subido el primer tramo de escalera, encontró a Stone, que lo aguardaba en la puerta de su cuarto con un papel en la mano.

—Tengo un nombre y una dirección para ti.

—Ya tengo un nombre —respondió Danny—. Y pensaba que ésta era mi dirección.

—Un profesor —dijo Stone, ignorando la broma de Danny—. Y un sitio en el que puedes vivir. Ninguna de las Familias conoce a esta gente. Y toma nota de que no estoy pronunciando su nombre en voz alta. No lo hagas tú.

—No sé si me quiero ir —dijo Danny, acercándose a Stone—. Me gusta esta ciudad.

—¿No será que no quieres separarte de Lana? —preguntó Stone—. Te recuerdo que está casada.

—Eso ya lo sé. Dije que me gustaba la ciudad, ¿vale? ¿Por qué tendría que marcharme?

—Tú mismo —dijo Stone. A pesar de ello, dobló el papel e hizo intención de meterlo en el bolsillo de los vaqueros de Danny.

Éste retrocedió.

—Dámelo en la mano —exigió—. Mantén las manos fuera de mis bolsillos.

Stone hizo un gesto de exasperación y le tendió la nota.

—No todo el mundo quiere aprovecharse de ti en esta casa.

Danny desdobló la nota y la leyó.

—¿Marion y Leslie? ¿Alguno de ellos es un hombre?

El bofetón pilló por sorpresa a Danny. Se tambaleó a punto de perder el equilibrio y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Crees que estoy de cachondeo? —le espetó Stone—. ¿Cómo sabes que el aura de algún espía no está aquí, oyendo cada palabra que decimos? Esa gente está dispuesta a acogerte, a formarte como teleportador. Correrán el riesgo de que la furia de las Familias caiga sobre ellos, y tú vas y te lo tomas a broma.

—Si esas auras están aquí para oírme, también pueden leer tu estúpida nota.

—Sé cómo mantener un aura a raya.

—Entonces nadie puede oírnos...

—Si tuvieras dos dedos de frente, te darías cuenta de que pueden estar escuchando en la habitación de al lado. No estarían aquí para leer la nota, pero te oirían sin problemas.

—Me da igual, eso no te da derecho a pegarme.

—¡Lo que hay en juego son vidas humanas, condenado egoísta! —escupió Stone—. Métete en la cabeza que la vida de otras personas también importa, no sólo la tuya.

—Soy un westiliano —dijo Danny con desprecio—. Nadie importa tanto como yo.

Danny quiso dar un tono sarcástico a sus palabras, incluso medio disculparse

mediante ese sarcasmo, pero Stone no lo interpretó así.

—No eres un westiliano. Me recuerdas a todos esos americanos que afirman ser celtas, germanos, italianos, polacos o rusos o de dónde procedan sus antepasados. No lo son. Y tú tampoco. Hace más de catorce siglos que tus antepasados pisaron por última vez Westil.

—Ya lo sé —reconoció Danny—. Mira, lo siento. Siento haber dicho sus nombres en voz alta. Se me escaparon, en serio.

—¡Acababa de decirte que no lo hicieras! —exclamó Stone.

—¡Tengo trece años! ¡Se lo he dicho a Lana y te lo digo a ti! Olvido las cosas que me dicen. Mis tías también me lo echaban en cara, pero no era el único, ¿vale?

—Ser joven y estúpido no justifica nada. Si por tu culpa matan a esa gente, o les hacen daño, te mataré con mis propias manos. ¿Te queda claro?

—No mencioné su dirección, ni sus apellidos —se defendió Danny.

Stone alargó la mano y le quitó la nota.

—Me la quedo. No vas a ir allí. No vas a ninguna parte. Vuelve a la calle. Eres demasiado estúpido y egoísta para que haga algo por ti.

—Soy un mago teleportador —dijo Danny—. Y os importo a ti y a tus huérfanos, aunque sea un estúpido.

—A lo mejor prefiero esperar otros mil años a que nazca uno que tenga cerebro.

—Lo siento. Lo siento de verdad. No volveré a cometer un descuido como ése. Me lo tomaré en serio; soy capaz de hacerlo. He sobrevivido hasta ahora gracias a eso.

—A mí me parece que la única razón por la que sigues con vida es porque los miembros de tu Familia son demasiado perezosos para matarte.

—Tienes muy mala baba, Stone —masculló Danny, irritado.

Stone volvió a doblar la nota y se la ofreció de nuevo.

Danny no quiso cogerla.

—Cógela —dijo Stone—. No debería haberme puesto así, pero pareces incapaz de tomarte nada de esto en serio.

—No la quiero —insistió Danny.

—No te pongas bravucón, chaval. No durarás mucho ahí fuera. El rumor de un chico que aparece y desaparece se va extender, quieras o no, y cuando llegue a oídos de la Familia, no les costará mucho deducir que hay un mago teleportador actuando. Te perseguirán hasta matarte.

—No quiero la nota porque la he memorizado —aclaró Danny.

—¡Ah! —exclamó Stone.

—Lo siento —se disculpó Danny—. Siempre acabo fastidiándola sin querer. Sí que me importa todo esto, pero a veces las cosas se me van de las manos.

Stone asintió.

—Olvidaba que ésa es una característica de los magos teleportadores. Nunca os tomáis nada en serio, como si la vida sólo fuera un gran chiste.

—Pero yo sí que me tomo las cosas en serio.

—La historia dice que la gente ya odiaba a Loki antes de que cerrara todas las puertas —afirmó Stone—. La mayoría de los teleportadores no son capaces de hacer amistades duraderas, al menos entre los westilianos.

—Ya, pues dudo que los horticultores que reparten bofetadas hagan muchos amigos.

—Te he dejado una marca en la cara —dijo Stone.

—¡Qué interesante! ¿Se está poniendo morada?

—Es posible, pero no sangra.

—Tienes que aprender a golpear pivotando el cuerpo —dijo Danny.

—¿Ves como te lo tomas todo a broma?

—Vale, pégame otra vez. —Danny le dio la espalda y subió por la escalera hasta el cuarto de baño. El día estaba saliendo a pedir de boca, sólo faltaba que le pegaran un tiro en una de las casas que iba a asaltar.

Pero no sucedió así.

Eric llegó a casa, harto y cansado de su caminata y el viaje en autobús. Se dedicaron a ver la tele, a cenar y a ver de nuevo la tele. Después de cenar, Ced y Lana se sentaron con ellos, y juntos se burlaron de todos los programas que emitían por la tele. Cuando oscureció, se dirigieron hacia la tienda de Rico. Danny le enseñó a Eric dónde tenía que colocarse para recibir el género que le iba a pasar, y a continuación cruzó la puerta hasta la calle Tilden.

No había nadie en la casa que tenía piscina, lo que entrañaba el riesgo de que hubiera sensores de movimiento funcionando. Sin embargo, eso no detuvo a Danny, que fue abriendo puertas que lo llevaban de una habitación a otra sin pisar los pasillos de la casa. Encontró una caja fuerte a la que accedió a través de una puerta lo bastante grande para meter la mano. Sacó algunas joyas con aspecto de ser buenas, bonos al portador y también partidas de nacimiento junto con otros papeles y fotografías sin valor alguno. Danny se quedó con lo que le interesaba y dejó el resto dentro de la caja fuerte. Luego abandonó la casa sin molestarse en buscar nada más.

Una vez en la calle, se guardó los bonos al portador y las joyas y abrió una puerta para entrar en la casa de la calle Sedgwick, la que tenía tres dormitorios y el montón de bicis en el patio. La casa estaba llena de gente dormida, excepto los padres, que estaban viendo una película en su dormitorio.

Danny pudo desplazarse por la vivienda sin problemas. Encontró dos Xbox y dos Wiis. Las desenchufó y se las pasó a Eric a través de una pequeña puerta. Aguardó a sentir que su compañero agarraba los aparatos antes de soltarlos. También pasó todos los juegos que encontró. A los críos les vendría bien una temporada sin tanto

jueguito; al menos eso decían las tías cuando alguien les preguntaba por qué la Familia sólo tenía una vieja Sega y tres juegos para todos los primos. ¡Y los permisos para jugar con la consola eran excepcionales!

Encontró tres portátiles en la casa, dos en los dormitorios de los niños y un tercero en un maletín. También llegaron a manos de Eric a través de pequeñas puertas abiertas in situ. Cuando llegó al garaje de la vivienda, Danny se preguntó si sería capaz de abrir una puerta por la que cupieran el Mercedes y el gigantesco todoterreno que halló en su interior. Eso sí que impresionaría a Eric, ver todo un Mercedes asomando por la puerta.

No obstante, Danny sabía que no podían «colocar» un coche; ésa era una operación totalmente distinta y no le apetecía entrar en contacto con la gente que trataba con vehículos robados. Por no mencionar el hecho de que no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Era posible que él cruzara la puerta pero que el coche se quedara atrás. Danny pensó que ojalá le hubieran enseñado a conducir, aunque fuera el tractor que utilizaba la Familia.

Sin volver a la calle, Danny abrió puertas de una casa a otra, recorriendo todas las que él y Eric habían valorado como «interesantes» esa misma tarde. Una de ellas fue un completo fiasco. Danny tuvo la impresión de que los dueños se habían metido en una casa por encima de sus posibilidades; aparte de la sala de estar y el comedor, apenas había mobiliario en el resto de la casa.

Las otras viviendas, por el contrario, fueron de lo más productivas: joyas, billeteras, tarjetas de crédito, portátiles, iPads y Kindles. En una casa hasta encontró un par de jarrones de aspecto muy caro, pero quizá no fueran más que copias baratas compradas en el Wal-Mart.

Danny esperaba que Eric tuviera suficiente con todo lo que había cogido; si no, peor para él. Lo que acababa de coger en las seis casas que había visitado constituía el punto y final de su carrera de ladrón.

A no ser que fuera una cuestión de supervivencia. Para comer. No podía descartar nada, pero la idea de plantearse el robo como modo de vida no entraba en sus planes. Resultaría patético que el primer mago teleportador en quién sabía cuánto tiempo, dedicara su poder a robar a los mortales.

Danny volvió a la primera vivienda en la calle Tilden para comprobar si había saltado alguna alarma o había acudido la policía. Todo estaba en calma. La calle estaba sumida en el silencio. No había duda de que por la mañana el panorama cambiaría radicalmente, pero esa noche todo el mundo dormía el sueño de los justos.

Danny atravesó la puerta hacia el jardín donde lo esperaba Eric. Lo encontró rodeado de portátiles y un montón de aparatos electrónicos. Temblaba levemente. Los dos jarrones relucían sobre la hierba.

—Esos jarrones valen una pasta, o no valen una mierda —comentó Eric.

—También podrían tener algo de valor, pero sin pasarse —dijo Danny—. Aunque me inclino por lo de que no valen una mierda. ¿Quieres que los rompamos para entrar en calor?

—No, hombre, no. Ya que los tenemos aquí, vamos a ver qué les sacamos. Por cierto, no habrás hecho alguna tontería cómo dejar pagarés con tu firma o algo por el estilo, ¿verdad?

—¡Eh! ¡Ésa una excelente idea! —exclamó Danny. Y sin más, retrocedió hasta pasar por la puerta. Una vez al otro lado, contó hasta cinco y volvió. Al verlo, Eric suspiró, aliviado.

—¿Qué clase de cabrón eres?

—Uno al que le gusta pasarlo bien —respondió Danny—. Pero tranquilo, no soy tan idiota como para ir dejando pagarés con mi nombre por ahí.

—Me alegro.

—Los he firmado con tu nombre.

—Sí, ya. Ja, ja... Bueno, me parece que tendremos que hacer unos cuantos viajes para meter todo esto en la tienda.

—Estuve espiándolos esta tarde —dijo Danny—. El dependiente no nos va a dejar pasar.

—No conozco una tienda abierta las veinticuatro horas que rechace a un cliente —dijo Eric.

—Los clientes habituales no llegan cargados de portátiles.

—De acuerdo. ¿Cómo vamos a entrar?

—He pensado que podríamos meter todo esto en el despacho de Rico a través de una puerta.

—¿Rico? ¿Ya sois amiguetes o qué?

—Oí al dependiente llamarlo así.

—Cuando estabas espiándolos.

—El dependiente me vio. Bueno, sólo la cara. Seguro que creyó que estaba alucinando.

—Eso quiere decir que, cuando entremos, el tipo va a largarse pegando alaridos —bromeó Eric.

—En absoluto —sonrió Danny. Luego se puso más serio—. Al final, creo que no es buena idea meter todo esto en el despacho a través de una puerta. No quiero que Rico conozca nuestros métodos.

—¿Y qué si lo hace? No puede cogerte.

—Pero a ti sí —replicó Danny—. Y podría mantenerte secuestrado y obligarme a robar todas las casas de la ciudad, y cuando acabara, lo más seguro es que te pegara un tiro.

—¡Uf! —jadeó Eric—. Supongo que tienes razón, lo mejor es que no metas el

género usando una puerta. Aunque tengo que admitir que ver aparecer las cosas es definitivamente genial. ¡Como si la noche estuviera pariendo aparatos electrónicos y joyas y yo fuera el médico atendiendo el parto!

Danny seguía dándole vueltas al tema de cargar con todo el género hasta la tienda.

—¿Y si hago que aparezca en un pasillo del almacén, uno alejado del mostrador?

—Y cuando llegue el momento, sólo hay que decirle dónde está —dijo Eric—. No tiene por qué saber cómo ha llegado hasta allí. Buena idea, creo que funcionará.

Danny abrió una pequeña puerta a ras del suelo e introdujo todos los portátiles de una vez. Pesaban lo suyo, pero consiguió que pasaran todos sin que se cayeran. A continuación abrió una serie de puertas por las que pasó el resto del género; confiaba en que habría quedado todo bien colocado en uno de los pasillos.

No oyeron jaleo ni exclamaciones de sorpresa procedentes de la tienda, por lo que dedujeron que no había habido testigos de la súbita aparición de los objetos robados. También cabía la posibilidad de que lo hubiera visto alguien y se hubiera desmayado. En cualquier caso, ya estaba todo dentro excepto las joyas, que Eric había envuelto en la camisa a modo de hatillo.

—¿Frío? —preguntó Danny.

—Las joyas me dan calor —se rió Eric.

Se dirigieron a la tienda.

Al verlos entrar, el dependiente hizo una mueca de disgusto.

—Largaos —los urgió en voz baja—. No os conviene verlo.

—Necesitamos el dinero —dijo Eric—, y él necesita lo que le traemos.

—No sabéis cómo es —susurró el dependiente—. Está convencido de que sois unos mierdas, unos pringaos. Si os pilla, acabaréis en el hospital.

Eric puso la camisa sobre el mostrador y la abrió.

—¡Joder! —exclamó el dependiente. Metió la mano bajo el mostrador y debió de pulsar algo, porque Rico no tardó en salir con el bate de aluminio en las manos.

—Creo que ya os dije lo que pasaría si volvía a veros por aquí, capullos —gruñó.

—Échale un vistazo a esto, Rico —intervino el dependiente—. Estos dos van en serio.

Rico fulminó a Danny y a Eric con la mirada y luego se adelantó para ver lo que le indicaba el dependiente.

—Son falsas —sentenció.

—¿Sí? Pues es raro, porque las hemos encontrado dentro de una caja fuerte —dijo Danny.

—La gente hace cosas raras —dijo Rico—. Os doy cincuenta pavos por el lote.

Sin decir nada, Eric comenzó a envolver las joyas con la camisa. El bate cayó sobre sus brazos. El golpe cogió por sorpresa a Eric, que se apartó dando un grito.

—Cien pavos —ofreció Rico—. O eso, o nada y os rompo la cabeza a los dos.

—Eso quiere decir que pasas del resto del género —observó Eric.

—¿Aún hay más? —intervino el dependiente, impresionado.

—Cierra el pico, José —ordenó Rico.

—Ah, José —dijo Danny—. Un placer.

—¿Qué más hay? —preguntó Rico.

—Nada para un perista que ofrece cien pavos por algo que vale más de cincuenta mil.

—En la calle no vale más de cinco mil, ni hablar de cincuenta grandes, y eso quiere decir que vosotros os lleváis quinientos pavos —arguyó Rico—. Y admito que antes tiré por lo bajo, pero os había dicho que no volvierais, capullos, y no me habéis hecho caso.

—Estábamos convencidos de que eras un hombre de negocios —dijo Danny—, pero le has hecho daño a mi amigo.

—Salgamos de aquí —dijo Eric. Parecía al borde de las lágrimas; se abrazaba a sí mismo como si temiera que le fuera a pegar en el pecho con el bate.

—Me temo que no —amenazó Rico—. Tu amigo se queda aquí conmigo mientras tú vas y traes el resto del género.

—No será necesario —dijo Danny—. Nos hemos adelantado. El género ya está aquí.

—¿Dónde? —inquirió José—. No os he visto traer nada, excepto las joyas.

—En la parte de atrás de la tienda —explicó Danny—. Estabas, esto... distraído.

Rico se volvió hacia el dependiente con el ceño fruncido.

—No es verdad —se defendió José—. No estaba leyendo ni viendo la tele. Estaba justo aquí, vigilando la puerta.

—Vamos, si queréis, y os lo enseño. —Danny los guió por el pasillo hasta la zona donde se encontraban los portátiles y las consolas. Al verlos, Danny se dio cuenta de que algunos de los cables de las consolas se desvanecían en la nada. Al pasarlas por las pequeñas puertas que había abierto en el exterior, se dejó los cables al otro lado. Se acercó con disimulo y tiró de ellos para que nadie se diera cuenta.

—Un buen montón de trastos —comentó Rico con indiferencia.

—Excelentes portátiles —lo corrigió Danny—. Todo primeras marcas.

—Y una mierda —replicó Rico—. Están usados. Como mucho os puedo dar doscientos pavos por cada portátil y veinticinco más por cada consola.

—¿Te estás quedando conmigo, tío? —se quejó Eric—. Puedes sacarle mucho más.

—Dale un margen —terció Danny—. Tendrá que sacar un beneficio, y además, pone el dinero por adelantado. Y tiene que pagarle el sueldo a José. ¿Y si no puede vender alguno de los aparatos? Tampoco sabemos si funcionan todos.

—Chico listo —sonrió Rico.

Eric no parecía estar muy de acuerdo, pero Danny le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Venga, George, es más de lo que esperábamos sacar por nuestro primer trabajo. Si a este hombre le gusta el género y saca un buen beneficio, nos pagará más la próxima vez.

—Lo has pillado —asintió Rico.

Danny se alegró de que Eric no se sorprendiera cuando lo llamó George. Mejor que Rico no supiera sus nombres. No es que a Danny le importara demasiado, pero el tipo podía perseguir a Eric si al final las cosas no salían como él quería.

—Vamos al despacho y os doy lo vuestro —dijo Rico—. José, trae el paquete con las joyas que está sobre el mostrador.

—De acuerdo, jefe —respondió José, y fue hacia la parte delantera de la tienda.

—¡Y cierra la puerta! —gritó Rico—. No puedo creer que hayamos estado viendo todo este género con la puerta abierta.

De repente, aplastó a Danny contra un expositor y le subió la camisa. Lo registró con rapidez.

—¿No llevarás un micro, verdad? —murmuró, amenazante—. A ver si me estáis haciendo cometer un delito. Yo no suelo hacer este tipo de negocios.

—¡No hay micros! —saltó Eric—. ¡Quítale las manos de encima, perverso!

—No pasa nada, George —dijo Danny—. Tiene que estar seguro de que no somos topes. —Y de pronto soltó una carcajada al imaginarse a él y a Eric surgiendo de una topera.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Rico.

—Tengo cosquillas —respondió Danny.

—Ya. Bueno, estás limpio. Tú, George, bájate los pantalones o tendré que cachearte y podría estrujarte las pelotas sin querer. Ya sabes, por aquello de que soy un perverso.

Eric dejó caer los pantalones y demostró que él tampoco ocultaba un micrófono.

—Es la primera vez que me piden que haga un calvo —se rió.

—Súbetelos, listorro —le ordenó Rico—. De acuerdo, vamos al despacho.

Danny pasó primero y fue hacia la mesa. Eric iba detrás de él, pero entonces alguien gritó, y cuando Danny se volvió, vio a su compañero tirado en el suelo retorciéndose de dolor. Rico balanceaba el bate con el que acababa de asestar el golpe.

—Capullos, ¿no os advertí lo que haría si asomabais la jeta por aquí? —Su voz ronroneaba como una sierra mecánica—. Fui legal, ¿no? Os avisé.

José estaba en la puerta sujetando la camisa repleta de joyas.

—¡Ay Dios! —exclamó—. Santa Trinidad^[1].

Danny se había situado al otro lado de la mesa del despacho, lejos del bate de béisbol.

—Vamos, chico, ven a por lo tuyo —dijo Rico—. Si te resistes, le arreo a tu colega en la cabeza hasta que reviente como un melón.

—No creo que quieras manchar el suelo de sangre —dijo José.

—No empieces a sermonearme —lo cortó Rico en tono amenazante. Y entonces saltó hacia adelante lanzando un golpe con el bate. El objetivo del bate era el pecho de Danny. Pero el mago ya no estaba ahí. Se había escabullido al exterior por una de sus puertas.

El frío nocturno era intenso. Tardó sólo dos segundos en volver al despacho. Apareció al lado de Eric. Su plan era coger a su amigo y desaparecer, pero Eric aulló de dolor cuando Danny intentó tirar de él.

Rico había perdido el equilibrio al golpear el bate en el vacío en lugar de en el cuerpo de Danny. El hombre giró sobre sí mismo, confundido, y se apoyó sobre la mesa para recuperar el control. José, por su parte, estaba asustado. Él había presenciado lo sucedido: Danny había desaparecido en un sitio y reaparecido en otro diferente.

—Eres un cabroncete con reflejos, ¿eh? —gruñó Rico—. Corre, corre, que me dedicaré a tu amigo. Éste no sale de aquí andando. Le he roto unas cuantas costillas, eso si no le he roto la espalda de paso. —Mientras hablaba, levantó el bate por encima de los hombros, listo para impactar en la cabeza de Danny.

Danny sólo contaba con una salida: agarró a Eric por la muñeca y tiró con fuerza para que pasara con él a través de la puerta que acababa de crear. Aunque él consiguió pasar de inmediato y sin problemas, arrastrar a Eric le estaba costando bastante, y sabía que Rico, una vez superada la sorpresa inicial, no se iba a quedar quieto. Acabaría por golpear a Eric o lo agarraría por una pierna para retenerlo.

Dadas las circunstancias, Danny se dejó llevar por el instinto e hizo algo que ni siquiera sabía que era posible: cubrió a Eric con la puerta.

Y salió bien.

Eric estaba en el jardín, seguía sin poder ponerse de pie, pero ya no estaba en el despacho de Rico.

Sólo había un problema.

Eric no se podía poner de pie porque Rico lo había cogido de la pierna. Por la puerta asomaban los fuertes brazos del hombre. Pero como Danny había soltado a Eric, el resto del cuerpo de Rico se había quedado atrás. Sin el contacto de Danny, Rico no podía pasar al jardín, pero tampoco era capaz de sacar los brazos. Estaba atascado.

Danny no sabía qué hacer; no quería tocar los brazos por si, al hacerlo, el hombre cruzaba la puerta o agarraba a Danny y lo arrastraba de vuelta al despacho.

En lugar de eso, Danny abrió otra puerta que lo teleportó al despacho del perista.

Allí encontró a Rico, aterrorizado, con los brazos tendidos hacia el suelo. Pero a partir de los codos, no había nada.

—¡Suéltame, montón de mierda! —gritó cuando vio a Danny.

—Yo no te estoy agarrando —repuso Danny.

José estaba sentado en el suelo de la entrada del despacho, con la espalda apoyada contra el marco. Miraba a Danny con los ojos muy abiertos.

—Tú eras el de la pared —dijo—. No estoy loco. Ahora lo sé. Te vi.

—Claro que me viste —le confirmó Danny—. ¿Dónde guarda este gilipollas el dinero?

—La caja fuerte de la tienda está detrás del mostrador.

—No —rechazó Danny con la mano—. Me refiero al dinero de verdad.

—Me matará —dijo José.

—¿Y cómo va a hacerlo sin brazos?

Rico comenzó a quejarse y a gritar.

—¡Suéltame!

Danny fue a la mesa del despacho y abrió los cajones. Nada. Luego examinó el batiburrillo de estanterías, armarios, papeles y cajas con mercancía que se amontonaban contra la pared. Abrió pequeñas puertas al interior de los armarios y tanteó a ver qué podía encontrar. Al rato, tenía varios fajos de billetes en las manos. Algunos de los fajos eran de billetes de veinte y otros de cien.

Volvió a introducir la mano y sacó una pistola con una caja de balas. Los dejó con un golpe seco sobre la mesa.

—Hora de cerrar la boca, Rico.

Rico cerró la boca.

Danny separó diez billetes de cien.

—Esto es lo que esperábamos sacar por el género que te hemos traído, mil dólares. —Contó otros veinte billetes de cien—. Con esto cubriremos los gastos médicos de George. —A continuación, cogió el resto del dinero y se lo ofreció a José.

—¿Qué haces, tío? No quiero nada de eso.

—Piénsalo bien —le dijo Danny—. Acabas de ver cómo humillábamos a este cabrón. ¿Crees que no te matará en cuanto pueda? Coge el dinero, abandona Washington, lárgate del estado, de los Estados Unidos. ¿Lo pillas? Este dinero es tu paga de desempleo, tu despido... Lo que quieras.

—No puedo irme, tengo una familia que depende de mí.

—¿No tienes bastante con esto para una temporada?

—Ocho críos —dijo José—. Me costó una fortuna llegar al país. No puedo marcharme.

—Haz una cosa —sugirió Danny—. Ahí tienes un arma. Y también una caja con

munición. ¿Quieres seguir con tu vida aquí? Coge unos guantes de goma y haz lo que tienes que hacer. Yo no pienso matarlo, pero me da igual si lo haces tú.

—¡No, tío, no lo hagas! —gimoteó Rico—. Venga, José, yo siempre te he ayudado. Devuelve el dinero a su sitio, coge la pistola y pégale un tiro al crío. Sálvame la vida y verás como me porto bien contigo. Te compensaré.

—Le trajimos un montón de joyas y aparatos para vender —intervino Danny—, y ya has visto cómo nos ha tratado.

—¡Somos amigos, José! —insistió Rico—. Ayúdame a recuperar mis brazos, chaval. En serio, quédate con el dinero y con todo el género, sólo devuélveme los brazos.

De pronto, la mirada de Rico se desorbitó.

—¿Quién me ha cogido de las manos?! —gritó—. ¡¡Alguien me ha cogido las manos!! —Y entonces comenzó a chillar.

Danny no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo. ¿Era cosa de Eric? También podía ser que hubiera aparecido un perro, o un mapache. Claro que Rico podía estar fingiendo. Danny decidió volver al exterior con Eric, por si había algo ahí fuera que pudiera hacerle daño también a él.

—Me marcho —anunció Danny—. Me llevo lo que creo que nos corresponde por el género y para cubrir los gastos médicos de Eric. Dejo todo lo que trajimos. No he engañado a Rico, no le estoy robando. Cuando vuelva al exterior, voy a contar hasta diez y le devolveré los brazos. Mientras tanto, puedes coger el dinero y largarte. También puedes volarle la cabeza. O podrías hacer las dos cosas. Yo te aconsejo que hagas las dos cosas.

José se puso de pie y abandonó el despacho.

—Tienes suerte, cabrón, me parece que no quiere tu dinero y que tampoco va a matarte —le dijo Danny a Rico.

En ese momento, José volvió a entrar. Se estaba poniendo unos guantes de goma.

—¡No! ¡No, tío, no! —gimoteó Rico.

Danny volvió al jardín.

Allí vio a Eric mordiendo con furia el pulgar de la mano derecha de Rico. La sangre surgía a borbotones del dedo y rebosaba por la boca de Eric. La mirada del joven era la de un depredador, alerta como la de los halcones de Zog e igual de desalmada.

—Déjalo ya —le ordenó Danny—. Si te toco mientras tú estás en contacto con él, quedará libre. Suéltalo. Detente de una vez.

Eric no parecía oírlo. Estaba gruñendo como un perro, como un oso. Entonces cayó hacia atrás y escupió algo. Era el pulgar. Siguió escupiendo, intentando deshacerse de la sangre que tenía en la boca.

—Eso ha sido asqueroso —comentó Danny—. Pero lo tenía merecido.

Entonces oyeron un disparo. El sonido llegó amortiguado, lejano. Venía de la tienda, a un par de bloques de distancia.

Danny no tocó los brazos de Rico, se limitó a cubrirlos con la puerta, igual que hiciera antes con Eric, hasta que desaparecieron.

—Pasé por la puerta —sonrió triunfante Eric.

—Ya me he dado cuenta.

—Y me encuentro mucho mejor.

—No deberías haberte movido. Debes de tener las costillas rotas, y es posible que te haya roto la espalda.

—No lo creo —dijo Eric—. Quiero decir que, cuando me arreó, pensé lo mismo, pero ahora me encuentro bien. —Eric se puso de pie—. En realidad, estoy genial. Sólo me duele un poco la mandíbula por la fuerza del mordisco.

—No puedo creer que lo hicieras.

—No quería que ese gilipollas volviera a coger un bate en su vida —dijo Eric—. Si no llegas a devolverle los brazos, le habría arrancado el pulgar de la otra mano.

Danny le tendió los tres mil dólares.

—Me temo que al final lo he estafado. Cogí mil por la mercancía y dos mil para llevarte al hospital, pero si estás bien...

—¿Estás de coña? Nos tenía que haber dado cinco mil, por lo menos. Pongamos que su pulgar vale mil, como nos ha dado tres mil, todavía nos debe uno de los grandes.

—Creo que está muerto.

—¿Lo has matado?

—No. Se podría decir que soy cómplice de su muerte, pero ha sido José el que le ha disparado.

—Ya no es cosa nuestra —dijo Eric—. Me has salvado el culo, tío. Tú me advertiste de lo que podía ocurrir y yo pasé de ti. Yo era el tipo listo y va y resulta que me has dado una lección.

—Tú también lo sabías, pero no querías verlo —señaló Danny.

—Mi carrera como ladrón se ha acabado —dijo Eric.

—Me alegro por ti. Ahora, coge el dinero y vámonos.

—Mmm, no sé.

—¿Qué?

—No quiero que nos vean alejándonos de la tienda después del disparo —dijo Eric.

—Pues no pienso ir hacia la tienda. No me sorprendería que José nos pegara un tiro también a nosotros. Eso si no está ya a mitad de camino hacia Union Station en busca de un tren.

—Piensa, chaval —replicó Eric—. Acabas de hacerme pasar sin problemas por

una de tus puertas, haz otra y volvamos a casa de Stone desde aquí.

—No.

—¿Cómo que no? Puedes hacerlo...

—No vas a volver allí, y yo tampoco.

—¡Y una mierda!

—Estás cubierto con la sangre de un hombre asesinado. No voy a permitir que la lleves a casa de Stone. Tienes tres mil pavos. Métete en un baño público y lávate lo mejor que puedas, y luego sal de Washington y vuelve a la carretera.

—¡Tengo mis trastos en casa de Stone!

—Y yo los míos. No valen nada. Puedes comprarte lo que tenías por cien dólares.

—Pienso volver ahí, me lleves o no —se enfadó Eric—. ¿No decías que yo no era quien para mandarte? Pues te digo lo mismo yo a ti.

Danny suspiró.

—Tienes razón. Venga, te llevaré y luego me marcharé. No quiero que nada de esto salpique a Stone.

—Me parece bien. Y yo haré lo mismo en cuanto me lave y recupere mis cosas.

Danny estaba convencido de que Eric lo decía en serio, que su intención era ésa: largarse en seguida. Pero una vez en la casa, se acomodaría y decidiría que se quedaba unos cuantos días. Y luego comenzaría a fanfarronear sobre cómo le había arrancado el pulgar a otro hombre en el transcurso de una pelea. Y ése era un dato relevante para quien se dedicara a investigar la muerte de Rico. Buscarían a la persona que le había arrancado el pulgar de un mordisco y luego lo había tirado en un jardín a pocos pasos de donde habían asesinado al perista. Tarde o temprano, la policía acabaría llamando a la puerta de Stone.

—Dame la mano —pidió Danny—. Cógete fuerte o te quedarás atascado como Rico.

Eric le dirigió una mirada atemorizada.

—¿No irás a abandonarme a mitad de camino?

Danny puso los ojos en blanco y suspiró.

—Vale, agárrame —le dijo—. Abrázame como si fuera tu mamaíta y así no correrás ningún riesgo.

—Creo que volveré andando.

—Te acabo de salvar la vida. ¿Por qué crees que quiero hacerte daño ahora?

Eric lo pensó unos instantes.

—¿Por qué me has dado todo el dinero? ¿Cómo sé que no vas a matarme para recuperarlo?

—El dinero era para ti desde un principio —le explicó Danny con paciencia—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que podría entrar en cualquier banco del mundo y coger todo el dinero que quisiera?

—¿Y lo dices ahora?! —exclamó Eric, indignado—. ¿Qué necesidad había de montar toda esta mierda con el robo y con Rico si podías coger el dinero cuando te diera la gana?!

—Tintas especiales —dijo Danny—. Números de serie de los billetes controlados por el FBI. He visto series de polis y sé de qué va todo. Venga, tío, ¿de qué te quejas? Seguí tu plan y conseguí la pasta, y además evité que te siguiera pegando. Vamos, hombre. —Danny abrió los brazos como si quisiera abrazar a un hermano al que hacía años que no veía.

Eric le correspondió. Los dos se envolvieron en un fuerte abrazo.

—Eres lo mejor que me ha ocurrido, chaval —dijo Eric.

—Ya lo sé.

Y sin más, abrió una puerta en el mismo sitio donde se habían conocido: la parte trasera del Wal-Mart de Lexington. Había empezado a nevar.

A Eric le costó unos segundos darse cuenta de donde estaban. Danny ya se había echado para atrás.

—Tienes tus tres mil dólares —dijo Danny—. Y estás en tu ciudad. Vete a casa, lávate, deshazte de la sangre. Consigue testigos que puedan afirmar que te han visto esta noche. Nadie va a venir hasta aquí buscando a un masticapulgares, pero si lo hacen, tienes una buena coartada: quince minutos después del suceso tú estabas a trescientos cincuenta kilómetros del escenario del crimen. Tú no lo has hecho.

—Mentiroso de mierda —graznó Eric—. Me la has jugado.

—Eso es a lo que me dedico —dijo Danny—. Al engaño. Recuérdalo cuando te estés gastando los tres mil dólares.

Eric seguía enfadado, pero se iba calmando poco a poco.

—Si mi familia me pilla con el dinero, me quedo sin un centavo.

—¿Y por qué no les dejas mil dólares para que tengan una pequeña alegría? Puedes decirles que quieres lo mejor para ellos.

Eric sonrió.

—Se lo beberían todo.

—¿Y tú qué harías?

—Ropa nueva. Un billete de autobús. Y me comería y bebería el resto. Luego, a mendigar otra vez.

Danny no pudo evitar sentir cierta admiración ante la honestidad de su amigo.

—Gracias por todo, Eric. Por cuidarme durante estos días. He aprendido mucho de ti.

—Y tú eres un puto Houdini del que no he aprendido una mierda.

Danny sonrió, le dijo adiós con la mano y desapareció.

Se había teleportado al Instituto Parry McCluer, a unos tres kilómetros de distancia del Wal-Mart y situado sobre una colina desde la que se dominaba Buena

Vista. Había acudido allí en muchas ocasiones desde el territorio de la Familia, a observar a los chicos mortales a la salida de clase. Le gustaba verlos mientras se agrupaban en equipos para entrenar o cuando se marchaban a casa en coche y en autobús.

Ahora buscaba los despachos. A esas horas no habría nadie en las instalaciones. Y ahí dentro había ordenadores.

Se teleportó al vestíbulo y desde allí a los despachos. Los ordenadores estaban apagados. Danny encendió uno y esperó a que se pusiera en marcha. A continuación buscó en Google Maps la dirección de Marion y Leslie Silverman, a la altura de la Autopista 68, cerca de Yellow Springs, Ohio. La zona recibía el nombre de avenida Xenia. Usó la opción del satélite para ver la casa de cerca. Era una granja bastante grande rodeada de campos, aunque al este se divisaban algunas urbanizaciones.

Danny intentó imaginar cómo sería el entorno a nivel del suelo, y se preguntó si realmente podría abrir una puerta hasta allí basándose en una imagen del Google Maps. ¿Y si lo único que conseguía era introducirse en el mismísimo ordenador y éste explotaba?

Se había trasladado a lugares que nunca había visto durante sus correrías más allá de los límites del territorio familiar, pero nunca a distancias superiores a dos o tres kilómetros. Además, en aquella época ni siquiera era consciente de que creaba puertas, sólo corría obedeciendo a su ansia de conocer sitios nuevos. Tampoco sabía qué lugares quería visitar, sólo era el afán de seguir hacia adelante. Y así fue como llegó al Instituto Parry McCluer, teleportándose por encima de Buena Vista hasta la colina.

«Bueno, si no puedo llegar abriendo una única puerta, abriré varias docenas, o cientos de ellas. Igual me da una que un millón».

Cerró los ojos e invocó la imagen mental del acceso desde la avenida Xenia hasta la casa. Pensó en las señas. Pensó en los nombres. Y entonces creó una puerta y la cruzó. Estaba justo en el camino de entrada a la granja. Era medianoche. El suelo estaba cubierto de nieve, pero el cielo estaba despejado. Danny se dirigió a la avenida. Al otro lado de Xenia, según el mapa, confluía otra calle, Brookside Drive.

Danny cruzó de nuevo la puerta que había creado y volvió al despacho del Parry McCluer. Borró el historial del navegador y después eliminó las cookies y todos los archivos temporales. Por último, desinstaló el navegador. Le llevó algo de tiempo, pero tenía que hacer todo lo posible para evitar que alguien averiguara que lo último que había mostrado el navegador era una dirección de Ohio.

Se trasladó de nuevo al camino de acceso a la granja de los Silverman. No pensaba despertarlos en plena noche. Fue hacia el establo y allí se encontró con más de veinte vacas que caldeaban el interior. Se acurrucó en un rincón y se quedó dormido de inmediato.

SIERVO DEL ESPACIO-TIEMPO

Marion y Leslie Silverman eran bastante mayores, lo suficiente para que todos sus hijos ya se hubieran independizado. El día que llegó Danny, Leslie —la señora Silverman— le mostró llena de orgullo las fotos en las que aparecían sus cinco hijos con sus respectivas familias. Las imágenes se alineaban sobre la tapa de un piano. Danny fue lo bastante ingenuo como para preguntar si alguno de ellos era un Huérfano, acordándose de las conversaciones que había mantenido con Stone.

—¿Huérfano? —se sorprendió Leslie, enarcando las cejas—. Si lo fueran, lo serían todos, y creo que es obvio que no.

Danny tuvo que reconocer que la pregunta estaba mal planteada.

—Quería decir si eran magos... como usted.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —respondió Leslie, con aspecto de estar muy confusa.

—No me digas que hemos acogido al chico equivocado —comentó Marion desde la cocina, donde estaba haciendo unos pasteles.

—Cree que uno de nosotros está muerto —respondió Leslie—. O peor aún, que lo estamos los dos.

—No, no es eso —se apresuró a rectificar Danny—. Creía que... Stone me dijo que...

—¡Ahora dice que puede hablar con las piedras^[2]! —gritó Leslie a su marido—. ¿Qué hacemos, Marion, nos lo quedamos o lo echamos a la calle?

Danny se sentía aturdido. Esa misma mañana, en cuanto Leslie lo encontró en el establo antes de que saliera el sol, lo había invitado a entrar en casa. Le comentó que madrugaba tanto porque si no ordeñaba a las vacas siempre a la misma hora, se inquietaban. Al principio, Danny estaba convencido de que sabían quién era él, pero ahora ya no estaba tan seguro; al parecer, la pareja acogía a cualquiera que llegara hasta la granja.

—Llaman a Stone, por favor —pidió Danny—. Fue él quien me envió aquí.

—Mira, ahora quiere que sea yo la que hable con las piedras —se rió Leslie—. ¿Se puede saber qué le has puesto a las tortitas, Marion? Me parece que estoy empezando a sufrir alucinaciones.

—¡Eso te ocurre por no tomarte tus pastillas, cariño! —respondió Marion desde la cocina—. Y ahora te agradecería que te tranquilizaras, las emociones negativas están contraindicadas cuando quieres conseguir una masa para pasteles crujiente y deliciosa.

—Chillo para que me oigas bien, no porque esté enfadada.

—Chillar es chillar —respondió Marion—. Estás asustando a la masa.

—Así que él hace las tartas y usted ordeña las vacas —comentó Danny, decidido a cambiar de tema a la vista de que no querían reconocer saber algo sobre magia o los motivos de su presencia en la granja. A lo mejor realmente no lo sabían, en cuyo caso Stone lo había engañado por motivos que se le escapaban. Al menos tenía que reconocer que lo había enviado con gente muy acogedora.

—Cada uno hace lo que más le gusta —le explicó Leslie—. Y si es una faena que no le gusta a ninguno de los dos, la hace a quien menos le disgusta. En algunos casos, negociamos y llegamos a un acuerdo. Yo me encargo de ordeñar porque me gusta madrugar, y él hace los pasteles porque la masa pastelera y yo no nos llevamos bien.

—Pensé que con estos nombres se habían hecho un lío con las tareas masculinas y las femeninas. Leslie y Marion son nombres bastante ambiguos —dijo Danny con una sonrisa. Comenzó a reírse pensando que había dicho algo ingenioso y divertido.

Todo indicaba que no.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué habrías de sentirlo? —preguntó Leslie.

—¿Me tengo que marchar? —preguntó, a su vez, Danny.

—¡Cielos, no! —exclamó Leslie—. Apenas hemos empezado a conocernos.

—Me parece que no hago más que meter la pata.

—En absoluto —replicó Leslie—. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—No estoy aquí por casualidad. Alguien me dio sus nombres y sus señas. No soy un vagabundo.

—¡Me siento tan aliviada! —dijo Leslie—. Me tranquiliza muchísimo saber que has llegado hasta aquí con algún motivo.

A Danny le pareció detectar cierta ironía en el comentario de Leslie, pero no habría podido jurarlo. Era complicado entender a esta gente, no como a las tías, a las que tenía más que caladas. Leslie y Marion eran como Baba y Mamá cuando se ponían a hablar de sus cosas delante de él: comprendía las palabras que empleaban, pero el sentido se le escapaba por completo. Las tías decían siempre lo que sentían, o, al menos, sentían lo que decían.

No, eso último tampoco era cierto. Comprendía a las tías porque las conocía desde hacía tiempo y estaba acostumbrado a su manera de expresarse.

Reflexionó unos segundos antes de volver a hablar.

—Están siendo cautelosos, ¿verdad? —dijo al fin—. Porque no saben si todo esto no es más que una encerrona, una trampa.

—Sé muy bien el aspecto que tiene una trampa, cariño —respondió Leslie—. Me refiero a las que utilizamos para los ratones, los engatusamos para que crean que son bien recibidos y entonces... Si eres una trampa, me pregunto qué podríamos utilizar

de cebo y dónde colocarlo.

—¿Y qué tal si me descubro y así sabrán que no hay trampa que valga?

No bien lo dijo, abrió una puerta que lo teleportó desde la silla en la que estaba sentado a una situada en el otro extremo de la habitación.

Leslie se volvió hacia él y asintió con la cabeza.

—Desde luego, tú sí que confías en mí.

—Si fuera un espía enviado por las Familias no habría hecho eso, ¿verdad?

—Si tuvieras un cerebro dentro de la cabezota, no habrías hecho eso —le recriminó ella.

—Es posible, pero acabo de probar que sabe lo que es un mago; si no lo supiera, habría comenzado a chillar y a montar un escándalo.

—No puedo gritar ni montar nada —respondió Leslie—. Marion está haciendo las tartas.

—¿No les envió Stone un mensaje advirtiéndoles de mi llegada? —preguntó Danny.

Ella ya no se molestó en seguir disimulando.

—Yo diría que has sido más rápido que él enviando un correo electrónico.

—Me temo que Stone no sabía que pensaba venir ya. Me tuve que marchar con cierta urgencia. No quería implicar a Stone en un asunto bastante desagradable e ilegal. No pude avisarlo de que me largaba.

—Desagradable e ilegal —repitió Leslie—. Por lo que veo, no tienes problemas a la hora de definir tus actos.

—Soy un ladrón excelente —dijo Danny—, pero un pésimo negociador con delincuentes enloquecidos que se dedican a romper las costillas a mis amigos con bates de béisbol.

—¿Tendré que avisar al vecindario para que no se dejen nada abierto mientras estés por aquí?

—No puede estar hablando en serio —dijo Danny—. Si quiero entrar en sus casas, no me lo pueden impedir. Pero no estoy aquí para robar nada, he venido para aprender.

—Creo que lo mejor es que vayas a una facultad de ciencias agrarias y aprendas agricultura y ganadería. Nosotros sólo somos granjeros aficionados, poco puedes aprender de nosotros.

Danny suspiró.

—¿Tienen televisor? —Decidió que podía seguirles la corriente y divertirse él también.

—Me temo que nos deshicimos del aparato en blanco y negro hace años.

—Ya han inventado la tele en color —dijo Danny—. Y las pantallas planas y la televisión por cable.

—Muchísimas gracias por mencionarlo —dijo Leslie—. En realidad, hemos tenido cable, pero mientras yo pensaba que sólo valía la pena ver los programas que emitían por cable, Marion se negó a pagar por ver la televisión. Piensa que si Dios la creó para que fuera gratuita y se propagara por ondas y no a través de un cable, él no iba a contravenir su voluntad pagando cincuenta dólares al mes.

Danny no pudo reprimir una carcajada, y eso hizo sonreír a Leslie.

—Sí que tenemos tele —admitió Leslie—. Pero no puedo creer que quieras dedicar tu tiempo libre a verla.

—Casi no podía verla cuando estaba con mi Familia.

—Y hablando de eso —dijo Leslie—. ¿Sabes algo de cómo llevar una granja?

—¿Y por qué habría de saber algo? —respondió Danny—. No tengo empatía con las plantas ni con los animales. Las tías estaban convencidas de que era peligroso que me acercara a los cultivos. Pensaban que todo lo que tocaba, moría.

—¿Y cómo te va? —preguntó Leslie.

—¿El qué?

—Lo de matar lo que tocas —dijo ella. El tono de la mujer alertó a Danny; intuyó que no se refería a las plantas.

La observó con cautela. Si era cierto que no había hablado con Stone, ¿a qué venía la pregunta sobre eso de matar? Eric debía de haberse puesto en contacto con Stone y le había contado todo lo sucedido en el despacho de Rico. Era evidente que Stone se lo había contado a los Silverman.

—Yo no he matado a nadie —declaró Danny—. Aunque él trató de matarnos a mí y a mi amigo. Jamás lo habría conseguido porque gracias a mí podíamos escapar en cualquier momento. Pero allí dentro también se encontraba un hombre que trabajaba para el tipo que quería matarnos; él sí que corría verdadero peligro. Le facilité un arma y también dinero para que huyera del país. Podía elegir entre hacer una cosa u otra. Dejé la decisión en sus manos.

—¿Y qué tienes que decir sobre el tema del canibalismo? —inquirió Leslie—. ¿Te va la carne humana? ¿Cómo la prefieres: en soufflé o kebab? ¿O te inclinas más por un tentempié de vez en cuando servido a temperatura ambiente y a la tártara?

—Fue Eric el que mordió el pulgar de Rico. No supe lo que estaba haciendo hasta que volví con él y lo vi escupir el dedo. Quería arrancarle el otro, pero no se lo permití... Lo digo por si vale de algo.

—¿Quieres decir que no dejaste al nene que terminara su cena? —comentó Marion. Estaba de pie al lado de la puerta que daba a la cocina—. A mí me parece que te metiste en un buen lío, uno que te vino grande. Pero Stone dice que Eric corrobora tu historia. —El hombre tenía un móvil pegado a la oreja.

—¿Ha dejado que Stone escuchara todo lo que les he contado?

—Has dejado un buen reguero de sangre detrás de ti en Washington. Había que

asegurarse de que valía la pena aceptarte como alumno —dijo Leslie—. Y todavía no estoy segura. Pero de lo que sí estoy segura, es de que no vamos a matarte.

—¿Matarme? —jadeó Danny, incorporándose de un salto—. ¿De eso iba todo esto? ¿Me han dado de comer y tratado con amabilidad mientras decidían si merecía vivir o no?

—Eres alguien que puede crear una puerta y desaparecer en un segundo —explicó Marion—. Teníamos que hacerte creer que todo iba bien. Mira, los magos teleportadores siempre han sido problemáticos. No se someten a la disciplina, no puedes hacer casi nada que a ellos no les venga en gana; si se portan bien, es sólo porque les apetece hacerlo. Hasta los más tranquilos de entre ellos son el terror de los mortales cuando los convierten en destinatarios de sus jugarretas. Los secuestran arrastrándolos a través de las puertas. Los engañan haciéndose pasar por otras personas. Los lokis, mercurios y hermes de la historia sois insoportables.

—Yo sólo le he gastado bromas a mis primos.

—Ya, pero eso era porque eran los únicos con los que te atrevías. Entonces aún no sabías que eras un mago, ¿verdad? —dijo Marion—. Vamos a dejar las cosas claras: es cierto que por nuestras venas corre sangre westiliana y que hemos recibido una formación westiliana, pero vivimos entre los mortales y nos gustan. Es más, nos sentimos más mortales que westilianos, y no vamos a permitir que te quedes si vas a hacer algún daño a nuestros amigos.

Danny volvió a sentarse.

—¿Qué quiere que le diga? Si de verdad fuera alguien tan perverso y truculento, no vacilaría en prometer que jamás iba a hacerle daño a ningún mortal, aunque tuviera intención de hacerlo. El caso es que no lo soy, y claro, le hago esa misma promesa. Pero ¿cómo pueden saber que no los estoy engañando?

—Tiene su lógica —señaló Marion.

—Y lo dices como si fuera un punto a su favor —dijo Leslie.

—Se me ocurre una cosa. Yo le enseñaré, seré su profesor, pero si decidimos que nos tenemos que librar de él, lo obligaremos a comerse uno de tus pasteles —dijo Marion.

—Demasiado arriesgado. —Leslie negó con vehemencia con la cabeza—. Los perros podrían comérselo antes y morir.

Danny estuvo a punto de soltar una carcajada, pero al final decidió que el asunto era de vida o muerte, la suya, y que eso no tenía nada de divertido.

—Escapé de casa porque sabía que mi destino era la Colina Hammernip si me quedaba; no pienso permanecer aquí si cada día es una prueba para ver si merezco vivir o no.

—¿Hammernip? —preguntó Marion.

—Hamar-gnipe —lo corrigió Leslie—. Es el pico de un risco. Arrojar gente desde

los hamar-gnipen era un ancestral ritual para ofrecer sacrificios a los dioses. —Se volvió a Danny—. Tengo estudios universitarios, y Marion no. Procuro enseñarle todo lo que puedo.

—Y yo a cambio escupo en su sopa —canturreó con ironía Marion.

—Nuestro Hammernip no es exactamente un risco; yo diría que es una colina, una pendiente. —Miró a Marion—. Yo tampoco tengo estudios universitarios, pero me gusta leer.

—Cariño —dijo Leslie, volviendo al tema de la muerte—, cualquier persona sobre la Tierra vive día a día, porque quienes lo conocen deciden que ese día no van a matarlo. Tú mismo podrías crear una puerta dirigida hacia mi corazón, alargar la mano y estrujarlo hasta matarme.

La idea hizo sentir náuseas a Danny.

—Eso sería repugnante —comentó. No obstante, no pudo evitar pensar que la idea era genial en su perversidad, y que se le tenía que haber ocurrido a él.

—Los magos teleportadores han hecho cosas así en el pasado —le aseguró Leslie.

—Vamos a permitir que te quedes a estudiar con nosotros —declaró Marion—. Y por ahora, yo daría esta conversación por acabada.

—Yo no —saltó Danny—. Los dos actúan como si me estuvieran haciendo un gran favor, por no hablar del interrogatorio que he tenido que superar, pero resulta que ninguno de los dos son magos teleportadores, ¿verdad? Tampoco han conocido a uno en toda su vida. Que yo sepa no existen libros sobre los poderes que tengo, ni manuales sobre lo que tengo que hacer para convertirme en un buen mago... ¿Qué se supone que me van a enseñar?

—Existen conceptos básicos que ignoras —dijo Marion.

—¿Cuáles?

—No diré nada más hasta que acabe con los pasteles —anunció, y volvió a la cocina.

—¿Verdad que es desesperante? —comentó Leslie con una sonrisa—. Pero es un Mineral con talento y ha localizado bolsas de petróleo y vetas de carbón trabajando como geólogo. Por cierto, sí que fue a la universidad; hasta consiguió el doctorado. Gracias a los ingresos que obtiene por sus descubrimientos nos podemos permitir el capricho de la granja. Fui yo la que dejó la facultad para casarme con él. Y por si te interesa, soy una Garra, aunque el nombre no tenga mucho sentido para alguien que se relaciona sobre todo con vacas. Aunque, entre tú y yo, prefiero que me llamen eso a Ubre.

—¿Tiene empatía con las vacas? —preguntó Danny—. No me sorprende que sea usted la que las ordeña siempre.

—Sí, la verdad es que nunca han intentado darme una patada. Nos llevamos muy bien. A veces no me importaría tener empatía con otros animales. Me encantaría

saber lo que se siente al saltar como una gacela, acechar como un león, o surcar los aires como un halcón.

—Mi Tío Zog a veces es un halcón. En otras ocasiones es un buitre.

—Gran metáfora —comentó Leslie—. Conocí a un Zog hace tiempo, aunque no sé si es el mismo del que me hablas. Las Familias utilizan los mismos nombres una y otra vez, y resulta complicado saber si la persona es la misma o no.

—Sólo existe un Zog, y es una mala bestia.

—Jamás he oído que le haya arrancado a alguien el pulgar a mordiscos o que vaya pegando tiros en la cabeza.

—Eso es porque devora lo que mata; no deja pruebas.

—¡Eh, eres divertido! —se rió Leslie.

—No bromeaba —dijo Danny.

—Cuando enlaza su aura con un ave de presa, sentirá el gozo de matar y devorar a sus víctimas, de eso puedes estar seguro. Yo misma he disfrutado rumiando. Sin embargo, jamás he probado la hierba.

Danny sintió alivio y decepción a la vez.

—Estaba convencido de que cuánto más tiempo llevabas enlazando tu aura con una bestia, más te asemejabas a ella.

—Algo de razón tienes. Yo soy bastante tranquila, pero también asustadiza y con cierta tendencia a salir de estampida cuando algo me sobresalta. A pesar de ello, la dieta es algo distinta.

—¿Cuáles son esos conceptos básicos de los que hablan? Nunca fui capaz de aprender la magia que enseñaban a los primos en la escuela.

—¿Y qué era eso que enseñaban?

—Proyectar tu aura, crear efigies, amar y servir a la fuente de tu poder... Cosas así.

—¿Y por qué crees que no conseguías hacer esas cosas?

—Porque cuando lo intentaba, no ocurría nada.

—¿Y no es posible que la culpa la tuvieran tus maestros?

—Podría ser —admitió Danny—. De todas formas, dígame qué se supone que puede amar y servir un mago como yo, ¿puertas y ventanas? Y si no tienes aura, resulta muy complicado que puedas hacer algo con ella.

—Todos tenemos aura, Danny. Todos. Hasta los mortales, aunque no tengan ni idea de qué hacer con ella.

—Se equivoca, yo no tengo —insistió Danny.

—Me temo que tenemos mucho trabajo por hacer, porque te aseguro que sí la tienes. Por cierto, déjate de formalidades con nosotros y trátanos de tú. —Leslie aguardó hasta que Danny asintió con la cabeza—. Bien, vamos a empezar con lo que sí sabemos sobre los teleportadores. No podrías abrir una puerta si no tuvieras aura.

Las puertas son tus efigies. Cada puerta se crea gracias a una porción de tu aura, y se abre, cierra o desaparece siguiendo tu voluntad. Cuando reclamas tu aura, la puerta no se cierra, simplemente se desvanece.

—Entonces, ¿fue eso lo que hizo Loki? ¿Reclamar su propia aura?

—Eso hubiera acabado sólo con las puertas que él había creado. Pero Loki acabó con todas las puertas, hasta las creadas por magos que habían muerto tiempo atrás.

—¿Cómo es posible que una puerta se mantenga abierta cuando muere el mago que la creó? Las efigies no pueden existir sin el mago que las crea.

—¿Qué pasa cuando alguien acaba con el cuerpo de un mago y éste está controlando su efigie, o compartiendo el enlace con una bestia?

—La efigie comienza a desvanecerse —respondió Danny, recordando lo que le habían enseñado—. Antes de hacerlo, ejecuta los últimos movimientos que el mago tenía en mente. Nos contaron que ése es el motivo de que los mortales crean en los fantasmas; lo que ven en realidad es la efigie que se desvanece de un mago fallecido.

—¿Y cuando está compartiendo enlace con una bestia? —preguntó Leslie.

—En ese caso tenemos un animal que puede hablar, o que comprende un idioma humano. Y de ahí provienen las historias sobre animales parlantes y hombres lobo. Pero el aura se diluye poco a poco atrapada en la mente de la bestia.

Conforme hablaba, Danny comenzó a llegar a sus propias conclusiones.

—Y eso es lo que ocurre con las puertas, ¿verdad? Cuando un mago fallece, las puertas permanecen activas durante un tiempo.

—Las que no ha cerrado o recogido el mago, sí.

A Danny no le gustaba tener que confesar su ignorancia, pero si se callaba, no aprendería.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Leslie lo observó durante unos segundos.

—¿No sabes cómo cerrar tus propias puertas?

—¿Y por qué habría de saberlo?

—¿Quieres decir que siguen todas abiertas? ¿Cuántas hay?

Danny revisó el mapa mental que tenía de las puertas.

—No estoy muy seguro de cómo hacerlo. ¿Cómo cuento las que son de doble sentido?

—Yo diría que ahí tienes dos puertas —replicó Leslie—. Van al mismo sitio, pero son dos.

—No sé —dijo Danny—. Yo las percibo como una sola, aunque el doble de fuerte que las normales.

Leslie frunció el ceño, pensativa.

—Creo que eso es lo que hace un mago cuando crea una puerta lo bastante resistente para durar siglos; unen varias puertas, entrelazándolas. Claro que tampoco

estoy segura. Llevamos catorce siglos sin magos teleportadores y todo esto sólo son deducciones a partir de lo poco que sabemos.

Mientras Leslie hablaba, Danny iba contando todas las puertas que había abierto, agrupándolas por zonas. El conjunto más numeroso se encontraba en el interior del territorio familiar, e incluía todas las que había creado antes de ser consciente de lo que estaba haciendo.

—No sé si se me escapa alguna, pero diría que he creado unas doscientas cincuenta puertas en total.

—¡Madre mía! —exclamó Leslie, asombrada—. ¿Y están todas activas?

—Sí, pero sólo puedo cruzarlas de una en una, y hay unas cuantas que apenas tienen recorrido, las abrí para atravesar una pared, o para trepar a un árbol. Ten en cuenta que no sabía lo que estaba haciendo. No era consciente de que las cruzaba; estaba convencido de que era rápido corriendo y que no había árbol al que no pudiera trepar.

—Lo que has hecho es algo extraordinario. Los grandes magos pueden crear hasta doce efigies a la vez, o enlazar con dos, incluso tres, bestias. Cada efigie y cada enlace requiere una porción de aura, y ésta disminuye con cada acción. En tu caso, lo normal es que hubieras agotado tu aura con las doce primeras puertas. En los tiempos antiguos, los grandes magos teleportadores atesoraban sus puertas, eran un gran motivo de orgullo, pero siempre procuraban guardar una porción de su aura para alguna emergencia; jamás lo agotaban del todo.

A Danny no le costó demasiado llegar a la conclusión de que estaba haciendo algo que hasta los grandes magos tenían vedado.

—Ignoro cuánta aura requiera cada una de tus puertas —continuó Leslie—. También es posible que cualquier teleportador sea capaz de hacer lo que tú haces y, sin embargo, no hayan querido decirlo; que fuera una especie de secreto. A fin de cuentas, no puede ser demasiado complicado controlar las puertas. No hacen nada ni se desplazan, ¿verdad?

—No, salvo que yo mismo las mueva.

—¿Puedes moverlas?

—Cogiéndola por los extremos. Puedo deslizar una puerta por encima de alguien para que pase al otro lado.

—¿Quieres decir que puedes hacer que la gente atraviese una puerta en contra de su voluntad?

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Lo que quiero es que me prometas que jamás me harás algo así.

—¿Y si estás tirada en la vía del tren y viene un expreso a toda velocidad? ¿Tampoco quieres que te haga pasar por una puerta para salvarte la vida?

—Ya procuraré no encontrarme en una situación así —repuso Leslie—. Así que

puedes estar tranquilo, eso no va a pasar.

Danny estaba aprendiendo cosas, hasta era posible que estuviera aprendiendo más de lo que ellos creían. Y ellos también estaban aprendiendo de él. Leslie le acababa de descubrir que tenía aura y que las puertas eran sus efigies. En contrapartida, ella ahora sabía que las puertas se podían desplazar y también que un mago como Danny podía controlar un número de puertas muy superior al que había creído hasta entonces. A Danny le pareció que el intercambio estaba resultando muy interesante.

—Cuando iba a clase, nunca presté demasiada atención en las lecciones sobre cómo recuperar tu aura. Se suponía que yo no tenía aura. Sí que recuerdo que hablaban del peligro de perder el aura, o que acabara arrastrando a tu esencia y perdieras contacto con tu cuerpo; pero no veo la relación que puede tener todo esto con las puertas. Siempre sé dónde están, y también dónde estoy yo. No percibo que haya una porción de mí en ellas, así que ¿cómo puedo recoger mis puertas, recuperar la porción de aura que hay en cada una?

—Es complicado... Cuando estoy enlazada con mi bestia, me limito a convocarla cuando quiero que mi aura regrese.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Por lo menos ahora ya sabes que cada puerta es una parte de tu aura.

—Eso es como afirmar que la gravedad hace que los objetos caigan al suelo; con enunciarlo no conseguirás que lo entienda, y mucho menos que sea capaz de manipularlo.

—Pero sí que sabes lo que sientes cuando proyectas tu aura.

—Sé lo que siento cuando creo una puerta —dijo Danny—. Tú dices que eso es proyectar mi aura, pero yo lo siento como... como crear una puerta.

Durante unos instantes, permanecieron sentados y se observaron en silencio.

—Esto no funciona —dijo al fin Danny—. Todo el mundo sabe lo que significa recoger el aura excepto yo. Por otra parte, yo sé lo que se siente al abrir una puerta, pero tú no tienes ni idea de lo que quiero. ¿Por qué estás tan segura de que son la misma cosa?

—No estoy tan segura —declaró Leslie.

Era descorazonador; todo el proceso de aprendizaje parecía reducirse a un ciego que guía a otro sin tener una idea muy clara de adónde se dirigen.

No obstante, también resultaba excitante poder hablar sobre su poder con alguien que no lo trataba con desprecio, lástima o temor. Le reconfortaba ser tratado como un igual, o al menos como alguien con un poder respetable. El simple hecho de que Leslie, Marion y, con anterioridad, Stone lo trataran como un mago poderoso, había conseguido elevar la autoestima de Danny. Su comportamiento en los encuentros con los guardias de seguridad de la biblioteca y otros similares ya no le parecían tan ingeniosos y divertidos. Ahora le parecían reacciones propias de un crío, alguien que

menosprecia a la autoridad desafiándola para ocultar su propia debilidad.

«Cuento con un poder extraño y terrorífico —pensó Danny—, y lo único que se me ocurre es enseñar el culo y burlarme de la gente porque sé que no pueden hacerme nada».

Se preguntó si el peculiar comportamiento infantil de los lokis y mercurios del que hablaban las leyendas y las historias de las Familias también tenía su origen en un complejo de inferioridad y la certeza, por otra parte, de que podían esquivar cualquier castigo que se les impusiera.

Este pensamiento lo impulsó a demostrarse que podía mantener una conversación de adultos con Leslie.

—Me pregunto a qué aman y sirven los teleportadores para obtener su poder. Aunque a lo mejor la magia teleportadora no se rige por los mismos principios que el resto de magias.

—Eso es algo que no sabe nadie —afirmó Leslie—. Hay quienes afirman que los teleportadores no aman ni sirven a nada, y que ése es el motivo de que sean tan peligrosos, infantiles e irresponsables.

El comentario le dolió, pero como él había llegado a la misma conclusión, encajó la crítica sin rencor hacia Leslie.

—Sin embargo, los Huérfanos han elaborado una nueva teoría al respecto —añadió Leslie.

—Me gustaría conocerla; porque no vayas a creer que no he probado a amar y servir cosas como los árboles, las plantas, los ratones, los perros, las rocas... Todo en vano. No fui capaz de conseguir que advirtieran mi presencia, excepto las plantas, que siempre acababan por mustiarse.

—Lleva su tiempo.

—Lleva su tiempo hacerlo bien —la corrigió Danny—. Pero si tienes empatía, obtienes resultados de inmediato. Yo mismo los he conseguido. A pesar de que no tengo ni idea de qué es lo que he de amar y servir, comencé a abrir puertas sin ser consciente de lo que hacía. Fue algo instintivo.

—¿Quieres saber de qué va la teoría? —preguntó Leslie.

—Soy todo oídos —dijo Danny.

—El espacio-tiempo.

—¿Quieres decir que amo y sirvo a la física?

—Estás hablando de ciencia, y lo tuyo es magia —replicó Leslie, frunciendo el ceño—. La física mide el espacio-tiempo; tú lo transformas.

—De acuerdo, amo y sirvo al espacio-tiempo... No voy a decir que no tenga sentido, porque aceptamos que se ama y sirve a las piedras, los relámpagos o el agua, pero el espacio-tiempo lo es todo. ¿Cómo voy a amar y servir a todo?

—El espacio-tiempo es el lecho sobre el que todo cobra existencia, pero no es

nada en sí mismo.

—Eso tiene que haberle dolido al espacio-tiempo —sonrió Danny—. Seguro que por eso tú no puedes abrir puertas.

—Danny, tomarte esto a broma no te va a servir de mucho.

Danny acusó el golpe, pero su orgullo lo impulsó a contraatacar.

—¿Y por qué no? ¿Quién te dice que las bromas, los chistes, no sean el modo correcto de amar y servir al espacio-tiempo? El espacio-tiempo es el universo causal, ¿verdad? Es el conjunto de relaciones que se establecen entre todo lo que existe; tanto en el espacio, lo que conlleva las tres dimensiones espaciales, como en el tiempo, lo que trae consigo la causalidad. —Danny se sintió orgulloso por expresarse en términos tan científicos, aunque tuvo que reconocer que apenas comprendía el significado de lo que había dicho.

—Seguro que eres un estudiante genial —apuntó Leslie—. Uno de esos que siempre están presumiendo en clase. Pero tranquilo, te comprendo. A fin de cuentas, me casé con uno que es igualito que tú.

—¿Has oído eso de que las cosas pasan porque tienen que pasar?

—Sí, he visto Forrest Gump.

—No tengo ni idea de lo qué es un forrestgump —dijo Danny.

—Las cosas pasan, cosas buenas y cosas malas. No parece que haya un motivo. Entiendo a qué te refieres.

—Eso es el espacio-tiempo, ¿no? —inquirió Danny—. A ver, explícate, es tu teoría.

—No. Es una teoría, pero no es mía.

—Tal y como yo lo veo, el espacio-tiempo es un guasón. Ocurren cosas extrañas porque sí. Se producen coincidencias que llevan a la gente a falsas conclusiones sobre cómo funciona el universo. Por ejemplo, si te encuentras con la misma persona desconocida una y otra vez, acabas por creer que vuestro destino es estar juntos. Pero no es cierto. Son cosas que ocurren sin que haya un motivo oculto. El espacio-tiempo está riéndose de nosotros.

—¿Quieres decir que cuando te tomas las cosas a broma estás amando y honrando al espacio-tiempo?

—Lo que digo es que cuando gasto bromas hago que ocurran cosas porque sí. Y creo que por eso el espacio-tiempo me dio el poder de abrir puertas.

—Tiene lógica, perversa, pero lógica al fin y al cabo —reconoció Leslie—. La tradición cuenta que Loki y todos los magos teleportadores han sido unos embaucadores. Es una de las características de los que son como tú.

—Lograr que la gente crea en cosas que no son ciertas, así conseguimos que actúen de una manera que jamás harían en un universo racional.

Leslie asintió con la cabeza.

—Conclusión: la malicia es la fuente de tu poder.

—Eh, no he sido yo quien ha dicho que los teleportadores tengan que amar y servir al espacio-tiempo.

—Pero me intriga. Todo esto es fascinante y refuerza la teoría. Creo que vale la pena ahondar un poco más. Explícame por qué crees que los magos teleportadores sois tan buenos con las lenguas.

Danny se encogió de hombros, aunque por dentro estaba exultante al ver cómo ella lo trataba de igual a igual.

—Interpretar un lenguaje no es más que descifrar lo que otros quieren comunicar mediante sonidos; aprender a manejar ese lenguaje es la forma de conseguir que la gente haga lo que tú deseas que hagan, ¿correcto? La gente percibe el lenguaje como el medio que empleamos para describir la realidad, pero eso no es del todo cierto. Podemos describir la realidad tanto como podemos falsearla. Y al final, logramos que la gente actúe con respecto a esa falsa realidad como si fuera auténtica. —A Danny comenzó a gustarle la idea—. ¿Acaso no empleamos el lenguaje como una forma de falsear la realidad temporal? ¿No intentamos crear realidades para los demás?

—Sigue sonando perverso, pero sigue teniendo lógica.

—El chico se está riendo de ti, Leslie —dijo Marion desde la puerta—. Se lo está inventando todo.

—Es posible que ése sea el comportamiento propio de un teleportador —replicó ella.

—¿Cómo sabes que no es verdad? —preguntó Danny—. Mírame a mí; salgo del Wal-Mart con ropa que acabo de robar y voy a darme de narices con el tipo que puede traerme a una ciudad donde un polen mágico me conduce hasta Stone, que me trae hasta vosotros para que me enseñéis. Todo eso sólo tiene sentido si aceptas que el espacio-tiempo ha elaborado un plan para convertirme en un gran embaucador.

—¿Y qué gana el espacio-tiempo con todo esto?

—¿Qué gana una piedra dejándose moldear por un mago pétreo? ¿Por qué habría el agua de fluir en la dirección que le indica un mago fluvial? No son más que objetos inanimados que cobran vida bajo el poder de un mago que los ama y sirve.

—Es posible que el espacio-tiempo esté disgustado porque todas sus bromas se hayan visto limitadas desde el 632 d. C., cuando se cerraron todas las puertas —especuló Leslie.

—Justo —dijo Danny—. Y su frustración ha ido a más, porque las Familias se han dedicado a matar a todos los magos teleportadores que han podido desde entonces. Lo que ha hecho el espacio-tiempo es abrirme paso y asegurarse de que estuviera a salvo. Es posible que el objetivo del espacio-tiempo sea que yo abra una Gran Puerta que devuelva el poder de la magia a este mundo.

—La misión de tu vida —asintió Leslie—. Pero yo no me fiaría mucho del

espacio-tiempo, podría clavártela en cualquier momento.

Danny captó el mensaje que le enviaba la mujer: si ellos confiaban demasiado en Danny, podían pagarlo caro.

—No niego que el espacio-tiempo quiera que se vuelvan a abrir las Grandes Puertas, pero no han sido las Familias, y su afán de acabar con todos los teleportadores, las que han impedido que haya puertas durante catorce siglos —dijo Marion.

—En absoluto —corroboró Leslie.

—¿No ha bastado con matar a todos los magos teleportadores?

—Las Familias sólo matan a los magos que logran encontrar —respondió Marion—. Nosotros, los Huérfanos, hemos contado con seis magos teleportadores a los que nunca encontraron las Familias.

—¿Y cómo es que no estamos ya en Westil?

—El Ladrón de Puertas —dijo Marion.

—Los teleportadores no duran mucho —añadió Leslie.

Stone le había dicho lo mismo.

—¿Por qué no? ¿Quién es el Ladrón de Puertas? —preguntó Danny.

—En cuanto alguien alcanza el poder suficiente para intentar abrir una Gran Puerta a Westil, el Ladrón de Puertas le arrebató todas sus puertas —contestó Marion.

—¿Cómo lo hace?

—Si supiéramos eso, podríamos hacer algo para evitarlo —respondió Marion—. El mago teleportador no muere, el problema es que pierde el poder para abrir más puertas. Es como si lo despojaran de toda su aura.

—¿Quién es capaz de hacer algo así? —preguntó Danny.

—El Ladrón de Puertas —insistió Marion.

—¿Y quién es?

—Es la persona que roba las puertas —repitió Marion—. Podemos seguir así toda la tarde.

—Casi preferiría creer que todo es una gran broma cósmica del espacio-tiempo —dijo Leslie—. Para empezar, el Ladrón de Puertas lleva siglos robando puertas. Nadie puede vivir tanto tiempo; así que la conclusión es que el espacio-tiempo está jugándose a los teleportadores.

—El espacio-tiempo adora las puertas —le aseguró Marion—. De no ser así, no les permitiría existir.

—En ese caso, el enemigo del espacio-tiempo es el Ladrón de Puertas —concluyó Danny.

—¡Exacto! —exclamó Marion.

—Y nuestra esperanza es que el espacio-tiempo, o el destino, o el puro azar, igual da, acabe por crear un Gran Mago Teleportador con el poder suficiente para derrotar

al Ladrón de Puertas.

Observaron a Danny en silencio.

—Los pasteles deben de estar a punto —comentó Marion—. Puede que hasta se hayan quemado. —Volvió a la cocina.

—Vosotros creéis que yo soy el elegido para enfrentarme al Ladrón de Puertas —dijo Danny.

—Y más vale que tú también lo creas —manifestó Leslie—. Si no eres capaz de enfrentarte a él, te despojará de tu aura y dejarás de ser un mago teleportador para siempre.

—¿Y si el Ladrón de Puertas es un teleportador que ama y sirve al espacio-tiempo embaucándolo constantemente?

—Timar al timador —comentó Leslie.

—¿Y si nunca intento abrir una Gran Puerta, me dejará tranquilo el Ladrón de Puertas?

—No sabemos quién es, si es que es una persona, así que no podemos preguntárselo. No obstante, nunca he oído que el Ladrón de Puertas arrebatase las puertas de un teleportador hasta que intenta abrir una Gran Puerta que una Westil con Midgard.

—Perfecto. Jamás pienso abrir una Gran Puerta.

—En ese caso, nos harás perder más tiempo del que pensaba —gruñó Leslie—. No vamos a entrenarte para que vayas por ahí robando casas, secretos de Estado o cualquier barbaridad por el estilo que se te ocurra. Ni siquiera lo haríamos para beneficiarnos del poder curativo que tienen las puertas. No, si te ayudamos es para que abras una Gran Puerta por la que los magos puedan cruzar de un mundo a otro y ampliar sus poderes.

—Y queréis que eso lo haga alguien que estudie con vosotros para controlar el acceso a ese poder, ¿no? Así acabaréis con las Familias y podréis reinar en ambos mundos.

—Por fin lo has entendido del todo —asintió Leslie.

Danny soltó una carcajada. Las cosas comenzaban a aclararse.

—Los Huérfanos no sois mejores que las Familias.

—Te equivocas, lo somos —declaró Leslie—. Nuestro objetivo es que las Grandes Puertas estén abiertas a todo el mundo. Incluso permitiríamos que los mortales las empleasen y que pudieran desarrollar todo su potencial.

—¡Qué hermoso! Todos iguales.

—Eso suena muy despectivo —dijo Leslie.

Danny no podía evitar burlarse de la idea; en su fuero interno despreciaba los anhelos de los Huérfanos tanto como los que albergaban las Familias.

—Tengo trece añitos —se mofó Danny—. Todo esto me supera.

—Eres un mago teleportador —afirmó Leslie—, tienes la capacidad de comprender todo lo que oyes.

Quizá fuera cierto; eso explicaría el motivo de que fuera un estudiante tan bueno. Pero no dio su brazo a torcer.

—No es tan sencillo... —comenzó.

—Sirve al espacio-tiempo —lo interrumpió Leslie—. Y comenzaremos por intentar averiguar cómo cerrar tus propias puertas.

—Pero si no tienes ni idea de cómo hacerlo —arguyó Danny—, ¿cómo se supone que vas a enseñarme?

—Voy a describirte lo que siento cuando recupero mi aura, y quiero que tú intentes reproducir la sensación; es posible que así consigas cerrar alguna de tus puertas. No digo que vayas a conseguirlo a la primera, te costará tiempo, y es probable que también necesites algo de suerte, pero no me cabe la menor duda de que acabarás por lograrlo.

Danny meditó unos segundos.

—No suena mal del todo —reconoció finalmente.

—¡Qué falta de entusiasmo! —protestó Leslie.

—Empecemos con las clases —dijo Danny.

—Yo diría que ya hemos comenzado. Y mi cerebro está agotado. Creo que lo noqueaste con esa idea tuya de que embaucar a todo el mundo es la manera que tenéis los teleportadores de servir a la naturaleza caprichosa del espacio-tiempo.

—¿Y cuándo recibiré mi primera clase práctica?

—Mañana después del desayuno —determinó Leslie—. No, espera, comenzaremos a la hora de ordeñar.

—¿Por qué tan temprano?

—Porque quiero enseñarte a ordeñar.

—No sabría decir la diferencia que hay entre una vaca y un sillón.

—Sólo tienes que acomodarte y hacer que la vaca se sienta cómoda también —sonrió Leslie—. A partir de ahí, es coser y cantar.

—¿Crees que es necesario? ¿Piensas que si empiezo a ordeñar las vacas, me convertiré en un mago de las bestias y estableceré un nexo con un animal que se dedica a pastar?

—Lo que quiero es que te pongas a trabajar y te centres en algo que no sea la teleportación.

—¿Y de qué me valdrá eso?

—No lo sé —admitió Leslie—. Es posible que no sirva para nada, pero vale la pena intentarlo, Danny. Hemos dedicado tiempo al asunto y llegado a conclusiones bastante interesantes; sin embargo, la única manera que tenemos de saber si son válidas es ponerlas en práctica. Las pondremos a prueba para ver si fracasan. Si no lo

hacen, estaremos en el buen camino.

—¿Y por qué no empezamos con otra cosa? —planteó Danny—. Podrías enseñarme las puertas que hicieron los teleportadores que mencionaste antes. Practicaría cerrando sus puertas, como hizo Loki.

—No puedo hacer eso —dijo Leslie—. Loki cerró todas las puertas antiguas, y el Ladrón de Puertas se ha llevado todas las que se abrieron después. No hay puertas en el mundo aparte de las tuyas.

—En ese caso, ¿por qué el Ladrón no interviene y me detiene ahora? ¿Por qué esperar?

—Se lo preguntaré en la próxima reunión semanal que tengo con él —replicó Leslie en tono cínico.

Así fue como Danny volvió a abordar el estudio de los principios de la magia. Y en esta ocasión, lo hizo con la esperanza de que aprendería más que cuando estudiaba con los Tíos y las Tías. Nadie esperaba mucho de él en esa época, convencidos de que no poseía poder mágico alguno. Ahora, los Silverman y el propio Danny sabían que sus poderes eran bastante grandes, así que los resultados tenían que ser mejores.

Pasaron las semanas y los meses y no cejaron en su empeño. Sin embargo, cuando llegó el verano siguiente, Danny había llegado a la descorazonadora conclusión de que antes conseguiría besarse el codo que recuperar una sola de sus puertas. Por otra parte, no tenía nada mejor que hacer aparte de sus tareas en la granja, así que persistió en el afán de controlar su poder.

La vida en una pequeña granja lechera resultaba mucho más estimulante que dedicarse a asaltar casas. Vivir y trabajar junto a los Silverman era mucho mejor que estar con Eric, Ced y Lana. Y confiaba que con el tiempo terminaría por conseguir lo que se había propuesto.

«Si el espacio-tiempo quiere que aprenda a cerrar puertas, lo conseguiré. Si no quiere que aprenda, entonces jamás lo haré, por mucho que estudie».

Danny no olvidaba que en la granja estaba a salvo de la Familia North y del resto de Familias. Si caía en sus manos, sólo lo esperaba la muerte, o que declararan una guerra para ver quién conseguía aprovecharse de su poder. Consiguiera o no aprender lo que los Huérfanos querían enseñarle, su vida en Yellow Springs era muchísimo mejor de lo que nunca había sido en Virginia.

EL HÉROE DE LA REINA

Pan conocía todos los corredores y pasadizos que recorrían el castillo de Nassassa, porque había explorado todos y cada uno de ellos.

Estaba familiarizado con las estancias comunes, porque había adquirido la costumbre de ocultarse entre las vigas o la paja del techado y desde allí lo observaba todo. A nadie se le ocurría mirar hacia arriba para descubrirlo encaramado ahí, y si alguien lo hacía, tampoco era posible distinguir su rostro entre el humo y el resplandor de las velas.

Conocía todos y cada uno de corredores que todo el mundo empleaba, así como los que sólo empleaba la servidumbre. Y tampoco ignoraba el emplazamiento de los pasadizos que conducían a los soldados a las troneras, a las mirillas secretas, a los matacanes desde donde verter el aceite hirviendo y a los postigos secretos por los que podían salir cuando el castillo estaba asediado.

Conocía los cuartos desocupados cuyas puertas estaban cerradas a cal y canto y en las que nunca entraba la servidumbre; conocía las habitaciones privadas cuyas entradas se ocultaban tras tapices y armarios, o bajo alguna alfombra, y sabía quiénes entraban y salían de esas estancias secretas.

El gobierno a la sombra de Iceway se reunía en esas habitaciones e intentaba influir en las decisiones del rey; y en uno de esos cuartos ocultos celebraba sus encuentros el rey Prayard con su concubina, Anonoei. Era allí donde concebían los hijos que todo el reino esperaba se convirtieran en los herederos del monarca.

Pan también conocía lugares que no eran estancias, más bien eran huecos arquitectónicos hacia los que no llevaba camino alguno. Sólo eran visibles desde los desvanes cuando se reformaban o reparaban los tejados; entonces, los obreros vislumbraban algunos de esos espacios carentes de función.

También existían otros emplazamientos similares situados en los cimientos del castillo, u ocultos en los conductos de ventilación que llevaban el aire a los cuartos situados bajo tierra, y en los espacios muertos entre las habitaciones. Nadie conocía esos lugares a excepción de Pan. Eran sitios inaccesibles a no ser que fueras un Caminante o un Gran Mago Teleportador.

Y Pan era un mago teleportador. Se lo había dicho Hull la noche que llegó al castillo, cuando se encontraron en el umbráculo tras las cocinas. Hasta que ella se lo dijo, ignoraba que tenía ese poder, pero se dio cuenta de que siempre que había «encontrado una entrada» en realidad estaba creando una puerta. Cuando tuvo conciencia de su poder, examinó la vorágine de sueños, recuerdos, costumbres e

instintos que componía su mente y allí encontró la manera de crear puertas donde las necesitaba, cómo desplazarlas cuando fuera preciso y la forma de recuperarlas cuando ya hubieran cumplido su propósito, con lo que no consumía su aura en exceso manteniendo demasiadas puertas abiertas a la vez.

Conservaba una docena de puertas abiertas de forma permanente y empleaba manos y piernas para ir al resto de lugares. Todas sus puertas se abrían en escondrijos ocultos, donde nadie podía sorprenderlo en sus idas y venidas. Cuando estaba a la vista de todos y alguien se molestaba en prestarle alguna atención, sólo veían a un muchacho que trepaba, se columpiaba y se escurría de un lugar a otro, entre los muros y pasadizos. Cobró fama de ser ágil como una ardilla, sigiloso y escurridizo como ellas.

El problema surgió cuando la gente comenzó a sospechar de él cada vez que se producía un robo. Estas sospechas hicieron que Pan tuviera que contestar preguntas, y él odiaba las preguntas. No le gustaba hablar con la gente. Las conversaciones solían terminar en discusiones y él estaba harto de discutir. No recordaba los motivos de su hastío, era algo que pertenecía a un pasado distante, a la época anterior al árbol; un tiempo que estaba velado por el caos y las sombras. Sólo conservaba un recuerdo, una sensación, y fue el momento en el que había decidido que no quería seguir dialogando y prefirió actuar. Hizo algo que lo satisfizo y avergonzó a la vez, tanto que no fue capaz de mirar a nadie a la cara, aunque estaba convencido de haber hecho lo correcto.

Recordaba también haber robado algo; en realidad, haber robado muchas cosas. Pero eso se había acabado, no quería robar más. Y a la vista de las sospechas que su comportamiento despertaba, decidió hacer un inventario de todos los objetos que entraban y salían del castillo. Memorizaba a quién pertenecía, dónde lo guardaba, a quién se lo entregaba y dónde lo guardaba el nuevo receptor... Dibujó un complejo mapa mental en el que cada objeto tenía su lugar.

Pan averiguaba en seguida si algo había desaparecido, antes incluso que el propietario en cuestión, porque tenía la costumbre de revisar el inventario por la noche. Abría pequeñas puertas en arcones, cajas, tras las cortinas, bajo las camas, en los cajones y en recovecos y oquedades y comprobaba si el objeto estaba donde debía o no.

Cuando lo interrogaban, lo habitual es que fuera Hull quien lo hiciera, y le preguntaban qué sabía sobre la pieza ausente, siempre tenía una respuesta.

—Está en el arcón de Timón, el que emplea para guardar sus mapas —dijo en una ocasión, y dos días más tarde Timón colgaba desde el muro que daba al mar y dieron a otro su nombre y su puesto.

Hubo una vez en que sabía que el objeto reclamado estaba en su sitio y que su dueña mentía al afirmar que se lo habían robado. Cuando se lo dijo a Hull, la

mentirosa, una pinche de cocina, recibió una paliza y fue enviada de vuelta a casa.

Con el tiempo, la gente dejó de sospechar de Pan, y también se redujeron los robos y las mentiras sobre dónde se encontraban las cosas. Pan siempre descubría a los culpables y la gente lo sabía. Algunos lo temían por esa razón y quisieron que el rey lo expulsara del castillo, pero el monarca no accedió a sus pretensiones.

—Si lo hago, me veré obligado a buscar una repostera y cocinera nocturna que sustituya a Hull, y eso es algo que no deseo hacer. Además, he comprobado que quienes más se quejan de Pan son aquellos a los que el muchacho ha descubierto robando o mintiendo. —Cuando acabó su discurso, el rey observó a quienes reclamaban la expulsión de Pan y rió para sí al ver cómo se retiraban presos de confusión y de vergüenza.

No obstante, el rey Prayard también albergaba sus dudas acerca de Pan, y un día en que aguardaba para reunirse con Anonoei en una de las estancias secretas, comenzó a hablar en voz alta:

—Te he permitido vivir aquí, querido muchacho, porque tu discreción es digna de la mayor alabanza. Nada cuentas de lo que ves en tus incursiones, que será mucho. Habrás observado, asimismo, que nada te he solicitado a cambio de tu alojamiento, ya que no te considero uno de mis espías.

Pan no dijo nada desde la viga sobre la que estaba recostado, aunque sintió una ligera inquietud.

—Estoy convencido de que me has observado con Anonoei en muchos de nuestros encuentros, pero te has vuelto descuidado y he encontrado restos de paja procedente del techado en el suelo, y al mirar hacia lo alto he distinguido tu pie. Anonoei es una mujer sencilla y recatada, si ella te viera, se sentiría dolida y llena de vergüenza. Por favor, sé más cuidadoso.

Pan mantuvo su silencio. ¿Cómo iba a contarle al rey que en muchos de sus escauceos amorosos, cuando Anonoei estaba tumbada de espaldas y el monarca se esforzaba sobre ella, la mujer le había guiñado un ojo al verlo ahí en lo alto? Decidió callar y también cambiar de puesto de observación cuando acudiera a la estancia para escuchar las conversaciones entre el monarca y su amante.

Hull se consideraba la protectora de Pan, y en verdad lo era. Sin embargo, Pan sabía que el rey también lo protegía, aunque el comentario que había hecho sobre no considerarlo un espía auguraba que algún día le habría de exigir que lo fuera para la corona.

Y cuando lo hiciera, Pan no tendría que hacer nada más que repasar lo que ya sabía. El chico guardaba en la memoria todas las conversaciones que había escuchado en el castillo, tanto las mantenidas por los leales al rey, como las de quienes eran sus enemigos. Pan había sido testigo de tanta hipocresía y doble juego que el esquema mental en el que había encajado a los habitantes del castillo era de una vasta

complejidad.

Por una parte estaban los auténticos amigos del rey, cuya lealtad estaba fuera de duda; luego estaban los amigos que eran leales a sí mismos y sus propios fines; y por último estaban los amigos que en realidad eran leales a la reina y a sus sirvientes de Gray.

Por otra parte, estaban los amigos de la reina que en realidad eran leales al hermano mayor de la reina Bexoi, el conde de Gray; también los amigos de la monarca que en realidad estaban al servicio de Prayard y la espían en su beneficio; entre estos últimos también había algunos que, a pesar de estar en la nómina del rey, le pasaban informe falsos. Por último, entre los que decían ser afines a la reina, estaban los que eran leales a Frostinch, el vizconde y heredero del conde de Gray. Éstos entraban y salían del castillo a placer, siguiendo planes y designios que contradecían los del mismísimo conde.

En realidad, la reina no tenía amigos que le fueran leales. No confiaba en nadie, era parca en palabras y jamás se quejaba. Se había casado con un hombre, Prayard, que la trataba con modales exquisitos y cumplía con sus obligaciones conyugales, acudiendo una vez al mes al lecho real. Pero siempre que lo hacía, descargaba su semilla sobre el vientre de su esposa, jamás dentro de ella, pues no deseaba que quedara preñada. Sin embargo, Bexoi nunca profirió una queja, aunque Pan la había observado en más de una ocasión recogiendo el semen derramado e introduciéndolo en su interior.

A Pan le hubiera gustado decirle que no se esforzara, que el rey jamás creería que se había quedado embarazada empleando ese método. Si él quisiera tener un descendiente con ella, lo tendría, y era evidente que no lo quería. Si por azar la reina triunfara en sus esfuerzos, él la repudiaría por adúltera y la devolvería a la casa de su padre marcada por la vergüenza.

«¿Qué sería de tu hijo, Bexoi?».

Sí, le hubiera gustado hablarle de ese modo, pero jamás lo hizo porque él y la reina no se hablaban. En realidad, Bexoi no se hablaba con nadie, y por eso mismo intrigaba poderosamente a Pan, más que cualquier otra persona del castillo. A causa de su discreción, Pan ignoraba cuáles eran los deseos de la reina, dónde tenía puestas sus esperanzas, a qué temía, qué planes cobijaba, qué era lo que sentía y lo que pensaba sobre los demás... Lo ignoraba todo sobre ella, sólo conocía sus actos.

¿Cómo era posible que alguien consiguiera ocultarse ante Pan, él que todo lo veía?

Y cuando habían transcurrido tres años desde su llegada a Nassassa, ocurrió algo extraño: se enamoró de ella.

Al principio no fue consciente de lo que sentía. Sí se dio cuenta de que su curiosidad por las andanzas de la reina se estaba convirtiendo en una obsesión. Acabó

por pensar que espiarla era una mala costumbre que tenía que erradicar; pero al cabo de dos días a lo sumo estaba de nuevo observándola desde alguno de sus escondrijos dentro de los aposentos reales.

El reconocimiento de su amor llegó cuando Luvix, el jefe de los espías de Frostinch destinados en el castillo, abandonó su idea de acabar con la vida de la reina simulando un accidente durante una cacería. No había habido forma de convencerla de que saliera con una partida de caza. Pan oyó al espía urdir un nuevo plan con su amante, Sleethair, la principal dama de compañía de Bexoi. Luvix le pidió que cuando él se lo indicara, debía emborracharse y vomitar en uno de los corredores más transitados del castillo. Aprovechando esa distracción, Luvix entraría en el dormitorio de Bexoi y la obligaría a tragar un veneno de acción rápida.

Pan ni siquiera se replanteó la política de no intervención que había practicado hasta entonces. Se limitó a abrir una puerta en la manga de la camisa donde ocultaba Luvix el veneno y le arrebató el frasco sin que el espía se percatara.

Sin embargo, Pan reflexionó en lo que ocurriría cuando Luvix apareciera por el dormitorio de la reina, la despertara para obligarla a ingerir el veneno y descubriera que había desaparecido. ¿La dejaría vivir después de haberla mancillado con sus manos? Imposible.

Con todo esto en mente, esa misma noche, después de que Sleethair se despidiera con ternura de su señora y cerrara la puerta del dormitorio con llave, Pan saltó al suelo desde el techo. Bexoi no emitió ni un solo sonido, tal y como él esperaba, aunque estaba convencido de que la había cogido por sorpresa. La autodisciplina de la reina era perfecta, y ése era uno de los rasgos que él amaba en ella.

Pan se llevó un dedo a los labios. Al otro lado de la puerta, Luvix había apostado a uno de sus hombres para que estuviera atento a cualquier incidente que los obligara a cambiar de planes.

A continuación, le indicó que abandonara la cama. Ella obedeció sin vacilar y se echó una capa alrededor de los hombros. El aire era frío esa noche de agosto, aunque no lo bastante como para que se autorizara el encendido de las chimeneas.

Cuando ella se apartó del lecho, Pan dispuso las almohadas bajo las sábanas de forma que simularan la silueta de una persona. Ella lo sorprendió cuando le puso una mano encima del hombro y le indicó que se detuviera. La reina volvió a colocar las almohadas en su sitio, entonces tomó la llama de la vela, el polvo de las paredes y la paja sobre el suelo y formó una efigie con todo ello. Pan se echó hacia atrás, impresionado por la escena.

La efigie era una réplica perfecta de Bexoi, quizá algo más joven y hermosa que la propia reina. Pan se preguntó si lo había hecho a propósito, o si de verdad ignoraba el deterioro que los años en Nassassa le habían provocado, arrebatando la frescura e inocencia de su rostro.

La efigie estaba desnuda y Pan sintió admiración ante la gracilidad de sus movimientos cuando se metió en la cama. No había visto a nadie manejar una efigie con tanta habilidad desde... desde...

No lo recordaba. Hacía mucho tiempo de eso. Pero sí recordaba que en esa época muchos magos tenían el poder de crear efigies tan perfectas que engañaban a todos, excepto a Pan. Aunque su nombre en esos tiempos había sido otro, y también sus planes. «¿Cuándo sucedió? ¿Quién era yo en ese tiempo?». Imposible recordar. Cuando lo intentaba, todo lo que venía a su mente era la imagen del tronco del árbol a su alrededor. Recordó cómo la esencia de la madera había penetrado en su carne y su sangre, manteniéndolo vivo pero con la mente en blanco durante tiempo inmemorial.

«¿Por qué fui al árbol? ¿De qué me ocultaba? ¿Qué hice antes de entrar en el árbol? ¿Por qué elegí esa muerte en vida, y me sumí en un sueño? ¿Cuánto tiempo estuve dormido?».

No halló respuesta para ninguna de sus preguntas. No obstante, había estado a punto de recuperar un recuerdo del tiempo anterior al árbol, y eso lo había distraído. Bexoi se había plantado delante de él para recordarle el motivo por el que estaba allí; lo tocó en el pecho y Pan despertó de su ensimismamiento.

«Me ha demostrado que es una maga muy poderosa, con poder sobre el fuego y la luz, y no la patética Pluma que había hecho creer a todo el mundo. Yo tampoco le ocultaré mi poder. En lugar de abrir una trampilla a un pasadizo desde el que no vería nada, la llevaré conmigo al interior del muro y desde allí lo presenciaremos todo».

Pan tendió la mano y ella la tomó con la suya. La condujo a la pared contra la que se apoyaba su lecho, allí se encontraba la puerta permanente que había creado en el dormitorio de la reina.

Señaló la piedra dónde se encontraba. En el punto exacto donde se abría había una muesca sobre la piedra, y ése era el motivo por el que la había creado allí.

Atravesó la puerta con el dedo y ella abrió los ojos, asombrada. Entonces tomó su dedo y lo hizo pasar por la puerta. Había reforzado la puerta a conciencia, para que cualquiera pudiera atravesarla siempre y cuando conociera su situación. Y ahora ella lo sabía. Estuviera él o no en la estancia, ella podría ponerse a salvo siempre que se viera amenazada.

La empujó con suavidad hacia adelante y ella fue tras su propio dedo. Conforme se aproximaba a la piedra, la puerta la acogió, fluyó alrededor de ella siguiendo las indicaciones de Pan. La dejó pasar sin tomar su mano, de ese modo pudo comprobar que Bexoi podía utilizar la puerta cuando quisiera. A continuación, Pan la siguió.

El espacio se abría entre dos paredes, una era la del dormitorio y la otra servía de muro de carga para la escalinata que conducía a uno de los matacanes. El techo del espacio intramuros, arrancaba a gran altura desde el muro exterior, y descendía hasta encontrarse con el suelo un metro y medio antes de topar con la pared opuesta del

dormitorio de Bexoi.

Para alejar la oscuridad reinante, ella había prendido una llama silenciosa que ardía sin combustible; tal prodigio sólo estaba al alcance de una Maestra del Fuego o una Señora del Fuego. La llama bailaba en el aire en lugar de adherirse a su dedo, señal inequívoca de que era una Señora del Fuego, la clase más poderosa entre los magos del fuego. Y a Pan lo volvió a asaltar la idea de que no había visto un poder así desde los tiempos en que... en que...

La llevó hasta un punto que se encontraba en el interior del dosel de la cama y creó una puerta provisional para ella. Al apoyar el rostro sobre ese punto, podría ver sin dificultades todo lo que pasara en la cama. Pan abrió un mirador igual para él.

Esperaron en silencio.

La puerta se abrió. Luvix entró en el dormitorio. Vio a la efigie en la cama y cerró la puerta tras él, luego echó la llave.

La efigie se incorporó en la cama sin decir nada. Pan no supo si el silencio de la efigie obedecía a que Bexoi quería que reaccionara como lo habría hecho ella o a que no era capaz de hacerla hablar de manera convincente. Concluyó que el poder para crear efigies tan perfectas ya no existía. Desde que nadie podía aumentar sus poderes cruzando las Grandes Puertas a Midgard, se habían perdido esas habilidades.

¡Y entonces cayó en la cuenta! Todos sus recuerdos sobre efigies y magos del fuego que había suscitado la reina eran anteriores a la desaparición de las Grandes Puertas.

«Tengo recuerdos de hace catorce siglos. Ése es el tiempo que he estado en el árbol».

Luvix introdujo la mano en la manga de su camisa. No encontró nada.

Pan le pasó el frasco de veneno a Bexoi, y ella lo cogió sin mirar qué era. Era posible que ya lo supiera. En cualquier caso, no apartó la mirada de lo que pasaba en el dormitorio.

Luvix sabía que, con veneno o sin él, tenía que matarla. Pan vio como el temor desdibujaba la expresión del espía. El veneno podría haber pasado inadvertido, pero una herida, o un cuello roto delatarían la presencia de un asesino. Habría una investigación. Si Luvix conseguía cubrir su rastro, y para ello tendría que matar a su amante, Sleethair, la culpa por la muerte violenta de la hermana menor del duque de Gray recaería sobre el reino de Iceway y la guerra comenzaría de nuevo. Y si atrapaban a Luvix, era más que probable que Frostinch intentara destronar a su padre para ocupar su sitio como conde de Gray. Cualquier desenlace conducía a un camino de caos, miseria, sangre y muerte.

Luvix extrajo una daga que escondía en la bota.

—Por favor —rogó la efigie de Bexoi. La voz era grave, susurrante, pero sonó auténtica, perfecta. Pan sintió que su admiración por Bexoi alcanzaba nuevos límites.

«Si los magos teleportadores pudiéramos crear efigies —pensó—, mi aspiración sería hacerlo como ella».

—Lo siento, lady Bexoi —susurró él y se abalanzó sobre la reina. La agarró por la cabeza y le clavó un aguzado estilete en el ojo. Luego retorció la daga hasta atravesar la cavidad craneal por la que pasaría el nervio óptico si se hubiera tratado de una mujer de carne y hueso.

La efigie era tan real que cuando Luvix la sujetó no halló nada que lo hiciera sospechar, y su interior estaba dispuesto de tal forma que la hoja halló la resistencia exacta que habrían presentado el hueso y la masa cerebral en una persona viva. La perfección y grandeza de la creación de Bexoi habrían despertado el amor en Pan, si no fuera porque ya estaba enamorado.

Cuando Luvix retiró la daga, la sangre brotó como un surtidor y de la hoja del arma se desprendieron restos del ojo. La imagen era tan sólida que Pan tendió la mano hacia la mujer que estaba a su lado para asegurarse de que seguía allí y no estaba desvaneciéndose conforme moría la mujer del lecho.

Luvix limpió el arma en las sábanas, sobre las que se extendió una mancha roja, guardó la daga en la bota, fue hacia la puerta, la abrió y se marchó volviendo a cerrarla tras él. Pan se dio cuenta de que en cuanto el asesino se dio la vuelta, la mancha de la sábana desapareció. Ni sangre ni restos orgánicos habían impregnado la hoja de la daga, por lo que la mancha en la sábana también había sido una ilusión; ilusión que Bexoi ya no tenía que seguir manteniendo.

Sin duda, el asesino se dirigía al encuentro de Sleethair. Cuando ésta lo viera, volvería al dormitorio real, descubriría el cuerpo y comenzaría a gritar para que todos fueran a ver lo ocurrido.

—Tenemos poco tiempo —dijo Pan en voz baja—. ¿Qué van a encontrar: una cama vacía o a ti acostada... y viva?

La reina apartó el rostro del mirador y se volvió hacia él.

—Te he desvelado algo sobre mí que nadie sabe.

—Y yo a ti —repuso él.

—Eres un Gran Mago Teleportador —dijo ella.

—Y tú una Señora del Fuego —respondió él.

—Es algo que he mantenido oculto toda mi vida. Eres el único que lo sabe.

—Hull sabe algo sobre los poderes que tengo —comentó Pan.

—¿Y permites que siga viva?

—Ella jamás me traicionaría.

—¿Y tú, me traicionarás a mí? —preguntó ella sin rodeos.

—Si dudas de mí, dame el frasco de veneno y lo beberé sin vacilar.

—¿Mi sola duda te impulsaría al suicidio? —preguntó ella con una sonrisa.

—Antes te teleportaría al dormitorio —replicó Pan—. No quisiera que te

consumieras aquí dentro si acaso yo no fuera tan fuerte como creo y la puerta que he abierto muriera conmigo.

—Me gustaría que conversáramos con más frecuencia —dijo ella—. Aunque no estoy muy segura de qué hacer con un confidente, jamás he tenido uno.

—Habla con él, y él hablará contigo.

—Tiene gracia —sonrió ella—, somos las dos personas más calladas del castillo y aquí estamos, cotorreando como viejas en un mercado.

—¿Qué hallarán? —insistió Pan—. ¿Una efigie muerta? ¿O una reina viva?

—Diría que una reina viva —contestó Bexoi—. Que Luvix se ofusque intentando averiguar lo que ha ocurrido. Que lo intente de nuevo, ahora ya sé dónde puedo ocultarme si corro peligro, ¿verdad? La puerta seguirá ahí, ¿no?

—Siempre estará abierta para ti. Puedo dejarte el mirador también, así podrás controlar a tu efigie.

—No será necesario.

—¿Puedes ver a través de los ojos de la efigie?

—Soy muy buena creando efigies.

Pan volvió a observar el dormitorio a través del mirador. El cuerpo de la efigie seguía intacto, desnudo y hermoso. Le faltaba el ojo apuñalado y la sangre manchaba su mejilla.

—Es una obra de arte —dijo con admiración—. Y ha sido muy inteligente pretender que tu único talento es la empatía con las aves.

Ella lo rozó al pasar por su lado. Buscaba la puerta.

—¿Qué he de hacer para encontrarla desde este lado?

—Si te fijas bien, la verás tremolar —explicó Pan—. Sólo quien ha cruzado a este lado puede verlo.

Ella apagó la llama con la que se alumbraba. No tardó en distinguir el punto palpitante que él le había indicado. Lo tocó con el dedo y empujó. Se volvió hacia él y le ofreció una sonrisa; luego, atravesó la puerta.

Él se quedó observando por el mirador. La efigie se desvaneció en cuanto ella entró. Bexoi le dio la espalda y dejó caer la capa que la cubría. Luego se dio cuenta de lo absurdo que era cubrirse ante él, que había visto su efigie desnuda y que, además, podía verla a ella siempre que quisiera. No tenía sentido cubrirse ante él, así que no lo intentó.

No obstante, ahora que sabía que la amaba, Pan decidió no mirarla. En lugar de eso, clavó su vista en la puerta.

Sleethair entró acompañada por un soldado vestido con el uniforme de Gray, sin duda el mismo que había vigilado antes la puerta. Luvix no había querido involucrar a más gente.

Miraron hacia la cama. Y vieron a Bexoi justo en el lugar donde, a buen seguro,

Luvix les había dicho que hallarían su cuerpo inerte. Ella les devolvió la mirada. Ninguno de sus ojos parecía haber sufrido daños.

—Pensé que por esta noche te habías retirado —comentó Bexoi—. ¿Y qué hace él aquí dentro sin mi permiso? Considérate bajo arresto, soldado. Volverás a Gray en cuanto mi marido sepa de tu desfachatez. Da gracias a la fortuna que no ordeno que te azoten.

El soldado se marchó a toda prisa.

—Lamento... Yo..., lamento molestaros —farfulló Sleethair.

—Ya que estás aquí, quédate a pasar la noche —dijo Bexoi—. He tenido un sueño extraño y ahora estoy desvelada e intranquila. Ven a mi lado, pasarás la noche aquí.

—Pero, Majestad, yo...

Pan aguardó para ver qué excusa ponía la chica para marcharse; tenía que buscar a Luvix y contarle que la reina no había muerto. Era posible que lo acusara de haberla engañado. También era posible que el miedo la impulsara a abandonar Nassassa sin mayor dilación.

Sleethair acabó por no decir nada y se metió en la cama al lado de Bexoi.

—Tu olor suele ser el de Luvix —comentó la reina con frialdad—. Sin embargo, esta noche hiedes a vómito. ¿Estás enferma?

—Sí —respondió Sleethair con énfasis. Pan sabía que la chica pensaba que era su oportunidad para salir de ahí.

—En ese caso, me alegro que hayas echado lo que te estaba indisponiendo. Si necesitaras vomitar de nuevo, hazlo a un lado de la cama y tú misma lo limpiarás por la mañana. Pero esta noche no me quedaré sola.

Y no dijo nada más.

Pan ahogó una carcajada. Luvix iba a pasar una mala noche haciendo conjeturas sobre lo que había ido mal, extrañado de que Sleethair no diera la voz de alarma al descubrir el cuerpo en la cama. Y Sleethair, por su parte, iba a pasar una larga noche en vela al lado de la mujer contra la que había conspirado. Con algo de fortuna, Luvix mataría al desventurado soldado antes de que éste pudiera contarle que Bexoi seguía con vida; eso llevaría a Sleethair a temer por su propia vida, una vez que ya había dejado de ser útil al espía del vizconde.

«He salvado su vida —pensó Pan—. Me hice con el veneno y luego vine para avisarla del plan en su contra, pero estoy seguro de que se habría defendido sin ayuda alguna. Habría hecho que el asesino estallara en llamas en cuanto sacara la daga, o evaporado el veneno cuando abriera el frasco».

Recordó que Bexoi conservaba el frasco.

Pan volvió a la cocina y ocupó su espacio entre los chicos que dormían detrás de los hornos.

A la mañana siguiente, el castillo era un hervidero de comentarios sobre la trágica

muerte de Sleethair, la primera dama de compañía de la reina. Al parecer, había fallecido por la noche, y aunque muchos la vieron vomitar, pensaron que se había recuperado antes de retirarse a dormir. Mientras tanto, Luvix, con aspecto demacrado y alicaído, viajó esa misma tarde a Gray. Todos achacaron su marcha a la muerte de quien había sido su amante, ya que ese secreto en realidad no lo era para nadie.

Pan visitó a la reina tres noches más tarde, cuando la vida en el castillo había recobrado su pulso habitual. Tan pronto vio a la nueva dama de compañía abandonar el dormitorio, bajó del techo. Guardó silencio.

Bexoi le hizo un gesto para que se acercara, y él la obedeció. Era casi tan alta como él, pues era una mujer de considerable estatura y él todavía tenía el cuerpo de un adolescente que no ha alcanzado la madurez.

Ella acarició su rostro con las manos y lo besó con firmeza y dulzura a la vez. No era el beso que ofrece una reina a un súbdito leal; tampoco el que ofrece una mujer al héroe que la ha salvado. Era el beso de una amante, y Pan lo supo de inmediato, aunque ignoraba cómo poseía ese conocimiento.

—Acepté el destino que me asignó mi hermano, porque Prayard es uno de los magos vivos más poderosos —susurró al oído de Pan—. Quería tener hijos con él, pero él se niega a tener descendencia conmigo. Tú eres un mago aún más poderoso, mi tierno salvador, tu semilla es más valiosa que la suya. La quiero. Quiero alumbrar a tu hijo.

—El rey sabrá que no es suyo —musitó Pan.

—Le contaré que he recogido su semilla después de cada una de sus visitas y la he introducido en mi cuerpo. Nunca ha dado resultado, pero él simulará que me cree. Si me acusara de adulterio, se sabría que no cumple con sus obligaciones conmigo, y eso es una violación del tratado.

Pan asintió. La mente de Bexoi era más aguda que la suya.

Ella dejó caer su túnica y comenzó a desvestirlo.

—Soy mayor de lo que crees —advirtió Pan.

—Estupendo. Por un instante temí que no fueras lo bastante hombre —le susurró, divertida.

—Soy más viejo que nadie —insistió Pan—. No sé si mi semilla sigue viva.

—Si no lo está, al menos obtendremos placer averiguándolo —replicó Bexoi—. Eres la primera persona en la que confío en toda mi vida. Tendremos hijos juntos, hablaremos de lo que nos apetezca y nadie sospechará que el pinche de cocina, al que algunos llaman Ardilla y otros Pan, es el padre del hijo de la reina Bexoi, el magnífico heredero del trono.

—Del hijo o de los hijos... —aventuró Pan.

—E hijas —corroboró Bexoi—. Más no olvides que si Prayard dejara de visitarme, también nosotros tendríamos que detenernos.

—Eluik y Enopp tratarán de matar cualquier hijo que des a luz —dijo Pan—. Eso si no lo intenta Anonoei en persona.

Ella rió con suavidad.

—En cuanto me quede embarazada, haré que la envíen lejos, y la acompañarán sus hijos. Prayard no tendrá más remedio que complacerme, porque mi hijo será el heredero. El pueblo será feliz, pero no le agradaría la presencia de la concubina del rey. Desde el momento en que alumbre a mi hijo, los hijos de Anonoei se convertirán en bastardos y rebeldes en potencia. No, jamás permitiré que sean una amenaza para nuestros hijos.

—Has pensado en todo —susurró Pan. Ya se habían metido en la cama y él estaba descubriendo que sabía cómo tratar a una mujer desnuda, aunque era incapaz de recordar cuándo había estado con una.

—Siempre he sabido que me observabas —dijo Bexoi—. Ahora me alegro de no haberle pedido al rey que te ejecutaran.

—Puedes hacerlo si te cansas de mí —indicó Pan.

—Dame un hijo y jamás me cansaré de ti —y lo besó con fuerza.

Y ya no hubo más conversación.

Danny había cumplido ya los quince años y cada vez se sentía más frustrado a causa de la vida solitaria que llevaba con los Silverman. Era el mismo problema que había sufrido cuando vivía con la Familia.

Tenía acceso a todos los libros de la biblioteca y también a todo lo que necesitaba en Internet, así que su nivel educativo era óptimo. De hecho, muchos de los libros que estudiaba tenían un nivel universitario, y cuando Leslie y Marion revisaban sus trabajos, lo animaban a que siguiera por ese camino. Pero Danny echaba en falta gente de su edad. Necesitaba amigos.

Cuando recordaba los días junto a Eric, se daba cuenta de que había tolerado el comportamiento altanero y disparatado de su compañero porque había sido lo más parecido a un amigo que había tenido jamás.

Ahora, aunque no tenía que aguantar a ningún primo que le hiciera la vida imposible, se sentía aislado, como un preso solitario en un penal de baja seguridad.

No había abandonado su costumbre de correr; seguía corriendo como cuando vivía con la Familia. Sin embargo, ya no tenía que mantenerlo en secreto, no estaba intentando escapar de ningún sitio. Tenía permiso para salir y correr cuando quisiera. Sus correrías lo llevaban por las carreteras de Yellow Springs. Corría por la avenida Xenia de un extremo a otro, o atajaba por el campo para correr por la carretera de East Enon. Ese recorrido era el mejor y, a la vez, el peor, porque pasaba al lado del Instituto Yellow Springs.

En ocasiones, durante el curso escolar, corría por la carretera de Dayton-Yellow Springs que rodeaba el instituto por el norte. Desde allí podía ver a los estudiantes corriendo por las pistas de atletismo. La mayor parte de las veces eran alumnos en clase de educación física; en otras, los componentes del equipo de atletismo entrenándose. Danny se preguntaba cómo sería correr con quince o veinte compañeros de clase a tu lado. Entonces simulaba que había alguien corriendo con él y le hablaba.

—¿A eso lo llamas correr, lentorro? —O también—: ¡Menudo salto has pegado por encima del charco!

Y hasta pisaba algún que otro charco adrede para mojar a ese imaginario compañero de carrera. Sólo era una broma, algo natural en él, no hay que olvidar que Danny era un mago teleportador. También esprintaba hacia una meta imaginaria, igual que lo haría si algún amigo lo hubiera retado.

Pero ese amigo no existía.

No buscaba competir, eso no. Sabía que cuando lo hiciera, ganaría siempre. Aunque consideraba que su aprendizaje era más lento de lo esperado, había conseguido pulir y controlar las habilidades que ya tenía. Ahora era capaz de abrir una serie de puertas de corto recorrido de forma instintiva, y pasar por esas puertas le permitía dar pequeños saltos hacia adelante. Si estuviese compitiendo, a un observador le parecería que era más rápido que sus adversarios, pero no observaría nada extraño o mágico. Si se obsesionara con ganar, resultaría difícil no ceder a la tentación de impulsarse hacia adelante. Y eso sería hacer trampas. ¿Qué honor había en vencer a alguien que en realidad era más rápido que tú? Pero, por otro lado, no soportaba que alguien pudiera vencerlo. La conclusión era que jamás competiría. A veces se encontraba con otros corredores, y cuando le parecía que medían sus fuerzas con él, se paraba y se ponía a contemplar los alrededores, y no reanudaba la marcha hasta que se habían alejado.

Danny pensaba que poseer el poder de un teleportador no le daba derecho a usarlo constantemente. Teleportar a Eric fuera del despacho de Rico había sido algo necesario; evitó que lo apalearan hasta la muerte y, además, le había curado sus heridas. También había estado bien emplear su poder para inmovilizar al perista, no habría podido detenerlo de otra manera. Pero emplear su poder para vencer a un atleta de una carrera, o asaltar casas, espiar a la gente... eso no estaba bien.

No lo avergonzaba haber espiado a los demás cuando vivía con la Familia. Sólo era un crío que no era consciente del poder que poseía y que, además, intentaba sobrevivir en un lugar lleno de magos que no vacilaban en emplear sus propios poderes contra cualquiera. Entonces, todo lo que podía averiguar era esencial para seguir con vida. Pero ahora las cosas habían cambiado. No se le pasaba por la cabeza crear una puerta para entrar en el dormitorio de Leslie y Marion, ni espiarlos cuando hablaban entre ellos o cuando conversaban con desconocidos. Ellos ya le contarían lo que quisieran. Él no pensaba espiarlos.

Sin embargo, si ellos le pidieran que espicara a otros, lo haría sin vacilar, porque confiaba en los dos y asumiría que era algo que se tenía que hacer. Todavía no se había presentado la ocasión, pero en sus horas solitarias fantaseaba con que recurría a sus poderes para salvar a Leslie y a Marion de alguna amenaza.

Ésas eran las ensoñaciones con las que se entretenía mientras llevaba a cabo sus tareas en la granja.

Algunas mañanas, cuando corría cerca del instituto y veía a las chicas bajar de los autobuses escolares o coches particulares, se preguntaba cómo sería entablar una conversación con alguna de ellas.

—¿Has olvidado los deberes en casa? No te preocupes, yo te los traeré. Aquí están.

Pero también lo asaltaban pensamientos más sombríos, ideas que lo

avergonzaban. Si quisiera hacer de mirón, podría hacerlo desde su propio dormitorio sin dificultad alguna. Nadie lo sabría jamás. No se permitía fantasear con la idea, y mucho menos llevarla a cabo. No era lícito que los mortales perdieran su intimidad porque él decidiera emplear su poder con ese fin.

También era consciente de que si una chica llegaba a importarle, jamás la espiaría. Tampoco quería hacerlo si no le interesaba, no quería que se repitieran los pensamientos que había tenido con Lana.

Al reflexionar sobre todas estas cuestiones éticas, comenzó a desear que ciertas situaciones se hicieran realidad. ¿No sería estupendo conocer a una chica que no fuera una de sus primas? Pero sería complicado tener amigos de su edad y no contarles de lo que era capaz. Y si lo hacía, ya no serían amigos. No porque creyera que fueran a rechazarlo, sino porque ya no sería Danny Silverman —había adoptado el apellido de la pareja—, sería «el chico que podía teleportarse a través del espacio».

Danny estaba sumido en estos y otros pensamientos mientras corría por la avenida Xenia. Fue en ese momento cuando vio a una mujer de mediana edad materializarse en el camino a la granja. De hecho, apareció en el sitio exacto donde él mismo había aparecido la primera noche que llegó al hogar de los Silverman.

Había llegado a través de una puerta. Para ser más exacto, había llegado a través de la puerta de Danny.

Él no la había cogido de la mano, ni la había guiado hasta allí; había encontrado la puerta por su cuenta. La conclusión era obvia: la mujer era una teleportadora.

Danny miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie mirando y se teleportó a un punto justo detrás de ella. Estaba tan ofuscado por lo que acababa de ver que no cayó en la cuenta de que seguía corriendo, y al pasar por la puerta que había abierto, el impulso lo hizo arremeter contra la mujer con tanta fuerza que cayeron los dos al suelo.

—Lo siento —dijo Danny, poniéndose de pie—. Es que has surgido de la nada.

—Igual que tú —resopló ella.

—Bajaba corriendo por la avenida —explicó Danny, señalando a su espalda— y, de pronto, ahí estabas.

Ella se medio incorporó y miró hacia donde señalaba él.

—Eres un mago teleportador —dijo como si tal cosa—. Y acabas de crear una puerta que te ha teleportado desde allí hasta aquí.

Era una westiliana, no cabía duda de eso, y por lo tanto, también era peligrosa.

—Y ahora voy a abrir otra puerta y meterte en ella de cabeza —amenazó Danny—, a no ser que me digas quién eres y cómo has conseguido cruzar mi puerta.

—Si no quieres que los demás usen tus puertas, ¿por qué no las escondes o las cierras?

Danny no respondió.

Durante unos instantes, ella pareció confusa ante su silencio. De pronto, su rostro se iluminó.

—No sabes cómo hacerlo, ¿verdad? Puedes crearlas, pero no sabes cerrarlas ni esconderlas.

Su temor inicial estaba dando paso a la curiosidad. La mujer acababa de demostrarle con sólo unas palabras que sabía más sobre teleportación que Stone o los Silverman.

—No sabía que se pudiera ocultar una puerta a una Buscadora.

—Puedes, si tienes el poder para hacerlo. Pero estoy por encima de una Buscadora, creo que soy una Ganzúa. Aunque eso no lo he averiguado hasta que topé con una de tus puertas en Washington DC. ¡Mi primera puerta! No tienes ni idea de la importancia que ha tenido ese encuentro para mí.

Danny pensó que si era su primera experiencia, no sabría tanto como creyó al principio.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy sentada en el suelo, con las medias hechas trizas y las manos y las rodillas desolladas y sangrando.

—Lo siento —se disculpó Danny.

—No, no lo sientes —dijo la mujer—. Lo que quieres es sonsacarme cuánto sé sobre ti y si quiero matarte o no.

—Eso también.

Ella le ofreció una sonrisa.

—Esto es lo que sé: cuando vi la primera puerta en Washington y reconocí lo que era, la crucé. Más tarde, crucé otras seis. No tienes ni idea de lo frustrante que es ser una teleportadora sin poder suficiente para crear tus propias puertas. Están acabando con todos los Caminantes y los Grandes Magos Teleportadores, y no queda ni una de las antiguas puertas. ¡No había visto una puerta en mi vida! Y eso que he estado buscándolas durante más de treinta años. Aquel día iba en un taxi por la avenida Wisconsin y vi algo que brillaba. En realidad no vi nada, más bien lo percibí. La localicé sin verla, si sabes lo que quiero decir. Lo más curioso es que la puerta estaba en el interior de una iglesia. ¡La había percibido a través de los muros del templo! Hice que el taxi se detuviera, le pagué y corrí a la iglesia. El problema era que, aunque pudiera entrar en la iglesia, no podría meterme en el cuarto donde estaba la puerta. Parecía un despacho o algo así.

—Al final lo conseguiste, ¿no?

—Sí, pero dando una especie de rodeo —explicó ella—. Me di cuenta de que cuando me colocaba de una manera concreta podía percibir dos puertas, no sólo una. Una era la salida de la puerta que alguien había utilizado para entrar en la iglesia, y la otra era la entrada de una puerta que conducía desde la iglesia a otro lugar. Lo que no

podía hacer era pedirle permiso al sacerdote para entrar en su despacho y usar la puerta. El hombre me habría visto atravesarla, si es que en verdad era una puerta y yo tenía el poder de una Ganzúa o una Pestillo. ¡Todavía no estaba segura de nada!

—Menudo embrollo —comentó Danny.

—Supongo que el hombre lo hubiera interpretado como la visita de algún ser divino. Los pobres semitas creen que los dioses siguen hablando con ellos. ¡Y eso catorce siglos después de que cerraran las Grandes Puertas!

—¿Semitas? Creía que éstos eran los judíos y los árabes.

—Son los pueblos que adoran a los dioses semitas. Los judíos, los cristianos, los musulmanes... Todos los que no son westilianos.

Era la primera vez que Danny oía hablar sobre dioses que se teleportaban aparte de los westilianos.

—Siempre había creído que su dios era... —No encontró palabras para expresar lo que quería decir, porque en realidad jamás había pensado demasiado en ese dios.

—¿Un falso dios? —sugirió la mujer, divertida.

—Un mito, como Santa Claus.

—¿Quieres decir igual que Zeus, Thor, Shiva, Hermes, Eros...?

—Siempre había creído que éstos eran los auténticos —apuntó Danny, y se rió de su propia ingenuidad.

—Justo lo que todos los dioses creen —dijo ella—. Volviendo a lo mío. Me encontraba en el exterior de esta iglesia de Wisconsin y caigo en la cuenta de que soy capaz de «ver» de dónde procede una puerta y adónde conduce la otra. Eso sí, me tocó pegarme una buena caminata hasta que encontré la entrada a una puerta que no se encontrara dentro de una propiedad privada, ya sabes, una casa y sitios así... ¡No sabía que fueras un ladronzuelo! —se rió ella.

Danny frunció el ceño, irritado, pero ella detuvo su protesta alzando una mano.

—¿Crees que yo no haría lo mismo si pudiera?

Danny quiso explicarle que todo había sido cosa de Eric, pero ella había retomado su relato.

—No me importó cargarme un buen par de zapatos ese día ¡Acababa de descubrir que era una teleportadora! ¡Y de las buenas! Soy capaz de abrir todas tus puertas y sé adónde conducen antes de cruzarlas. ¡Hasta alcanzo a vislumbrar lo que ocurre al otro lado! Ahora ya sé que puedo atravesar todas las que has abierto, aunque sólo puedo ir en la misma dirección que tú has tomado... ¡Soy una maga teleportadora, maldita sea!

—Imagino que no estás aquí para matarme —comentó Danny.

—¿Matarte? ¡Lo que quiero es adorarte!

—Ni se te ocurra, por favor.

—Quiero seguirte a todas partes.

—Me parece que acabas de hacerlo.

—Has creado esa puerta ahora mismo, ¿verdad? Me viste aparecer, te detuviste y creaste la puerta que te teleportó hasta aquí.

—La verdad es que no me detuve para crear la puerta. Simplemente la abrí, y cuando me di cuenta de que iba demasiado de prisa y no iba a poder detenerme, era demasiado tarde. Te embestí y caímos al suelo. Lo siento.

—De acuerdo. Si lo sientes de verdad, haz algo por mí.

—¿Qué quieres?

—Abre una puerta, una que no vaya muy lejos. ¡Quiero pasar por ella y rejuvenecer! Me curará los rasguños, ¿verdad? Mis estudios sobre la teleportación dicen que los magos teleportadores no eran sanadores en sí, pero que atravesar una de sus puertas curaba cualquier herida o enfermedad que tuvieras en ese momento. ¡Yo me siento de maravilla después de teleportarme detrás de ti todo el día!

Danny no abrió la puerta. Si era una asesina, algo que no estaba dispuesto a descartar por el simple hecho de que ella lo negara, prefería contar con toda las ventajas de que pudiera disponer.

—Pasar por una puerta no detiene el envejecimiento —repuso.

Ella ignoró el comentario.

—Siempre me he preguntado si al pasar por una puerta se pueden recuperar partes del cuerpo que hayas perdido. Quiero decir, ¿si me amputasen una oreja, me crecería otra al pasar por una puerta?

—No tengo ni idea —respondió Danny—. Aunque creo que no, porque en una ocasión conocí a un tipo que había perdido el pulgar, y después de pasar por una puerta seguía faltándole. Claro que ése no es un buen ejemplo, porque estaba muerto cuando atravesó la puerta.

—En ese caso, haremos pruebas. ¡Tenemos que averiguar cómo funciona todo esto!

A Danny la idea de formar sociedad con ella no lo sedujo lo más mínimo.

—Creo que no.

—¡Vamos! Hay que llegar al fondo de todo esto, averiguar qué leyes rigen la teleportación. ¿Cómo esperas que controlemos el proceso sin conocer las consecuencias?

—Con lo que no estoy de acuerdo es con lo de «haremos» y «tenemos» —dijo Danny—. Ni siquiera sé quién eres.

Ella parpadeó con rapidez.

—¡Vaya! No me he presentado —le tendió la mano—. Soy Victoria von Roth, pero llámame Vivi. —Y le echó la otra mano por encima del hombro, dándole un abrazo—. ¡Te quiero, chico teleportador, aunque seas algo extraño! ¡Te has convertido en la persona más importante del mundo para Vivi!

—Confío en que no te lo tomes a mal... Vivi —dijo Danny; le costaba dirigirse a un adulto empleando un diminutivo tan informal—, pero yo no te amo. De hecho, me estás asustando bastante.

—Eso es una bobada. No le haría daño a una mosca.

—Podrías contarle a ciertas personas dónde estoy —repuso Danny—. Ellos sí que me harían daño. Me matarían.

—Pero cualquiera puede encontrarte —se sorprendió Vivi—. ¡Sólo tienen que seguir tus puertas! Por cierto, hubo algunas teleportaciones muy curiosas. ¿Para qué fuiste al despacho de ese instituto... el Parry McCluer?

—Que yo sepa, eres la única que ha sido capaz de seguir mis puertas. A no ser que la chica griega también pueda hacerlo.

—¿Hay una teleportadora griega?

—Sí, creo que es una Husmeadora. A lo mejor hay más que son como tú. No lo sé.

—¿No vas a decirme tu nombre, ¡oh hermoso y joven Gran Mago Teleportador!?

—No estoy seguro de ser un Gran Mago. Podría ser un Caminante. También pueden crear puertas.

—¡Un nombre! ¿Cómo he de llamarte? ¿«Chico sudoroso y atolondrado»?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para volver a atravesar mis puertas hasta encontrarte con la gente que me quiere matar y confirmarles quién soy y llevarme ante ellos?

—¡Jamás haría algo así!

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—Porque no puedo pasar por tus puertas en sentido contrario al que tú las cruzas. No puedo rastrear de dónde vienes.

—Eso dices tú —dijo Danny.

—¡Chico, cuánta cautela!

—Y gracias a ella sigo vivo.

—No, sigues vivo porque tienes una suerte increíble. Crees que eres cauteloso y, en realidad, eres muy descuidado. En el rato que llevamos aquí, ya me has contado que perteneces a una de las Familias; que esa Familia no es la griega y que temes por tu vida. Hablas inglés con acento americano, así que no es complicado asumir que eres un North. Y además, no necesito conocer tu nombre para decirles dónde estás.

Danny distinguió una mezcla de astucia y diversión en la mirada de ella. Había estado jugando con él.

—Somos teleportadores —dijo ella—. No somos estúpidos, pero sabemos cómo hacernos los tontos, si es necesario. ¿Tengo razón?

—Odio reconocerlo, pero sí, tienes razón —dijo Danny en tono compungido—. Me llamo Danny Silverman.

—¿Usas el apellido de los Silverman? ¿Quieres verlos muertos a ellos también?

—¿O sea que eso es para lo que has venido hasta aquí? —preguntó Danny, y abrió una puerta que lo teleportó tres pasos atrás y hacia la izquierda. Si era quien temía, Vivi podía responder atacándolo con un cuchillo o una pistola.

—Tranquilo —le dijo ella—. Sólo quería que supieras que usando el nombre de los Silverman los estás poniendo en peligro.

—No tanto como si empleara mi nombre verdadero: Danny North.

—Danny, Danny, te lo digo otra vez: nunca me he sentido tan contenta de encontrarme con alguien desde que nací y me encontré con la teta de mi madre en la boca.

Ese comentario le pareció a Danny tan poco respetuoso que decidió dar por zanjada la conversación. No tendría que haber hablado con ella desde el principio. Debería haberse teleportado a la casa directamente en cuanto la vio aparecer y avisado a los Silverman. Ellos se habrían ocupado de ella.

Todavía podía hacer esto último.

—Creo que lo mejor es que me acompañes a conocer a los Silverman.

El entusiasmo de ella se desvaneció como por arte de magia.

—Me temo que los Silverman ya me conocen, y yo a ellos también.

—¿Y no te caen bien? —Si no le gustaban los Silverman, no se iba a llevar nada bien con Danny.

—¿Caerme bien? Chico, estuve a punto de casarme con Marion. ¡Lo habría hecho si esa vaca no se hubiera entrometido!

—Estás hablando de mis padres adoptivos —le recriminó Danny con frialdad.

—Venga, venga, Danny, no te pongas gallito. Ella es una vaca. Es la bestia con la que tiene su enlace.

—No fue eso lo que querías decir.

—Eso no lo sabes —arguyó ella con una sonrisa tímida.

—No vuelvas a decir que Leslie es una vaca nunca más. —Danny le dio la espalda y se dirigió hacia la casa.

—¿No vas a pedirme que te acompañe? —preguntó Vivi.

Danny no respondió. «Que venga a la puerta y llame, si quiere entrar. Si Leslie y Marion ya la conocen, seguro que también la odian. Que se apañen entre ellos».

—¡Me duelen las rodillas y las manos! —gritó Vivi—. ¡Ábreme una puerta, una pequeña!

Danny abrió una puerta justo delante de ella. Luego se volvió y le hizo un gesto para diera un paso hacia adelante.

No fue necesario, ya había visto la puerta. Vivi sonrió y la atravesó... Fue a parar al otro lado de la avenida Xenia, de espaldas a la casa. Se dio la vuelta, confusa al principio y furiosa cuando vio a Danny observándola. Éste la ignoró y siguió hacia la

entrada de la casa. ¿No había dicho que podía ver adónde iban las puertas? ¿No sabía que los magos teleportadores eran aficionados a las travesuras? ¿Que hubiera mirado antes de cruzar!

—¡Tenemos visita! —gritó en cuanto entró en casa.

—¡No grites aquí dentro! —gritó a su vez Leslie desde el piso de arriba.

—Me ha seguido una teleportadora hasta aquí —dijo Danny. Luego subió el tono de nuevo—. ¡Victoria von Roth!

Leslie bajó la escalera tan de prisa que pareció volar.

—Esa zorra desgraciada... ¿Es una teleportadora de verdad? ¿Y está aquí? Claro que lo está; siempre aparece donde nadie la quiere.

Leslie no estaba sólo enojada; estaba muy alterada. Todo indicaba que Vivi había dicho la verdad sobre la rivalidad amorosa entre las dos mujeres.

—Tranquila —dijo Danny—. Marion te eligió a ti, ¿no?

—¿Qué es lo que te ha contado? ¿Qué el único motivo por el que me eligió a mí fue porque todos creían que ella era una drekka y yo era una maga, aunque sólo fuera una Bovina?

—No creo que esté aquí para convencer a Marion de que se equivocó el elegir —afirmó Danny—. Está muy emocionada porque puede probar que es una Ganzúa.

—¡Una Ganzúa, nada menos! Muy propio de ella, decir que tiene el nivel más elevado dentro de los magos teleportadores que no pueden abrir puertas.

—Yo creo que dice la verdad. Encontró mis puertas y las utilizó sin mi ayuda. Yo ni siquiera advertí que las estaba usando.

—Ésas son malas noticias. Deberías haber notado que las estaba atravesando.

—Nunca me habías dicho que pudiera hacerlo. ¿Puedo percibir cuando alguien usa una de mis puertas?

—¿No es obvio que no? —respondió Leslie—. Ve a por Marion y dile que más vale que venga corriendo.

—No. Creo que yo debería estar presente cuando llegue Vivi.

—¿Qué pasa, tienes miedo de que empiece a mugirle o algo así?

—Creo que tú y Marion deberíais recibirla juntos. Han pasado muchos años desde la última vez.

—¡Anda! ¡Ahora resulta que eres Danny North el Pacificador! ¿Qué clase de magia es ésa?

—Es la que evita baños de sangre —respondió Danny con sorna.

—Telepórtate al establo y tráelo aquí.

—Tengo prohibido teleportarme en la granja...

—Esto es una emergencia, mocoso cabezón. —Lo interrumpió Leslie. En ese momento estaba espiando a través de la cortina—. ¡Ahí viene! Tiene la pinta de siempre, emperifollada como si fuera la mujer de un senador... ¡Mira que aires de

princesa; sólo le falta la corona!

Había resentimiento por ambas partes y, bien pensado, no era sorprendente. Ambas creían y temían que Marion había elegido casarse con Leslie porque existían más probabilidades de que sus hijos fueran magos. Era algo que las dos difícilmente podían olvidar; una con un sentimiento de rencor, Vivi, y la otra de temor, Leslie.

Danny se teleportó al establo donde encontró a Marion grabando una lápida. Cuando abandonó la geología, Marion se dedicó a trabajar la piedra, porque las rocas eran su pasión. Cobraba más que los tallistas locales para no despertar su recelo y que creyeran que quería dejarlos sin trabajo. Lo cierto era que él tardaba quince minutos en acabar un grabado que a ellos les costaba tres días. Y al ser un Mineral, conseguía darle un acabado a la piedra que la protegía contra la erosión durante siglos. Tenía cierta vena artística y acostumbraba a añadir un toque personal a todo lo que hacía, incluidas las lápidas. Había quien lo encontraba de mal gusto y recurrían a otros artesanos, pero también había gente que pensaba que ese toque artístico de Marion reflejaba el espíritu de los seres amados fallecidos.

La lápida en la que trabajaba en esos instantes mostraba en su parte superior la silueta de una montaña en la que se distinguía la figura diminuta de un alpinista. El conjunto era visible a ambos lados de la lápida. La obra estaba destinada a la tumba de un joven, casado y con hijos, que había muerto en la montaña cuando intentaba salvar a un compañero que se había roto la pierna al despeñarse. Los padres del joven montañero habían expresado su indignación al ver que la lápida incluía una imagen de aquello que había matado a su hijo, pero la cliente de Marion era la viuda del fallecido, y, según ella, su marido era el hombre más feliz del mundo cuando estaba en la montaña.

—Amaba la piedra en sí. Me contó muchas veces que al escalar acariciaba la roca y que ésta le devolvía la caricia. Tuvo una muerte heroica en la montaña y quiero que mis hijos lo recuerden cada vez que visiten su tumba.

Marion les había contado la historia del joven fallecido la noche anterior, durante la cena.

—No me cabe la menor duda de que tenía empatía con la piedra.

—¿Quieres decir que era un westiliano?

—No he dicho eso.

—Sabes que no creo en esas tonterías de que los westilianos tuvieron su origen en la Tierra —intervino Leslie.

—Eres libre de creer lo que quieras, querida —replicó Marion—, pero es más que evidente que los westilianos y midgardianos pueden reproducirse sin problemas. Y no creo que haya motivos para negar que existe una magia latente en los habitantes de este planeta.

—Yo diría que la costumbre de los machos westilianos de seducir hembras

mortales cada dos por tres explicaría esa «magia» de la que hablas. Dudo mucho que haya un solo ser humano en la Tierra que no tenga sangre westiliana corriendo por sus venas.

Y ahí estaba Marion, esculpiendo una lápida para un compañero mago pétreo. Al menos, eso era lo que él creía. Existía camaradería entre los magos con los mismos poderes: piedra por piedra, fuego por fuego, bestia por bestia. Estaban hermanados, formaban un clan, independientemente de los lazos familiares que pudieran tener o no.

«Y Vivi —pensó Danny— es la única persona en el mundo con la que yo puedo formar mi propio clan; ella y la chica griega».

Era evidente que Marion había esculpido la lápida de su camarada con un enorme respeto. Había dedicado horas a tallar cada detalle de la piedra. Y sin embargo, Danny se había limitado a arrollar a Vivi, derribándola, y aunque luego la había curado, la había enviado al otro lado de la avenida.

—Marion —dijo Danny.

Marion levantó la vista.

—¿Te has teleportado hasta aquí?

—Leslie me pidió que lo hiciera. Victoria von Roth está aquí.

—¡Aquí! —exclamó Marion, que no parecía muy complacido—. ¿A qué ha venido?

—Encontré mis puertas y me ha seguido hasta aquí. Es una Ganzúa.

Marion lo escuchó sin pestañear.

—Creo que a Leslie le vendría bien algo de apoyo. Vivi debe de estar a punto de llegar a la puerta. ¿Te teleporto hasta allí?

—¿No creerás que sabes todo lo que ocurrió entre Vivi, Leslie y yo, hace años, verdad?

—Sólo sé lo que va a pasar dentro de quince segundos entre Leslie y Vivi —replicó Danny con énfasis.

Marion tendió una mano y Danny lo ayudó a ponerse de pie. Los dos se teleportaron al vestíbulo de la casa. Vivi estaba llamando a la puerta y Leslie acudía a abrir.

—Que abra Danny —dijo Marion. Fue hacia su mujer y la hizo retroceder, luego la cogió por la cintura y se quedaron ahí, mirando hacia la entrada.

«Seguro que los cristianos se sentían así en el circo cuando iban a soltar a los leones», pensó Danny, y abrió la puerta.

—¡Vivi! —exclamó con una gran sonrisa—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Eres un diablillo, Danny —le recriminó ella sin acritud—, pero aún te adoro. Aunque es posible que lo que adore sean tus puertas. —Se volvió hacia los Silverman e inclinó la cabeza—. Que inesperado placer que las puertas de este joven me hayan

traído a vuestro hogar. No imagino mejor refugio, ni sitio donde estudiar y aprender todo lo que el muchacho precisa.

Danny sintió cierta decepción ante el comportamiento encantador de Vivi. Sin embargo, le pareció divertido que los modales de la visitante impidieran a Leslie demostrar su antipatía hacia ella.

Marion tendió la mano y Vivi la estrechó con firmeza.

—Me alegro mucho de veros con tan buen aspecto a los dos.

A Leslie no le quedó más remedio que tender su mano, y Vivi le sonrió con calidez. Fue un gesto sincero, o eso pareció, porque Leslie se esforzó por corresponder a su vez con una sonrisa.

—Dime, querida, ¿cómo se encuentran esas alegres vaquitas? —preguntó Vivi, sin perder un ápice de su cordialidad.

Danny casi soltó una carcajada; le estaba costando un gran esfuerzo mantener el gesto impasible. Vivi era un bicho, de eso no cabía duda, pero un bicho con mucha clase.

Leslie la fulminó con la mirada.

—La manada está muy bien, gracias. El establo es muy amplio y siempre hay sitio de sobra; lo digo por si tienes pensado quedarte por aquí.

«No, Leslie, por favor —suplicó Danny mentalmente—. No te enfrentes con ella. Vivi tiene demasiado estilo y a ti el sarcasmo no te va para nada».

—Ahora mismo no tengo planes —dijo Vivi—. A lo mejor acepto tu oferta, siempre y cuando la paja sea de buena calidad. —Se dirigió a Marion—. ¿Puedes creerlo, Marion? Al final, resulta que soy una maga teleportadora. No tengo el nivel de tu querida esposa, claro está, pero creo que podría aportar mi granito de arena en el aprendizaje de este joven. He dedicado treinta años de mi vida a estudiar la teleportación; formaba parte de mi... ¿cómo lo llamabas, Leslie, querida?, ¿mi elaborada farsa? Y mira tú por dónde, para sorpresa de todos, mía también, resulta que sí soy una teleportadora. Creo que dispongo de información que podría interesar al chico.

Se volvió hacia Danny.

—¿Te interesaría conocer algunas de las cosas que he aprendido?

—Espero que me las cuentes todas —asintió Danny—. Pero sólo si dejas de mencionar el tema de las vacas mientras estés aquí.

—Sin problema. Lo más cerca que estoy de una vaca en los últimos tiempo es cuando como yogurt desnatado y queso fresco —dijo Vivi—. No consumo ternera. Con el tiempo que hace que conozco a Leslie sería como comerse a una amiga.

—Nosotros comemos carne siempre que nos apetece —manifestó Leslie—. Las vacas son animales de cría y saben que algunas tienen que morir. Eso sí, las matanzas las hacemos con mucho cariño, igual que tú.

—Acabo de tener una idea excelente —terció Marion—. Si Danny quiere estudiar contigo, puede abrir una puerta que vaya desde aquí hasta tu casa. Puede estar contigo unas cuantas horas al día y luego volver aquí, para las comidas y todo lo demás. A no ser que hayas aprendido a cocinar a lo largo de estos años.

¡Por fin! Marion había mostrado sus cartas; estaba con Leslie y Vivi no era bienvenida a quedarse en la granja. Danny sintió un gran alivio. Estaba dispuesto a estudiar con Vivi, pero no a bregar con toda la historia de amores y desamores.

PUERTA LIBRE

Vivi no quiso que Danny la teleportara de vuelta a su coche en Washington.

—Llamaré a la compañía de alquiler y les diré dónde pueden recogerlo. Les diré que surgió algo urgente, un tema familiar. ¡Lo cual es del todo cierto!

Le pidió que los teleportara a Nápoles, Florida, donde tenía un ático con vistas al golfo de México. En cuanto llegaron, Vivi fue a la cocina para hacer un inventario de lo que tenía en el frigorífico y encargar provisiones por teléfono.

—Esto va a ser divertido —declaró la mujer.

Danny no lo tenía tan claro. El entusiasmo de la mujer lo irritaba. Hasta el momento, sólo había averiguado que ella podía utilizar sus puertas. Y eso era poco más que nada. A fin de cuentas, él ya sabía crear una puerta, no la necesitaba para que le confirmara que funcionaba.

Sin embargo, también estaba emocionado. Ya no era el único mago teleportador del mundo, y por otra parte, Vivi había dedicado treinta años de su vida al estudio de la teleportación. Algo habría que pudiera enseñarle.

Vivi fue a su dormitorio y volvió con un bañador escarlata que la favorecía, sin que pareciera un intento de ser más joven de lo que era.

—Lo primero es lo primero —declaró—. Quiero una puerta para bajar a la playa y otra para volver desde la playa.

—¿Para eso me has traído aquí? —preguntó Danny—. ¿Para no tener que andar cogiendo ascensores?

—¿Qué problema hay? A ti no te cuesta nada.

—No es cierto, se supone que en cada puerta dejo una porción de mi aura.

—¿Y ya no te queda?

—No lo sé.

—Entonces hazlo, Danny. Necesitamos algo con lo que trabajar, y no podemos hacerlo con la puerta que va al establo de los Silverman, ¿verdad que no? Imagina que aprendes a cerrar o a recuperar tus puertas. ¿Quieres practicar con esa puerta?

Siempre daba con el argumento adecuado. Siempre. Parecía el tipo de persona capaz de esgrimir las razones necesarias para conseguir que los demás hicieran lo que ella quería y cuando ella quería. Si Danny no se plantaba en esos primeros momentos, no iba a hacerlo nunca. Por otra parte, valdría la pena si conseguía controlar su poder.

Salieron al balcón del ático que daba al golfo y eligieron un lugar apropiado. El más adecuado era un punto cercano al bloque de viviendas vecino, uno que quedaba a la sombra de unas palmeras. Podría ir y venir evitando miradas indiscretas.

Danny hizo una puerta que iba hasta allá y ella la cruzó sin vacilar. Cuando apareció al otro lado, sobre la arena, lo saludó con entusiasmo. A continuación, tendió las manos hacia él, como si fuera una cría pidiendo que la cogieran en brazos.

Danny decidió tomárselo como un reto. En lugar de cruzar la puerta y luego abrir otra desde la playa que los trajera de vuelta, intentaría abrir esa segunda puerta desde allí mismo. A fin de cuentas, no tenía que estar en contacto con las puertas para abrirlas. Así que no tenía importancia que el punto de entrada estuviera lejos y el de llegada a su lado.

No obstante, cuando comenzó a crear la puerta al lado de Vivi, sintió el impulso de situar la entrada justo en el punto de salida de la primera puerta y acoplar la salida de la segunda en el punto de entrada de la primera. Leslie le había planteado esa posibilidad: ¿Qué ocurriría si abrieras puertas cuyos puntos de entrada y salida coincidieran pero fueran en direcciones opuestas? Nunca había intentado abrir puertas que se solaparan de esa forma, pero no le costó demasiado conseguirlo. Podía ver con claridad los puntos donde se unían las puertas.

Abajo, en la playa, Vivi se llevó las manos a las mejillas expresando su admiración y sorpresa. Tendió un dedo hacia la puerta y al instante siguiente ya estaba en el balcón al lado de Danny.

—¡Eres un diablillo! ¡No me dijiste que supieras hacer algo así!

—¿Hacer el qué?

—No te hagas el tonto conmigo.

—Sé que he unido la entrada de una puerta con la salida de la otra y viceversa. Me pareció que era lo más lógico.

—¿Eso es todo? Pues a mí me pareció que de pronto la puerta pasaba de ser un caminito estrecho a una autopista; bueno, quizá no tanto, pero desde luego mucho más grande y de doble sentido. ¡Es diez veces más grande que la primera!

—¡Eso es guay! —exclamó Danny, impresionado. En parte consigo mismo, pero sobre todo por descubrir algo nuevo sobre cómo funcionaban las puertas.

—Ahora me toca a mí —dijo Vivi.

—¿Para hacer qué? —preguntó Danny—. ¿Crees que puedes crear una puerta?

—Ahora que veo cómo lo haces tú, quizá pudiera llegar a hacerlo... Pero no me refiero a eso. A veces, los Ganzúas también somos Pestillos.

—¿Y...?

—Si soy capaz de abrir y cerrar una de tus puertas, y tú ves cómo lo hago, podrías aprender a hacerlo tú mismo.

—¿Para qué? Tú eres la única que puede usar mis puertas, y aunque la cierre, eso no detendrá a un Ganzúa si quiere cruzarla.

—¡Por el placer de aprender! ¿No te gusta aprender? ¿No serás uno de esos criajos que odia estudiar?

Danny se encogió de hombros.

—Supongo que vale la pena, si con eso tú aprendes a cerrarlas.

—Estaría bien para cerrar la que acabas de abrir, porque me temo que has dado con la clave para abrir puertas libres.

—¿Y eso es malo?

—Una puerta libre es algo que puede emplear cualquiera, desde un Buscador hasta un mortal que tropiece con ella por casualidad.

—¡Oh! Eso quiere decir que un mortal podría tropezar con la puerta en la playa y encontrarse de pronto aquí arriba, en tu balcón.

—¡Sería una manera muy eficaz de conseguir una cita! —se rió Vivi.

—O de que se metiera un ladrón en casa —repuso Danny, muy serio.

—¡Eso sí que no! —exclamó Vivi entre risas—. ¡Venga, Danny, esto es emocionante!

—Tenemos que cerrar la puerta para que la gente no la atravesara sin querer.

—Imagínate que tuviera invitados a comer y que uno saliera al balcón y ¡paf!... ¡Pensarían que se habían caído desde aquí arriba y no les había pasado nada!

—De acuerdo —asintió Danny—. Cierra la puerta. Echa el pestillo. Haz lo que sea que haces.

—Si es que puedo. Abrirlas resultó sencillo; en cuanto veía una, sólo tenía que acercarme e «incordiarla» un poco con el dedo para que reaccionara.

—Lo mismo que hiciste con Marion y Leslie —soltó Danny sin pensar.

Vivi se rió a grandes carcajadas.

—¡Es justo lo que hice! ¡Danny, eres un pequeño depravado!

¿Depravado? Danny no tenía ni idea de a qué se refería Vivi.

—Vamos allá. Déjame que trasteo un rato con la puerta, a ver qué consigo. Inténtalo tú también.

—¿Intentar qué? —preguntó Danny.

—¡Cerrarla!

—¿Crees que no lo he intentado ya? Parezco un crío caprichoso: me concentro a tope, aprieto los puños, cierro la boca y los ojos y tomo aire. Entonces comienzo a repetir: «Venga, venga, venga...»

En esta ocasión, Vivi no se rió.

—Te comprendo —afirmó—. Es algo parecido a lo que yo he hecho toda mi vida. No podía crear una efigie, y era incapaz de proyectar mi aura. Pero era ingeniosa, me encantaba tomarle el pelo a la gente y aprendía idiomas con mucha facilidad... ¡Tenía que ser una maga teleportadora! Cuando llegué a esa conclusión, comencé a hacer lo mismo que tú y deseé con todas mis fuerzas abrir una puerta.

—Entonces ya sabrás que ése no es el camino.

—¿Nos rendimos? ¿Es eso? ¿Rezamos para que nadie cruce la puerta y llegue

hasta aquí arriba?

—Puedo desplazar este extremo, si quieres —sugirió Danny.

—Eso es lo raro, Danny, nunca he leído nada sobre mover las puertas. Los libros sólo hablan de cerrarlas o recogerlas... —De pronto se echó a reír—. ¡Eso es! Desplaza la puerta, Danny. Llévala hasta colocarla en el interior de tu propio cuerpo.

Danny cerró los ojos y reflexionó.

—No quiero chafarte la idea, pero si hago eso, sólo conseguiría cruzar la puerta. Eso es lo que hago cuando quiero que alguien pase por una de mis puertas, hago que la puerta los cubra. Es como si me lo comiera con un extremo de la puerta.

—Eso es muy interesante. ¿Con qué lado de la puerta te los... «comes»?

—Con la entrada.

—¿Y qué pasaría si lo hicieras con la salida?

—Ni idea —reconoció Danny—. ¿Quieres que haga la prueba contigo?

Vivi no respondió al ofrecimiento.

—¿Y si desplazas la salida hasta colocarla sobre la entrada?

—Con eso no cierro la puerta, la inutilizo.

—Algo habríamos avanzado, ¿no?

—Si lo piensas bien, hay un montón de cosas que podría hacer —comentó Danny—. Si alguien se cayera por un edificio, podría abrir una puerta debajo de él y otra encima. Caería en la puerta de abajo, saldría por la de arriba, volvería a caer y a subir... ¡como un yoyó!

Vivi sufrió tal acceso de risa que tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—Para hacer eso, tendría que abrir una puerta libre para que cayera todo el mundo y no sólo un Husmeador.

—¿Te imaginas las noticias? —dijo Vivi entre risas—: «Suicida salta desde un precipicio y cambia de idea durante la caída».

Danny se rió con ella. Tenían el mismo sentido de humor, o muy parecido.

—Supongo que abrirías una puerta con la salida en la azotea del edificio y entonces desplazarías la boca de la puerta sobre nuestro suicida para cogerlo y llevarlo hacia arriba —reflexionó Vivi—. Eso es lo que haría una buena persona.

A Danny le llamó la atención algo de lo que acabada de decir Vivi, algo que le dio qué pensar.

—La boca de la puerta —repitió.

—Una manera de hablar —dijo Vivi.

—No, no lo es. La gente no llama boca a la entrada de una puerta; quiero decir, que para la mayoría una puerta es una puerta, y cuando pasas a través de ella, sólo te desplazas un paso, el mismo que has dado para cruzar. No hay boca, no hay entrada, no hay salida... ¿Por qué la has llamado la boca de la puerta?

—Porque en realidad lo que abres no son puertas, como las de una casa. Es más como un túnel, y los túneles sí que tienen bocas.

—Eso es. Cuando lo mencionaste, me recordó algo que leí, un texto muy antiguo.

—Tienes razón —asintió ella—. También la llaman boca en las historias y leyendas que he leído sobre el tema. Es el nombre que les dan a las puertas en los escritos persas y también en uno muy divertido que escribieron los hititas. Te sorprendería saber la cantidad de referencias que hay sobre las puertas en los antiguos manuscritos. Sólo tienes que saber cómo descifrarlos, y una teleportadora como yo sabe hacer eso.

—Voy a contarte lo que decían unas runas que encontré en la Biblioteca del Congreso.

—He estado allí muchas veces —dijo Vivi—. ¿A qué te refieres?

Danny comenzó a recitarla.

—«Y Tiu estrelló los navíos de Cartago contra las rocas porque se negaron a pagar el tributo a las walquirias».

—¿Barcos cartagineses? —preguntó Vivi—. Nunca he leído nada sobre ese tema.

—No me extraña —dijo Danny—. Lo leí en un texto sin traducir incluido en un libro escrito en danés que trataba sobre algo que no tenía nada que ver con el tema.

Vivi lo escuchó con atención mientras él repetía lo que había traducido del libro. Cuando acabó, fue hacia el ordenador portátil que tenía sobre la mesa de la cocina, rodeado por el servilletero, los frascos de sal y pimienta y un plato con mantequilla. Lo puso en marcha, abrió el procesador de textos y le pidió a Danny que repitiera lo que había dicho.

A medida que Danny iba hablando, ella lo fue escribiendo. Cuando terminó, y él comprobó que era correcto, aunque había un par de palabras sobre las que tenía algunas dudas, Vivi imprimió dos copias del texto. Se sentaron para analizarlo.

—Yo diría que esto es un manual de instrucciones —dijo Vivi.

—Cuando lo leí la primera vez, no le encontré mucho sentido —comentó Danny—. Pero llevaba poco tiempo con el asunto de las puertas y, además, tenía otras cosas en la cabeza. No tenía ni idea de que podía desplazar la boca de una puerta sobre alguien para hacer que la cruzara. Pero fíjate, si hablas de bocas, hablas de comerte a la gente, ¿verdad? O lo hace la puerta. Así que cuando dice que la puerta sombría de Bel arrebató el corazón de los hombres valientes para devorarlos en su mesa de banquetes, en realidad lo que hacía Bel era echar la boca de la puerta encima de la gente y obligarla a pasar al otro lado.

—No sé —dudó Vivi—. La parte de los corazones me da que pensar. Dice que los cartagineses habían devorado la antigua puerta, ¿no? Así que estamos hablando de puertas que devoran otras puertas... ¿Crees que eso es posible?

—Ni idea. ¿Intento hacerlo?

—No, hombre, no. Podemos quedarnos aquí sentados y hablar hasta que se nos caigan los dientes —ironizó Vivi.

Danny abrió una puerta en la misma mesa. Era corta, de apenas treinta centímetros. Cogió la entrada, la pasó por encima del plato de la mantequilla, y éste reapareció al lado del servilletero.

—Ahí tienes la puerta —dijo Danny. A continuación, cogió la boca y la llevó a la salida de la puerta. La movió por encima de la salida sin que ocurriera nada.

—Nada.

—Estabas moviendo la boca sobre la cola —comentó Vivi—. Pero en realidad, esto no es un túnel, ni una serpiente, así que no puedes enroscarlo sobre sí mismo.

Danny se estremeció al comprobar que alguien más podía ver, o mejor dicho, percibir, lo que hacía.

—Correcto —dijo Danny.

—Así que una puerta no puede devorarse. ¿Por qué no abres una segunda puerta e intentas comerte ésta con ella?

Danny hizo lo que sugería Vivi.

La primera puerta entera cruzó la segunda puerta.

—¡Qué pasada! —exclamó Danny.

—¡Toma castaña! —soltó Vivi—. Acabas de comerte una puerta.

—No, he movido una puerta.

—¿Y por qué no puedes decir que te la has comido? Cualquiera que acostumbrara a usar la primera puerta no sabría dónde está. Para él sería como si la hubieran devorado.

—Sí, pero esa puerta ya había quedado reducida a casi nada cuando intenté que se comiera a sí misma —reflexionó Danny. Se volvió hacia la puerta libre del balcón. A pesar de que no podía ver el balcón desde donde estaban sentados, sí que podía percibir la puerta. También Vivi, aunque no con tanta claridad como Danny, que era el creador.

Abrió una nueva puerta situada a escasos centímetros de la puerta libre en la playa. La salida de la nueva puerta estaba localizada en la cocina, justo a su lado. Entonces trasladó la boca de la nueva puerta sobre la boca de la puerta libre.

La boca de la puerta libre apareció en la cocina.

Danny también llevó la boca de la nueva puerta sobre la salida de la puerta libre que daba a la playa. De pronto, los dos extremos de la puerta libre estaban en la cocina.

Vivi soltó una carcajada de admiración. Cogió una silla y la metió en la puerta libre para que reapareciera pocos centímetros más allá. Fue como si se hubiera deslizado suave y rápidamente por el suelo de la cocina.

Danny estaba asombrado.

—Así que sólo tengo que comerme los dos extremos de una puerta tan alta como un edificio, es decir, que sus dos accesos quedan a esa distancia, y acaban aquí mismo, a unos pocos centímetros...

—¿Por qué esa separación? —preguntó Vivi—. Hiciste que los dos extremos pasaran por la misma boca y salieran por el mismo sitio. ¿No tendrían que haber acabado en el mismo punto exacto?

—Todavía no sé cómo funciona esto.

—Esto es tan raro... —dijo Vivi, reprimiendo un escalofrío; después soltó una nueva carcajada—. ¡Me pone los pelos de punta! ¡Apenas hace un día que tropecé con mi primera puerta y ya he averiguado que hacen cosas increíbles!

—Pero seguimos sin saber qué quiere decir el texto —le recordó Danny—. La parte en la que habla sobre las fauces de Bel que atrapan el corazón de Loki, pero en realidad es el corazón de Loki el que sujeta las fauces, y que cuando Loki encuentra la puerta de Bel, la traslada... Le estoy dando vueltas para averiguar qué significado tiene todo esto.

—El corazón de Loki... —repitió Vivi, pensativa—. ¿Podría ser su aura?

—No lo sé. También menciona que el sol tiene corazón. ¿Es que las estrellas poseen aura?

Danny intentó responder a la pregunta que él mismo acababa de plantear. Cerró los ojos y visualizó el texto del libro: las runas y las palabras en fistalk que había leído en esas runas. Había transcurrido bastante tiempo desde su visita a la biblioteca y su recuerdo no era nítido. Pero tenía que comprobar que su traducción era correcta. ¿Había acertado al traducir la palabra «corazón» del fistalk en todas las frases? No tenía total certeza de que los signos correspondieran a las sílabas de corazón cuando se referían al sol. Por lógica, era posible que hiciera referencia a otra cosa. Pero en ese caso era complicado identificar a qué se refería, su memoria no daba para tanto. Una memoria eidética, o fotográfica, como la suya, en realidad no sacaba una instantánea de lo que veía para luego almacenarla. Tenía los mismos fallos que cualquier otra memoria, inclusive la tendencia a completar una imagen con los aspectos que el cerebro cree que encajan, o con lo que al que lee le gustaría ver.

—A lo mejor tenemos algo aquí. O quizá no tenemos nada. No sé —manifestó Danny—. Hemos comenzado intentando cerrar puertas, y al final las estamos capturando y desplazando sus dos extremos. ¿Es eso a lo que llaman «comerse una puerta»? La cuestión es que es mi propia puerta la que se supone que me he «comido». Sabía dónde estaban la entrada y la salida de la puerta. Yo diría que no me las he comido, las he traído a la cocina.

—Sí que te las has comido —soltó Vivi.

—De acuerdo, pongamos que lo que acabo de hacer es «comerse una puerta». Pero tiene que haber una forma de cerrar una puerta. ¿Para qué querríamos a los

Ganzúas si no la hubiera?

—Ahora sabemos algo, Danny. ¡Sabemos lo que hizo el último Loki! Cogió todas las puertas del mundo, igual que tú hiciste con esa puerta libre, y no las devoró, las desplazó. No están dónde solían, pero eso no significa que no estén en algún sitio.

Danny asintió. Estaba de acuerdo con ella.

—Pero ¿de qué nos serviría encontrarlas? Están fuera de su trayectoria. Las han desplazado. Ya no conducen a los lugares donde lo hacían de antaño. —Sonrió al soltar la última parrafada, sólo un teleportador disfrutaría empleando expresiones antiguas como éstas.

—¿Vamos a buscar las puertas robadas? —preguntó Vivi—. ¿Es eso lo que queremos hacer? ¿Recuperar las puertas que robó Loki? A mí no me seduce la idea lo más mínimo.

—Loki robó puertas —asintió Danny—. Pero ¿qué me dices de ese Ladrón de Puertas que despoja a los magos teleportadores de su aura? Los deja sin nada; no pueden volver a abrir una puerta en su vida.

Vivi cogió la hoja impresa y leyó en voz alta la traducción de Danny.

—«Las fauces de Bel se cerraron alrededor de su corazón para arrebatarlo».

—¿Quieres decir que ése es el Ladrón de Puertas? —preguntó Danny—. ¿El antiguo dios cartaginés? Los magos teleportadores pueden fraccionar sus auras y ceder una porción cada vez que abren una puerta, pero tienen que conservar el resto como sea. Es posible que Bel fuera capaz de localizar el aura de un teleportador y la devorara utilizando una puerta. Se limitó a trasladarla a otro lugar, lejos del alcance del mago.

—¿Una especie de venganza? —sugirió Vivi—. Es posible que lo que relata el texto siga ocurriendo ahora. A lo mejor a Bel le ha costado siglos llevar a cabo su venganza.

—Y también es posible que no fuera Loki el que cerrara todas las puertas en el 632 —comentó Danny—. A fin de cuentas, nadie lo vio hacerlo. Tampoco dejó escrita una confesión reconociendo su culpabilidad. ¿Y si Bel se recuperó de lo que le hizo ese Loki más antiguo y decidió devorar todas las puertas westilianas en venganza? Es posible que tropezara con el Loki de la época y lo despojara de su aura. O peor aún, lo matara. A lo mejor hemos estado acusando a Loki todo este tiempo y no fue culpa suya, sólo fue una víctima más.

—¡Qué ironía si fuera cierto! —exclamó Vivi—. Sin embargo, tiene una lógica maliciosa.

—Sobre todo si consideramos que el espacio-tiempo es un embaucador —dijo Danny—. Loki es acusado y no está presente para defenderse; el resto de westilianos lo juzga culpable y además condena a la única clase de magos que podría salvarlos.

—El espacio-tiempo es un cabroncete —se rió Vivi—. La ironía es admirable.

—Y desde entonces, Bel, o el enésimo mago con ese nombre, vigila a los westilianos y devora el aura de cualquier mago teleportador que intenta abrir una Gran Puerta.

—¿Crees que sigue con su venganza trece siglos más tarde?

—¿Acaso las Familias no son igual de rencorosas? —preguntó Danny.

—Sí. Supongo que no hay ninguna razón para pensar que Bel no sea tan inestable como esas Familias endogámicas.

—Casualmente soy el fruto de unas de esas ridículas uniones endogámicas —comentó Danny.

—Disculpa. No era mi intención insultarte —se lamentó Vivi.

—No me siento ofendido —afirmó Danny—. Sólo te ofrecía un buen ejemplo de lo que habías dicho.

Ella se puso de pie de un salto y le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—Si llegas a ser más ingenioso, o apuesto, o simpático, te comía enterito. —Soltó una risita—. Todo esto le da un nuevo significado a las frases con «comer»: «No te comas la cabeza, cómete la puerta». «No comer por haber comido, no hay puerta perdida».

Danny aportó la suya.

—«No me comas la puerta».

—¿Ésa es «No me comas la moral»? —preguntó Vivi con gesto escéptico.

—«Cómetelo todo o no habrá portezuela de postre» —insistió Danny.

Vivi negó con la cabeza.

—Me temo que los buenos los he dicho yo.

—Supongo que sí —admitió Danny.

Vivi se rió y le dio un golpe suave en el hombro.

—¡«Comer como un portero»!

—¡«Me comería un portón»! —exclamó Danny.

—¡Podrías, si tuvieras que hacerlo! —gritó Vivi, encantada.

—Aún no hemos hecho ningún progreso en lo de cerrar las puertas.

—Yo creo que hemos avanzado bastante. Ésta es sólo nuestra primera sesión, no lo olvides, Danny. —Vivi abarcó la cocina con los brazos—. Y cambiando de tema, cuento con una puerta libre en mi propia cocina que no va a ninguna parte. Y yo sigo sin poder bajar a la playa.

—La cuestión es que la puerta libre es mía; la desplazé utilizando otra puerta, pero puedo volver a dejarla donde estaba. Bajarás a la playa cuando quieras.

—Pero no la quiero en el balcón —decidió Vivi.

—¿Dónde la quieres? —preguntó Danny.

—En mi dormitorio. Mira, justo aquí, dentro del cajón donde guardo la ropa interior.

—¿Qué? —se sorprendió Danny, que la había seguido hasta el dormitorio.

—Piénsalo, Danny. No tengo que meterme en la puerta, basta con presionar con una parte de mi cuerpo y ya está, ¿verdad? Si la pones dentro del tocador, bastará con que abra el cajón y meta una mano para utilizar la puerta. De este modo nadie tropezará con ella por accidente.

—¡Genial! —dijo Danny—. Y cuando vuelvas a tu dormitorio, acabarás dentro del cajón y el tocador explotará a tu alrededor.

—¡Ups! —exclamó Vivi con una risita nerviosa—. Olvidé que va en dos direcciones.

—No la pondré en la ducha porque podrías entrar en ella sin querer y acabarías mojada y desnuda en la playa —se burló Danny.

—Y al bromista que hay en ti le habría encantado probar, ¿eh, Danny?

—Me has pillado. No puedo engañar a alguien que es capaz de ver mis puertas.

—Admito que habría sido divertido. Aún podrías hacerlo, pero con alguien que no sea yo.

Danny acabó por abrir la puerta justo delante de las estanterías con la ropa de cama. A nadie se le iba a ocurrir apretarse contra esa zona, y cuando Vivi volviera, lo haría en un punto en el que tendría las estanterías a su espalda. Vivi probó la puerta.

—Estupendo —dijo complacida.

—No olvides revisar la ducha antes de usarla —comentó Danny.

—Sé cómo funciona tu cabeza, amiguito —sonrió Vivi—. Me hablas de la ducha para distraerme, porque en realidad has colocado una puerta justo encima de la taza del váter.

—Jamás se me hubiera ocurrido —negó Danny—. Y es una lástima...

La compra que había encargado Vivi por teléfono acababa de llegar y Danny ayudó a colocarlo todo. Después, Vivi le preparó un par de sándwiches, uno de pepino y berro en pan blanco y otro de mantequilla de cacahuete y miel en pan integral. Estaban muy buenos. Se preguntó por qué las tías no se podían haber parecido a Vivi.

Se teleportó a casa de los Silverman con la mitad del sándwich de mantequilla de cacahuete y miel en una mano. Leslie le lanzó una mirada escéptica.

—¿Es eso con lo que te va a alimentar? —le preguntó.

—En realidad, tuve que robarlo —respondió Danny con rostro apesadumbrado—. No me permite comer, ni beber ni utilizar el cuarto de baño.

—Ja, ja —masculló Leslie. Luego se puso seria—. ¿Crees de verdad que puede ayudarte?

—Ya hemos hecho progresos —afirmó Danny.

—Cuídate y no corras riesgos. Eso es lo único que me preocupa.

Danny fue consciente de que Leslie lo decía de corazón. Y aquello lo conmovió.

A Leslie le importaba tanto que le permitía ir a estudiar con la mujer a la que más odiaba en el mundo.

Se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo acompañado de un beso.

—Apestas a su desodorante —refunfuñó Leslie. Pero le devolvió el abrazo con fuerza.

LA ARDILLA DE LA REINA

Fue en la cocina donde Pan oyó los primeros rumores sobre el plan que tenía Anonoei para matar a la reina Bexoi.

La jornada arrancó con Hull exhibiendo un sombrío estado de ánimo. Nadie sabía el motivo, pero la cocinera comenzó a recorrer la cocina increpando a todo el mundo y respondiendo de mala manera a cualquiera que se dirigiera a ella. En cuanto a los que cometieron algún error durante esa jornada sufrieron las consecuencias con dureza; Hull no era una persona violenta, pero más de una espalda probó el palo de una escoba y una olla de hierro erró su destino e impactó con fuerza contra una pared.

En ese momento, Pan supo que tenía que intervenir. La olla había fallado por mucho, pero si hubiera impactado en la cabeza del pobre Gunnel, ahora estaría muerto o medio idiota. Pan sabía que más tarde a Hull la hubiera consumido el sentimiento de culpa.

—Disculpa —pronunció Pan en voz baja.

—¡Habla alto, Pan medio horneado! —chilló Hull.

Pan bajó aún más la voz.

—Me temo que tenemos una infestación de hongos en el umbráculo.

—¿Me tomas por imbécil?! —se indignó Hull—. ¿Crees que no me doy cuenta de que me quieres sacar de la cocina para tranquilizarme?

—Los envases de las hojas de la albahaca están blancos a causa del hongo. Parece que estén cubiertos de nieve —insistió Pan, en voz cada vez más baja.

—¡Arranca la planta y quémala, maldito imbécil! No me molestes más con eso.

—Una vez me contaste que tu abuelo dio con un remedio para acabar con los hongos —apuntó Pan.

—Ardilla sabihonda y listorra —dijo Hull—. Te crees más listo que nadie... —Se calló y abandonó la cocina a toda prisa, dirigiéndose hacia el umbráculo.

Pan la siguió dando largas zancadas, la adelantó y, cuando ella llegó al umbráculo, le sujetó la puerta para que ella pasara. Hull entró y cerró la puerta de golpe a su espalda.

—¿Y bien?

Pan se limitó a mirarla.

—Sé que puedes hablar, Pan. No te hagas el tonto conmigo.

Pan sonrió.

—¡No apuntaba a la cabeza de Gunnel! —exclamó Hull.

—¿Y si le hubieras dado de casualidad? —inquirió Pan con suavidad.

—En ese caso me sentiría peor de lo que me siento ahora. Y me siento lo bastante mal como para no poder ni imaginarlo.

El silencio de Pan era otra pregunta.

—Han intentado meter veneno en el té de la reina —explicó Hull—. Creyeron que como estoy vieja y gorda no me daría cuenta de lo que ocurría a mis espaldas. Pero lo vi. Y me enfrenté a él. Le ordené que se bebiera el té o se lo haría tragar yo personalmente. Pero en cuanto cogió la taza, la arrojó al suelo. —Hull soltó una carcajada—. Era una taza de estaño y no se rompió. Lo agarré, lo estampé contra la pared y le puse la taza llena de té contra los labios. Comenzó a llorar y a suplicarme que no le hiciera beber, que no había sido idea suya y que él sólo quería servir al rey.

—¿Qué servicio se le hace al rey matando a su mujer cuando ella está embarazada de su primer hijo?

—¡Ellos no quieren un heredero legítimo! —gritó Hull.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó Pan.

—¿Y qué harás si te lo digo? —preguntó la cocinera a su vez.

—No lo sé —respondió Pan—. ¿Quiénes son?

—Yo tampoco lo sé —confesó Hull—. El hombre me dijo que matarían a su familia si me lo decía. ¿Qué podía hacer yo? Soy una blandengue, eso es lo que soy. Pero si la reina muere envenenada, ¿a quién crees que culparían? ¡A mí, que soy quien le lleva la bandeja del té! Ya podría negarlo, ya... Con todo esto, habrían matado a dos personas: a la reina y a mí. No es que a nadie le hubiera importado mi muerte, apenas me importa a mí. ¡Pero jamás les perdonaría que me ejecutaran por traidora y asesina! ¡No soy nada de eso!

Pan se acercó a ella y la abrazó. Hull observó que Pan había crecido desde que llegó a Nassassa, dos años atrás. Aunque todavía debía crecer más.

—Eso de nombrar a mi abuelo para sacarme de la cocina... —murmuró—. Debería darte vergüenza.

—No es cierto, no lo nombré. No conozco su nombre.

—Me hiciste pensar en él y eso hizo que dejara de maldecir y tirar cosas. ¡Yo quería maldecir y tirar cosas!

Pan apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¡Lo necesitaba! ¡No quería hacerle daño a nadie, pero quería desahogarme tirando cosas!

—La próxima vez tíramelas a mí —dijo Pan—. No me importará.

—Mira que listo. ¿Qué harías?, ¿teleportarte?, ¿permitir que todo el mundo sepa lo que eres?

—No me teleportaría —negó Pan—. Dejaría que acertaras. Cuando lo hicieras, te detendrían.

—¿Por qué? ¿Crees que te quiero?

Pan asintió con la cabeza todavía apoyada sobre el hombro de ella.

—Ardilla impertinente. ¡Nadie quiere a las ardillas! ¡Son demasiado listas! ¡No puedes evitar que te roben!

—Yo no robo —musitó Pan.

—No sé quién ha intentado matar a la reina —dijo Hull—. Quien haya sido tenía a la familia de ese cobardica en su poder. Cualquier hombre con hijos ya no es libre. Y no, no pienso decirte quién es el cobardica.

—¿Temes que vaya a matarlo?

—Temo que alguien averigüe que tú lo sabes y te mate a ti.

—Y yo temo que alguien te mate a ti, porque a estas alturas ya deben de saber que tú sabes quién es el cobardica.

Hull apartó a Pan.

—No se atreverían —sentenció.

—Si se atreven con la reina...

—¿¡Quién osaría manchar de sangre la harina del rey?! —exclamó Hull, indignada.

—Dímelo tú —replicó Pan, que estaba muy sorprendido de que se hubiera urdido una conspiración sin estar él al tanto.

—No lo sé, pero sí sé una cosa: quien esté detrás de esto la quiere muerta para impedir que nazca su bebé. Así, los hijos bastardos de Anonoei podrán reclamar su herencia.

—¿Y por qué alguien querría eso?

—Porque la reina procede de Gray —explicó Hull—. No te hagas el tonto ahora. Sabes muy bien todo lo que hay que saber sobre la política de esta casa. Sé que cuando no estás trabajando en la cocina te dedicas a espiar a todo el mundo. Incluso lo haces cuando tienes trabajo.

—Dime por qué no quieres tú que hereden el trono los hijos de Anonoei.

—Soy lo bastante vieja para saber cómo funciona el mundo —suspiró Hull—. Si esos dos chicos son herederos, lucharán el uno contra el otro y acabaremos con una guerra civil entre manos. O uno de ellos asesinará al otro y tendremos a un fratricida en el trono. Pase lo que pase, todos perdemos. El viejo Oviak declaró la guerra a Gray y la perdió. El precio fue el acuerdo que trajo la paz. La reina Bexoi y el bebé que lleva en el vientre son ese precio. Ningún icewayano puede romper la palabra dada por su rey, aunque esté muerto.

—Por lo tanto, el motivo no es tu amor por la reina —dijo Pan.

—No la conozco. Cuando le llevo el desayuno, lo hago personalmente por orden de su real capricho. Apenas me dedica una mirada y jamás me ha dirigido la palabra, ni para darme las gracias.

—¿Por qué crees que ha exigido que tú misma le lleves el desayuno?

Hull meditó su respuesta durante unos segundos.

—Supongo que está bien que confíen en una, aunque sea alguien que no es muy de mi agrado.

—Hoy le has salvado la vida.

—Pero no creo que pueda suplicar su amparo, ¿verdad?

—Inténtalo con el rey —sugirió Pan.

—¿Y cómo sé que él no forma parte de la conspiración?

Pan dudaba de que el rey fuera capaz de una cosa así, pero tampoco estaba del todo seguro.

—Vale. Ya has conseguido que me tranquilice y te prometo que no voy a matar a ninguno de los idiotas que trabajan en la cocina. Tampoco pienso delatar a los conspiradores. Todo el mundo contento.

—¿Segura?

—Estoy ocupada. —Se volvió hacia la puerta del umbráculo, pero se detuvo en seco—. ¿Era cierto lo de los hongos?

Pan negó con la cabeza.

—El rey no quiere este bebé —declaró Hull—. Todo el mundo sabe que la reina es poco menos que una drekka. ¡Los pinzones acuden a su llamada! ¡Vaya cosa! Sus hijos no tendrán ni un comino de grandeza. Pero ésa es la promesa que el viejo rey Oviak hizo al hermano de Bexoi. ¡El rey Prayard está obligado por esa promesa y por sus votos matrimoniales! Detesto no poder fiarme de él, pero no me fío de nadie. Tú eres la excepción, Pan. Eres el único hombre leal en Nassassa. —Y dicho esto, se marchó.

«¿Hombre leal? —Pan rió para sus adentros con amargura—. Sólo soy leal a la reina y al hijo que crece en su seno. Y también leal a ti, Hull, a nadie más. Sobre todo, si amenazan las vidas de aquéllos a los que amo».

Tras esta feroz muestra de lealtad hacia su gente se ocultaba otro Pan. Era uno más viejo, uno que ocultaba secretos que no pensaba compartir con este Pan renacido en un árbol. Y ese Pan se reía de la palabra «amor».

«No existe tal cosa como el amor —sentenciaba ese Pan más viejo—. Sólo existen el ansia y el dominio. Te acurrucas encima de lo que consideras que es tuyo, como el hambriento sobre su comida. Amenazas al mundo desafiándolo a que toque lo que es tuyo. Gritas que matarás a quien ose arrebatártelo...

»Y lo haré —respondió Pan a esa parte suya más vieja—. Ponme a prueba y lo verás.

»Un asesino más, igual a cualquier otro —se rió el cínico despiadado que anidaba en su viejo corazón—. Amas, y por ello consideras que tu ambición es noble y tu odio está justificado. Sientes deseo, y con eso justificas tus planes para matar a cualquiera que intente arrebatarte lo que no es tuyo por derecho. Eres el amante

furtivo, el usurpador del trono real; tu intención es depositar a tu heredero, como el cuco deposita su huevo en nido ajeno, despreciando a los hijos del propio rey. ¿Hablas de nobleza? La muerte de la reina sería el justo desagravio por tu crimen. Has traicionado la confianza que el rey Prayard depositó en ti, un hombre que siempre te ha tratado con amabilidad».

Pan se derrumbó sobre el suelo del umbráculo.

«¿Por qué vendría a este lugar? —se preguntó—. No necesitaba a nadie antes de venir aquí, y ahora amo a tres personas, y por ellas estoy dispuesto a convertirme en un asesino».

Mientras Pan se hacía estos amargos reproches, Hull entró en la cocina, donde nadie se atrevió a mirarla a la cara, y desde allí se marchó a su aposento. Meditaba por el camino sobre la vieja estúpida en la que se había convertido, una vieja que descarga su ira sobre los inocentes.

Se hallaba sumida en esos pensamientos cuando entró en la oscuridad de su estancia. No llevaba vela alguna ya que no la necesitaba. Alcanzó a oír un paso, seguido de un suspiro, y la daga ya le había penetrado por la nuca. Zas, zas. Dentro, fuera. No sintió dolor mientras caía. Su cabeza impactó contra el suelo. Sólo sintió un leve malestar. Notó que su mente se apagaba a causa de la falta de oxígeno. «Respira —se ordenó—, respira». Pero su cuerpo no reaccionó. La puerta se cerró. Sola, tirada entre las sombras, el cerebro de Hull se desvanecía, falto de aire, sin que ella sintiera dolor, ni miedo.

Hull murió.

Fue Pan quien la encontró una hora más tarde, cuando los sirvientes de la cocina le rogaron que fuera a comprobar que se encontraba bien.

—No ha dado la jornada por acabada. No nos atrevemos a dejar la cocina hasta contar con su permiso —dijeron.

Todos sabían que Pan hablaría con ella, no importaba lo enfadada que estuviera.

Encontró la puerta cerrada, pero eso no detuvo a Pan. Se teleportó al interior del cuarto y allí encontró el cuerpo sin vida. Lloró con amargura. «¿Dónde estaba yo cuando la mataron? Sabía que intentarían acabar con ella, pero no hice nada por protegerla. No, en vez de eso, me dediqué a compadecerme de mí mismo, acusándome de ser un asesino, un bueno para nada. ¿Y a quién he matado hoy? A nadie. Si hubiera matado a la persona adecuada, Hull seguiría con vida».

No obstante, los pensamientos que lo habían asaltado en el umbráculo, seguían atormentándolo. El hecho de que estuviera dispuesto a mancharse las manos de sangre para vengar la muerte de la bondadosa mujer que yacía en sus brazos contribuyó a que se sintiera más culpable. «Matar, matar y matar... Siempre recurrimos a la misma solución, a pesar de nuestros poderes. Con toda nuestra magia, sólo podemos doblegar a alguien amenazando su vida, y si es débil o apocado, eso

será suficiente. Pero si es fuerte, bravo y peligroso, entonces lo mataremos sin más. El asesinato es el único poder que reconocemos sin vacilar. ¿Soy yo mejor que el resto? Hull era mejor que los demás; nunca tomó una vida y jamás perdió la fe en la gente, a pesar de que sabía que trataba con asesinos. Y ahora está muerta. ¿Cuál es la conclusión? ¿Qué sólo los asesinos sobreviven? ¿Qué clase de mundo es éste?

»¿Acaso no me acogiste, Hull, para que fuera tu protector? Ahora que he fracasado y tú has muerto, sin hijos que te venguen, ¿no debo ser yo quien asuma ese papel? Sin embargo, me pregunto si querrías que vengaran tu muerte, o si optarías por perdonar y que reinara la paz».

Volvió a dejar su cuerpo en el suelo. Sobre el rostro de la mujer se deslizaban las lágrimas de Pan.

No dio la alarma. Que otro diera el aviso de que se había cometido un crimen. Pan tenía trabajo que hacer.

Se teleportó a un lugar que conocía bien, un sitio por el que transcurría un arroyo y que se hallaba a muchos kilómetros de Nassassa. Se lavó en las frías aguas procedentes del deshielo estival de las cumbres montañosas. La sangre de Hull con la que se había manchado fue arrastrada por la corriente. Algún día alcanzaría el mar. Quemó toda su ropa; no quería que alguien viera la sangre de Hull en ellas y lo acusara de ser el autor de la muerte de su bienamada cocinera.

Desnudo como el día en que emergió del árbol, dos veranos atrás, se teleportó de vuelta al castillo. Una vez allí, cerró las puertas que iban al cuarto de Hull y al arroyo. A continuación, abrió un mirador en los aposentos de Anonoei.

Se suponía que la amante del rey debía estar llevando a cabo los preparativos necesarios para abandonar Nassassa. Por petición de la reina, y obligado por las presiones de los agentes de Gray presentes en el castillo, el rey Prayard había ordenado que Anonoei y sus hijos se marcharan lejos de sus dominios. Un barco la iba a llevar a su exilio, donde sería vigilada para que ni ella ni sus hijos fueran una amenaza para el futuro hijo de la reina Bexoi. El barco partía al día siguiente, pero Pan no vio señales de equipaje por ningún lado. Ciertamente había tres baúles abiertos en la antecámara, pero estaban vacíos y no había ropa preparada para guardar en su interior.

«Lo sabe —pensó Pan—. Forme parte o no de la conspiración, lo sabe. Le han dicho que no haga el equipaje, que no será necesario. Sabe que planean matar a Bexoi y a mi futuro hijo, y eso la alegra».

Pero dominó su ira y su dolor, y también su sentimiento de culpabilidad por no haber protegido a Hull. No abrió una puerta al corazón de Anonoei para arrancarle el corazón y arrojarlo al rostro del rey. En lugar de eso, comprobó que los hijos de Anonoei, Eluik de seis años y Enopp de cuatro años, estuvieran al lado de su madre.

Pan conocía un lugar con dos mil años de antigüedad, de cuando se pusieron los

cimientos del castillo de Nassassa. En esos tiempos, los magos pétreos vaciaron las entrañas del risco para construir las estancias, salones y corredores de la torre principal. Horadaron tres túneles en los que vertieron la roca que iban licuando. Esos túneles se abrían a cien metros de altura sobre el profundo lago de origen volcánico que formaba parte del perímetro del castillo. Desde allí, la escoria fluida desechada por los magos cayó al lago. Más tarde, los túneles se rellenaron con rocas informes. Pero en la boca de cada túnel se formó una pequeña cueva, justo en el punto por donde discurrió la última escoria líquida, tras la cual la roca comenzó a endurecerse. Las cuevas se inclinaban hacia abajo de tal manera que apenas había suelo nivelado sobre el que apoyarse.

Pan no podía hacer nada con las cuevas en sí, pero podía convertirlas en celdas. Se limitó a crear una puerta en la boca de cada una que tapara por completo la entrada. Si caías desde el interior de la cueva, la puerta te recogía devolviéndote al interior una y otra vez, hasta que conseguías sujetarte a la piedra y detener la caída.

Eran unas celdas terribles. Sus moradores sufrirían un tormento cruel. No obstante, Pan se repetía que no mataba a nadie. No podrían llamarlo asesino.

Pan abrió una puerta justo detrás de Anonoei y pasó la boca de la misma sobre ella. La teleportó a la cueva más empinada. La oyó gritar a medida que se precipitaba hacia la entrada de su prisión, para volver al interior y caer de nuevo... El sonido de sus alaridos complació a Pan, que seguía dominado por la ira y el odio.

Hizo lo mismo con Eluik y Enopp. Ellos también chillaron, y Pan se preguntó si su madre podría oírlos. «Que griten —pensó Pan—. Hull no pudo gritar; ellos gritarán por ella».

A continuación volvió a la estancia de Anonoei, pasó una puerta por encima de cada baúl y los teleportó, uno a cada cueva. Allí los ancló empleando una técnica que no recordaba haber dominado, pero que surgió con naturalidad en el momento en que le fue necesaria. Se había limitado a colocar cada baúl en un lateral de la cueva, con una puerta de trayectoria infinitesimal en su parte inferior. Los baúles caían constantemente, pero su desplazamiento era apenas perceptible.

Los prisioneros se aferraron a los baúles y se introdujeron en su interior. Allí se refugiaron, sollozando y pidiendo ayuda, pero libres de la constante caída hacia la entrada de la cueva.

Anonoei y sus hijos sabrían que eran víctimas de un mago poderoso, pero se preguntarían qué mago tenía ese poder. Era posible que los niños nada supieran de las conspiraciones de su madre, pero con el tiempo lo sabrían todo, y entonces reconocerían que el mago que los había encarcelado tenía un poder ante el que sólo cabía doblegarse. El día que los dejara libres, cuando el primer hijo de Bexoi y Pan fuera proclamado legítimo heredero del reino, se lo pensarían dos veces antes de urdir algún nuevo plan. Sabrían que las cuevas los aguardaban, y que contra el poder que

los había encerrado nada se podía hacer.

Todos los días, Pan recogía los restos de comida de la mesa del rey, una función que estaba habituado a hacer, y en lugar de echarlos a los cerdos, o al cubo del abono, los repartía en tres bolsas que teleportaba a los baúles en el interior de las cuevas. También vertía una jarra de agua que se acumulaba en el extremo inferior de los baúles, donde cada ocupante se apresuraba a recogerla con las manos o la bebía a lengüetazos, igual que un perro.

Muy pronto, sus cautivos agradecerían los restos de comida y el agua. Aprenderían, también, a colocar la bolsa en el fondo del baúl para que se empapara con los restos del agua y así aprovechar hasta la última gota.

La crueldad de sus actos, tratarlos como animales, lo complacía, aunque tenía que reconocer que los niños eran víctimas inocentes.

«¡Deben aprender a temerme! —se dijo—. Sólo el temor impedirá que amenacen la vida de mi hijo cuando se hagan mayores».

Mientras tanto, la parte más vieja del alma de Pan se encrespaba en su interior como si fuera una legión de ánimas, todas enfurecidas y atemorizadas, y clamaba indignada que él no tenía derecho a emplear así su poder... «¿Es esto lo único que sabes hacer? ¿Encerrar a los inocentes para proteger a quien amas? ¿Acaso olvidas que todos somos tus prisioneros aquí dentro, y que no sientes piedad hacia nosotros?».

Pan reflexionaba sobre cómo era posible que su alma se hubiera desgajado hasta el punto de verse a sí misma como si fuera muchos.

Cuando terminó de teleportar la comida y el agua a sus cautivos, Pan acudió, desnudo, al lecho de la reina. La abrazó, igual que esa misma mañana había abrazado a su amada Hull, y le susurró que ya estaba a salvo. Nadie iba a matarla a ella ni a su bebé, porque nadie sabía dónde se encontraban Anonoei y los hijos que había tenido con el rey Prayard. Sin herederos, ¿quién osaría hacerle daño a la reina?

—¿Qué has hecho? —le preguntó Bexoi.

Pan le contó que Hull le había salvado la vida, y cómo la habían asesinado por hacerlo. Después le confesó que había secuestrado a Anonoei y sus hijos, y dónde los había encerrado.

—Bien hecho —dijo Bexoi—. Pero ¿no sería más sencillo retirar la puerta que has abierto y dejar que mueran?

—¿Y si caen al agua y sobreviven?

—Abre una puerta que los teleporte al fondo del lago.

Pan no supo si alegrarse u horrorizarse al comprobar que su amada era tan cruel como él.

Pero no mató a Anonoei ni a sus hijos, ni tampoco se excusó ante Bexoi por no hacerlo. No le debía obediencia alguna a la reina.

«Somos dioses —pensó Pan—. Todos los grandes magos lo somos. Los dioses no piden perdón, ni se disculpan por sus actos.

»Silencio —ordenó a la multitud de voces de su interior cuando se alzaron soliviantadas por su arrogancia—. Si tuvierais poder, me detendríais. Pero sois débiles y yo fuerte.

»Callad».

CARCELERO

¿Durante cuánto tiempo puede uno comportarse como un monstruo antes de convertirse en uno? La furia inicial que la muerte de Hull había despertado en él contra Anonoei y sus hijos se había aplacado hacía mucho.

Hull seguía muerta. Eluik y Enopp seguían representando una amenaza para el hijo de Pan y Bexoi, pero el dolor y el miedo se habían difuminado en el tiempo, como siempre ocurre en estos casos. Los seres humanos, incluidos los grandes magos, se acostumbran a todo.

Sin embargo, no dejó de enviar alimento a diario a sus infernales celdas. Avergonzado por su comportamiento hacia los niños, Pan cambió su dieta de sobras, por una de pan y queso que teleportaba a diario desde la despensa. El nuevo Hull, un hombre que había trabajado como aprendiz con el nombre de Hatch antes de conseguir el puesto de cocinero nocturno y el nombre de la anterior cocinera, se estaba volviendo loco al comprobar que, en cada inventario que hacía, siempre le faltaban tres hogazas de pan y un queso de buen tamaño.

Pan también enviaba a sus prisioneros jarras limpias llenas de agua, que ellos le devolvían vacías. Añadió unos cuencos al lote para que pudieran hacer sus necesidades. Éstos también volvían, pero llenos. Limpiaba los cuencos él personalmente, a modo de penitencia por lo que había hecho y pensaba seguir haciendo.

Mientras tanto, el vientre de Bexoi se hacía cada vez más voluminoso, y cuando se aplacó su desesperación, provocada por la desaparición de su amante y sus hijos (ya se ha dicho que la gente se acostumbra a todo), Prayard observó que su mujer estaba embarazada ante la ley.

¿Era hijo suyo? Pan contempló cómo Bexoi le explicaba a Prayard la manera en que ella había introducido en sus entrañas la semilla que él derramaba sobre su vientre. Una y otra vez, después que él la dejara tras sus encuentros ocasionales.

—Eso no daría resultado —dudó Prayard.

—Sólo tenía que funcionar una vez —dijo Bexoi—. Piénsalo, este niño es el fruto de la semilla más resistente de su padre, la que más arrojó mostró, la más ambiciosa de todas. La más afortunada.

—Dices que es un niño —señaló Prayard—. ¿Estás segura de que será varón?

—Podría serlo —dijo Bexoi—. Pero si fuera una niña, podemos volver a intentarlo. Ahora ya sabes que no soy estéril.

—Jamás pensé que lo fueras —replicó Prayard.

—Pusiste empeño en que los demás lo creyeran así.

—Y tú nunca hablaste sobre lo que yo hacía para evitar un embarazo.

—No quería una guerra —replicó ella—. Quería un hijo.

Al fin, llegó el día en que el niño debía ver la luz. Pan, como es lógico, no debía encontrarse entre los presentes, pero vigilaba inadvertido. Hubo un momento en que la cabeza del bebé pareció atascarse, incapaz de seguir en su camino hacia el exterior. Pan creó una pequeña puerta y el bebé salió disparado hacia las manos de las comadronas.

—¿Has visto eso? —dijo una—. Parecía cosa de magia.

—Estará destinado a ser un gran mago —comentó la otra.

A Pan le preocupaba el bienestar de Bexoi. El paso del bebé por el estrecho canal del parto había provocado una hemorragia, y la sanadora que atendía a la reina se veía impotente para resolverlo.

—En momentos como éstos —comentó la sanadora—, tenemos el consuelo de que nos deja a la criatura que llevaba en su seno.

Pan negó con la cabeza cuando oyó esas palabras. Abrió una puerta que engulló a Bexoi y la devolvió al lecho a menos de un centímetro de donde se encontraba. Nadie percibió el desplazamiento de la reina, o lo atribuyeron a un espasmo repentino. De pronto, Bexoi había dejado de sangrar. Estaba alegre y saludable, aunque algo cansada.

—Gracias —susurró.

La sanadora creyó que Bexoi se dirigía a ella.

—Pero yo no hice nada, majestad —respondió, confundida.

—Lo sé —musitó ella con amabilidad—. Hiciste todo lo que estaba en tu mano y yo me encuentro bien. Con eso es suficiente. Entregadme a mi hijo.

—Lo nombraréis Oviak, claro está —dijo la sanadora—, el nombre del padre de su padre.

—Poner nombres no es cosa tuya —replicó Bexoi con suavidad—. Y no pienso ponerle a mi hijo el nombre de alguien que perdió una guerra. Su nombre será Lealtad, pues con su nacimiento se rinde respeto a una alianza.

Cuando Pan oyó estas palabras, pensó que el verdadero logro del nacimiento de su hijo había sido acabar con la farsa que era el matrimonio entre Bexoi y el rey. «Por lo tanto, su nombre jamás será ése para mí. Lo llamaré Treta, pues así fue como consiguió llegar al mundo y lo que será su vida: una treta que Bexoi y yo le hicimos a todos».

Tras cumplir los siete días de vida, Lealtad fue presentado al rey Prayard, quien lo nombró su hijo y heredero. Esa misma noche acudió al lado de Bexoi, aclarando que sólo deseaba hablar con ella, pues sabía que el parto la había dejado maltrecha.

Ella rió.

—Estoy perfectamente y ansiosa de estar con mi marido.

Por primera vez desde que se casaron, Prayard actuó como un marido debe hacer, y dejó su semilla en las entrañas de su mujer.

Al cabo de una semana, Prayard trasladó a la reina a sus propios aposentos, para que sus hombres más fieles la protegieran. El mensaje que todos vieron en ese acto fue: Bexoi es la mujer más venerada en Iceway, no la desaparecida Anonoei. Bexoi es la madre del heredero, y quien alce su mano contra ella será enemigo del reino.

Bexoi correspondió al gesto del rey cortando de raíz cualquier relación con los embajadores, representantes y agentes de Gray. Seguían viviendo en Nassassa y se encontraba con ellos a diario, pero esos encuentros se producían en estancias comunes y en presencia de los ministros del rey Prayard. No hubo más reuniones privadas con la reina, y todos ellos comprendieron que eso ocurría por voluntad suya y no porque se viera obligada a ello.

—No consentiré que se me utilice para atacar a mi marido y señor —anunció en una reunión—. Cuando no tenía hijos y tampoco contaba con la amistad de nadie, mi hermano, el conde, y mi sobrino, el vizconde, conspiraban para que yo fuera el pretexto de una nueva guerra. Buscabais la humillación de Iceway. Ahora que en verdad soy la reina, mi única meta es que Iceway y Gray convivan en paz y sean aliados contra enemigos comunes. No consentiré participar en ninguna acción que no persiga este fin.

Las noticias sobre las palabras de la reina llegaron hasta Gray. El vizconde Frostinch sufrió un terrible acceso de ira ante lo que él consideró que era una traición; pero el hermano de la reina, el conde, lloró de alegría.

—Ella nos ha mostrado el camino a seguir. Una mujer que no posee magia ni belleza alguna, sin más armas que su coraje, ha sometido al indomable mago marino. Su hijo traerá la paz para todos.

Frostinch fue rápidamente consciente de que debía morderse la lengua y simular que se sometía a la voluntad de su tío. Pero en el fondo interpretaba la actitud del conde ante la traición de Bexoi como un signo de debilidad. El vizconde, que en el pasado había conspirado para acabar con la vida de su tía y con ello iniciar una guerra, comenzó a elaborar planes para que el reinado de su tío llegase a un final pacífico, feliz... y rápido. Entonces se veía cuánta paz había traído Lealtad entre los reinos de Iceway y Gray.

Mientras tanto, Bexoi, que hasta entonces había llevado una vida de reclusión, comenzó a mostrarse en público. Y cuando lo hacía, iba con su bebé en brazos, en vez de dejarlo en manos de las amas de cría. El asombro de las gentes fue aún mayor cuando la vieron dándole el pecho a Lealtad sin tapujos. Sin embargo, los más ancianos recordaron con placer que así se había alimentado siempre a los herederos del trono de Iceway.

—¿Qué otra leche, si no es la leche real, ha de beber el heredero de la corona? — proclamaban en voz alta.

—No me avergüenza mostrar el pecho con el que amamanto a Lealtad — manifestó la propia reina—, pues éste es el pecho de Iceway del que siempre se alimentará mi hijo.

Nadie sospechaba que Bexoi tuviera más poder que el de convocar a las más humildes de las aves, ni que Lealtad fuera el hijo de dos poderosos magos; mucho más poderosos que el propio Prayard, que creía ser su padre.

Para Pan, estos cambios eran buenos. Aceptó con resignación, que sus encuentros furtivos con Bexoi fueran más escasos, ahora que ella compartía los aposentos del rey. No obstante, de vez en cuando, ella empleaba una puerta que Pan había abierto para ella y se reunían en algunas de las muchas estancias secretas que él conocía en Nassassa. En esos encuentros, y durante varios meses, sólo conversaron. Pan no intentó mantener relaciones con ella, y ella no se le insinuó.

Pero un buen día, cuando Lealtad, al que Pan llamaba Treta, tenía diez meses de edad, Bexoi se arrojó sobre él llena de pasión y deseo. Cuando hubieron consumado el acto y estaban los dos acostados sobre sus propias ropas, ella le desveló que estaba embarazada de nuevo.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Pan—. Creí que mientras se amamantaba a un niño, no...

—¿Quién sabe lo que ocurrió cuando me curaste el día que nació Lealtad? —lo interrumpió ella—. Mi cuerpo estaba preparado para recibir la semilla de Prayard. He aguardado a estar embarazada antes de yacer de nuevo contigo. Este hijo será suyo por entero. Es algo que le debía a mi marido, ¿no crees?

Pan escuchó esas palabras con una sonrisa. Pero su sonrisa era falsa. La reina llevaba mucho tiempo deseando tener un hijo de Prayard. Al dar a luz a Lealtad, había conseguido llamar la atención del rey. Luego, había obtenido su afecto, y ahora, al fin, cobijaba en su seno al futuro hijo del rey. ¿En qué afectaría eso al futuro del pequeño príncipe Lealtad?

Pan reflexionó que sus prisioneros, a los que seguía alimentando de manera regular, no eran los únicos que amenazaban la herencia de Treta.

No sólo eso, era la vida de su hijo la que podía estar amenazada.

Sabía que Bexoi era una mujer fuerte, y que no vacilaría en hacer lo que fuera para alcanzar sus objetivos. En más de una ocasión le había confiado a Pan que su sobrino, Frostinch, representaba un gran peligro para Iceway, y que tarde o temprano se desataría la guerra entre los dos reinos.

Pero ahora, Pan comprendía el alcance real de las palabras de Bexoi. Ella estaba convencida de que el vizconde se convertiría algún día en el conde de Gray y de que ella misma, Bexoi, sería la regente de Iceway. La guerra de la que hablaba sería entre

ellos dos...

Pan le había dado un niño al que habían nombrado heredero y Prayard la había nombrado madre del heredero. La madre del heredero es la futura regente.

Ahora, otro bebé venía de camino.

Lealtad ya no era imprescindible...

Pan estaba familiarizado con las intrigas de la corte, y sabía que Bexoi no estaría satisfecha hasta convertirse en la regente en nombre de un heredero real. La pregunta era a quién elegiría como heredero. Bexoi tendría que elegir entre sus dos hijos.

Pan sólo contaba con un peón en este juego de poder.

O podrían ser tres, si incluía a los dos hijos mayores de Prayard en el juego y, con ellos, a otra posible regente: Anonoei. La amante real había contado con muchas amistades y era posible que aún las tuviera si algún día volvía a Nassassa.

Pan comprendió que había hecho bien al resistirse a dar muerte a sus prisioneros cuando Bexoi se lo pidió. En su interior, sabía que no podía confiar en Bexoi.

Pan, en su calidad de carcelero, comenzó a alimentar a los prisioneros con platos procedentes de la mesa del propio rey. Teleportaba alimentos y bebidas dispuestos en las magníficas vajillas y vasos hasta las manos de Anonoei, Eluik y Enopp. A la madre le hizo llegar vino además de agua. A los niños les envió dulces junto con el pan, el queso y la carne.

No esperaba despertar sus simpatías con estos actos. En parte, les daba la comida igual que lavaba los recipientes con sus excrementos, como castigo por el crimen de mantener a inocentes presos en un lugar terrorífico. Pero tenía otro motivo, uno que no siempre reconocía, y es que sus víctimas eran la respuesta a una pregunta: ¿Quién se alzaría contra la reina si llegara el día en que lo mejor fuera deponerla?

Era una pregunta que, por el momento, sólo se planteaba Pan. Y por el momento, la respuesta también se la guardaba para él.

REGALO DE CUMPLEAÑOS

A mediados del verano de 2010, Leslie y Marion le pidieron a Danny que se sentara con ellos en el salón con tanta ceremonia que el chico pensó que le iban a decir que estaban hartos de sus idas y venidas a Nápoles, y que se quedara con Vivi de forma definitiva. Cosa que a Danny no le hacía ninguna gracia, porque Vivi estaba muy bien, pero sólo en pequeñas dosis. Por no mencionar que consideraba a Leslie y a Marion lo más cercano a unos padres que jamás había tenido.

—Como sin duda ya sabes —empezó Marion—, pronto cumplirás los dieciséis años.

—Estamos a trece de julio —comentó Danny—. Mi cumpleaños es el catorce de septiembre. Eso de que los cumpliré pronto es algo exagerado.

—Hay que prepararlo todo —intervino Leslie.

—¿Preparar qué? —preguntó Danny.

—Tu permiso de conducir —contestó Marion.

—Tenemos que apuntarte a la autoescuela inmediatamente —declaró Leslie.

—Porque hemos decidido que te vamos a regalar un coche por tu cumpleaños —culminó Marion.

—Eres un jovencito muy responsable —dijo Leslie—. Trabajas muy duro. Eres cuidadoso y capaz. Creemos que serás un excelente conductor.

—Si mal no recuerdo, comenté que sería aceptable, un conductor aceptable —la corrigió Marion.

—No puede ser un coche nuevo —dijo Leslie—. El seguro es muy caro para los hombrecitos de dieciséis años.

—Me temo que también disiento; hablamos de un chico, nada de hombrecito —suspiró Marion.

Danny se sintió conmovido. Era la clase de escena que uno esperaba ver en un hogar medio de cualquier familia mortal. Lo hacía sentirse... americano. Un nativo más de Ohio. Un ser humano.

—¡Sois tan maravillosos! —exclamó Danny—. Ojalá hubiera nacido aquí.

—Aún estás creciendo y estás viviendo aquí —señaló Marion—. Y aquí está nuestro hogar.

—Está aquí bastante —lo corrigió Leslie, a la que aún le costaba aceptar que Danny frecuentara la compañía de Vivi.

—Pero hay algo que no acabo de comprender... ¿Para qué quiero un coche?

Lo miraron en silencio, perplejos.

—Si hasta cuando voy de compras me teleporto.

—No nos gustó demasiado tropezar con un carrito de la compra en medio de la cocina —observó Marion.

—Bueno, eso sólo pasó una vez y lo devolvió en seguida —dijo Leslie.

—Pago por todo lo que cojo —afirmó Danny—. No he robado nada desde que vivo con vosotros.

—¿Y en Florida? —preguntó Leslie—. ¿Son distintas las reglas ahí?

—He creado puertas para que Vivi pueda teleportarse a sus tiendas favoritas y a los centros comerciales —admitió Danny—. Pero van a parar al exterior, así que no tiene más remedio que actuar como una cliente más. Pero lo que de verdad importa es que yo sí que pago. Siempre. Hasta cuando voy al cine. Quiero vivir respetando las normas de los mortales. ¡Me porto mejor que muchos mortales!

—Esas normas de las que hablas dicen que necesitas un coche —insistió Marion.

Danny abrió las manos y alzó las cejas.

—¿Por qué? Tengo un medio de transporte mejor que el del presidente.

—Te lo diré en una palabra —dijo Marion—: citas.

—No puedes teleportar a una chica al cine, Danny —declaró Leslie—. Y a la mayoría no le va a gustar mucho ir andando a todas partes.

—A lo mejor esperas que sea ella la que conduzca —sugirió Marion—. No es buena idea. A ellas no les gusta.

—Me parece que se os olvida lo más importante —replicó Danny—. No necesito un coche para tener una cita. Necesito una chica.

Marion y Leslie se miraron entre sí. Marion carraspeó.

—Eh, verás Danny, esto... en la sociedad mortal, en este país, al menos, se supone que los adolescentes de sexos opuestos se encuentran sin que los adultos intervengan.

—Ya. ¿Y sabéis dónde hacen eso? —preguntó Danny—. En el instituto.

Marion y Leslie volvieron a intercambiar miradas.

—¿Quieres decir que te gustaría ir al instituto? —preguntó Marion.

—Ya has aprobado todas las pruebas de acceso a la universidad —dijo Leslie—. Has llevado a cabo unos estudios impresionantes. Podrás ir a la facultad que quieras.

—Gracias a vosotros, que sois unos profesores maravillosos —señaló Danny.

Marion soltó una carcajada.

—Como mucho, te hemos conseguido algún libro de texto que otro.

—Y te hemos escuchado a la hora de comer, cuando nos hablabas sobre tus estudios de mongol, historia, o las aplicaciones del cálculo diferencial, o los principios del cálculo de asentamientos y esfuerzos verticales en contraposición a los de rigidez horizontal o algo así, cuando nos hablaste de cómo se construye un puente —añadió Leslie.

—¿Y cuántos padres hacen eso? —preguntó Danny—. No quiero ir al instituto por las clases, quiero ir porque allí es donde están las chicas. Y los amigos. Vosotros y Vivi sois los únicos amigos que tengo en el mundo y, sin ánimo de ofender, tenéis edad para ser mis padres.

—No creo que sea muy seguro mandarte tanto tiempo con los mortales —dudó Marion—. Podrías decir algo, o hacer algo...

—Podrían hacerte preguntas para las que no tuvieras respuestas... —corroboró Leslie.

—Si algo de eso llegara a oídos de las Familias... —añadió Marion.

—Tengo que adaptarme a vivir en una sociedad mortal —insistió Danny—. Los mortales van al instituto. Hablan sobre música y películas. No sé nada de esos temas, excepto lo que veo en Internet. Y no es lo mismo.

—No te gustaría su música —arguyó Leslie—. Odias el hippy-hoppy ese.

—Hoppy-hoppy —la corrigió Marion.

—Hip-hop —dijo Danny mirando al cielo.

—¡Ajá! —exclamó Leslie—. ¿Ves? Sí ya sabes lo que es el... eso.

—Si haces amigos, querrán venir a casa —apuntó Marion—. A veces lo harán sin avisar. Tendrías que dejar de usar tus puertas en la granja.

—Sólo tengo unas cuantas puertas aquí —adujo Danny—. Nunca me habéis permitido teleportarme por la granja.

—Los padres de la chica con la que te cites querrán conocer a tus padres —le advirtió Leslie—. Sólo nos tienes a nosotros. ¿Qué vas a contarle a la gente?

—Sois el tío Marion y la tía Leslie —respondió Danny—. Sería gracioso, y terrorífico a la vez, que fuera a presentarle alguna chica a mis padres. Aún aceptando que no me mataran nada más verme, despreciarían a la chica por ser una mortal, y a ella le parecería que no son más que unos palurdos.

—Comprendes, entonces, que no puedes ir al instituto —declaró Leslie.

—A mí no me parece que comprenda nada —señaló Marion.

—No hablo de ir al instituto de aquí.

Marion y Leslie se miraron por tercera vez.

—¿Por qué no? —preguntó Leslie—. El instituto está al final de la carretera, más allá de los campos.

Danny se rió.

—No le veo la gracia —se ofendió Leslie.

—Acabamos de decirle que no sería buena idea ir a este instituto y ahora te fastidia que su intención no fuera ir al de aquí —la reconvino Marion.

—No veo cuál es el problema —replicó Leslie.

—No tiene nada que ver con vosotros —afirmó Danny—. Los alumnos del instituto Yellow Springs me han visto pasar corriendo. Se han fijado en mí. Hablan

sobre mí. Los he visto señalándome y haciendo comentarios. Apuesto lo que queráis que se preguntan por qué no voy a clase. No quiero ni pensar en las historias que contarán sobre mí. La cuestión es que me ven como una rareza en Yellow Springs. Como si no fuera bastante con ser el nuevo... No existe ni la más mínima probabilidad de que pueda ir a clase con normalidad.

—¿Cómo sabes lo que dicen de ti? —inquirió Leslie.

—¿Por qué intentas convencerlo de que vaya a Yellow Springs? —intervino Marion—. Hace un momento decías todo lo contrario.

—Lo que intento es convencerlo para que no se vaya a otro instituto —replicó Leslie—. Porque sólo tienes que ver lo flaco que está para saber la clase de comida que le dan en Florida.

—Tampoco quiero ir al instituto en Florida —dijo Danny—. Y sé lo que dicen de mí porque he leído libros sobre los chavales que van a los institutos; sé cómo hablan y cómo piensan.

—Novelas juveniles —refunfuñó Leslie, negando con la cabeza—. Tú, que has leído a los clásicos.

—Estaba investigando, mamá —repuso Danny, remarcando el «mamá» a pesar de que no le gustaba, o eso decía ella—. ¿No te parece patético que tenga que leer novelas como Rebeldes, Hoyos, o Amistad no se conjuga como un verbo para saber cómo son los adolescentes?

—Por lo que veo, tus libros tratan de adolescentes con poderes mágicos —comentó Marion.

—No todos —replicó Danny—. Pero si al final voy al instituto, yo seré el de los poderes mágicos. Leo esos libros para saber cómo se adaptan.

—Se adaptan ocultando sus poderes y convirtiéndose en los tipos raros de la clase, en los parias —soltó Leslie—. ¿Es eso lo que tienes pensado hacer?

—Claro que ocultará sus poderes —dijo Marion—. Si no lo hace, las Familias lo encontrarán y lo partirá un rayo, o la tierra se lo tragará antes de que consiga teleportarse.

—Has estado leyendo mis novelas —observó Danny, dirigiéndose a Leslie—. Eres mi mamá de verdad.

—Tu madre es una gran maga —dijo Leslie—. No merezco recibir el respeto que le debes a ella.

—Llamarte mamá no tiene nada que ver con el respeto —dijo Danny.

—¿Qué quieres decir con eso? —se indignó Leslie—. ¡Mis hijos me llaman mamá y siempre me han respetado!

—Lo que quiere decir es que es un apelativo cariñoso —terció Marion.

—De amor —matizó Danny—. Es el apelativo que quiero usar con la mujer que me quiere lo bastante como para leer los libros que yo leo, porque se preocupa de lo

que me interesa y aprendo.

Se hizo un silencio intenso hasta que Leslie preguntó con suavidad:

—¿También la llamas mamá a ella?

—¿A Vivi? —Danny se rió—. No. Ella es una compañera, Leslie. Trabajamos juntos.

—Ha sido mencionarla y has dejado de llamarme mamá —protestó Leslie.

—Vamos, vamos, no le hagas contestar a eso —intervino Marion—. Si quieres, ya lo discutiremos tú y yo más tarde. Ahora estamos hablando sobre su cumpleaños, y creo que acaba de decirnos que quiere ir al instituto, pero que no piensa ir ni al de aquí ni a uno en Florida.

—Correcto —asintió Danny—. Quiero ir al Parry McCluer.

—Es la primera vez que oigo hablar de Parrimacliu —dijo Leslie, confundida—. ¿Qué sitio es ése? ¿Está en América?

—Debe de ser el nombre de un instituto —supuso Marion—. Pero no conozco ninguno con ese nombre cerca de Yellow Springs.

—Está en Buena Vista, Virginia —explicó Danny—. Y sí, está cerca del territorio de la Familia North. Pero la Familia nunca se acerca por ahí. El lugar más cercano al que van es a Lexington. No hay nada que les interese en Buena Vista.

—Es un riesgo innecesario —opinó Marion.

—Aunque todavía me estuvieran buscando... —comenzó Danny.

—Ten por seguro que sí —lo interrumpió Marion.

—¿Has oído algo? —preguntó Leslie, con voz preocupada.

—No, claro que no —dijo Marion—. Os lo habría dicho. Pero te están buscando, Danny, no lo dudes un instante.

—Sin embargo, no me buscarán en un sitio tan cerca de casa —arguyó Danny—. Ya han transcurrido tres años. Ahora mismo, una ciudad es tan peligrosa como cualquier otra; no tenemos ni idea de dónde hay espías de la Familia. De todas formas, Thor está a cargo del espionaje y me dijo que él no me quería ver muerto.

—Quizá quiera que bajes la guardia —opinó Marion—. Pero tienes razón. Ha pasado tanto tiempo que lo último que esperan es que vayas a estar en el vecindario. ¡Por no hablar de yendo al instituto!

—¿Qué tiene de especial el Perry McDonald ese? —quiso saber Leslie.

—Es Parry McCluer —la corrigió Danny—. No tiene nada de especial, pero cuando era un crío y comencé a teleportarme de forma inconsciente, más allá del perímetro familiar, me gustaba ir al bosque desde el que se veía el instituto. Me gustaba mirar. Igual que hago con los chavales de aquí, pero ahí podía sentarme y observar a gusto. Eran todos más mayores que yo, pero recuerdo que deseaba ser como ellos. Los veía subiéndose a los autobuses o a sus coches. A las chicas subiendo a los coches de los chicos, o a varios metiéndose todos en el mismo coche y

marcharse lanzando alaridos. Cosas de ésas.

—Chicas que subían a los coches de los chicos —repitió Marion.

—¿Qué chillaban? —preguntó Leslie, frunciendo el ceño—. No me gustan los críos que chillan desde un coche.

—No creo que sea ésa la cuestión —intervino Marion—. Lo importante es que él quiere ser uno de ellos. Quiere chillar desde un coche y averiguar por qué los demás chillan.

Danny asintió.

—¿Cómo vas a ir a ese instituto? —preguntó Leslie—. No nos vamos a mudar. Y la administración escolar querrá saber de dónde sale un chico que no tiene padres, ni partida de nacimiento, historial académico, historial médico...

—He pensado en todo eso —la interrumpió Danny—. No lo he hablado con nadie, porque primero quería hablarlo con vosotros. Y no pensaba hacerlo hoy, pero como ha surgido todo esto del coche y lo de ir con chicas...

—¿Qué has pensado? —preguntó Marion.

—Creo que Vivi tiene un montón de dinero... —comenzó Danny.

—Nosotros también tenemos un montón de dinero —lo interrumpió Leslie—. No vayas a creer que por trabajar en la granja...

—Vivi tiene bastante dinero para alquilar una casita en Buena Vista. Una que me permita ir andando a clase. El instituto se encuentra en lo alto de una cuesta bastante empinada y no está en el mejor barrio de la ciudad, pero es el lugar apropiado. Vivi dirá que es mi tía, y cuando me haga falta se vestirá con la ropa correcta y atenderá a los padres de mis amigos que vengan a casa. Lo hará, sé que lo hará. Sólo tengo que crear una puerta entre su ático en Florida y la casa de alquiler; podrá ir y venir a su gusto y seguirá viviendo en Florida.

Leslie se mordió la lengua, aunque fue muy evidente que le desagradaba un plan en el que Vivi tuviera algo que ver.

—Aún no lo he hablado con Vivi, pero le encanta lo de suplantar personalidades, así que dudo mucho que no acepte. También crearé una puerta hasta aquí, así podré venir a casa los fines de semana y en vacaciones... —Danny observó que este último comentario suavizó el gesto de desaprobación de Leslie—. Pensaba abrir una puerta libre desde aquí a la casa en Buena Vista. Podréis ir a verme cuando queráis.

—Nada de puertas libres aquí —se negó Marion—. Por lo menos hasta que aprendas a cerrarlas.

—Vale —aceptó Danny—. Habría sido mejor que Vivi fuera una Pestillo en lugar de una Ganzúa. Aunque entonces no nos habríamos conocido. Y estoy aprendiendo un montón de cosas con ella. Ha estudiado mucho durante todos estos años. Además, puede ver lo que hago y me hace sugerencias para mejorar. Y eso es algo que nadie en el mundo puede hacer por mí. Por eso tengo que contar con ella. Pero vosotros

sois las personas a las que amo como si fuerais mis padres, papá, mamá. Y éste es el lugar en el que he sido feliz por primera vez en mi vida. No intento alejarme de vosotros, sólo quiero aprender a vivir en el mundo de los mortales, quiero ser una persona normal. Eso es algo que no puedo aprender aquí.

Danny vio que Marion daba un respingo al oír lo de «papá», y le dio la impresión de que le daba más importancia que la que Leslie le había dado a «mamá». Danny no se dirigía a ellos en esos términos para engatusarlos, aunque sabía que podía hacerlo, pero era algo que le salía del corazón.

«Mamá» y «Baba» eran apelativos que había pronunciado con más temor que afecto. Los había empleado cuando era un niño, antes de que todos pensaran que era un drekka, para reafirmar su posición frente a los demás. Pero las palabras «mamá» y «papá» habían carecido de sentido hasta que llegó a Yellow Springs, al hogar de los Silverman.

Danny se había preguntado más de una vez si Stone no lo habría enviado con los Silverman por su inmensa capacidad para ejercer de padres más que por sus conocimientos para instruirlo como mago teleportador. No es que no hubiera recibido una enseñanza más que adecuada sobre lo concerniente a la magia, pero igual de importante era que había aprendido a valorar la decencia, a asumir la responsabilidad de sus actos y que debía tratar a los que eran más débiles con respeto. Y también a no emplear sus artimañas con los demás conforme le venían a la cabeza.

—¿Qué pasa con la partida de nacimiento? —preguntó Marion.

—Creo que volveré a Washington y lo hablaré con Stone. Él sabrá cómo conseguir una. A lo mejor busca a alguien que naciera el mismo día que yo pero muriera joven. O me consigue una falsificada. Hasta puede que me teleporte a las oficinas del condado, me cuele en sus archivos y rellene mi propia partida de nacimiento. Saldrá bien.

—Has vuelto a la senda del crimen —dijo Leslie.

—No digas eso —protestó Danny—. Necesito una partida de nacimiento. Tengo que tener una identidad. No existe una manera legal y segura de conseguirla.

—Leslie ya lo sabe —dijo Marion—. Y los dos sabemos que para vivir en el mundo de los mortales vas a necesitar una identidad. A mí me da la impresión de que has planeado esto con mucho cuidado. Eres justo lo que pensábamos, un joven cauto, responsable e inteligente que está listo para tener un coche. Incluso creo que estás preparado para mucho más.

—Sigue necesitando un coche aunque se vaya a Buena Vista —intervino Leslie.

—No —sentenció Danny—. Quiero parecer un tipo sin demasiados recursos. Nada de coche. Caminaré hasta el instituto. Sí que me teleportaré para ir de compras; la tienda decente más cercana está a kilómetros de distancia. Pero no quiero llegar a clase dando la nota, con dinero, un coche y ropa de marca. Quiero pasar inadvertido.

Alguien a quien nadie preste mucha atención. Estaría bien que me consideraran un tipo raro... bueno, no muy raro, sólo alguien aburrido. Seguro que así conseguiré mejores amigos, y es posible que conozca chicas mejores que las que se dejan impresionar por los coches, la ropa y el dinero.

—No vayas a creer todo lo que has leído en esos libros juveniles —le advirtió Leslie.

—Si no incluyeran cosas sobre nosotros que fueran ciertas, los adolescentes no los leerían —la rebatió Danny—. Los he leído desde el punto de vista antropológico.

—Los has leído desde el punto de vista de un adolescente romántico —se rió Leslie—. Y te has quedado con los finales en los que el chico pobre pero decente se queda con la chica más guapa y lista.

—Sí, supongo que sí —admitió Danny, sonriente.

—Y yo diría que eso es real como la vida misma —terció Marion—. ¿O no, Leslie?

Volvieron a cruzar sus miradas, pero en esta ocasión, lo que se dijeron en silencio no tenía nada que ver con Danny.

Se alegró de ver de nuevo a Stone. La casa no había cambiado, aunque Ced y Lana se habían divorciado y abandonado la compañía de Stone. Ced había comenzado a estudiar magia élica con un viejo Galerna en Oregón. En cuanto a Lana, estaba estudiando empresariales y Stone confiaba en que aprendería a ganarse la vida sin recurrir a la prostitución.

—Aunque siempre cabe la posibilidad de que acabe como la secretaria que seduce a su jefe, destroce su familia, se case con él y convierta su vida en un infierno hasta que se divorcien —dijo Stone—. Pero si el tipo no sabe mantener la bragueta cerrada, le estará bien empleado.

Al observar la expresión entre melancólica y dolida de Danny, Stone añadió:

—Sólo practicaba contigo. Los chicos de trece años no suponéis un gran desafío.

—Aún sueño con ella —comentó Danny con pesar.

—Y lo harás siempre —suspiró Stone.

Danny le contó lo que tenía planeado.

—¿Y crees que Victoria va a aceptar esa idea tuya?

—¿Por qué no? ¿Es que la conoces?

Stone apretó los labios.

—¿Llevas todo este tiempo con ella y ni siquiera me ha mencionado?

—No. Creo que no. No, no lo ha hecho.

—Soy su marido, Danny —explicó Stone—. Mi apellido es Von Roth. Soy Peter von Roth. Ella era Victoria Bland antes de casarse conmigo.

—¿Bland^[3]? —preguntó Danny.

—Sí. Su apellido de soltera. Tengo la sensación de que ha dedicado su vida a

negar el significado de su apellido. A veces, me pregunto si sólo se casó conmigo por el apellido; es potente, germánico: ¡Von Roth! —lo pronunció con un fuerte acento alemán—. Suena a ira divina, ¿eh?

—Pero ella me ha comentado que le pasan una pensión...

—No recibe ninguna pensión —dijo Stone, mejor dicho, Peter—. Seguimos casados. Su padre es un jefazo gordo del Ministerio de Medio Ambiente, en realidad es un Verde de primera, y la madre de Vivi heredó tierras de su padre en el norte de Virginia. La mujer vendió unas cuantas hectáreas cuando comenzaron a transformar Tysons Corner en un megacentro comercial, y su familia acabó nadando en dinero. La supuesta pensión de Vivi son los cheques que recibe de mami y papi.

Danny soltó una risotada divertida.

—Es una mentirosa de cuidado. No tenía ni idea.

—A veces creo que nuestras vidas podrían haber sido diferentes si ella hubiera sabido que es una maga teleportadora en lugar de una drekka. La verdad es que ella no dejaba de decir que tenía el poder, pero nadie la creyó. Siempre ha sido muy teatral; estábamos convencidos de que era parte de su pose.

—Pero te casaste con ella.

—La traté siempre como si creyera en sus poderes. Me incorporé a lo que yo creía que era su fantasía. Y las cosas como son, hasta que tú apareciste, era una fantasía. No tenía ni un solo argumento para confirmar que era una maga teleportadora. Apenas llevábamos casados un año cuando se dio cuenta de que no me creía lo de sus poderes; que sólo le seguía la corriente. No lo hice a propósito, siempre hice ver que me lo creía, pero ya sabes cómo sois los teleportadores, interpretáis el lenguaje corporal y los gestos faciales como nadie. Supongo que forma parte de vuestro don para las lenguas. Me he llegado a plantear si la teleportación y la magia mental no tendrán más en común de lo que creemos...

»En fin, la cuestión es que se dio cuenta de la farsa y eso le dolió. Comenzó a ausentarse cada vez más hasta que un buen día... se fue. Supongo que nada de esto es de tu incumbencia, pero ya que vas a confiar en ella...

—Te agradezco tu preocupación —dijo Danny—. Pero no olvides que los magos teleportadores somos embaucadores y estafadores. A Vivi le encantará hacer lo que necesito de ella: conseguir que me matriculen en el instituto, alquilar una casa barata con una asignación para cubrir mis necesidades y cumplir con el papel de tía siempre que sea necesario.

—Los teleportadores no tenéis la patente del engaño —comentó Stone con una sonrisa.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Danny.

—Un día, después de tu llegada, me puse a pensar que ahí estabas tú, un mago teleportador. Y también yo, un hombre que sigue enamorado de una mujer

exasperante. ¿Y si ella fuera de veras una teleportadora?, pensé. Tenía que darle una oportunidad... Jamás conseguiría convencerla de que viniera hasta aquí para ver las puertas que tú habías creado, dice que es alérgica al polen de las flores que cultivo. Pero un día, mientras visitaba a sus padres en Fairfax, hablé con ella por teléfono sobre un pequeño restaurante llamado Doña Flor; era nuestro restaurante favorito. Le dije que ahora preparaban un pastel de ternera con salsa habanera que quitaba el sentido... Cayó como una manzana madura. Fue hacia el restaurante, que casualmente está en Wisconsin, justo donde yo sabía que habías abierto varias puertas, y...

—Y resulta que es una teleportadora.

—Sí. ¡Nunca dije que no lo fuera! —Stone se puso a la defensiva como si Vivi estuviera presente—. Y si se entera de lo que había planeado, me mata. Casi puedo oírla: «¿Qué querías, mandarme a un sitio con puertas para echarme luego en cara que no podía verlas? ¿Qué en realidad no tengo ningún poder?».

Stone imitó la voz de Vivi con tanto acierto que Danny rompió a reír.

—Pero no es cierto, no quería echarle nada en cara. Era una oportunidad única, como te he dicho antes. Y quería que tuviera el poder, en serio. Sabía que mientras no hubiera puertas, no podía probar nada. Sólo los Caminantes o los Grandes Magos Teleportadores pueden crear sus propias puertas, y ella no era ni lo uno ni lo otro. Pero jamás dije que no tuviera el poder.

—Eras un agnóstico.

—Es posible, pero tenía esperanza —dijo Stone—. O fe, por decirlo de otra manera.

—Y tu fe fue recompensada —sonrió Danny.

—Sí, aunque imagino que Leslie no se llevó una alegría cuando vio aparecer a Vivi —dijo Stone.

—Tengo la impresión de que tú... —Danny vaciló unos instantes—. Bueno, sin rodeos... que tú fuiste la segunda opción de Vivi.

—Cuando todo el asunto con Marion, Vivi y yo todavía no nos conocíamos. Marion se negó en redondo a reconocer que ella tuviera algún poder. ¡Es un mago pétreo y un geólogo, alguien con los pies en la tierra! No es el tipo de persona que esté dispuesto a dejarse llevar por las fantasías de nadie. ¿Cómo podría Vivi querer vivir con un hombre que no hubiera intentado por lo menos creerla?

»Si no fuera tan engreída, seguiría con ella. Pero entonces me puso a prueba, me dijo que me fuera con ella a Nápoles, Florida, si la quería de verdad. No podía marcharme y dejar mi trabajo —suspiró Stone—. A Washington viene gente de todas partes de América, del mundo. El polen atrae a los Huérfanos. Las Familias lo saben todo sobre mí, pero les da igual. Para ellos, los Huérfanos tienen la misma importancia que los mortales. Desde que estoy aquí han acudido a mi casa casi cien

magos huérfanos. ¿Cuántos crees que habría encontrado en Florida? Como mucho, un puñado de vejestorios que sólo estarían interesados en tomar el sol.

—Todavía la quieres.

—Todo el mundo la quiere —afirmó Stone—. Hasta la gente que la odia la quiere, por eso resulta tan irritante. Apuesto a que Marion todavía piensa en ella.

—¿Cómo yo en Lana?

—No, Vivi no es de esa clase de mujeres. Yo diría que Marion lamenta no haber sido capaz de vivir la fantasía de ella. Y para rematarlo, resulta que no era una fantasía, que era todo cierto. ¡La de preguntas y dudas que le habrán surgido! Aunque está loco por Leslie, eso también es cierto. Echar la vista atrás, preguntarse lo que podría haber ocurrido... es una cabronada.

La historia que le acababa de contar Stone había sido como leer el diario de otras personas; saber tanto sobre el pasado de Mario, Leslie y Vivi lo incomodaba, aunque también se alegró de conocerlos un poco mejor.

—Gracias por contármelo —dijo Danny.

—Creía que ya lo sabías. Que te lo habrían contado. Pero claro, ¿por qué habrían de hacerlo? No creo que a ninguno de ellos le apetezca mucho presumir sobre lo que pasó entonces. O quizá a Vivi sí, pero no es de las que van contando su vida por ahí.

—Ahora estamos trabajando duro para averiguar cómo funciona lo de la teleportación.

—Yo diría que estáis intentando adivinar cómo funciona. Supongo que vuestra mejor opción es dar palos de ciego y ver qué ocurre.

—Hemos hecho progresos —dijo Danny.

—¿Ya sabes cómo crear una Gran Puerta?

—Ni idea —reconoció Danny.

—Sigue así —dijo Stone—. No quiero que el Ladrón de Puertas te despoje del aura y acabes siendo un drekka.

—Al menos estaría a salvo de las Familias.

—Yo no contaría con eso. Pensarían que es una artimaña de teleportador y te matarían de todas formas.

—Sí, son muy capaces —admitió Danny.

—No voy a ponerte en contacto con falsificadores o maleantes que venden documentos falsos —comentó Stone, cambiando de tema—. Ese tipo de falsificaciones siempre dejan un rastro. He ayudado a otros fugitivos de las Familias a conseguir identidades más o menos legítimas. Te explicaré cómo hacerlo. Un teleportador como tú lo tiene más sencillo y no habrá que sobornar a tanta gente como en otros casos.

Stone le explicó cuál era el proceso, y luego localizó un condado donde todavía no hubieran informatizado todos los documentos antiguos. A Danny sólo le costó una

hora aprender cuál era el sistema que seguían en West Jefferson, Carolina del Norte, para dar de alta un archivo en el sistema informático. Introdujo su partida de nacimiento en el ordenador y luego Vivi y él se teleportaron hasta allí y solicitaron un duplicado. Vivi hizo teatro sollozando por la muerte de su hermana y su cuñado, y no tuvieron ningún problema para conseguir la partida de nacimiento de Danny.

Stone examinó el certificado e hizo una mueca.

—¿Por qué no elegiste el apellido de los Silverman?

—¿En el condado de Ashe, en Carolina del Norte? No es un apellido muy común por esa zona.

—Pero ¿«Danny Stone»? Me siento halagado, pero...

—Se me ocurrió cuando me introduje en el archivo —dijo Danny—. No es tu verdadero apellido y pensé que no te importaría. Marion y Leslie también se alegrarán de que no eligiese Von Roth, y Stone es un apellido perfecto para el condado de Ashe.

Obtener el número de la Seguridad Social fue algo más complicado. Hay más información codificada en esas cifras de lo que la gente cree. Pero Stone contaba con un amigo westiliano metido en el sistema que podía encontrar números sin usar que servirían para Danny. Eran números asignados a niños que habían muerto antes de emplear el código, por lo tanto, no había nada registrado en el sistema. Añadir los datos de Danny a uno de esos códigos resultó bastante sencillo.

Faltaba añadir el historial médico de vacunación, pero eso era algo que un teleportador podía hacer por la noche, en el despacho de un pediatra que llevara años ejerciendo en la misma localidad.

En cuanto a las vacunas en sí, Stone insistió que debía ponérselas, aunque sólo fuera por sus futuros compañeros de clase.

—Basta con teleportarme por una puerta para curarme en cuanto me sienta enfermo —argumentó Danny.

—¿Es que no sabes que uno es portador de ciertas enfermedades días antes de mostrar los primeros síntomas? Puedes contagiar a un montón de gente antes de saber que estás enfermo.

Danny no quería saber nada de jeringuillas. Nunca le habían clavado una aguja, pero tenía la certeza de que no le iba a gustar nada.

—Vamos, Danny —lo reprendió Stone—. No es nada. Sólo tienes que distraerte con algo y verás cómo no sientes nada. Mueve con fuerza los dedos de los pies. Concéntrate en eso. Funciona.

Stone tenía razón. Pero mover los dedos no solucionaba el dolor del brazo tras el pinchazo. Y Stone le prohibió pasar por una puerta para eliminar el dolor hasta estar seguros de que la vacuna había hecho su trabajo.

—Si te curas pasando por una puerta, la vacuna no podrá estimular tu sistema

inmunitario y los pinchazos no habrán servido de nada. Piensa un poco, Danny. No te comportes como un adolescente.

«Voy a ir al instituto», pensó Danny. Pero Stone tenía razón. No podía comportarse con la irresponsabilidad de los chicos de su edad. Que se dispusiera a vivir entre los mortales no quería decir que lo fuera, y eso era algo que debía tener siempre presente.

Cuando ya era seguro que las vacunas habían llevado a cabo su objetivo, Danny creó una puerta libre entre la habitación del desván donde había dormido cuando vivía con Stone y una zona de una de las paredes del ático de Vivi. Era improbable que la descubrieran, y en el futuro, cuando llegara el momento, les contaría lo que había hecho a los dos.

Vivi hizo una interpretación maravillosa con el personaje de la tía que se muda a Buena Vista para sondear las posibilidades de abrir una pequeña fábrica textil.

—Existen ciertas boutiques, clientes mías, en Nueva York y Los Ángeles, que sienten la obligación de contarles a sus clientes que toda la ropa que venden está confeccionada en América. Que las costureras que hacen las prendas reciben un sueldo digno. Me llevará algún tiempo arreglar todo el tema de la financiación, y ya que voy a estar por aquí, el pobre Danny y yo estamos de acuerdo en establecernos.

El director del instituto aceptó las explicaciones de Vivi, y mostró su satisfacción ante la idea de la fábrica, que crearía empleo en la zona. Las explicaciones de Vivi no afectarían a la idea de Danny de ofrecer la imagen de alguien sin mucho dinero, que se las apañaba como podía en una casa humilde. Si alguien le preguntaba por el tema de la fábrica textil, pondría los ojos en blanco, como si todo el asunto no fuera más que un disparate.

Danny tenía la intención de ser un buen estudiante, pero sin destacar mucho en clase; vestir con normalidad, pero sin excesos; ser algo díscolo, pero sin llegar a rebelde; tener gracia, pero sin convertirse en el payaso de la clase. Le gustaba la idea de participar en el teatro escolar; sabía que siempre faltaban chicos para las obras y estaba convencido de que daría la talla como actor. Y habría chicas en el reparto.

Lo tenía todo planeado.

EL PADRE DE TRETA

El niño llamado Lealtad aprendió a andar a los nueve meses sin apenas haber gateado, como le gustaba señalar al rey Prayard. Comenzó a hilvanar frases con catorce meses. Aún era pronto para buscar indicios de cualquier poder, pero en Iceway la gente sentía nacer la esperanza cada vez que el niño miraba el agua. El rey lo llevaba sobre los hombros, permitía que estuviera presente en los consejos, presumía de hijo ante los embajadores de otros reinos y, sobre todo, alardeaba cuanto podía ante los representantes de Gray.

Sin embargo, conforme el vientre de Bexoi crecía por segunda vez, sucedió algo extraño. El rey comenzó a pasar más tiempo con la reina. Ya no buscaba tanto la compañía de Lealtad. Y aunque el pequeño apenas contaba dieciséis meses, fue preso de la añoranza.

—¿Dónde está papá? —preguntaba. Sus niñeras le respondían que era el rey y tenía trabajo que hacer.

No era cierto. El rey Prayard no estaba trabajando, se encontraba al lado de Bexoi, aplicando ungüentos a la piel tirante del vientre de la reina mientras ella le susurraba al oído:

—Éste es el hijo que tú me has querido dar. Éste es el hijo de nuestro amor. No de la casualidad y el desprecio.

—No me tortures con mis errores del pasado —murmuró el rey.

—Celebro nuestro amor —replicó ella—. La política y sus intrigas ya no se alzan entre los dos. Éste no será un hijo de conveniencia.

—Espero que sea niña —dijo el rey—. Y que se parezca a ti.

—¿Para casarla con algún rey extranjero y que no volvamos a verla nunca más?

—Pero un niño se convertiría en el rival de Lealtad —adujo Prayard.

—Un niño sería una garantía para el trono —dijo Bexoi—. Este hijo, que en dos meses verá la luz, seguirá los pasos del príncipe Lealtad, y estará listo para ocupar su lugar si algo terrible le ocurriera a su hermano.

—Temes lo que pueda hacer tu sobrino Frostinch —dijo el rey.

—Tu heredero tendrá multitud de enemigos. Dos hijos servirán mejor los intereses del reino que uno solo. Piensa en lo que le ocurrió a los hijos de tu concubina.

—Sabes que jamás pienso en ella —protestó Prayard—, pero tú siempre los mencionas para provocar mi malestar.

—Sólo recuerdo su trágica desaparición y la de sus hijos... Uno nunca tiene

bastantes hijos.

Pan oyó las palabras de la reina. Las oyó y supo que la reina sabía que él las escuchaba. Eran sutiles amenazas contra el hijo al que ella llamaba Lealtad y él Treta.

¿Qué podía hacer? Él sólo era Pan, el pinche; Pan, al que también llamaban Ardilla; Pan, el que vagaba por el castillo, el recadero. Desde la muerte de Hull no era nadie. Apenas toleraban su presencia en las cocinas, y su persona era mal recibida en cualquier otro lugar. Cuando iba a los establos, lo echaban como si sólo por el hecho de estar allí pudiera envenenar a los caballos; si frecuentaba la armería, se enfadaban con él, como si su mirada oxidara el filo de las espadas. Imposible que alguien así pudiera verse con el pequeño príncipe.

Pero había otro Pan; el Gran Mago Teleportador, el Hombre en el Árbol; Pan, el amante de la reina y carcelero de tres prisioneros reales. Un Pan al que sólo conocía la propia Bexoi. ¿Quién podía impedir que este Pan fuera allí donde lo condujeran sus deseos?

Este Pan había abierto puertas infinitesimales entre su oído y los aposentos reales para estar al tanto de las palabras de Bexoi al rey, pero sin ser testigo de lo que hacían en su intimidad.

Fue el mismo Pan el que teleportó al pequeño Treta a una buhardilla que había preparado como cuarto de juegos. No era un lugar repleto de juguetes deslumbrantes, como los necios creen que desean los niños; era un lugar lleno de polvo y muebles y baúles antiguos. También había armas y objetos olvidados que habían pertenecido a reyes, reinas y príncipes ya fallecidos. Un lugar en el que abundaban los recovecos, guaridas, sitios espléndidos y huecos profundos y sombríos para explorar. Aquí jugaría al escondite con Treta; Pan dejaría que se vistiera con los ropajes allí abandonados y jugarían con soldaditos de plomo y carros y carruajes de juguete.

—Siempre te llamaré Treta —le decía Pan al niño—, porque es lo que hacemos al jugar juntos. No puedes contárselo a nadie, o me mandarán lejos. Tienes que disimular y hacer como que no me ves cuando estés con las niñeras, o con tu madre, o el rey. Haz como si fuera invisible. Porque lo soy.

Y entonces desapareció, reapareciendo unos metros más allá. Treta dio palmadas entre risas y chillidos de excitación.

Mientras tanto, en la guardería real, un maniquí de madera ocupaba el sitio de Lealtad en su cama de laterales elevados, hechos así por su propia seguridad, pero a la vez una barrera para las niñeras que dormitaban o hacían punto durante el supuesto sueño del pequeño príncipe. Cuando tras la supuesta siesta de una hora el príncipe se mostraba cansado e irascible, sus cuidadoras lo achacaban a su añoranza por el rey, su padre, que ya no lo visitaba. Lo que no sabían era que al padre a quien echaba de menos era el menospreciado pinche, cuya presencia en Nassassa nadie comprendía muy bien.

En ocasiones, Treta se quedaba dormido mientras estaba con Pan en el cuarto de juegos secreto. Entonces, su padre aprovechaba para sentarse a su lado y susurrarle al oído:

—Tu madre es un monstruo ambicioso; tu padre, un monstruo cruel que hará lo que sea por ella. Ella conspira contra ti. Planea tu muerte. Pero yo te mantendré a salvo. Ella no se atreverá a tocarte un pelo. Sabe que las consecuencias serían terribles.

En su interior, Pan oyó como surgía el torbellino de cientos de voces. Normalmente era una algarabía de la que no conseguía descifrar nada con sentido, y había llegado a pensar que formaba parte de su propia mente. Pero con el tiempo advirtió que poseía recuerdos que no eran suyos. Que albergaba intenciones que no eran suyas, y cuando contradecía la voluntad de las voces, le causaban malestar, semejante a una indigestión del espíritu. No sabía de dónde procedían las voces, ni por qué se alojaban en su mente, pero tenía que convivir con ellas. También sabía que no le podían hacer ningún daño. Pero en lo que se refería a Treta, todas las voces estaban de acuerdo con Pan. «Es tu hijo —repetían, cuando él decía: “Es mi hijo”—. Tienes que protegerlo porque eso es lo que hace un padre. Matarás por él, morirás por él. Quien desee su mal, se convertirá en tu enemigo, aunque sea su propia madre. Si no puedes someter a esa mujer, debe morir».

TREPAN POR LA CUERDA

Danny corrió el primer día de clase. No tenía que cargar con libros y, aunque el día prometía ser caluroso, la mañana ofrecía una temperatura ideal para correr. Vestido con una camiseta, unos vaqueros y unas deportivas, con un bolígrafo en el bolsillo y una libreta en su diminuta mochila, Danny cerró la puerta de su casa y comenzó a correr calle arriba.

No iba demasiado rápido. Pero le apetecía correr en lugar de caminar. No redujo su ritmo cuando la carretera que subía al instituto se empinó. Danny había corrido por colinas mucho más empinadas y sobre un suelo más irregular. El firme de la carretera no era un gran desafío. Respiraba con toda normalidad cuando llegó al despacho de dirección para recoger el horario de sus clases.

—Como eres nuevo, Stone —comentó el director Massey—, hemos pensado que te vendría bien contar con alguien que te sirviera de guía.

Y el guía era una chica de aspecto aburrido y perfectamente peinada que se encontraba en el despacho.

—Genial —respondió Danny—. Gracias.

—Aquí tienes tu horario —dijo Massey—. Laurette te indicará dónde están las aulas.

—Gracias, Laurette —dijo Danny. Le mostró una gran sonrisa, que iba más dedicada a Massey que a la chica. Danny había leído bastantes novelas juveniles como para saber que Laurette sería la típica niña que iba a tratarlo, como poco, con desdén.

Ella le devolvió la sonrisa. La suya era amplia y artificial, y también iba dedicada al director.

—Me alegro de que hayas venido pronto —comentó Massey—. Así Laurette tendrá tiempo de enseñarte las instalaciones.

Salieron juntos del despacho.

—¿Por qué sudas? —le espetó ella, en cuanto se alejaron del despacho.

—Porque creo que eres impresionante.

—Ja —masculló ella.

—Porque he venido corriendo.

—¿Qué eres, un deportista?

—No tengo coche.

—En ese caso, nos ahorramos la parte del aparcamiento.

Danny se rió.

—¿Dónde está la gracia?

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó Danny a su vez—. ¿Por qué te ha caído el peñazo de enseñarle el lugar al nuevo?

—Le vacilé al profesor de inglés. Tengo que hacer unas horas de servicios comunitarios.

—Pero si hoy es el primer día de clases —señaló Danny.

—Me quedan tres semanas pendientes del año pasado.

—El vacile debió de valer la pena.

—Aquí está el vestíbulo —indicó Laurette—. Eso es un aula. ¿Sabes contar?

—Me defiendo —replicó Danny.

—Entonces podrás leer los números de las aulas. Van por orden. ¿Preguntas?

—¿Quieres ser mi mejor amiga?

Ella soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—Si piensas venir corriendo a clase, cómprate un buen desodorante.

—Para ser una chica a la que no le importa nadie, llevas un buen escote —comentó Danny con malicia.

Ella se volvió y abrió la blusa un poco más.

—¿Ya has tenido bastante?

—No. Voy a dedicarme a estudiar tu escote todo el año.

—Eres un bocazas, Danny Stone.

—Y si me aplico en el estudio, acabaré por llegar al fondo del asunto.

Ella no respondió, y se marchó dejándolo ahí plantado.

«Hasta ahora todo va bien —pensó Danny—. O le gusto o me odia. Y eso quiere decir que sus amigos me odiarán y sus enemigos me querrán, o viceversa. La gente como Laurette tiene amigos, y también enemigos».

A primera hora, Danny tuvo clase de Inglés. Se esforzó por no contestar a ninguna de las preguntas que hacía la profesora, aunque el tema era interesante y sintió la tentación de dejar en ridículo a la profesora con todo lo que sabía sobre el idioma. Pero no dijo nada. Apenas la miraba. Adoptó la postura indolente y aburrida que exhibían otros chicos de la clase. Sabía que, si hacía falta, podría mostrar su talento más adelante. Pero si comenzaba por hacerse el listo, ya no habría marcha atrás. Todas estas conclusiones eran el resultado de sus investigaciones sobre la antropología aplicada a institutos.

La asignatura de Cálculo iba a resultar fácil y aburrida. No era más que una repetición de todo lo que había estudiado con los Silverman el primer año de su estancia en la granja.

Historia de Norteamérica iba a ser divertida. Todo lo que enseñaba el profesor, o era inexacto o era un error mayúsculo. De todas formas, tampoco tenía demasiada importancia, porque nadie le prestaba atención en clase.

Lo que sí tenía importancia era la comida. En concreto, el lugar donde se iba a sentar.

Cogió su bandeja y se dirigió a la mesa donde se sentaba Laurette. La acompañaban tres chicas más. Una era más bien gordita, aunque vestía ropa ceñida y llevaba el ombligo al aire. Otra era gótica, y la tercera combinaba un serio brote de acné con una expresión tan agria que a su lado la gótica parecía feliz. Laurette destacaba entre ellas como una flor en la arena.

—Oye, tú —le advirtió al ver que se sentaba—. No somos amigos.

—Ya lo sé —dijo Danny. Se volvió hacia la gótica—. Sólo quería saber por qué no llevas los piercings.

—¿A ti que te importa? —le espetó Gótica.

—Si me pides que me vaya, lo haré —declaró Danny.

—Vete —dijo Gótica.

—Se cree ingenioso —intervino Laurette—. Dijo cosas sobre mi escote.

—¡Vaya! —exclamaron al unísono Gordita y Gótica.

—Todo el mundo habla sobre tu escote —comentó Agria.

—Sí, pero no conmigo —replicó Laurette—. Eso es... grosero.

—Éstas son las posibilidades —dijo Danny, dirigiéndose a Gótica—: existe una norma *antipiercings* en el instituto; tus padres no permiten que te los pongas para venir a clase; te has acercado demasiado a un imán superpotente; y la última: se te han infectado tanto que te lo has tenido que quitar temporalmente. —La última era la más probable, sólo había que fijarse en que dos de los orificios estaban enrojecidos e inflamados.

Gótica volvió la cara, ignorándolo.

—Gracias —dijo Danny. Comenzó a recoger su bandeja.

—No ha dicho nada —intervino Laurette.

—Ya, pero me rindo en seguida.

Conforme se marchaba, creó una puerta delante de Gótica y pasó la boca de la misma sobre la chica. La teleportó a dos centímetros escasos. Nadie advirtió nada, pero Gótica sí.

—¡Eh! —exclamó.

Danny se detuvo, dándose la vuelta.

—¿Me has dado un empujón, corre caminos apestoso?

—Veo que Laurette ya os ha hablado sobre mí —comentó Danny. Volvió a dejar la bandeja sobre la mesa.

Los piercings de Gótica se habían curado. Como si jamás hubieran estado infectados. Como si nunca hubieran sido perforados. Las otras chicas ni se dieron cuenta. Danny comenzó a comer.

Las chicas se levantaron y se marcharon. Danny abrió una puerta delante de

Agria, la teleportó hacia adelante un par de centímetros y uno hacia arriba y le curó el acné. Nadie lo advirtió, porque el pequeño salto la hizo tropezar y se le cayó la bandeja al suelo. Danny se esforzó por no mirar, aunque no pudo evitar oír sus maldiciones repletas de referencias fecales mezcladas con las risas de Gótica y Laurette, que la ayudaban a recoger la bandeja.

Sin saber muy bien el motivo, Danny convirtió la puerta en una puerta libre con acceso desde ambos lados. Cualquiera que pasara por ese espacio del comedor se convertiría en una persona saludable; también tropezaría y se le caería lo que llevara en las manos.

Unos minutos más tarde, un par de tipos, uno bastante alto y el otro con exceso de kilos y la mitad de la cabeza afeitada, se sentaron a su mesa. Altorrón lo hizo a su lado, Medio Rapado se colocó frente a él.

—¿Le has tirado los tejos a Laurette?

—¿Eso dice? —preguntó Danny.

—Dijo que tú dijiste que ibas a estar pendiente de sus pechos todo el año.

—No creo que sea el único —replicó Danny.

—La verdad es que te los mete por los ojos —reflexionó Medio Rapado.

—A él no —comentó Danny, señalando a Altorrón—. No es lo bastante alta.

—¿Has venido corriendo hasta el instituto? —preguntó Altorrón.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque puedo —respondió Danny.

—¿De dónde eres? —quiso saber Medio Rapado.

—Ohio.

—¿Es verdad que tu tía va a abrir una fábrica textil en la ciudad?

Danny puso los ojos en blanco.

—¿Qué te queda en el horario? —preguntó Altorrón.

—Ahora me toca Educación Física —respondió Danny.

—¿Estás en la clase de Historia de Norteamérica? —inquirió Medio Rapado.

Danny asintió.

—Yo también tengo gimnasia ahora —declaró Altorrón.

—¿Voy a pasarlo bien en gimnasia? —quiso saber Danny.

—Depende de si le haces bien la pelota al entrenador Bleeder^[4], o no —respondió Altorrón.

—Tengo la sensación de que vosotros no se la hacéis.

—Demasiados tíos besándole el culo —soltó Altorrón—. No podría abrirme paso aunque quisiera.

—Y no quieres —afirmó Danny.

—Si eres bueno corriendo —intervino Medio Rapado—, querrá meterte en el

equipo de atletismo y tendrás un nuevo mejor amigo.

—No compito.

Lo estudiaron durante unos momentos mientras Danny formaba un montón con las patatas fritas de su plato. A continuación, cogió el montón y se lo metió en la boca, triturando las patatas sin piedad.

Medio Rapado intentó hacer lo mismo con un montón más pequeño y acabó con la camisa llena de trozos de patata. Danny se inclinó, cogió uno de los trozos y se lo comió. Había superado la prueba de iniciación. Acabaron de comer juntos y Danny sabía que al día siguiente volverían a sentarse a su lado. También sabía que ninguno de los dos debía de ser muy popular. No le importó. Acabarían siendo populares gracias a su compañía.

Hasta ese momento, Danny se lo estaba pasando en grande en el instituto.

Altorrón se llamaba Hal Sargent. Y era el blanco favorito de las burlas del entrenador Lieder. Danny asistió en vivo a una de las pullas del entrenador.

—Todo mundo al suelo y veinte flexiones, a ver qué material tengo este año. Tú, Hal, el suelo es eso de madera que tienes debajo de los pies. No lo encontrarías aunque te hiciera un mapa. Anda, pega la cara al suelo y despégala veinte veces.

Danny pasó una puerta sobre el entrenador Lieder justo cuando se daba la vuelta. La puerta lo alzó a una altura de tres centímetros. Perdió el equilibrio y se desplomó sobre su propio trasero.

Todo el mundo dejó de hacer flexiones.

—¡Seguid con las flexiones, botarates! ¡¿Nunca habéis visto a alguien caerse al suelo?! —bramó Lieder.

Danny hizo las flexiones con rapidez.

—El nuevo —llamó Lieder.

Danny inició otra tanda de flexiones.

—¡El nuevo! —insistió Lieder—. ¿Llamas a eso hacer flexiones?

—Sí, señor —dijo Danny. Y comenzó a dar una palmada al final de cada flexión.

—¿Te gusta presumir, chico nuevo?

—A veces, señor —dijo Danny. Le dio el tono justo a su voz, respetuoso pero cargado de sarcasmo. Un par de chicos se rieron. Danny terminó con la segunda tanda de flexiones y se puso de pie.

—Te he visto llegar corriendo esta mañana, chico nuevo —dijo Lieder.

Danny no respondió.

—No he dicho que puedas parar.

—Ha dicho que hiciéramos veinte flexiones y yo he hecho cuarenta.

—Todo el mundo fuera —ordenó Lieder—. Daniel Stone, el fanfarrón, va a correr colina abajo y colina arriba con todos vosotros detrás. Os va a enseñar cómo se corre.

Se alzó una protesta general.

—Silencio, o lo haréis dos veces —amenazó Lieder.

Danny corrió con desgana cuesta abajo y cuesta arriba seguido por dos chicos cuyo estado de forma distaba de ser bueno. El resto corrió por su cuenta.

—Creo que te dije que corrieras —le espetó Lieder a Danny cuando éste llegó a la meta.

—Alguien me dijo que comprara un buen desodorante antes de volver a correr —replicó Danny.

—¿Te estás haciendo el gracioso conmigo? —gruñó Lieder.

—Es la pura verdad, señor —afirmó Danny.

—Dije que les enseñaras cómo se corre.

Danny no respondió.

—Correrás tú solo.

—Corro por placer, señor —dijo Danny.

—Tendré el placer de verte correr —repuso Lieder, y sacó un cronómetro.

«Creo que ya lo he provocado bastante —pensó Danny—. ¿Me conviene ponerme a malas con este tío?».

»Sí —se respondió a sí mismo—. Todo el mundo lo odia. Quiero que sea mi enemigo».

Danny echó a correr. Lo hizo con parsimonia hasta alcanzar la señal de STOP al final de la pendiente. Volvió corriendo al mismo ritmo.

—¿No eres capaz de hacerlo mejor? —preguntó Lieder.

—He corrido.

—Esta mañana ibas más de prisa.

—Tenía ganas de llegar a clase —dijo Danny.

—Ahora te estaba cronometrando.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué no te has esforzado? —preguntó Lieder.

—Porque corro por placer —repitió Danny—. Y ahora me placía correr a ese ritmo.

—No nos vamos a llevar bien este curso, chico nuevo —lo amenazó el entrenador.

—¿Por qué no? Soy un tipo muy agradable —dijo Danny.

Se oyeron risas ahogadas.

—¡Eres un imbécil insubordinado! —gritó Lieder.

—Puede ser —admitió Danny.

Las risas fueron más claras en esta ocasión.

—Sube y baja la colina cinco veces —le ordenó Lieder.

—No, señor —respondió Danny.

—¡¿Qué?!

—Hace calor. Todavía estamos en verano. No puede obligar a nadie a correr colina arriba y abajo cinco veces justo después de comer. —Danny no tuvo necesidad de pronunciar palabras como «lipotimia» o «denuncia», el entrenador había recibido el mensaje.

Lieder se quedó mirando fijamente a Danny.

—Todos al gimnasio —dijo al cabo de unos segundos, y se dio la vuelta.

Justo entonces, Danny echó a correr. Lo hizo a toda velocidad. Colina abajo y colina arriba. Lo hizo en muy poco tiempo.

Cuando llegó a la altura de los demás, Lieder tenía la cara de un intenso color granate. Los otros chicos se acercaron.

—¿Se puede saber de qué vas?! —gritó Lieder.

—Voy al gimnasio, señor. Es lo que usted nos ha dicho.

—Has vuelto a correr —dijo Lieder.

—Sí, señor —reconoció Danny.

—Después de negarte a hacerlo.

—Dije que no se podía obligar a nadie a hacerlo cinco veces con este calor justo después de comer.

—Pero has corrido.

—Me apetecía.

—Sabías que quería cronometrarte —dijo el entrenador Lieder—. Has echado a correr cuando no estaba mirando.

—No me gusta que me cronometren.

—Voy a estar haciéndolo todo el semestre.

—Correr ya no me apetecerá tanto.

—Podrás mejorar tus tiempos, si sabes cuáles son.

—No quiero mejorar nada —replicó Danny—. Lo paso bien así.

Entonces, el entrenador Lieder jugó su baza ganadora.

—El instituto Parry McCluer te necesita en el equipo de atletismo.

—Eso no es verdad.

A Lieder le molestó mucho que Danny no mostrara entusiasmo ante la posibilidad de formar parte del equipo.

—¿Crees que te voy a aguantar muchas más tonterías?

—Entrar en el equipo es voluntario, señor —argumentó Danny—. Yo no compito.

—¿No compites? —se asombró Lieder.

—Me gusta correr con la gente. Cuando compites, el objetivo es dejar atrás a todo el mundo. ¿Para qué voy a correr con otros si al final voy a quedarme solo?

El rostro de Lieder comenzó a congestionarse.

—¿Para qué? ¡Para ganar!

—¿Para ganar el qué?

—¡La carrera!

—No compito. —Danny se dirigió hacia el gimnasio.

—¡Vuelve a correr, quiero tomar tus tiempos! —exigió Lieder.

Danny no se detuvo.

—He corrido dos veces. Debemos de estar a treinta y cinco grados hoy. Me voy para adentro.

Después de Educación Física, le tocaron las clases de Biología e Interpretación. En Biología se limitó a escuchar, evaluando el nivel del profesor. En Interpretación destacó por el simple hecho de ser un chico en una clase donde sólo había dos chicos más y once chicas.

Al final de la jornada, Danny había conseguido lo que quería. Todo el mundo sabía su nombre. Le había plantado cara a un profesor. Había demostrado que era un excelente corredor. Y también que no le gustaba competir. Y Sin^[5] —Cynthia Arnelle, la gótica alérgica a los piercings— estaba convencida de que Danny había empleado la magia para curarla.

—¡Hasta me ha cerrado los orificios! —le contaba a todo el mundo.

—Se cerraron solos —sentenció Laurette—. No te ha curado nada.

En ese preciso instante, pasó por ahí Danny, que se marchaba a casa.

—¡Eh, tú! —lo llamó Sin. Danny se acercó—. Me has dejado sin piercings, capullo.

Danny la miró de cerca.

—¿Llevas piercings? —preguntó.

—Ya no. Gracias a ti.

—¿Y eso lo hice yo? —preguntó Danny con expresión de asombro.

—Sí. Cuando te levantaste de la mesa. Me empujaste y se curaron todos mis piercings.

Danny miró a Sin, a Laurette y al resto de chicas.

—Para llamarse Sin, tiene una fe increíble en los milagros.

El cutis de Agria estaba limpio y terso; si sonriera, era muy posible que hasta pareciera guapa. Danny alargó la mano para acariciar su mejilla. Ella le golpeó la mano. Por su expresión debió de pensar que Danny se quería burlar de ella. No le gustaba que nadie tocara sus mejillas llenas de granos.

Sin embargo, el gesto de Danny sirvió para que Laurette y Sin se fijaran en la piel de Pat, algo que procuraban no hacer para no ofender a su compañera. Y en lugar de granos vieron una piel lisa, sin acné.

«Ya está —pensó Danny—. Suficiente por hoy». Y se marchó a paso ligero colina abajo.

Iba a ser un gran año.

Durante las dos primeras semanas del curso, Danny sólo corría a tope cuando

estaba seguro de que Lieder no andaba con el cronómetro preparado. La broma acabó con Danny en el despacho del director.

—Puede cronometrarme cuando quiera —afirmó Danny—. Lo hace siempre que puede.

—Pero dice que nunca vas a tope cuando te cronometra —dijo el director Massey.

—No me gusta que me controlen.

—Eso viene a ser lo mismo que decir que no te gustan los exámenes.

—Cierto, no me gustan. No resultan divertidos.

—Sin embargo, tus profesores me comentan que tu rendimiento es magnífico, y ellos te están evaluando.

—Todo lo que hemos trabajado ha sido interesante... Hasta ahora.

—Mira, Danny Stone, sé que has sido escolarizado en casa, pero tienes que entender que en la escuela pública hay que cumplir con los trabajos que te mandan y obedecer a tus profesores.

—Ya lo hago, señor. Y obedezco a los profesores.

—¡Lo que te estoy diciendo es que permitas que el entrenador Lieder te cronometre! ¡Y que corras al máximo cuando lo haga!

—No es culpa mía si se le cae el cronómetro —respondió Danny—. O que se caiga él. Yo corro al máximo muchas veces, pero sólo consigue tomar el tiempo las veces que voy más despacio.

—Por ese camino no llegarás a ningún lado —le advirtió el director.

—¿Cómo no voy a llegar a ningún lado? —se sorprendió Danny—. Todos los caminos llevan a alguna parte, aunque no siempre sea un sitio que mole.

—¿Ves? Esas salidas de tono son las que...

—¿Salidas de tono? No, sólo es la... verdad.

—Márchate —suspiró el director Massey.

El jueves de la segunda semana, un grupo de chicas descubrió las propiedades curativas del escalón invisible que provocaba tropezones en el comedor. El rumor no tardó en extenderse, propagado hasta por quienes creían que no era más que una leyenda urbana.

Entre los que lo probaron con éxito hubo más de un ataque de histeria, pero cada vez más chicas buscaban el punto exacto para cruzar ellas también.

Sólo una persona relacionaba a Danny con el escalón invisible.

—Tú hiciste esto —dijo Pat, acariciándose la cara.

—¿El qué?

—Tenía el peor brote de acné de todo el instituto —dijo Pat—. Y mírame, nada.

—Vale, te curaste. ¿Y qué?

—Fue cosa tuya —insistió ella—. El escalón invisible en el comedor, yo fui la primera que tropezó. Eso lo hiciste tú y me has curado.

—¿Así de fácil? —se rió Danny—. ¡Vaya! ¡Debo de tener poderes mágicos!

—Apareces tú por el Parry McCluer y comienzan a ocurrir cosas raras...

—Normal; controlo el continuo espacio-tiempo.

—¿Por qué curaste mi acné y los piercings de Sin? —inquirió Pat.

—Me parece que tú y Sin debéis de creer que me preocupo por vosotras...

—¿Ah, no? ¿Por qué te sientas todos los días con nosotras para comer? Y encima con esos dos idiotas de Hal y Wheeler. ¿Qué quieres, destrozar nuestra reputación?

—Sigo con mis estudios sobre el escote de Laurette —dijo Danny—. Me queda mucho para llegar al fondo de ese asunto.

Pat lo insultó y se marchó. Pero Danny no se lo tragó. La había visto esforzarse para no sonreír delante de él. Estaba encantada con su rostro limpio y suave. Y también estaba encantada con Danny. Y no tardaría en reunir el valor necesario para contárselo a Laurette, Sin y Xena.

A Danny le gustaba ayudar a la gente. En especial si eran sus amigos.

Por el contrario, a Danny le gustaba jugar con la gente que no eran sus amigos. Sobre todo con los capullos que lo pedían a gritos.

No obstante, Danny no quería comportarse como el típico mago teleportador, gastando jugarretas y riéndose de la gente. Era algo que había aprendido con los Silverman, que la magia debía servir para hacer del mundo un lugar mejor. Y algo que había aprendido él solo, es que no abandonas a alguien que te necesita, sobre todo si está en tu mano solucionar su problema. El entrenador Lieder tampoco merecía que abusaran de él, y cuando no se metía con Danny o con Hal, Danny no se metía con él.

Una noche, en la que Danny cenaba con Vivi en su restaurante favorito de Nápoles, le preguntó:

—Si es cierta esa teoría sobre que los magos teleportadores servimos al espacio-tiempo, entonces es posible que si dejo de hacerle trastadas a la gente, pierda parte de mi poder.

—No tengo ni idea —admitió Vivi.

—Ya. Bueno, sólo pensaba en voz alta.

—Danny, eres un bromista nato. No puedes evitarlo. No conseguirás dejar de serlo. Lo peor de todo es que, cuando te lo propones, te sales con la tuya sin sufrir las consecuencias. Cuando interactúas con el espacio-tiempo ocurre lo mismo, hagas lo que hagas, siempre consigues salirte de rositas.

Danny no quiso demostrarle a Vivi que se equivocaba y que las cosas podían torcerse y mucho. Lo que ocurrió fue algo fortuito, o quizá no.

El día de su decimosexto cumpleaños, Danny fue a clase como de costumbre. Alguien anunció por el sistema de megafonía que era el cumpleaños de Danny Stone y, entre clase y clase, recibió encantado felicitaciones de casi todo el mundo. A la

hora de comer, Laurette, Sin y sus amigas lo esperaban a la entrada del comedor para cantarle Cumpleaños Feliz, desgañitándose a conciencia. Sustituyeron el «que cumplas muchos más», por «que te j... mucho más».

—¿Se supone que esto es mi regalo de cumpleaños? —preguntó Danny.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Sin—. Un cumpleaños sin que te canten no es un cumpleaños de verdad. —Se había hecho dos nuevos piercings en una oreja y uno ya se había infectado.

«Ésta es de las que tropiezan en la misma piedra varias veces —pensó Danny—. Pero ése ya no era su problema».

—En ese caso, gracias —dijo.

El entrenador Lieder también se había enterado de la noticia.

—¿Dieciséis años, Stone?

—Sí, señor.

—Tengo un regalo para ti. —Señaló una gruesa cuerda que pendía del techo en uno de los laterales del gimnasio. Debajo se amontonaban unas cuantas colchonetas. El día anterior no estaba ahí.

—Vamos a linchar a alguien —dijo Danny—. Genial.

—Trepá —ordenó Lieder.

—No sé cómo hacerlo —declaró Danny.

—Tus otros profesores comentan que aprendes rápido.

—Ya, pero ellos se esfuerzan por enseñarme.

—Coloca las manos en la cuerda y tira del cuerpo hacia arriba —explicó Lieder—. Después, enroscas las piernas alrededor de la cuerda para sujetarte, adelanta las manos y vuelve a tirar del cuerpo hacia arriba. Hala, ya te he enseñado cómo se hace. Has aprendido algo nuevo. Considéralo mi regalo, chico del cumpleaños.

Le costó tres intentos, pero al final Danny consiguió trepar por la cuerda hasta arriba sin recurrir a la teleportación. Tenía las manos y las piernas en carne viva, y bajar sin empeorar las abrasiones provocadas por el roce era imposible. Pero Danny se hizo el propósito de no hacer ni una sola mueca de dolor; y tampoco quiso usar una puerta para curarse. Su intención era que los demás vieran las abrasiones y lo admiraran por no quejarse.

A Lieder no le gustó nada que Danny consiguiera escalar la cuerda sin mayor dificultad. Así que fue a por su víctima favorita...

Hal era alto pero enclenque. No tenía un gramo de músculo en todo el cuerpo. Sus brazos parecían las ramas retorcidas de un arbusto en invierno. Y sus piernas no habrían desentonado en un campo de concentración.

No podía levantar su propio peso con los brazos. Imposible. Era pura utopía. Trepar por la cuerda estaba fuera de sus posibilidades. Y cuando un par de compañeros lo auparon para darle impulso, volvió a deslizarse por la cuerda hasta el

suelo lanzando aullidos de dolor.

—Haz que suba por la cuerda —ordenó Lieder a Danny.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Danny—. ¿Empujarlo?

—Quiero verle ahí arriba, al final de la cuerda —dijo Lieder.

—Lo siento, tío —suspiró Hal, dirigiéndose a Danny.

—No es culpa tuya —respondió Danny. Podía lograr que Hal llegara al final de la cuerda sin problemas, pero tendría que hacerlo con cuidado o iba a resultar un espectáculo; uno que abriría bocas de asombro y las dejaría así durante horas.

Danny recordó lo que hacía en sus correrías antes de saber que era un teleportador: creaba puertas de corto recorrido de las que no era consciente. Había jurado que no usaría jamás las puertas para ganar una competición, pero esto era diferente, iba a ayudar a un amigo y a cerrar la boca a un abusón.

Danny reflexionó cómo conseguirlo sin que nadie se diera cuenta. Quizá lo mejor fuera desplegar una serie de puertas que ascendiera en espiral, para que la ascensión de Hal pareciera el fruto de su esfuerzo.

En esos momentos, Lieder estaba chillándole a otro infeliz y todo el mundo estaba pendiente de la escena. Danny aprovechó para hacer girar la cuerda. Mientras la enroscaba, giró con ella y abrió las puertas, tal y como había planeado. Estaba convencido de que si Hal se balanceaba de un lado a otro al subir por la cuerda, a los demás les parecería que se estaba esforzando y no subiendo con la ayuda de medios ajenos. Cuando soltó la cuerda y ésta comenzó a desenroscarse, dispuso otra serie de puertas que descendía en espiral desde el techo.

Danny llamó a Hal, que se dolía de las abrasiones en los muslos y las manos.

—Inténtalo de nuevo —musitó—. Mueve las manos para que parezca que eres tú el que sube.

—¿De qué hablas? —preguntó Hal.

—Agarra la cuerda y muévete en el sentido de las agujas del reloj. Ya verás.

Por fortuna no había nadie mirando. La cosa no salió cómo había planeado Danny. Hal agarró la cuerda, comenzó a contorsionarse y... salió disparado hacia arriba. No se detuvo al llegar al techo. Tampoco lo atravesó abriendo un boquete. Simplemente, desapareció.

Medio minuto más tarde, reapareció girando alrededor de la cuerda hacia el suelo. Cayó de espaldas, y en cuanto tocó tierra, gateó a toda prisa alejándose de la cuerda. No le quedaba ninguna secuela de las abrasiones de su primer intento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz ronca.

—No lo sé —respondió Danny con cautela—. ¿Qué crees que ha pasado?

—Empecé a girar y de repente estaba a más de un kilómetro de altura. Podía ver todo el valle del río Maurey. Podía ver a los coches entrando y saliendo en el Mac Auto de Lexington. ¡Estaba a una altura increíble! ¡Y me sentía genial! Pero seguía

girando, y de repente empecé a caer hasta que algo, no sé el qué, me agarró y me succionó hacia abajo. Hasta el suelo. Creo que voy a vomitar. Estoy mareado. Sufro de vértigo. Eres un tipo peligroso, amigo mío. ¿Qué me has dado? ¿Algún tipo de droga? Si eso era una alucinación, era condenadamente buena.

Danny había creado puertas que conducían a puntos concretos de la cuerda. En ningún caso podían haber teleportado a su amigo más allá del techo. Las puertas de Danny no podían hacer lo que acababa de describir Hal.

Hal le dio el extremo inferior de la cuerda a Danny.

—Hazlo tú —le dijo—. Enséñame cómo se hace, ya que parece que yo lo he hecho mal.

Danny agarró la cuerda y comenzó a contorsionarse.

Subió en espiral. Pero no se detuvo en el techo. Ocurrió lo que le acababa de contar Hal: la puerta lo hizo subir a un kilómetro de altura por encima del gimnasio y lo mantuvo ahí.

Antes de que la puerta lo hiciera descender, otro chico de la clase de gimnasia se unió a él.

—¡Esto es la leche! —aulló—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Eres un puñetero mago o algo así? ¡Enséñame cómo se hace!

Danny descendió. Toda la clase hacía cola para «subir la cuerda».

El entrenador Lieder se había sentado en el suelo y observaba cómo sus alumnos agarraban la cuerda y desaparecían. Miró a Danny con una mezcla de miedo y rencor en los ojos.

—Esto se ha convertido en un circo y tú tienes la culpa —lo acusó.

Danny no supo qué responder. La situación era la peor imaginable. Se correría la voz. Llegaría a oídos de la prensa, sobre todo si a alguien se le ocurría empezar a sacar fotos de los chavales suspendidos en el aire a un kilómetro de altura antes de precipitarse hacia abajo. El problema era que Danny no tenía ni la más remota idea de cómo detener lo que estaba ocurriendo.

—¿De dónde has salido? —preguntó el entrenador Lieder—. ¿De qué puñetero planeta vienes, chico nuevo?

—No sé qué diablos está pasando —dijo Danny con sinceridad—. Esto debe de ser cosa de Hal.

«Por favor, por favor, que Hal se lleve el mérito».

Pero eso no impediría que el hecho saliera en las noticias. Y en cuanto las Familias se enterasen, sabrían que era cosa de un mago y no tardarían en presentarse en el instituto. Danny podía dar por acabados sus estudios. Y todo por impresionar a los amigos. No, no. No lo había hecho para impresionarlos, había sido para ayudarlos... Pero no, Danny no se engañaba. Le gustaba presumir. Todos sus esfuerzos para no hacer trampas en el atletismo habían sido en balde. ¡Tenía que ir y

hacer trampas para mejorar su posición social en el instituto! ¿Cómo podía ser tan estúpido? Había caído en la misma trampa que los tontos héroes de sus novelitas, que se metían en problemas cuando intentaban causar una buena impresión a los demás.

«No he aprendido nada —pensó Danny—. Y ahora voy a perderlo todo. Tengo que salir de aquí. Y cuanto antes, mejor».

Estaba a punto de teleportarse a Yellow Springs y confesárselo todo a los Silverman, cuando uno de los chicos comenzó a gritar.

—¡Eh! ¡¿Qué pasa ahora?!

Danny se volvió hacia la cuerda. El chico estaba girando en el extremo de la cuerda, pero no ocurría nada. Los que habían subido antes seguían bajando, así que las puertas seguían activas, excepto la primera.

Danny examinó las puertas; mejor dicho, «percibió» las puertas con ese sentido interno que no tenía relación con la vista. Algunas habían cambiado. Eran semejantes a las puertas que hacía cuando empezó a crearlas tiempo atrás. Curiosamente, era la primera vez que constataba que las puertas que hacía en los últimos tiempos eran distintas a las antiguas. ¿Por qué habían cambiado sus puertas? ¿Y por qué esas puertas de la cuerda eran ahora como las antiguas?

Y en ese momento, mientras miraba, más puertas sufrieron el mismo cambio. Habría jurado que algo las agarraba y las cerraba. Algo, o alguien, estaba cerrando las puertas en sus mismísimas narices.

«¿Me ha encontrado el Ladrón de Puertas?».

Cuando descendió el último alumno por la cuerda, ese algo fue cogiendo las puertas restantes una por una, hasta que todas quedaron cerradas.

«Así eran todas mis puertas al principio. Eran puertas cerradas que sólo yo podía utilizar. Pero cuando las encontró Vivi, las desbloqueó. Es una Ganzúa y eso es lo que hacen las de su clase. Y en cuanto vi qué aspecto tenían las puertas desbloqueadas, comencé a crearlas todas así, sin darme cuenta de lo que hacía».

¿Y si Vivi había averiguado la forma de cerrar sus puertas, además de desbloquearlas? ¿Era ella la que estaba intentando sacarlo del lío en que se había metido? Si era ella, no pensaba enfadarse por la intromisión. Sus compañeros podían hablar todo lo que quisieran y el entrenador Lieder podía irle con el cuento a la prensa, pero nadie iba a creerlos si no tenían pruebas. Y la serie espiral de puertas había dejado de funcionar. A menos que alguna cámara hubiera grabado lo sucedido y lo sacara en los noticiarios, no habría constancia del suceso. Y sin imágenes no había noticia. La única historia que llegaría a la prensa sería el despido de Lieder, si el entrenador se empeñaba en que alguien creyera una historia que parecía el producto de una mente desquiciada.

Vivi acababa de salvarle el culo.

La mujer debía de encontrarse en algún sitio cerca del gimnasio. El alcance de su

poder era más limitado que el de Danny. Sólo podía manipular puertas que estuvieran a poca distancia, a no ser que hubiera presenciado la apertura de la puerta en cuestión.

A Danny le alegró comprobar que el resto de la clase culpaba a Hal de que la «cuerda mágica» ya no funcionara. Aprovechó la confusión para salir del gimnasio sin que nadie lo viera. Iba al encuentro de Vivi. Le pediría perdón por su estupidez y prometería que nunca, nunca más, haría algo parecido. Y ya que estaba, también le pediría que cerrara el escalón invisible del comedor.

Danny salió al exterior y buscó a Vivi. No vio a nadie. Debía de encontrarse al otro lado. Corrió en su búsqueda alrededor del edificio.

Corrió.

Y la encontró.

Pero no era Vivi.

Era la chica griega.

Una Familia lo había encontrado. No había hecho falta que la noticia llegara a la prensa. Seguro que en ese mismo instante lo acechaban los magos griegos más poderosos, dispuestos a fulminarlo con sus poderes. Aterrorizado hasta la médula, Danny hizo lo único que podía hacer.

Se teleportó.

CERRADURAS

Danny se alegró de no haberse teleportado nunca desde la casita de Buena Vista al instituto. Ni para ir ni para volver. Aunque estuviera lloviendo. De haberlo hecho, la chica griega habría podido teleportarse desde allí a la casa de Vivi en Florida, o a la de los Silverman, en Ohio. Incluso a la de Stone en Washington. Sin embargo, lo había encontrado a él. Había sido capaz de seguir su rastro y, sin duda, lo seguiría también ahora.

Su primer salto había sido instintivo, y se había teleportado al sitio en el bosque al que solía ir cuando era un crío. El mismo desde el que observaba a los alumnos del instituto.

Desde el bosque se teleportó a un área de descanso en la autovía a Washington, donde él y Eric habían estado haciendo autoestop durante tres horas hasta que consiguieron que alguien los recogiera. Mientras esperaban, se habían hecho con un par de almuerzos y los restos de unas cuantas bolsas de aperitivos. Danny no tenía ninguna puerta abierta allí.

Esperaba contar con algo de tiempo para poder planear cuál iba a ser su próximo movimiento. Pero no había pasado ni un minuto y la chica griega ya estaba a su lado.

—¡Espera, por favor! —le gritó ella.

Si dijo algo más, no llegó a oírlo. Abrió una puerta frente a la Biblioteca del Congreso, el mismo sitio en el que Eric le había exigido explicaciones sobre sus misteriosos poderes. También era el lugar donde le había hecho un calvo a los guardias de seguridad.

Ahora que era capaz de diferenciar una puerta abierta de una cerrada, vio que todas las que había ahí estaban cerradas.

Reflexionó. ¿Qué sabía sobre la chica griega? Que podía cerrar puertas. ¿Sería capaz de abrirlas, de descorrer el pestillo cuando estaban cerradas?

Danny cruzó la puerta que iba desde el exterior de la biblioteca hasta la entrada de los baños. Revisó las puertas del interior de la biblioteca. Todas estaban cerradas. Si los Pestillos podían abrir puertas, aparte de cerrarlas, la chica griega no tardaría en acompañarlo.

Pero no pasó nada.

¿Tan fácil era despistarla?

Tampoco le importó. La cuestión era que lo había encontrado en el Parry McCluer, y ya no podía volver. Por no hablar de su propia estupidez. Había abierto una puerta espiral que teleportaba a la gente a un kilómetro por encima del punto que

él había fijado como destino. Y se había convertido en una puerta libre, una que cualquiera podía cruzar, cuando no había sido ésa su intención.

No era el momento de pensar en ello; ya tendría tiempo de lamentar los años de instituto que nunca disfrutaría. Su objetivo era la supervivencia, lo demás carecía de importancia. Tenía que aprender a controlar sus puertas, a abrirlas y a cerrarlas, a echar el cerrojo cuando él lo considerara necesario.

Todas las puertas que había creado desde que estaba con Vivi eran puertas abiertas; las anteriores a eso, cerradas. ¿Qué había cambiado? ¿Era él? ¿O era la presencia de Vivi la que había modificado las puertas? ¿O los había cambiado ella a propósito sin decirle nada?

No. Vivi no había hecho nada. Se habría dado cuenta, como ocurrió cuando la chica griega cerró las puertas alrededor de la cuerda. Estaban abiertas cuando él las creó y vio como se cerraban.

Danny creó una puerta entre la entrada al baño y un punto en el centro justo del cuarto de los catálogos. Era una puerta que no tenía intención de utilizar. Sólo quería comprobar cuál era el aspecto de las puertas que estaba abriendo en esos momentos.

Era una puerta abierta. Si la chica griega se encontraba en la biblioteca, la podría usar. ¿Qué hacía ahora para que todas sus puertas se quedaran abiertas cuando antes las creaba todas cerradas? ¿Qué fue lo que cambió con la llegada de Vivi? Ella era capaz de desbloquear todas sus puertas. Pero no era eso. Él no había notado nada distinto. ¿Y si la clave estaba en la actitud de Vivi hacia la teleportación? Su entusiasmo. Su desbordante energía. Ella había conseguido que la teleportación fuera algo divertido. Antes de conocer a Vivi había sido al contrario, todo lo relacionado con las puertas era sinónimo de peligro. Primero tuvo que escapar del territorio familiar para salvar su vida. Más tarde, cuando estuvo con Eric, se había dedicado a sobrevivir y delinquir. En todos los casos, el riesgo siempre había estado presente. Pero la llegada de Vivi lo había alterado todo. Comenzó a abrir puertas para ella y eso cambió su forma de verlas; le gustaba abrirlas para Vivi. ¿Y si eran sus propias emociones las que habían provocado el cambio? Al disfrutar, las puertas que creaba se quedaban abiertas. Si era así, tendría que aprender a controlarlo.

Comenzó a crear puertas, intentando adoptar el humor adecuado para que surgieran cerradas. Pero, a pesar de estar aterrorizado, las puertas que iba creando seguían estando abiertas.

«Si mi teoría fuera cierta, significaría que ahora mismo me lo estoy pasando en grande», se dijo.

Recordó la sensación que tuvo de que agarraban las puertas cuando la chica griega las cerró en el gimnasio. Eso era lo que tenía que hacer, tenía que aprisionar las puertas; su estado emocional no tenía nada que ver con el asunto.

Intentó duplicar la sensación y agarrar las puertas a medida que las iba creando,

pero fue en vano.

En esos momentos había más de treinta puertas que iban desde los baños a distintos puntos repartidos por toda la biblioteca. Por suerte, ninguna era libre, aunque tampoco estaban cerradas.

«Deja de crear puertas, idiota —se reprendió a sí mismo—; intenta bloquear las que ya has abierto. Si un Ganzúa puede hacerlo, un Gran Mago Teleportador como yo debería hacerlo hasta dormido».

Cuando Danny comenzó a teleportarse, lo hizo de forma instintiva. Tampoco era consciente de que conocía la situación de todas sus puertas, tanto la entrada como la salida de cada una. En cuanto supo que era un mago teleportador, cayó en la cuenta de que poseía un mapa mental que incluía todas y cada una de las puertas que había abierto. Siempre había contado con el mapa y lo había utilizado por instinto, sin saber que lo hacía. Lo mismo sucedió con su percepción del estado de las puertas que creaba; al no tener con qué compararlas, no advertía si sus puertas estaban abiertas o cerradas, porque él las podía cruzar sin problemas. Desde que Vivi llegó a su vida, había sido capaz de «sentir» la diferencia entre unas y otras, y eso cambió sus puertas, que pasaron de estar cerradas a estar abiertas. Pero ese cambio había sido instintivo y ahora no sabía cómo volver a crear puertas cerradas. No obstante, en su interior contaba con ese conocimiento, sabía la manera de cerrar una puerta, de echar el cerrojo.

Respiró hondo para tranquilizarse y revisó todo su mapa de puertas, desde Virginia a Ohio, y desde allí a Washington y a Florida. Reflexionó que no abarcaba demasiado territorio, todavía le quedaba mucho para convertirse en un teleportador importante.

Localizó todas las puertas y recordó que era capaz de desplazarlas...

¡Desplazarlas! ¡Eso era! Si cambiaba la situación de las puertas de forma que su entrada y salida no estuvieran dónde estaban originalmente, la chica griega no podría usarlas para seguirlo.

Tomó las puertas que estaban en el exterior de la biblioteca y tiró de las bocas hacia dentro. ¿Dónde las iba a meter? No lo sabía. Sólo tiró de ellas hacia dentro. Cuando buscó esas puertas, no las encontró.

Dio un grito entrecortado y se apoyó en la pared. Acababa de devorar sus propias puertas. Al intentar «recoger» las puertas, tirando de ellas, las había eliminado. Las había devuelto a su... ¿reserva interna de puertas en potencia? No, las había reincorporado a su aura.

«Cuando pensé en tirar de las puertas hacia dentro, hice lo mismo que otros magos cuando recogen su aura y abandonan su efigie o a la bestia con la que están enlazados». Y había resultado tan natural y sencillo como respirar. Los Silverman ya se lo habían dicho; y también Tío Poot.

Si hubiera sabido todo esto antes de que la chica griega fuera a los dominios de los North, entonces no habría habido ni rastro de sus puertas y ella jamás lo habría encontrado.

Sin embargo, entonces no contaba con los medios necesarios para comprender su poder. Pero ahora sí.

No había tiempo que perder; tenía que averiguar cómo cerrar las... ¡Todas las puertas que acababa de crear en el interior de la biblioteca, estaban cerradas! Sin duda, había sido la chica griega que había aprovechado su distracción. Desde el exterior de la biblioteca podía percibir las puertas de Danny. Lo había seguido desde el área de descanso, y aunque ella no pudiera usar la puerta cerrada que había creado en los tiempos de Eric para entrar en la biblioteca, sí que podía alcanzar y cerrar las puertas que acababa de abrir dentro del edificio.

Pero ahora estaba comenzando a entender mejor lo que ocurría. Recoger las puertas era muy parecido a desplazarlas. Bloquearlas y desbloquearlas era parecido a crearlas.

Hizo la prueba.

Resultó tan sencillo que tuvo que ahogar un sollozo de alivio. Tanteó una de las puertas que acababa de cerrar la chica griega e hizo el gesto de crear una puerta, sólo que no era exactamente el mismo. No tuvo que hacer nada físico, ni decir nada... Fue una transmisión mental. El resultado fue que la puerta volvía a estar abierta.

«Acabo de abrir una puerta», se dijo.

Intentó cerrarla, sin éxito.

Podía hacer lo que hacía Vivi, pero no era capaz de repetir lo que llevaba a cabo la griega. Sin embargo, era cuestión de tiempo.

La puerta que acababa de desbloquear se volvió a cerrar. La chica griega no se daba por vencida. Una vez más, percibió la sensación de que agarraban la puerta, pero ahora, que ya era capaz de desbloquear una puerta, fue consciente de que el acto de bloquearlas se iniciaba en la salida de la puerta y no en la boca de la misma.

La diferencia era sutil, complicada de apreciar; a fin de cuentas, no había una distancia real entre la entrada y la salida de una puerta. Sí que la había en su recorrido exterior, era en su interior donde la distancia eran inexistente. La boca y la cola de una puerta ocupaban el mismo espacio y el mismo tiempo. Geométricamente hablando, eran adyacentes. No había espacio entre el interior de la boca y el interior de la cola, por largo que fuera su recorrido.

Ya sabía cuál era la diferencia entre las puertas que abría ahora y las de antes. Al principio, había agarrado las colas de esas puertas, y por lo tanto, las cerraba. Cuando conoció a Vivi, sabedor de que ella iba detrás de él a través de las puertas, había empezado a dejarlas abiertas. Había sido algo reflejo, como ceder el paso a un adulto.

Desbloqueó una de las puertas y volvió a bloquearla.

Desbloqueó todas las puertas del interior de la biblioteca y luego las cerró de nuevo. Una vez comprendido el procedimiento, resultaba fácil aplicarlo.

«Todos estos años han intentado que lo entendiera, pero nadie podía enseñarme. No es culpa de ellos, ni mía. No existen palabras con las que explicar un procedimiento así». Danny estaba convencido de que si intentaba explicarle a Vivi y a la chica griega lo que hacía para bloquear y volver a abrir una puerta, le dirían que eso no tenía nada que ver con lo que hacían ellas.

Percibió que alguien estaba manipulando una de sus puertas, aunque no sabía qué intentaba. Tenía que ser la griega, pero ¿qué estaba haciendo?

Intentaba abrir la puerta bloqueada.

Sintió un ramalazo de pánico.

«Acabo de aprender a bloquear las puertas fijándome en lo que hacía ella; ¿y si ella ha aprendido a desbloquearlas fijándose en cómo lo hacía yo?».

Se obligó a recuperar la calma; el miedo bloquea el pensamiento lógico, te impulsa a actuar por instinto. Y no era lo que necesitaba en ese momento, porque la cuestión era que la chica no estaba intentando aprender a abrir puertas bloqueadas; al contrario, intentaba enseñarle a él a cerrar las que estaban abiertas. Era la conclusión lógica de sus actos. ¿Para qué iba a cerrar todas las puertas que acababa de crear dentro de la biblioteca? Ella no podía usarlas. Si lo hizo, fue porque vio que Danny intentaba aprender a bloquearlas, y la chica las bloqueó para que él se fijara. Quería ayudar.

¿Y si no lo estaba siguiendo por orden de las Familias?

Abrió un mirador. Había aprendido a hacerlos a partir del que hizo en la pared del despacho de Rico. Poco a poco, los había ido creando más pequeños para que pasaran inadvertidos, y ahora tenían el tamaño de un palillo. La cola de la puerta estaba en el interior del ojo. En ese instante, comprendió que un mirador era una puerta cerrada en ambos extremos por la que sólo él podía mirar.

Utilizó el mirador para observar el exterior de la biblioteca.

Ahí estaba la griega. Parecía enfadada, impotente y, sí, algo asustada.

La chica lo detectó. No lo vio, lo percibió gracias a su poder. Se volvió hacia el mirador, alargó una mano y lo tocó. El gesto no impidió a Danny seguir viendo, sino que la incluyó a ella. Ahora Danny percibía lo mismo que la chica griega.

Fue una experiencia profunda e impactante. La conexión ya no era visual. No es que controlara el cuerpo de la chica, pero sí consiguió captar su esencia. Conoció la manera en que ella se percibía a sí misma.

Fue capaz de sentir el poder de la chica; la apariencia que sus puertas tenían para ella. ¿Podría ella sentir el poder de Danny? ¿Estaba él tan expuesto como lo estaba ella? ¿Podía leer el mapa de sus puertas? ¿Y sabía ella que Danny la «sentía» de esa forma? ¿Era ésa su intención?

Permitió que la esencia de la griega lo inundara. Fue un instante sublime de éxtasis terrorífico. ¿Ocurriría lo mismo con todos aquellos que entraran en contacto con un mirador?

Danny se preguntó si durante ese contacto íntimo con el poder y la esencia de la chica podría leer sus pensamientos. Descubrir cuáles eran sus intenciones.

No.

No existía una comunicación verbal en ese contacto, y tampoco eran sus mentes las que establecían la conexión. Las fuerzas involucradas no tenían nada que ver con los procesos mentales, aunque respondían a las órdenes de la mente. La esencia era el esqueleto de la marioneta, el cuerpo que controlaba la mente, mientras que el aura era las cuerdas con las que podía dar vida a otras marionetas: las puertas.

Era posible que pudiera controlar a la chica a través de la conexión.

No.

Danny ni siquiera hizo el intento. Si fuera posible, y tenía serias dudas al respecto, sería magia mental. Un mago jamás controlaba a otro mago, aunque fuera su peor enemigo, ni siquiera en defensa propia.

Apartó el mirador para verla de nuevo con sus ojos.

En cuanto lo hizo, la vio doblarse sobre sí misma hasta caer sentada sobre la hierba. Se cubrió la cara con las manos. Estaba llorando. Sus hombros temblaban debido a su agitación. ¿Qué le había hecho?

Amplió el mirador e introdujo la cara a través de él.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué lloras?

Retiró las manos de la cara y se volvió para que él no la viera.

Danny podía desplazar el mirador a donde quisiera, pero decidió respetarla. Si ella no quería que la viera, no lo haría.

—Estabas enseñándome a abrir y cerrar puertas, ¿verdad? —le preguntó Danny.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Dónde está tu Familia?

—No saben dónde estoy —contestó la griega.

—¿Vas a decírselo?

—No puedo volver con ellos —respondió. Su inglés era perfecto, con un leve acento británico.

—¿Y eso? Ya saben que eres una maga teleportadora.

—Están convencidos de que soy una simple Buscadora. Por eso me perdonaron la vida a pesar de las leyes y los tratados; los Buscadores no pueden manipular las puertas, y yo jamás les dije que podía usar tus puertas. La verdad es que yo tampoco lo sabía, hasta que me encontré con una abierta. Llegó un momento en el que tuve

que tomar la decisión de marcharme; seguro que lo entiendes: he ansiado esto durante toda mi vida. Cuando te encontré hace tres navidades, en el territorio North, me sentí llena de esperanza. Pero todas tus puertas estaban cerradas, bloqueadas. Sólo era capaz de cerrarlas con más firmeza todavía, pero eso me servía de bien poco cuando la única persona que podía encontrarlas eras tú.

Lo miró de frente mientras se enjugaba las lágrimas.

—Entonces encontré la puerta abierta que hiciste para tu amiga Ganzúa en Florida. Sí, he estado en su piso, pero ella no me vio. Si me hubiera visto, estaría aquí con nosotros. No puedo bloquearla. Puede abrir todo lo que yo cierro.

—Y tú puedes cerrar todo lo que ella abre.

Danny abrió el mirador hasta convertirlo en una puerta. La cruzó para sentarse con ella sobre la hierba.

—¿Corres el mismo peligro que yo? —preguntó Danny.

—¿Acaso no soy una auténtica maga teleportadora? —preguntó ella a su vez—. No soy una simple Buscadora, soy alguien con poder para manipular una puerta. Podría cerrar cualquiera, excepto una Gran Puerta. Conozco el lugar al que conduce una puerta, y también su origen, en cuanto la percibo.

»Estábamos de compras en el centro comercial de Nápoles, Florida; mis padres, un tío, un primo con el que quieren que me case, y yo. Entonces vi la puerta abierta en un pasillo que iba a los baños. Fui a la puerta y la crucé. No me importó que mi Familia se quedara atrás, ni tampoco el destino de la puerta. Lo único que tenía importancia era que, después de tantos años, acababa de encontrar una puerta que podía usar. En cuanto la crucé, la cerré a conciencia.

—Has venido sola —comentó Danny.

—He venido porque quería conocerte. Pero en seguida me di cuenta de que no dejabas las puertas abiertas a propósito; no sabías lo que estabas haciendo. Y cuando llegué al instituto y vi que estabas trenzando una Gran Puerta...

—¿Qué?! —se sorprendió Danny.

—¿Es que no has aprendido nada? —preguntó la chica griega.

—Trenzando una Gran Puerta —repitió Danny. Y comenzó a recitar lo que decían las runas—. «Aquí Loki trenzó una nueva puerta al cielo». Yo creía que cuando hablaba de «trenzar» era lo mismo que crear una puerta. Estaba equivocado, se refiere a crear una puerta en espiral, una en la que el mago teleportador gira sobre sí mismo.

—¿A quién crees que imitaban los derviches danzantes^[6] originales? —preguntó la chica—. Habían sido testigos de cómo un mago teleportador giraba al crear una Gran Puerta al cielo. La Torre de Babel, por ejemplo. Nimrod fue uno de los primeros magos teleportadores que llegó a Mesopotamia. Un poderoso cazador que construyó una torre desde la que suspendió una cuerda; se enroscó en ella y comenzó a dar vueltas y más vueltas para crear una puerta. ¿No contáis historias en tu Familia?

—Ninguna que hable de teleportadores —respondió Danny—. Puedes imaginar el motivo.

—Claro. La verdad es que en mi Familia me dejaron leer todas esas historias porque querían que fuera capaz de reconocer una puerta cuando la viera. Me sirvió de poco, la verdad. ¡No hay ni una sola puerta en toda Europa, Asia o África! Vuestro último Loki era un ser muy concienzudo. Todas las puertas del mundo han desaparecido. O eso creí, hasta que llegamos al territorio de los North y comencé a ver puertas por todas partes. Al principio no fui capaz de reconocerlas. Pero luego, no sólo fui capaz de ver las que estaban al descubierto, también localicé las que estaban ocultas en los edificios y en los árboles.

—¿Qué pretendías cuando te acercaste a mi escondite dentro del muro?

—Quería verte. Eras el primer teleportador al que veía en persona. Podía ver las puertas ardiendo en tu interior y...

—¿Qué?!

—Tu yacimiento primordial —aclaró ella—. Los magos teleportadores no poseen un aura normal; está fragmentada, lista para convertirse en puertas. En tu caso, las porciones son tan diminutas que parecen motas de polvo. Eso es lo que yo veía, un millón de puertas potenciales contenidas en un solo punto en el interior de tu cuerpo.

—Jamás he sentido algo así.

—¿Qué fue lo que sentiste cuando entramos en contacto?

—Fuiste tú la que entró en contacto conmigo —la corrigió Danny.

—Tenía que convencerte de que podías confiar en mí. Te toqué para mostrarme por completo ante ti. No me refiero a mi cuerpo, me refiero a mi propio yacimiento primario. Podrías habérmelo arrebatado y añadido al tuyo. Ha ocurrido en el pasado, un teleportador menor cedía su yacimiento para que un Caminante o un Gran Mago Teleportador pudiera crear una Gran Puerta. El mago menor quedaba vacío, pero el sacrificio se veía compensado si se conseguía abrir la Gran Puerta.

—No sé nada de todo eso —declaró Danny—. No he conocido a nadie que pudiera enseñarme.

—Yo tenía libros —le contó la chica griega—. La verdad es que tampoco había nadie en mi Familia que supiera algo del tema.

—Gracias por confiar en mí —manifestó Danny—. No tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando cuando te acercaste a mí en el mirador.

—Pero confiaste en mí lo suficiente para reunirte aquí conmigo.

—Todavía tengo miedo de que todo esto no sea más que una trampa —dijo Danny—. Que de pronto un Brizna de Hierba ordene al césped que me devore.

Ella lo cogió de la mano.

—Cualquier cosa que te suceda a ti, me sucederá a mí también; tienes mi palabra. Te protegeré a toda costa cuando llegue el momento de crear una Gran Puerta.

—No quiero utilizar tu... yacimiento.

—Yacimiento primordial, arsenal, depósito de reserva...

—No quiero despojarte de eso, sea lo que sea.

Ella se rió.

—¿No lo comprendes? Jamás había oído hablar sobre un teleportador con un yacimiento como el tuyo. No necesitas nada.

—Dijiste que sólo era polvo.

—No, no —se apresuró a explicar ella—. El yacimiento tiene el mismo tamaño en todo el mundo. Las puertas potenciales aumentan o disminuyen de tamaño para llenarlo por completo. El mío sólo tiene unos cuantos vulgares gránulos. Según los libros, mejor dicho, el único libro que hablaba sobre los yacimientos, los Grandes Magos Teleportadores más poderosos tienen tantas puertas en su interior que parecen granos de arena. Pero tú... Los tuyos son...

—Polvo —terminó la frase Danny.

—Eso fue lo que vi tras la pared, cuando estabas escondido; un mago teleportador con un poder inmenso.

Danny meditó sobre lo que acababa de oír.

—Y ahora te encuentro trenzando una Gran Puerta en el instituto sin la ayuda de nadie.

—No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Creía que sólo era una serie de pequeñas puertas que servirían para ayudar a un amigo a trepar por una cuerda en la clase de gimnasia.

Ella le dirigió una mirada confundida.

—Educación física, ya sabes, ejercicio físico...

—Sí, sí. Soy rápida captando las cosas. Soy una teleportadora, recuerda, aunque sea de menor nivel que tú.

—Sin ti, dudo que hubiera aprendido a abrir y cerrar las puertas, o a comérmelas.

—¡No te comes las puertas! —rió ella.

—Recuperé, las puertas que estaban antes ahí.

—Sí, las recogiste, pero eso no es comérselas. Te comes las puertas de los demás. Recuerda que es una porción de su aura, y al comértela, estableces un contacto con el mago que la ha creado. Eso es comer. No puedes comerte tus propias puertas.

—Soy un ignorante —se lamentó Danny—. Tengo dieciséis años y soy tan ignorante como un bebé.

—Si yo sé algo, es porque me dieron libros para leer; cinco en total. En toda nuestra biblioteca sólo había cinco libros que hablaran sobre los teleportadores. Pero fueron cinco libros más de los que te dieron a ti.

Ella aún lo cogía de la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Yllka. Ése es mi nombre oficial. Mis padres me dieron otro nombre, uno secreto, cuando vieron que era una teleportadora. Me llamaron Hermia.

Danny se dio cuenta en seguida la relación entre su nombre y el de Hermes, el nombre genérico de los teleportadores en la Familia Griega.

—Creían que eras una maga teleportadora como yo... ¿Rompieron la ley a propósito?

—¿Por qué crees que me consiguieron todos esos libros? Mostraba todos los signos: talento para los idiomas, embaucadora nata, carecía de aura, era incapaz de crear una efigie, no empatizaba con nada y era lista, muy lista. Cabía la posibilidad de que fuera una drekka, pero mis padres no perdieron la esperanza.

Danny negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Las Familias han fingido durante todos estos años que odian a los teleportadores. Alardeaban de que si alguno se atrevía asomar la cabeza se la cortarían, y...

—Mi Familia ha estado intentando convencer a las demás Familias, excepto a la vuestra, claro está, de que los mortales se están volviendo cada vez más poderosos. Pronto, nuestros debilitados poderes no bastarán para protegernos. Ya no tenemos magos pétreos capaces de dismantelar una bomba atómica sin necesidad de tocarla. ¿Y Tempestuosos? ¡No queda ninguno capaz de desviar la trayectoria de un misil! ¿Y Areneros o Amos de la Greda capaces de conseguir que la tierra se trague un tanque? Ni uno. Y de la magia que pueda detener una bala, o simplemente desviar su curso, ya no se oye ni hablar. Sólo podremos recuperar nuestras fuerzas si cruzamos una Gran Puerta. En lugar de luchar entre nosotros, deberíamos unir nuestras Familias para protegernos contra los mortales.

—Casi parece una noble empresa.

—No lo es —dijo Hermia—. Las Familias echan de menos su divinidad. Saben que nadie va a venir a adorarnos en nuestro estado actual, y menos aún, van a pagarnos un tributo. Nos consideran prestidigitadores, médiums, charlatanes.

—¿Y tú creías que yo estaba creando una Gran Puerta?

—Sí. Para tus amigos los Huérfanos. Mi Familia los teme más que a nada en el mundo. Lo han intentado antes, los Huérfanos, quiero decir. Ha habido otros magos teleportadores antes que nosotros.

—Lo sé, me lo contaron —asintió Danny—. El Ladrón de Puertas los atrapa. No habría intentado abrir una Gran Puerta de haber sabido que era eso lo que estaba haciendo.

—La verdad es que era bastante débil —comentó Hermia, sonriente—. Sólo tenía un alcance de poco más de un kilómetro. ¿No creerás que haya planetas a esa distancia de la Tierra, verdad?

Danny se rió brevemente, pero en seguida lo asaltó una nueva pregunta.

—¿Y cómo se supone que voy a abrir una Gran Puerta? No tengo ni idea de dónde está Westil.

Hermia se encogió de hombros.

—Nunca ha habido necesidad de saberlo. Si abres una puerta lo bastante grande y la trenzas de tal manera que escapa a tu control, acabará en Westil. Luego sólo hay que trenzar esa misma puerta de vuelta a la Tierra y tendrás una Gran Puerta. Libre y poderosa. No sólo sanará a quien la cruce, también aumentará sus poderes. Hombres y mujeres fuertes verán su fuerza incrementada y serán como Hércules y Goliath. No pudieron convertir a esos mortales en magos, pero sí les permitieron cruzar una Gran Puerta...

—Los llevaron al Olimpo —murmuró Danny.

—Podríamos repetirlo. Llevarlos y traerlos de nuevo mucho más fuertes de lo que eran.

—Debería hacer una en exclusiva para Hal —comentó Danny, pensando en voz alta.

—Y ése es el motivo por el que me necesitas —siguió Hermia—. Para bloquear el otro extremo en cuanto la puerta alcanzara Westil. ¿Quién sabe la clase de gente o de bestias que moran en ese lugar y que podrían bajar hasta aquí?

Danny recordó algo que había leído en la Biblia de Leslie; en el Apocalipsis de san Juan.

—«Hacia abajo fue arrojado el gran dragón, la serpiente original —recitó Danny de memoria—. El que es llamado Diablo y Satanás, que engañó a toda la tierra habitada; fue arrojado abajo a la Tierra y sus ángeles fueron arrojados con él».

—¿La Biblia? —preguntó Hermia.

—Me pareció apropiado para la ocasión —replicó Danny.

—No habla de los westilianos —apuntó Hermia.

—¿No? ¿Y por qué no puede referirse a nosotros?

—Hubo infinidad de guerras en Westil a lo largo del milenio que las Grandes Puertas estuvieron abiertas. Pero a nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido arrojar a sus enemigos desde Westil a Midgard a través de una Gran Puerta. De haberlo hecho, sus heridas se habrían curado y sus armas se habrían transformado en otras mucho más poderosas. La idea habría sido impedir que el enemigo cruzara las Grandes Puertas y reservar ese derecho para ti y tu gente.

—Quieres decir que si llego a abrir la Gran Puerta, sin saber cómo bloquearla...

—Una Gran Puerta se compone de centenares de pequeñas puertas entretejidas —explicó Hermia—. Es lo mismo que tejer una cuerda. Cuando comienzas, envías esas puertas hacia arriba, al Universo; como si lanzaras una cuerda a alguien que te aguarda en lo alto de un precipicio. No hay forma de conseguir algo así si tienes que estar pendiente de si las puertas están cerradas o no. No es importante que sepas

cerrarlas, lo importante es que haya alguien contigo que pueda hacerlo por ti.

—Y tú te ofreces voluntaria —dijo Danny.

—Más que ofrecerme, te lo estoy suplicando. No tengo adónde ir. No hay sitio donde pueda estar a salvo. Cuando hagas la Gran Puerta, necesito que me lleves contigo a través de ella. ¿Dónde puedo ocultarme en Midgard de la Familia de Zeus?

—A mí me ha ido bastante bien —comentó Danny—. Hasta ahora la Familia de Odín no ha dado conmigo.

—Zeus no es tuerto —sonrió Hermia—. Y yo no soy una Hermes auténtica, capaz de escaparme cuando las cosas se ponen difíciles. Si me atrapan, no hay escapatoria, a no ser que tú hayas creado una puerta que pueda utilizar.

—Entonces, somos aliados.

—Yo te necesito a ti mucho más que tú a mí —dijo Hermia—. Pero es cierto que puedo serte útil. Por favor, no me apartes de tus puertas, Danny North.

LA GRAN PUERTA

Se reunieron en el gimnasio del instituto, porque allí ya había una cuerda. Era de noche y el edificio estaba a oscuras, aunque, para lo que iban a hacer, les bastaba con las luces de salida que había sobre las puertas de emergencia.

A Danny lo entristeció volver al instituto; sabía que no iba a volver a pisar ninguna de sus aulas. Ciertamente que nadie, a excepción de Hal Sargent, relacionaba a Danny con el suceso de la cuerda; Danny podría haber seguido acudiendo a sus clases, sobre todo ahora que era capaz de bloquear una puerta, o recogerla, cuando fuera necesario.

Sin embargo, Danny iba a embarcarse en la creación de una Gran Puerta. Ya había probado que contaba con el poder necesario para iniciar la creación de una Gran Puerta; había pocas dudas de que conseguiría su objetivo. A fin de cuentas, los magos teleportadores de los Huérfanos habían abierto Grandes Puertas en el pasado, aunque no podía olvidar lo ocurrido con todos ellos: una vez creada la puerta, el Ladrón de Puertas robaba la puerta y, con ella, el aura del mago teleportador.

Si eso ocurría, o como Danny temía, cuando eso ocurriera, Danny no podría seguir viviendo en Buena Vista. Sin sus puertas para comunicarse con Vivi y los Silverman, Danny estaría aislado por completo. Sin el poder de la teleportación para marcharse cuando y a donde quisiera, estaría a merced de los Lieder y los Massey. Se habría convertido en aquello que su Familia siempre había pensado de él: un drekka. Se vería obligado a vivir entre los mortales, pero quería hacerlo en casa, en Yellow Springs. Tendría que acostumbrarse a ser el chico raro que corre, sacar sobresalientes en todas las asignaturas, pasar inadvertido y llegar a la facultad.

Habían mantenido una reunión en la sala de estar de los Silverman y, entre otras cosas, habían tratado ese tema. Los presentes —Vivi, los Silverman, Stone y Hermia; una vez que Danny convenció a los demás de que estaba con ellos— habían valorado todas las opciones.

—Si el Ladrón de Puertas te arrebatara el aura —dijo Marion—, acudiremos a hablar con la Familia North; les contaremos todo lo que has hecho y que has perdido el aura. Es posible que te dejen en paz cuando sepan que ya no eres un teleportador.

—Poco probable —sentenció Danny.

—Es la única opción viable —repuso Stone—. Si pierdes la capacidad para teleportarte, sólo queda confiar en que te dejarán tranquilo. Hermia y Vivi también correrían peligro, y sin tus puertas no podrían escapar a ninguna parte.

—¿Por qué hacer la Gran Puerta? —intervino Leslie—. ¿Por qué no dejarlo correr

y que Danny viva su vida? Tiene el poder para abrir Midgard a los Huérfanos; me refiero a que si Hermia tiene razón y Danny posee una cantidad inmensa de puertas en su interior, que las utilice para comunicar las principales ciudades del mundo mediante puertas libres. Los mortales podrían desplazarse con mayor libertad por todo el planeta.

—Las Familias no abandonarían su idea de matarlo —repuso Marion con tristeza—. Y cuando lo consiguieran, las puertas se desvanecerían lentamente, como las efigies abandonadas por los magos que las han creado.

—No soporto la idea del peligro que todo esto supone —se quejó Leslie—. ¿No podemos esperar? ¿Tiene que ser ahora?

—Cada día que pasa aumentan las probabilidades de que los espías de las Familias localicen a Danny o a Hermia.

—Pero si lo atrapa el Ladrón de Puertas...

—Mamá —dijo Danny, y Leslie se calló de sopetón al oírlo, aunque sus ojos se llenaron de lágrimas—. Todos los magos teleportadores que lo intentaron en el pasado estaban solos. No había otros teleportadores a su lado. Yo cuento con Vivi y con Hermia. Hay una posibilidad real de que consiga mantener la puerta bloqueada y fuera del alcance del Ladrón de Puertas.

—Eso espero —dijo Hermia—. Tampoco sabemos qué hace en realidad el Ladrón de Puertas.

Vivi negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Leslie. Dudo que esta chica y yo consigamos algo positivo. Seremos meras testigos de cómo despojan a Danny de su aura.

—Si ocurre eso, habremos aprendido algo —intervino Stone—. Lo pondremos por escrito y haremos que todos los Huérfanos conozcan lo sucedido. Es posible que la próxima vez ese conocimiento nos permita triunfar.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Danny—. Voy a hacerlo. Voy a hacerlo esta noche. O consigo crear una Gran Puerta, o no lo consigo. Y todos estaréis presentes.

—Te estás poniendo un poco mandón, ¿no? —comentó Vivi.

—Si consigo crear una Gran Puerta, es posible que sólo pueda mantenerla abierta durante unos cuantos segundos. Quiero que la crucéis todos. Que lleguéis a Westil y volváis lo más rápido posible. Al instante.

—¿Y para qué querríamos hacer eso? —preguntó Leslie—. ¿Y si nos quedamos atrapados en Westil? No sabemos nada de ese mundo, ni tampoco conocemos a nadie. Es posible que intenten matarnos en cuanto detecten nuestra presencia. Hasta es posible que el Ladrón de Puertas sea el soberano de Westil...

—Pero seríamos los primeros magos en cruzar una Gran Puerta en los últimos catorce siglos —intervino Stone—. Seríamos más poderosos que nadie.

—¿Y qué? —preguntó Leslie—. ¿Me convertiría eso en la vaca más poderosa del mundo?

—Tiene razón —saltó Vivi—. Creo que ella debería quedarse.

—Marion tiene que ir —declaró Stone—, y si él va, Leslie querrá ir con él.

—Cierto —convino Leslie.

—Y Marion es un Mineral —continuó Stone—. Cuando cruce la Gran Puerta, se convertirá en el mago pétreo más poderoso del mundo.

—No estoy yo tan seguro de eso —replicó Marion—. Es cierto que las habilidades que ya poseo mejorarán, y mucho. Pero no he leído nada que indique que una Gran Puerta sea capaz de convertir a un Mineral en un Gran Mago Pétreo. En mi opinión, las Grandes Puertas mejoran lo que ya tienes, pero no te hacen evolucionar a otro nivel.

—Ya veremos qué ocurre —dijo Danny—. ¿Crees que deberíamos llamar a Ced, Stone? Es un mago eólico y tú crees que tiene talento. Es posible que sea un Galerna. Si cruza la Gran Puerta, puede proteger a los demás sin importar el lado en el que se encuentren. Ninguna Familia contará con un mago eólico que le pueda hacer frente después de pasar por la Gran Puerta. Estoy convencido de que ocurrirá lo mismo en Westil, si es que se quedan atrapados.

—Le preguntaremos —intervino Marion—. Nadie debería ir si no está dispuesto a correr el riesgo de quedarse atrapado en Westil. Fijaos en todo lo que ha ocurrido en Midgard desde el año 632 de nuestra era. Los avances tecnológicos. Los adelantos médicos. Si no tienen puertas en Westil, tendrán dificultades para curar a la gente. Los sanitarios. El modelo heliocéntrico de Copérnico. Microscopios. Telescopios. Es posible que no tengan nada de eso en Westil.

—Y también es posible que cuenten con adelantos aún mejores —opinó Danny—. ¿Y si el Ladrón de Puertas no es una persona? ¿Y si es una máquina capaz de absorber todo el poder de un mago? Hay muchas cosas que ignoramos.

—Pues ya va siendo hora de que acabemos con eso —decidió Marion—. Nuestros hijos ya son mayores, si Leslie y yo nos quedamos en Westil sin posibilidad de volver, nos echarán de menos, pero no nos necesitan.

—No comprendo a qué viene todo esto —intervino Hermia—. Lo más probable es que el Ladrón de Puertas vacíe a Danny antes de que nadie pueda ir a ninguna parte.

—¿Eso qué es, optimismo griego? —dijo Vivi.

—Para tu información, no somos griegos. Nunca hemos sido griegos. Somos pelasgos. Fuimos los dioses de los illirianos, los albanos y los dánaos. Cuando los dorios y los jónicos llegaron, eliminamos a sus Familias y comenzaron a adorarnos a nosotros. Pero no somos griegos.

—Gracias por la lección de historia —dijo Leslie.

—Pues yo lo encuentro fascinante —aseguró Danny.

—¡Oh, mi Danny se ha enamorado! —exclamó Vivi—. Danny y Hermia, cogidos de la mano...

—Déjalo ya, Vivi —la interrumpió Stone—. Creo que andamos todos un poco pasados de vueltas esta noche. Hermia tiene razón. Lo más probable es que el Ladrón de Puertas devore las puertas de Danny antes de que podamos llegar a Westil. Estaremos todos atascados en Buena Vista, Virginia, que no es lo que yo llamaría una gran ciudad, sin puertas para teleportarnos a casa. Más vale que alguien alquile un coche para ir hasta el aeropuerto de Roanoke. Nos largaremos si las cosas salen mal. Y Danny vendrá nosotros, esté como esté.

—Yo me encargo de hacerlo —se ofreció Vivi—. Danny puede crear una puerta que vaya del aeropuerto a la cuerda del gimnasio...

—¿Por qué ahí? —preguntó Leslie—. Seguro que hay montones de gimnasios, con montones de cuerdas, en un montón de lugares que no están justo al lado del territorio de los North.

—Pero ésa es la que ha usado Danny, y con éxito —dijo Hermia—. Ha probado que es capaz de crear una Gran Puerta y lo ha hecho ahí.

—Si todo sale bien —dijo Danny—, acabaremos con el gobierno miserable, retorcido, demencial y endogámico de las Familias.

—Y contaremos con el de los desgraciados y solitarios Huérfanos —ironizó Marion—. Lamento el cinismo, pero no creo que vayamos a hacerlo mucho mejor. Quienes detentan el poder se convertirán en los dioses de las leyendas: seres caprichosos, crueles y despóticos.

—Sin embargo, eso no te impide cruzar la Gran Puerta —dijo Vivi.

—No hay marcha atrás, ¿verdad? —declaró Marion—. Si sale bien, quiero que seamos los primeros en cruzar; es posible que consigamos que las cosas no se tuerzan... demasiado.

—Ya está todo dicho —sentenció Danny—. Tengo que crear unas cuantas puertas. Una desde aquí al Parry McCluer, para que cuando llegue el momento, podáis acudir todos al gimnasio. Habrá otra que irá desde allí al aeropuerto de Roanoke, para que Vivi pueda alquilar un coche. Desde allí, le costará una hora conducir hasta Buena Vista. Mientras llega, iré a buscar a Ced. Stone, me gustaría que vinieras conmigo.

—Yo también voy —dijo Hermia—. Me quedo contigo. —Se volvió de repente hacia Vivi—. Y no quiero más chistes sobre si Danny y yo estamos juntos y chorradas de ésas. Sabes de sobra que tú y yo no somos nada sin él.

—Lo sé —admitió Vivi, sobrecogida ante la reacción de la griega.

—Si nos estás engañando —advirtió Stone a Hermia—, si todo esto es una trampa para matar a Danny, juro que acabaré contigo con mis propias manos.

—Me alegro de que seas tan leal a Danny —comentó Hermia con toda tranquilidad—. Pero no soy una farsante, ni una espía.

—Pues entonces, ya está todo aclarado —dijo Danny—. Ya que he sido yo el que ha puesto todo esto marcha por hacer el idiota con una cuerda, me disculpo desde ahora por todo lo que pueda salir mal. Con suerte, yo me quedaré sin aura y vosotros no sufriréis ningún daño. Sin embargo, si sucede lo peor, recordad que mis intenciones eran buenas y que he intentado hacerlo lo mejor posible. Y ése es mi compromiso: lucharé con todas mis fuerzas contra el Ladrón de Puertas. Espero que os podáis aprovechar de eso.

Leslie rompió a llorar. Danny fue hacia ella y le pasó un brazo encima del hombro.

—Ya está bien de tonterías —soltó Vivi—. Deja que Marion la consuele. Tú y yo tenemos trabajo que hacer. Mueve el culín, chavalín.

Todos se rieron, incluso Leslie. Danny creó una puerta libre desde el salón de estar de los Silverman hasta las gradas en el interior del gimnasio del Parry McCluer. A continuación, cogió a Hermia de la mano y cruzó la puerta. Vivi cogió la mano de Stone y fue tras ellos.

Ced aceptó el ofrecimiento de Danny sin vacilar. Era la oportunidad de su vida y estaba dispuesto a asumir el riesgo de quedarse atrapado en Westil.

Vivi alquiló un gran todoterreno compacto y llegó sin percances al instituto.

Danny recogió todas las pequeñas puertas de la espiral que había elevado a sus compañeros de clase a un kilómetro de altura.

—De acuerdo, Hermia —indicó Danny—. Cierra todas las puertas libres que acabo de abrir. No quiero estudiantes apareciendo en Roanoke o Yellow Springs mañana por la mañana.

—Yo no me preocuparía por eso —se rió Ced—. El Ladrón de Puertas se las comerá todas esta misma noche.

Nadie más se rió.

—Lo siento —se disculpó Ced—. Sólo quería alegrar el ambiente.

—Y lo has hecho —dijo Stone—. Ahora todos queremos que llegues a Westil y te quedes ahí para siempre. —Este comentario consiguió arrancar un par de carcajadas.

Danny se dirigió a Hermia y a Vivi.

—¿Listas?

—Estaremos atentas —aseguró Hermia—. Si podemos ayudarte, lo haremos.

—Lo más importante es avisar a los demás en cuanto esté lista la Gran Puerta. Que la crucen en seguida. Tendréis que indicarles por dónde entrar. Si existe la más mínima posibilidad de tener éxito, hay que aprovecharla.

—Creo que debería cruzar con los demás —dijo Vivi.

—De ninguna manera —sentenció Stone—. Tu misión es estar pendiente de

Danny y no de cruzar la puerta.

—¿Y si el Ladrón de Puertas bloquea la Gran Puerta y yo soy la única que puede abrirla?

—Eso puedes hacerlo desde este lado —intervino Hermia—. Tenemos que quedarnos al lado de Danny.

—Lo sé —suspiró Vivi con resignación.

—No quiere perder a su amado esposo —bromeó Stone.

—Leslie sí que puede ir con Marion —subrayó Vivi.

—Nadie va a ir a ninguna parte hasta que cree la puerta —dijo Danny—. Y voy a hacerlo ya.

Fue hacia la cuerda, la agarró con las dos manos y levantó los pies hasta apoyarlos en el gran nudo que había en el extremo inferior.

—Señoras, empecemos a girar.

Hermia y Vivi comenzaron a darle vueltas.

—No tan fuerte, no quiero marearme antes de empezar.

Las dos bajaron el ritmo.

Le dieron vueltas y más vueltas, hasta que la cuerda comenzó a acortarse y Danny ganó altura de manera apreciable.

—Ya es suficiente —anunció Danny—. Ahora quiero silencio. Salvo que sea algo urgente, no digáis nada. Necesito concentrarme para crear tantas puertas a la vez.

Habían llegado a la conclusión, a partir de los estudios de Hermia, que una Gran Puerta normal estaba compuesta de diez o doce puertas entrelazadas y enroscadas, y que cada una de estas puertas cubría la distancia total hasta Westil. Cuantas más puertas formaban una Gran Puerta, mayor era su duración y podía sobrevivir al mago que la había creado. Entre todos, habían decidido que esa noche bastaría con una normal.

—Soltadme —indicó Danny—. Hacedlo con suavidad para que al girar no me desvíe del eje. —Dicho lo cual, cerró los ojos. El sentido de la vista sólo serviría para distraerlo.

Vivi y Hermia se miraron.

—A la de tres —dijo Vivi—. Una, dos y soltamos. ¿De acuerdo?

Hermia asintió.

—Una —contó Vivi—. Dos. ¡Ya!

Danny comenzó a girar.

Comenzó a crear puertas de inmediato, hasta un total de doce. Las bocas estaban cerca unas de las otras a la altura del nudo inferior de la cuerda. Estaban orientadas hacia el oeste. Las colas de las puertas finalizaban en el techo, pero sólo de manera temporal. Danny llevaba consigo las bocas mientras giraba cada vez más de prisa.

Hermia y Vivi aguardaban a que Danny alcanzara la máxima velocidad para

avisarlo. Eso ocurriría en cuanto la cuerda se desenroscara del todo, justo antes de que comenzara a dar vueltas en sentido contrario. Pero Danny decidió no esperar. Hermia le había contado que los Grandes Magos Teleportadores se limitaban a dar vueltas sobre sus propios pies, igual que los críos cuando juegan a marearse, y estaba convencido de que él había alcanzado la velocidad suficiente para comenzar.

Agarró las colas de las doce puertas y las lanzó hacia arriba, al espacio. No tenía pensado un destino concreto, se limitó a enviarlas «allí», dondequiera que eso fuera. Claro que «allí» era Westil. El hogar natal de los magos. El mismo lugar en el que aguardaba el Ladrón de Puertas.

Fue cuestión de un instante. Pensó en ese lugar, en «allí», y las colas de las puertas llegaron.

Así de simple.

—Está abierto —anunció Hermia—. Por aquí.

Danny no tuvo ocasión de comprobar si alguien cruzaba la puerta o no. El Ladrón de Puertas estaba presente.

Así de simple.

—¡Dios mío! —jadeó Vivi.

El Ladrón de Puertas lo había apresado. Era igual que en las runas, cuando decía: «Las fauces de Bel se cerraron alrededor de su corazón para arrebatarlo». Pero no olvidó lo que decía a continuación: «Loki se aferró a su corazón y siguió a las fauces de Bel a su destino».

En ese preciso instante, Danny comprendió, al fin, el significado del texto. Sentía con toda claridad como su aura, todas sus puertas potenciales, se alejaban de él. Podía dejarlas marchar o aferrarse a ellas, intentar que no se las robaran.

No, no se podía luchar así contra el Ladrón de Puertas. Danny recordó el texto. «Loki permitió que Bel creyera que era su cautivo, pero no lo era. Su corazón sujetaba las fauces; no eran las fauces las que sujetaban el corazón».

Danny se dejó llevar. Aunque mantuvo su concentración sobre las puertas, era consciente de todas las que el Ladrón se estaba llevando. También advirtió que el Ladrón comenzaba a devorar todas las puertas que había hecho en su vida; las succionaba con ansia, igual que si fueran espaguetis.

Y entonces llegó al aura del Ladrón. En su interior había una persona (no era una máquina, después de todo), pero a la vez eran más, multitud de auras más. El Ladrón de Puertas guardaba todas las auras que había arrebatado en el mismo lugar, y ahora Danny se encontraba en ese lugar. No obstante, percibió que su fuerza era mayor que la de cualquiera de las auras. No, eso no era exacto. Era más fuerte que todas ellas juntas. La masa de puertas potenciales que él poseía era mayor que la de todas las auras juntas.

¿Cuál de ellas sería la del Ladrón de Puertas? No resultó complicado adivinarlo:

era la más grande. Y justo entonces, ante Danny apareció el mapa completo de las puertas creadas por el Ladrón. Ahora conocía el emplazamiento de todas ellas. Sin embargo, era en ese lugar, en ese depósito de auras, donde el propio Ladrón albergaba su aura y todas las puertas que había robado. Y eso era lo que importaba. Danny sabía que él era más poderoso que todas esas auras juntas, pero se recordó que el Ladrón de Puertas debía de poseer conocimientos que él no tenía.

«Quiere que pelee con él. Si intento retener mis puertas, tirar de ellas, las fauces se cerrarán y las cortará como si fueran una goma demasiado tensa. Las perderé».

Danny mantuvo las puertas justo donde estaban, en el interior del depósito del Ladrón de Puertas. A continuación, creó todas las puertas de que era capaz. Y las creó todas a la vez. Su aura era una inmensa boca y la cola se introducía en el corazón del propio Danny, en su esencia. Un millón de puertas, dos millones... Infinitas. Abrió la boca y engulló el depósito del Ladrón de Puertas, igual que había hecho con Eric cuando lo sacó de la oficina de Rico.

Había recuperado sus puertas. Y ahora tenía además todas las que había robado el Ladrón de Puertas. Y también todas las puertas potenciales del propio Ladrón, el aura que no había empleado.

El Ladrón estaba tirando de las puertas, aferrándose a su aura, justo la maniobra que permitiría a Danny cortar y arrancarle el aura al Ladrón. Devorarla. Despojarlo de ella.

Pero observó que las puertas que figuraban en el mapa de puertas del Ladrón se quedaban atrás. El Ladrón dispondría de ellas, no lo habría dejado sin nada. Pero Danny no tenía ni idea de lo que tenía que hacer para succionar esas puertas, de la misma forma que el Ladrón había succionado las suyas. Tuvo miedo de perder el tiempo intentándolo y darle así una oportunidad al Ladrón de recuperarse. Danny rompió el contacto. Abandonó las pocas puertas que el Ladrón había creado en Westil e interrumpió la conexión entre todas las auras y el Ladrón.

El Ladrón de Puertas ya no estaba. Su mapa de puertas también había desaparecido. Pero Danny había capturado la mayoría de sus puertas y el total de las que había robado.

A solas con las auras de los miles de magos expoliados, Danny se percató de que todas estaban chillando. Y la del Ladrón era la que lo hacía con más fuerza. No hacían nada, pero las dominaban el miedo, el odio, la esperanza y el ansia, y chillaban en su mente. Todo lo que Danny podía hacer era también chillar. Y chilló hasta caer de la cuerda al suelo. Chillaba. Jadeaba. Volvía a chillar de nuevo. No podía oírse a sí mismo a pesar de sus gritos.

«Soy Danny —intentaba decir—. Soy Danny, ésta es mi esencia, no te pertenece. Me pertenece a mí».

No había previsto que pudiera ocurrir algo así. Al acoger las auras de los magos,

había hecho igual que la bestia que permite que el aura de un mago la cabalgue. Si Danny no era lo bastante fuerte, si carecía del talento necesario, todas esas auras lo controlarían como si él fuera su efigie.

Y Danny no contaba con ese talento.

JUSTICIA

La reina Bexoi pareció alegrarse cuando encontró a Pan en la guardería.

Él la había estado observando durante las dos últimas semanas, pero ella siempre estaba acompañada. Pan sabía que no era casual. Cuando Prayard la dejaba, Bexoi se aseguraba de que hubiera alguien con ella. Lo habitual era que su acompañante fuera un miembro de la corte, pero si no había otra opción, se conformaba con una de las niñeras. Pan la había visto actuar de la misma forma en el pasado, cuando quería evitar a los agentes de Gray. Eludir a Pan resultaba más complicado; él sabría el momento exacto en el que Bexoi se quedaba a solas y no había estancia en la que no pudiera entrar.

Al transcurrir los días sin que la reina disfrutara de un momento de intimidad, ella, que había gozado de su soledad durante horas en tiempos no tan lejanos, Pan supo que lo estaba evitando a toda costa.

Hoy, sin embargo, había ocurrido algo imprevisto. La niñera que debía acompañarla en la guardería había tropezado subiendo la escalera. En esos momentos, el cocinero de día, Mast, curaba y vendaba su herida. Cuando la reina Bexoi dejó a sus damas de compañía atrás y entró sola en la guardería, su única compañía era Lealtad, que la aguardaba en el interior. Y Pan. Al fin estaban juntos. A solas. Con la única compañía del bebé y de quien pudiera estar observándolos a través del mirador abierto que Pan acababa de crear en el antiguo dormitorio de Anonoei.

Bexoi no mostró sobresalto alguno cuando lo vio aparecer. Le sonrió con afecto mientras sus brazos reposaban sobre el abultado vientre. Le quedaba un mes para salir de cuentas.

—¡Pan! —exclamó con suavidad—. Te he echado tanto de menos, amigo mío. ¡Mi único amigo! Siéntate, te lo ruego.

No aceptó su ofrecimiento. Había acudido a verla para que supiera que si le hacía daño al príncipe Lealtad, sufriría las consecuencias. No deseaba perder el tiempo con formalismos.

—Sé que lo nuestro ha terminado, Bexoi —dijo Pan—. Y quiero que sepas que no estoy enfadado.

—¿Terminado? —fingió sorprenderse ella—. La amistad no tiene fin.

—Cierto, más nunca volveré a tu lecho; pero me conformo —dijo Pan con tanta tranquilidad y cinismo como ella. Era un juego en el que era mucho más hábil que Bexoi.

—Es natural. Ahora tengo a mi marido —replicó Bexoi—. Mi solitaria vigilia es cosa del pasado. Tú has sido una bendición para mí. ¿Crees que he olvidado tu gentileza? Cuentas con mi amistad incondicional para siempre.

Pan comprendió que Bexoi había ensayado muchas veces ese discurso; eran palabras que enfurecerían a un hombre normal, que lo conducirían a la violencia, a la amargura, o a la tristeza más profunda. ¿Acaso era ésa su intención al hablarle así a Pan? Pero a él no le interesaban sus intenciones; su presencia obedecía a sus propios planes, no a los de Bexoi.

—He venido para preguntarte por el futuro hijo de Prayard; saber si se encuentra bien.

Bexoi sonrió con serenidad y abrió los brazos para acariciar su vientre con ternura. A pesar del gesto calmado, Pan la observó tensa, alerta.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que temes por mi salud? ¿O es el bebé el que corre peligro?

—¿Qué peligro podría amenazar a una criatura dentro del seno materno? —repuso a su vez Pan—. ¿Quién osaría penetrar en tu vientre y retorcer el cordón que te une al niño hasta que muriera? ¿Qué clase de monstruo sería capaz de cometer semejante vileza, si es que existe alguien con ese poder?

La amenaza había sido lanzada.

Ella adoptó un gesto grave.

—Tengo un amigo que vela por mí y se asegura de que mis hijos abandonen mi vientre sin sufrir daño alguno cuando llega el momento. También vela por mi cuerpo. No permite que yo sufra daño alguno. Ese amigo es la persona a la que más aprecio de todas las que conozco.

«Eso es, mi amor —pensó él—, no olvides que tu primer parto casi te arrebató la vida. Te la habría arrebatado sin mi intervención. Recuérdalo y no oses alzar tu mano contra mi hijo».

—No creo que tu aprecio por Prayard sea menor —repuso Pan—. Ni el que profesas por ese niño que llevas en tu vientre. O el que sin duda te inspira el pequeño Lealtad, cuyo nacimiento te convirtió en reina y esposa de hecho, y no sólo de nombre.

—¿Quién es capaz de comparar un amor con otro?

—Ésa es la pregunta que yo me planteo —comentó Pan—. Tengo en mi poder a una mujer que en su tiempo fue amada por el rey, al que dio dos hijos a los que también amaba el rey. Durante estas dos semanas en las que me has eludido he tenido grandes dificultades para conseguir comida destinada a mis tres prisioneros sin que nadie se diera cuenta.

—¡Qué lástima! —exclamó Bexoi, aunque el sentimiento no alcanzó su mirada.

—Es posible que haya llegado el tiempo de que traiga de vuelta a los prisioneros,

que llevan un año y medio en mi poder. Ahora ya eres reina y has alcanzado lo que deseabas. Estos niños eran bien amados por el rey. Piensa en lo feliz que lo harías si tú misma los llevaras a los aposentos reales acompañados por su madre, a la que tanto amó en el pasado. ¿Imaginas cómo te agradecería que los hayas mantenido con vida todo este tiempo?

Bexoi sonrió, pero su mirada era despiadada.

—Estaba convencida de que habían abandonado el mundo de los vivos muchos meses atrás. Recuerdo haberte pedido que los enviaras al fondo del lago.

—¿Qué clase de carcelero sería si permitiera que tal infortunio cayera sobre sus cabezas? Es cierto que pueden caer en cualquier momento, precipitarse desde su celda, pero ¿quién sabe a qué lugar los puede conducir la puerta que hay en la entrada de la celda? Ahora mismo los lleva al interior de sus cuevas. ¿Qué ocurriría si, en lugar de eso, su destino fuera la guardería? ¿O los aposentos del rey?

—¿A qué vienen tantas amenazas? —preguntó Bexoi con suavidad—. El amor de mi marido es reciente y frágil. Amenazas al que llevo en el vientre, amenazas con traer de vuelta a la amante de mi marido y a sus hijos bastardos... ¿Por qué me traicionas?

—¿Por qué me eludías? —preguntó Pan—. ¿Por qué me apartaste de tu lado sin mediar palabra? Temía que conspiraras en mi contra.

—No fui capaz de enfrentarme a ti —respondió Bexoi. Ya no simulaba alegría al verlo, ni candidez ante sus acusaciones. Ahora era una niña indefensa que suplicaba su comprensión—. Pensé que te enfadarías. Tuve miedo.

—No es cierto, pensabas que, al ignorarme, yo me marcharía.

—Me ayudaste cuando más lo necesitaba. Sólo quería que comprendieras que ya no te necesitaba más.

—Lo habría entendido, si me lo hubieras dicho a la cara.

—Y tú podrías haberme preguntado y no presentarte así, a traición.

—Sabes que no puedo acercarme a ti. Soy un simple pinche de cocina; alguien al que llaman el mono saltarín del castillo. La única persona que me amó me dio el nombre de Pan. ¿Crees que podía acercarme a ti, a la reina, en público?

—Yo te amaba —dijo Bexoi—. Aún te amo.

Pan siguió hablando como si ella no hubiera dicho nada.

—¿Cuánto hubieran tardado en prenderme y expulsarme de Nassassa? ¿O en tirarme de cabeza a un calabozo si sospecharan que pretendía hablar contigo a solas?

—Si tan consciente eres del lugar que te corresponde —dijo Bexoi—, creo que deberías haberte quedado ahí.

Pan acusó el desprecio de sus palabras.

—¿Es eso lo que debería haber hecho la noche en que Luvix quiso primero envenenarte y, más tarde, apuñalarte?

—Esa noche te correspondía estar conmigo.

—¿Y cuándo concebiste a Lealtad?

—Entonces estuviste en mi cama, porque ésa fue mi voluntad.

—Sin embargo, me desprecias señalándome cuál es mi lugar, pretendiendo que no me debes nada.

—Has yacido con la reina de Iceway, hermana del conde de Gray —declaró Bexoi, tajante—. Has recibido tu recompensa. No habrá más. Ya no me eres necesario.

La verdad desnuda había salido a relucir. La farsa había finalizado.

—Todo está dicho entre nosotros —dijo él.

—No. Has amenazado al hijo que llevo en mi vientre.

—Sabes que nunca le haría daño a una criatura inocente.

—Has mantenido encerradas a dos criaturas inocentes en una cueva durante un año y medio —le espetó ella con desprecio.

—¿Me acusas de algo que hice en tu beneficio?

—¿Mi beneficio? Estarían muertos, si fuera así. Me pregunto a quién conviene que sigan con vida.

—No buscaba seguir compartiendo tu cama, Bexoi. Sé que ése es el sitio de tu marido. Me habría conformado con seguir siendo tu protector y aliado. Sólo tendrías que habérmelo pedido.

—Lamento no haberlo hecho. Te lo pido ahora.

—Demasiado tarde —dijo Pan.

—Qué desafortunado —musitó Bexoi.

Pan se había puesto en guardia por si ella lo atacaba; por eso su sorpresa fue mayúscula cuando ella hizo un gesto con la mano y la cuna de Lealtad estalló en llamas.

Pan no vaciló y se teleportó a la cuna. Tendió los brazos para salvar a su hijo.

Su hijo no estaba allí. En su lugar había un maniquí, el mismo que Pan había utilizado para engañar a las niñeras cuando él se llevaba a Treta. Los breves instantes que Pan vaciló, fueron aprovechados por Bexoi para prender el maniquí en llamas. El fuego sobrenatural desprendió un humo acre. La figura había sido revestida por una capa de una sustancia tóxica que aturdió a Pan.

Bexoi había urdido un plan diabólico: le había hecho creer que su hijo estaba en peligro empleando la misma artimaña que él había usado para engañar a todos, y él se había precipitado al interior de una trampa compuesta de fuego y tóxicos.

Era la fórmula ideal para acabar con un mago teleportador, emboscarlo con una nube de humo envenenado para incapacitarlo y que no pudiera hacer uso de su poder. Pero el veneno no actuó con la rapidez suficiente y el dolor provocado por las llamas no consiguió ofuscarlo. Se teleportó al exterior del castillo, hasta una colina al otro

lado del fiordo desde la que se dominaba Nassassa. En el momento en que cruzó la puerta, su cuerpo sanó de todas las heridas y pudo pensar con total claridad.

No tardó demasiado en comprender que ella había arreglado el cambio de Lealtad por el muñeco; que el tropezón y la ausencia de la niñera habían formado parte del plan, y que Bexoi lo había preparado todo para cogerlo desprevenido y, con algo de fortuna, asesinarlo.

Pan no había encontrado una oportunidad para estar a solas con Bexoi: había caído en la trampa que le había puesto la reina. Era ella la que siempre había controlado la situación; no estaba dispuesta a correr riesgos que amenazaran su vida o la de su segundo hijo. Bexoi lo quería muerto antes de que el hijo de Prayard naciera.

Apartó esos pensamientos, porque desde donde se encontraba distinguió a una docena de soldados que descendían con cuerdas por los muros del castillo. Se dirigían a las cuevas que desembocaban en el lago. En tres de esas cuevas estaban presos Anonoei y sus dos hijos. Los soldados iban armados con picas. El plan era obvio. Pan recordó que le había descrito dónde estaban encerradas sus víctimas, pero no le había dicho que cada una ocupaba una cueva, ni cuáles eran esas cuevas.

Pan podía salvar a Anonoei y a sus hijos, pero no tenía la menor intención de enviarlos con Prayard. Eso sería condenarlos a muerte, pues el rey estaba obnubilado por la reina y el hijo que ésta llevaba en su vientre.

Si Prayard había atendido el consejo de Pan, y había vigilado el encuentro desde el mirador del dormitorio de Anonoei, entonces ya sabría que Lealtad no era hijo suyo. Conocería la infidelidad de Bexoi y que estaba al corriente del encierro de Anonoei y sus hijos. También habría visto que la reina Bexoi era una maga del fuego. Si por el contrario, no había prestado atención a Pan, nada sabría de todo esto. No obstante, de una manera u otra, si Pan teleportaba a sus tres prisioneros al castillo, encontrarían la muerte; si no era a manos de la reina, sería a las del rey.

Pan dirigió su mirada interna a un lugar que se hallaba en lo alto de las montañas; el mismo en el que tiempo atrás había hallado la ropa que una joven había dejado para él. Sin embargo, no encontró a la chica ni a la familia que había comido al lado del árbol en el que Pan había soñado durante tantos siglos. Sabía que, a pesar de ser pobres, la familia acogería a los niños y a su madre. Y los prisioneros, por su parte, se alegrarían tanto de ser puestos en libertad que recibirían de buen grado cualquier alojamiento, por humilde que fuera.

Más adelante, Pan visitaría a Anonoei y a sus hijos para contarles quién los había encarcelado y cómo habían recobrado la libertad. Luego los llevaría con la gente que seguía sin confiar en Bexoi, gente que estaba convencida de que los bastardos de Prayard debían ser los herederos del trono.

En el tiempo en el que Pan había emergido del árbol, había seguido a la chica y a su familia en su recorrido por un camino entre las montañas. Había ido con ellos

hasta su morada. Ahora se encontraba en el mismo lugar, observando la solitaria casa a los pies de la ladera. Estaba rodeada por campos de cultivo que aguardaban la única cosecha del año que ofrecía el montañoso terreno.

Pan cogió la puerta que había colocado en la entrada de la cueva sobre la que se balanceaba un soldado que intentaba ensartar a Eluik con su pica, y la empujó hacia arriba, por encima del cuerpo del chico. Desplazó entonces la cola de la puerta hasta la ladera que desembocaba en la casa de Roop y Levet y su valiente y gentil hija Eko, la muchacha que lo había socorrido en la época en que él abandonó el árbol.

Pan se aseguró de que Eluik llegaba sano y salvo a su destino antes de volver al precipicio en el que se encontraban las cuevas. Otro soldado había alcanzado la entrada de la cueva en la que estaba Anonoei y enarbolaba su pica, listo para clavarla en la mujer indefensa que tenía ante él.

En ese preciso instante, Pan sintió un estremecimiento que no le era extraño, aunque jamás había comprendido su origen. Era una quemazón que nacía en su interior, en el mismo lugar desde donde le gritaban las voces. Ignoraba cuál era el significado del ardor, o el motivo de que aparecieran las voces cuando se producía el ardor; ni siquiera sabía quiénes eran los que chillaban. Sin embargo, sí sabía que durante el tiempo que había estado en el árbol y lo había acometido ese estremecimiento ardiente, sólo hubo una manera de calmar el ansia que le producía: tenía que comer.

Más no era comida lo que necesitaba. Tenía que devorar la cosa que ardía.

Ahora no se hallaba en el árbol. Ahora era un hombre despierto, un Gran Mago Teleportador que comprendía su poder. El árbol había sido como el seno de una madre, y en su interior había sentido hambre y la había saciado. Nada más. Pero ahora era capaz de interpretar esas sensaciones de forma muy distinta. Lo que provocaba su estremecimiento era la presencia de otro mago teleportador. O mejor dicho, la creación de una Gran Puerta ajena a su poder y que originaba el fuego en su interior. La nueva Gran Puerta procedía de un mundo que Pan había conocido bien en el pasado, aunque hoy fuera incapaz de recordarlo. Sólo sabía que si permitía la existencia de esa Gran Puerta, destruiría todo lo que importaba en el mundo.

Pan siguió el instinto que había desarrollado durante siglos, y devoró la puerta. Sintió que el aura del otro mago, el creador de la puerta, se sobresaltaba e intentaba echarse hacia atrás. Recordaba haber vivido la misma experiencia al menos dos docenas de veces mientras moraba en el interior del árbol. Ignoraba entonces con qué o con quién se enfrentaba en esa lucha. Ahora sabía que se enfrentaba a una persona y que lo que devoraba era el corazón de esa persona; su aura, la parte con la que creaba las puertas. Pan engulló el aura, y con ella, arrastró a su interior todas las puertas que el otro mago había abierto, las sorbió igual que uno hace con los espaguetis. Ya estaba hecho; tenía todas las puertas.

Había muchas. El mago había creado muchas puertas y, sin embargo, su aura apenas había mermado. Pan jamás había conocido un Gran Mago con tanto potencial. No obstante, el teleportador era inexperto, no comprendía lo que le estaba ocurriendo. No poseía los conocimientos necesarios para resistir la fuerza, habilidad y talento de Pan.

Entonces, justo en el instante en el que iba a cercenar la conexión entre el otro mago y su aura, ocurrió algo extraño. Desde el corazón que Pan estrechaba en las fauces de su interior, el otro mago abrió una boca mucho más grande que la de Pan y lo engulló. Devoró su aura y las auras de todos los magos que Pan albergaba en su interior. A continuación, el extraño cerró sus propias fauces cortando la conexión. Pan no pudo hacer nada para defenderse.

Si el otro mago no hubiera sido tan inexperto, habría absorbido todas las puertas creadas por Pan junto con todo lo demás, pero no lo había hecho. Las puertas de Pan seguían existiendo. Sin embargo, su yacimiento no existía, no tenía nada con lo que crear otra puerta.

En ese momento, Pan dejó de ser el Gran Mago Teleportador más poderoso que el mundo de Westil había conocido y se convirtió en un mago sin aura con la que crear más puertas, y con sólo un puñado de puertas abiertas a su alcance.

El soldado atacó con su pica y Pan no pudo hacer nada para impedirlo. Para desplazar la puerta de esa cueva igual que había hecho con la de Eluik, necesitaba una mínima porción de aura, pero no contaba con esa ínfima parte porque se la habían arrebatado por completo.

Pan decidió absorber la puerta de la cueva de Anonoei para recuperar una parte de su fuerza, por pequeña que fuera.

El cuerpo ensangrentado de la mujer cayó desde la cueva hacia el lago. Al recuperar esa puerta, Pan contaba con el poder suficiente para desplazar la puerta de Eluik sobre Anonoei. La tragó a mitad de la caída y la mujer desapareció. Pan comprobó que llegaba sana y salva a las cercanías del hogar de Eko. Al cruzar la puerta, todas sus heridas se habían curado.

Buscó la cueva donde estaba preso Enopp. El soldado que se balanceaba sobre ella retiraba en esos instantes su pica. Enopp se agarraba con las dos manos al mástil de la pica que le atravesaba el vientre. Si lo hubiera herido en el corazón, habría sido tarde para salvarlo. Pan reaccionó con rapidez, absorbiendo la puerta de la cueva y, a continuación, desplazando la puerta de Eluik sobre el muchacho herido. Enopp desapareció.

Sin embargo, al estar agarrado a la pica, el arma desapareció con el hijo de Anonoei, y el soldado se quedó ahí, colgado y desarmado.

Enopp apareció sobre la hierba de la montaña, entre su madre y su hermano. La puerta no lo había curado porque la pica aún lo atravesaba de parte a parte.

¡Sacad la pica!, les chilló Pan con el pensamiento. Anonoei y Eluik no hicieron nada. Temblaban, aterrorizados. Dos años de encierro habían roto su voluntad y su coraje. No eran capaces de hacer nada.

Pan desplazó la puerta desde la montaña hasta pasarla sobre sí mismo. Llegó a la ladera donde se encontraban los otros y tiró de la pica hasta extraerla del cuerpo del muchacho. Luego trajo la boca de la puerta desde Nassassa e hizo que Enopp la cruzara, depositándolo a pocos centímetros de donde estaba. Estaba curado.

Pan estaba delante de Anonoei.

—Tú —dijo la mujer, reconociéndolo—. El pinche de cocina, la ardilla... Pan.

—¡Coge a tus hijos y marchaos a la casa al final de la pendiente! —le urgió Pan—. Suplica a esa buena gente que te presten auxilio. ¿Estás sorda? ¡Muévete!

No podía. Apenas eran capaces de mantenerse en pie.

Pan recogió más puertas hasta conseguir reunir una minúscula fracción del aura que poseía antes, y creó una nueva puerta que los llevó a la puerta de la humilde casa.

—¡Abrid! —gritó.

Nadie acudió a la puerta.

La casa estaba vacía.

Pan los teleportó al interior, allí hacía más calor que en el exterior. Por el momento era todo lo que podía hacer por ellos. Ya se encontraban a salvo y tenía cosas mucho más urgentes de las que preocuparse. A fin de cuentas, Anonoei y sus hijos sólo habían sido sus enemigos; más tarde se convirtieron en sus prisioneros, y, al final, en una pesada responsabilidad. No albergaba sentimientos hacia ellos como seres humanos, porque nunca había tenido trato personal con Anonoei y sus dos hijos.

Su mente estaba ocupada por una única pregunta: «¿Dónde está Treta?». No lo halló en la cuna en llamas cuando se precipitó a salvarlo. ¿Dónde lo había ocultado Bexoi?

Pan empleó la puerta que tenía abierta, invirtió su sentido y volvió a la colina que dominaba el fiordo y desde la que veía por encima de las empinadas murallas de Nassassa. Entonces cerró la puerta por completo y recogió todas las puertas restantes, tanto las que conducían al exterior de Nassassa, como las que llevaban hasta la reina. Deseó haber sido como el mago que había engullido su aura y contar con cientos de puertas por todas partes. Las habría recuperado y, con ellas, un buena parte de su poder. En lugar de eso, su yacimiento era el propio de un Caminante.

«¿Cómo no fui capaz de ver que yo era el Ladrón de Puertas? ¿Qué eran si no, esa legión de voces rabiosas, atemorizadas y olvidadas? No me detuve a pensar. No podía recordar un tiempo en el que no estuvieran en mi interior. Y sin embargo, ese tiempo debió de existir, pues esas voces pertenecían a magos a quienes despojé de todo su poder. Entre ellas se hallaba la del abuelo de Hull. Y muchas, muchas otras. ¿Qué me

impulsaba a actuar así? ¿Por qué era tan importante que no se crearan puertas en este mundo? ¿Y que tampoco se abrieran desde otro mundo hasta éste?».

Pan descubrió que su antiguo yo, la parte de él que conservaba la memoria de antaño, se había ocultado en el interior del árbol para vivir durante siglos y poder despojar a los magos teleportadores de sus puertas y su aura. ¿Por qué no podía recuperar sus recuerdos? ¿Se había perdido su memoria en el interior del árbol? ¿Y si se agazapaban en su interior, aguardando a ser recobrados?

Acabó de recoger todas sus puertas y, con este escaso poder, buscó a su hijo en Nassassa.

El cuerpo de Treta estaba oculto bajo la túnica de la última niñera que lo había cuidado. Asfixiado.

La niñera que acudió a sustituir a la dueña de la túnica, mortaja de Treta, había distraído a Pan con su caída y posterior visita a la cocina para ser atendida de sus lesiones. Mientras, la otra niñera había ahogado a la criatura y luego sacó el cuerpo oculto bajo su ropa. Treta ya estaba muerto cuando Pan acudió a la guardería para ver a la reina.

Pan había creído que tanto él como Treta estaban a salvo hasta que naciera el segundo hijo de Bexoi. Y de esa confianza se había servido la reina para sorprenderlo. Su plan, eliminar a todos sus rivales y amenazas para su futuro, sólo había tenido un fallo: Pan seguía vivo.

Pan teleportó el cuerpecito yerto desde la túnica de la niñera a sus propios brazos. La puerta carecía de poder para curar al niño. Su cuerpo ya estaba frío.

Pan no mató a la niñera. La mujer había sido un mero instrumento de la reina. Bastante tendría con los remordimientos que la atormentarían cuando recordara los forcejeos del niño. Por no hablar de las explicaciones que tendría que darle a la reina cuando ésta le exigiera ver el cadáver de Treta. Cuando confesara que no se lo podía mostrar, Bexoi creería que la niñera se lo había entregado a alguien, que no había tenido el valor de matarlo, igual que Pan no lo había tenido para acabar con las vidas de Anonoei, Eluik y Enopp.

Si lo anterior fuera cierto, si Pan hubiera hallado a su hijo con vida, habría salvado a la niñera teleportándola a un lugar seguro. Pero ahora, sin cuerpo para probar su crimen, tendría que soportar las consecuencias de que la reina la creyera inocente del asesinato que le había encargado.

Durante unos instantes acarició la idea de aplicar un castigo terrible pero justo: colocar el cadáver de su hijo dentro del seno de Bexoi para que compartiera el espacio con su medio hermano a un mes de su nacimiento. Si Bexoi sobrevivía a la inserción, y era muy posible que lo hiciera, pues Pan conservaba su habilidad, el cuerpo de Treta se corrompería dentro de la reina y culminaría una aterradora venganza sobre su monstruosa madre y el futuro usurpador de su lugar en el mundo.

Pan no quería asesinar a nadie. El dolor y el miedo se habían impuesto a su cólera. Un Gran Mago Teleportador de otro mundo había probado que poseía un poder mayor que el suyo. Algún día, ese mago llegaría a este mundo y Pan carecería de poder con el que hacerle frente. No era éste el momento de asesinatos sin sentido. Que Bexoi se quedara con su reino, si es que Anonoei no encontraba el modo de arrebatarlo. Pan tenía trabajo que hacer; otros enemigos a los que enfrentarse.

Se sentó sobre la hierba de la colina. El Gran Mago que sólo era una sombra de lo que había sido, lloró. Lloró por todos los crímenes que había cometido, por aquellos que habían muerto antes de que él pudiera hacer algo, por los magos a los que había despojado de todo su poder.

«Retuve sus auras en mi yacimiento durante mil años, e incluso a algunos de ellos por más tiempo. Me convertí en el ladrón de auras, y ahora he sufrido el mismo destino.

»Y a pesar de ello, debo mantenerme alerta ante un enemigo cuyo nombre ignoro, un peligro desconocido, una amenaza que pretende acabar con el mundo, y yo apenas tengo poder para enfrentarme a él.

»Yo era el dios que debía proteger este mundo. ¿Acaso ha sido mi némesis quien me ha arrebatado el aura? ¿Y si fuera un mago teleportador inocente, cuyo poder supera al mío, quien lo ha hecho, dejando al mundo expuesto e indefenso al enemigo real, quienquiera que sea?».

Pan se teleportó desde Nassassa a las montañas. Encontró a Eko trabajando en un campo al lado de otra casa más grande que la anterior. La familia había prosperado. Habían abandonado su antigua casa situada entre los campos precarios más cercanos a las cumbres.

Eko lo reconoció nada más verlo, y su semblante se iluminó.

—Hombre del Árbol —dijo.

—Gracias por lo que hiciste por mí —dijo él.

La chica se arrodilló ante él.

—Oh, Hombre del Árbol —declaró—, ¿de qué manera puedo servirte?

—En tu antiguo hogar de la montaña, moran una mujer y sus hijos. Están indefensos y nadie conoce su paradero. Si el rey o la reina supieran de ellos, harían que los mataran. Pero también cuentan con amigos que pronto saldrán en su búsqueda. Mantenlos con vida hasta que yo pueda encontrar y traer a sus amigos.

—Lo haré —dijo ella, y cerró los ojos. Luego los abrió y tendió una mano hacia Pan, lo tocó y, en cuanto lo hizo, retiró la mano como si se hubiera quemado.

—Si existe alguna bendición en mí —dijo Pan—, es toda tuya.

Ella se incorporó y echó a correr hacia su antiguo hogar.

Pan, por su parte, se teleportó al Bosque de los Magos que había sido su hogar durante tanto tiempo. Al llegar, recogió la puerta que lo había llevado hasta allí y se

apretó contra el árbol.

—Acógame de nuevo —suplicó—. He fracasado en mi tarea.

Pero el árbol no le hizo caso. Era posible que sin su poder no reconociera a Pan. O quizá su tiempo en el árbol había concluido. Pan no se marchó, permaneció abrazado a la áspera corteza del tronco, pues no tenía otro lugar al que ir.

—Treta —susurró—. Hijo mío. Ojalá yo hubiera muerto en tu lugar. Oh, Treta, hijo mío.

GRAN MAGO TELEPORTADOR

Oyó sus voces como si procedieran de un lugar lejano. Leslie lloraba y le suplicaba una y otra vez que volviera. «Danny te necesitamos. Por favor, vuelve». La voz de Marion era más severa: «Daniel North, tienes trabajo que hacer. Haz tus tareas antes de salir a jugar. ¿Crees que una granja funciona sola?». Stone, con voz más suave: «Tenemos que saber lo que ha pasado, Danny. Tienes que contarlo todo. Nuestro esfuerzo habrá sido en vano si no entendemos lo que ha pasado. Danny, vuelve a mí».

Vivi y Hermia no decían nada. Danny podía sentir las en su interior, tocando aquí y allá, sondeando una parte de él que no estaba en su cuerpo ni en su mente, sino en el lugar donde almacenaba sus puertas.

Poco a poco, fue consciente de lo que estaban haciendo: las auras que gritaban hasta ahogar sus propios pensamientos, que exigían y suplicaban, se estaban cerrando. Hermia actuaba sobre cada una de ellas, apagándolas. Mientras, Vivi contactaba con las que quedaban, apaciguándolas hasta que las alcanzara Hermia. Les pedía que tuvieran paciencia, que llegaría su turno para ser oídas, que no necesitaban gritar más.

Una voz permanecía inmutable, sin que la cerraran o contactaran con ella. Era el aura del Ladrón de Puertas, y no gritaba como las demás. No hacía nada.

Danny se sacudió el estupor y el pánico gracias a las voces de sus amigos y la labor de Hermia y Vivi liberándolo de las auras. Entonces se volvió hacia el aura del Ladrón de Puertas.

¿Quién eres? —preguntó Danny. No utilizó palabras, el contacto fue una especie de exploración cautelosa—. ¿Por qué intentaste despojarme de mi corazón? ¿Qué buscabas? ¿Qué te da tanto miedo?

Bel, Bel, Bel —fue la respuesta. Pero no era una respuesta, sólo una especie de cantinela—. Que Bel no vuelva al mundo; nos devorará a todos; conducirá a los mortales, todos los mortales, a través de las puertas a Westil. Nos devorará a todos. Cierra las puertas, mantén los mundos incomunicados. ¿Es eso una puerta? ¿Es una puerta? ¿Puerta? ¿Puerta?

Danny no tardó en comprender que el aura del Ladrón de Puertas seguía con la tarea que le había sido encomendada durante siglos. Atento a las Grandes Puertas, a cualquier puerta. Hay que detener las puertas; hay que devorarlas, robarlas. No debe haber una sola puerta que el enemigo pueda cruzar.

La guerra con Bel seguía. Cartago había sido vencida, sus tierras assoladas y cubiertas de sal, pero el Ladrón de Puertas seguía atento a la aparición de ese

enemigo peligroso e implacable.

¿Ladrón de Puertas? Danny sabía quién era. Loki. Siempre Loki. El último Loki, el mismo que había cerrado todas las puertas entre los mundos. Seguía vivo, vigilante, y hasta que Danny había devorado su aura, había continuado con su tarea de mantener los mundos aislados.

¿Por qué?, preguntó Danny una y otra vez. Pero el aura de Loki no respondió. Seguía vigilante, atento a todo, buscando...

Danny oía las auras del resto de los magos cautivos y tenía conciencia de Hermia y Vivi actuando en su interior. Le llegaban también las voces de Leslie, Marion y Stone. Entonces abrió una puerta, pequeña, con un recorrido de apenas dos centímetros.

De inmediato, el aura de Loki bramó acallando el resto de sonidos.

¡¡Puerta, puerta, puerta, puerta, puerta!! Y Danny sintió lo mismo que el aura de Loki «Tengo que devorar esa puerta, tengo que devorar todas las puertas de este mago». Danny estaba hambriento, y la sensación ardiente la despertaba su propia puerta. Si quería satisfacer la necesidad de Loki, tendría que devorarla.

El Ladrón de Puertas había cargado con esa ansia infinita durante más de trece siglos.

—Ha creado una puerta —anunció Hermia en voz alta.

—Está cerrada —dijo Vivi—. Y es muy pequeña.

—¿Ha sido Danny? —preguntó Hermia—. ¿O se ha apoderado de él el Ladrón de Puertas?

Danny abrió la boca e intentó hablar.

—¡Intenta decir algo! ¡Silencio! —exclamó Leslie.

—Eres la única que está gritando, cariño —dijo Marion.

Danny buscó su voz, la que le servía para comunicarse con el mundo exterior.

—Soy yo.

Abrió los ojos.

—¿Seguimos en el gimnasio? —preguntó.

—No nos atrevimos a moverte —dijo Vivi.

—Y Ced no ha podido volver a través de la puerta —le desveló Marion.

—No quería volver —lo corrigió Leslie.

—Pero nosotros sí que hemos vuelto —dijo Marion—. Pisamos la tierra de Westil y volvimos de inmediato. Mientras tú luchabas, nosotros hicimos el trayecto de ida y vuelta. —Su voz temblaba debido a la emoción.

—Ya puedes empezar a mover montañas, tipo duro —dijo Danny casi en susurros. Todavía se encontraba débil—. ¿Y tú qué tal, Stone?

—Me quedé —respondió Stone—. Me quedé con Vivi. ¿Para qué querría más poder? ¿Para cultivar tomates gigantes y que me sacaran en los periódicos?

—¿Quién llora? —preguntó Danny.

—Leslie, cómo no —respondió Vivi.

—Y Hermia —añadió Stone.

—¿Ella también? —se sorprendió Vivi—. Creía que estaba ocupada cerrando puertas.

—Y es lo que estoy haciendo —le gruñó Hermia—. No estoy llorando. Cierra el pico.

—Pensamos que te habíamos perdido —dijo Vivi—. ¡Tantas puertas y tantas auras! Estábamos convencidos de que no podrías con todas, que terminarían por imponerse, por dominarte. Sobre todo porque el aura del Ladrón de Puertas también estaba ahí dentro, tan poderoso... Pero el polvo de tu aura lo abrumó, fue demasiado para él. Eres excepcional, Danny.

—¿Y mis puertas? —preguntó Danny.

—Todas dentro de ti —respondió Hermia.

—¿Y la Gran Puerta?

—También.

—Vamos a hacerlo otra vez.

—Todavía no —dijo Vivi—. No sabemos qué podría ocurrir.

—¿Y Ced?

—Decidió quedarse —afirmó Marion—. Si hubiera querido, estaría aquí. Puedes abrir otra Gran Puerta mañana, o dentro de una semana. Déjalo que haga lo que tenga que hacer allí. Puedes buscarlo dentro de un mes. Dale la oportunidad de que disfrute de su poder como el mago eólico más poderoso de Westil.

—Si es que es el más poderoso —apuntó Stone.

—Si intentas crear la Gran Puerta otra vez —dijo Hermia—, no sabes lo que hará el Ladrón de Puertas. No ha muerto. Si abres un camino para que llegue hasta aquí, es posible que sepa cómo recuperar lo que le has arrebatado; su aura, sus cautivos. Todavía es peligroso.

Danny asintió, y al hacerlo notó que le dolía la cabeza.

—Tengo dolor de cabeza.

—Te golpeaste con fuerza contra el suelo —anunció Vivi—. Creo que te vendría bien cruzar una puerta. Es posible que tengas una contusión.

—¿Y si se ha roto la cabeza? —preguntó Leslie, preocupada.

—¿Por qué no creas una puerta y la cruzas? —sugirió Hermia.

Danny tomó la pequeña puerta que había creado, pasó la entrada sobre su cabeza y luego el resto del cuerpo. Cuando acabó, estaba recuperado del todo. Se incorporó.

—Lo has derrotado —declaró Hermia, sonriendo. Le echó los brazos al cuello—. Has derrotado al Ladrón de Puertas.

—Es Loki —dijo Danny—. El Ladrón de Puertas es Loki en persona.

—¿Después de trece siglos? —preguntó Stone en tono incrédulo.

Hermia soltó a Danny.

—Supongo que estaba empeñado en mantener los dos mundos separados.

—Ced está en Westil —dijo Stone—, y Marion y Leslie fueron hasta allí y volvieron.

—Ahora sois vacas poderosas —le dijo Danny a Leslie.

Ella se acercó y le dio un fuerte abrazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Danny, dirigiéndose a todos.

—Tenemos que llevarnos el coche de alquiler —dijo Vivi—. Me toca conducir.

—Ya has hecho bastantes kilómetros. Que vengan a recogerlo —sugirió Danny—. Crearé una puerta para ti. ¿Los demás queréis volver a Yellow Springs?

—No creo que quieran quedarse en la casucha que tienes aquí —comentó Vivi con sorna.

—Salgamos de aquí —dijo Danny—. Ahora que sabemos cómo hacerlo, podemos colgar nuestra propia cuerda en el establo —añadió, dirigiéndose a Marion.

Llegaron a los portones del gimnasio y los abrieron de un empujón.

Una enorme ave cayó sobre Danny, lo derribó y comenzó a picotearlo con violencia. Danny se teleportó de forma instantánea a diez metros de distancia. Se puso en pie de un salto, con las heridas ya curadas gracias a su paso por la puerta.

Thor estaba allí, y con él, Baba y Mamá. Thor le estaba chillando al pájaro.

—¡Detente, Zog! ¡Detente!

El gran pájaro batía sus alas con furia y se dirigió hacia Danny.

De pronto, el animal se calmó.

—No puedo creerme que Tío Zog haya atendido a razones —dijo Danny.

—No lo ha hecho —dijo Leslie—. He roto su contacto con el ave.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Danny.

—Nadie puede —aseguró Thor.

—He estado en Westil —dijo Leslie—. No puedo dirigir una bestia que no esté conectada a mí, pero puedo romper la conexión de cualquiera con su bestia. ¿Me he explicado con claridad?

El suelo tembló bajo sus pies.

—¡Gyish! —gritó Baba—. ¡No lo hagas!

Danny advirtió la presencia de Tío Gysih cerca de la furgoneta de la Familia. Gyish ignoró a Baba. Una grieta se formó bajo los pies de Danny.

Éste se teleportó a un lado.

De inmediato, se formó una nueva grieta.

—¡Será posible! —exclamó Marion.

Una amplia fisura se abrió debajo de Gyish y el viejo se precipitó en su interior. La furgoneta fue tras él.

Mamá chilló.

—¿Qué has hecho, Marion?! —gritó Leslie.

—No te preocupes —la tranquilizó Danny—. He teleportado al viejo. Ahora está en el territorio familiar.

—No había necesidad de hacer eso —repuso Marion—. No pensaba matarlo.

Leslie fue hacia Baba, Mamá y Thor.

—Sí, ha creado una Gran Puerta. Sí, el Ladrón de Puertas intentó robarlo. Pero Danny es el Gran Mago Teleportador más poderoso que ha existido. ¿Comprendido? ¡Luchó contra el Ladrón de Puertas y venció!

—¡Oh, Danny! —exclamó Mamá—. ¡Has respondido a nuestras esperanzas!

—Por eso te mantuvimos con vida —dijo Baba—. Para que crearas una Gran Puerta para nosotros.

—Un detalle por vuestra parte —comentó Danny con desdén.

—Ahora, déjanos pasar —pidió Baba—. Déjanos cruzar la puerta.

—No existe —intervino Hermia.

—Pero puede crearla de nuevo —apuntó Mamá con un peligroso brillo de codicia en los ojos.

—Eso es verdad —asintió Danny—. Sin embargo, si alguna vez lo hago, no permitiré que los miembros de la Familia North la crucen jamás.

El asombro de Baba no habría sido mayor si Danny le hubiera clavado un puñal en el corazón.

—¡Eres mi hijo! —clamó—. ¡Te engendramos para esto!

—¿A cuántos magos teleportadores asesinaron las Familias antes de que yo naciera? —preguntó Danny—. Gracias por no asesinarme. Gracias por no matar a vuestro propio hijo. ¡Qué gran sacrificio!... Ahora tengo unos padres mejores que vosotros. Si os acercáis a nosotros, os teleportaré a la Luna. ¿Queda claro?

Thor abrió la boca para decir algo, pero no tuvo ocasión porque Danny los teleportó de vuelta al territorio North.

—¿Cómo estás, Danny? —preguntó Stone.

—Bien. Por lo menos no los he matado.

—¿Quieres la furgoneta? —preguntó Marion—. No ha sufrido muchos daños y puedo subirla hasta aquí.

—Aplástala —dijo Danny—. Que se compren otra y piensen en mí cada vez que la usen.

—¿Podemos ir a ver a mi Familia? —preguntó Hermia.

—No nos precipitemos —intervino Stone—. Creo que lo que acabas de hacer ha sido un error. Acabas de confirmar el peor de sus temores, y ahora intentarán matarte con mayor ahínco. Saben que puedes crear una Gran Puerta y enviar a tus amigos —sus enemigos— a través de ella. Eso será el fin de su Familia.

—Supongo que tienes razón —admitió Danny.

—Podríamos hablar con ellos —dijo Marion—. Negociar. Les diremos que se acabó eso de matar magos teleportadores. Todas las Familias deberán entregarnos a cualquier teleportador nacido entre ellos. A cambio, cuando vuelvas a abrir de nuevo la Gran Puerta, cada Familia podrá enviar un miembro hasta Westil y volver. Si les aseguramos que todos participarán de la Gran Puerta, quizá consigamos evitar que estalle una nueva guerra.

—Y tendrán puertas para todos —añadió Stone—. Puertas libres que comuniquen a todas las Familias para que puedan controlarse entre ellas sin tener que recurrir al avión.

Danny se rió.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Vivi—. Casi me lo hago encima cuando se abrió la grieta en el suelo.

—Supongo que... —vaciló Danny— no tenemos muy claro lo que vamos a hacer. No contemplamos la posibilidad de que todo saliera a la perfección.

—¿A la perfección? —dijo Hermia—. De eso nada. El Ladrón de Puertas, Loki, sigue siendo una amenaza, y tiene mucha más experiencia que cualquiera de nosotros. Tampoco podemos fiarnos de las Familias, por muchas promesas que hagan. No digo que no estemos mejor que antes, pero tampoco demasiado.

—Eres una pesimista de cuidado —comentó Stone.

—Danny ha ganado —continuó Hermia—. Pero pilló a Loki por sorpresa. Creo que ahora deberíamos sentarnos y planear con mucho cuidado nuestros próximos movimientos. Cuando Danny vuelva a enfrentarse a Loki, tiene que estar bien preparado. ¿Le quedó algo a Loki, Danny, o se lo quitaste todo?

—Le quedaban seis puertas —respondió Danny—. Al menos eso fue lo que vi antes de cortar el contacto con él.

—A lo mejor le basta para crear una Gran Puerta —apuntó Hermia—, y si cruzar una Gran Puerta hace que el aura de un Gran Mago Teleportador sea más poderosa, podría venir a por nosotros.

—Podría ser —admitió Danny—. Pero si pudieras sentir su aura como yo, te darías cuenta que toda su ansia es devorar puertas, no crearlas.

—Tenemos que compartir todo lo que sabemos sobre la teleportación. Yo he podido estudiar los cinco libros que tenía mi Familia sobre el tema. Vivi lleva toda la vida estudiando libros y documentos. Danny se ha enfrentado al enemigo. Con todo esto, podemos averiguar lo que ocurrió de verdad cuando se cerraron las puertas.

—Esta noche, no —dijo Leslie. Estaba acariciando la cabeza del pájaro que Zog había usado para atacar a Danny.

—No estoy tan seguro de haberme enfrentado al enemigo —reflexionó en voz alta Danny—. Era el Ladrón de Puertas, pero está aterrorizado por algo... Ese Bel,

sea quien sea, el dios al que adoraba Cartago. Tenemos que saber más sobre ese tema. Loki ha luchado todo este tiempo contra la creación de puertas y hay que saber cuáles eran sus motivos. ¿Y si provocamos un desastre que él lleva siglos intentando detener?

—Otro día —insistió Leslie—. Es tarde y estamos cansados. ¿Vienes a casa con nosotros, Danny?

—También puedes venir conmigo —comentó Vivi—. En cualquier caso, Leslie tiene razón, necesitamos dormir.

—Hermia es la que necesita un techo —dijo Danny—. ¿Quieres incordiar a Vivi en su ático o conseguir buen alojamiento y mejor comida con Leslie y Marion?

—También puedes venir a mi casa —ofreció Stone—. Acojo refugiados que huyen de las Familias.

—Quédate con Danny —sugirió Vivi—. Y ya que estamos, Danny, sé bueno y vuelve a abrir las puertas entre Yellow Springs, Nápoles y Washington antes de irte a la cama.

—De acuerdo —respondió Danny—. Y también abriré las que van desde ahí a mi casa, aquí en Buena Vista.

—¡No! —saltó Leslie—. ¡No vas a quedarte aquí!

—Es ridículo, Danny —protestó Vivi—. ¿Quieres seguir aquí con todo lo que ha ocurrido?

—¿No creerás que los North te van a dejar tranquilo? —apuntó Stone.

—No quiero discusiones —zanjó Danny—. Mi vida está aquí y mañana tengo clase.

En su interior, Danny sentía la conmoción originada por miles de auras distintas; unas más fuertes que otras. Y tras todas ellas, la más poderosa de todas, el aura del Ladrón de Puertas, el antiguo Loki. Cuando envió a sus padres y a Thor a casa, el aura de Loki vibró exultante ante la demostración de poder. A Danny le había gustado aquella sensación. Mucho. Demasiado.

Tenía que volver a clase. Y se habían acabado las puertas en el instituto. Se había acabado tanto presumir. Tenía que echar raíces en el mundo de los mortales. Ser un dios era muy tentador y peligroso. Mucha gente resultaría perjudicada si no era capaz de mantener el control. Pensó en sus amigos de clase. ¿Quién podía protegerlos de los dioses? Danny podía.

Pensó en los tiranos como Lieder y los pusilánimes como Massey. Que Lieder abusara de su poder y Massey fuera incapaz de proteger a nadie con el suyo, no suponía que fuera a tratarlos de manera injusta o les faltara al respeto.

«Podría prescindir de ellos por ofenderme, como he hecho con mis padres, pero hay reglas, normas éticas que respetar. Y si no las hay, debería haberlas».

¿Y Loki? Comenzaba a creer que sus intenciones eran buenas. Sus motivos para

cerrar todas las puertas habían sido nobles. No sólo quería proteger Westil y a los westilianos, era posible que también quisiera salvar a los mortales.

«Nací con un poder inimaginable, pero no tengo más sentido común que el de cualquier adolescente atolondrado. Tengo que madurar, hacerme un hombre. Un hombre que no sólo sea capaz de sobrevivir, sino que también lo merezca».

EPÍLOGO

Esta obra comenzó con un mapa, igual que muchos de los libros que he escrito. Corría el año 1977 cuando dibujé dicho mapa y empecé a escribir los nombres de los lugares que aparecían en él. Más adelante, relacioné la idea del mapa con otra a la que había estado dando vueltas durante más de un año: un sistema mágico en el que el mago obtiene su poder de un ser vivo, un elemento o una fuerza de la naturaleza siempre y cuando sirva a los intereses de esa fuente de poder, ayudándola a alcanzar sus propios objetivos. Conforme fui completando el mapa, la idea cobró fuerza y decidí trabajar en ella más a fondo.

Cogí un folio en blanco y comencé por trazar el litoral y la hidrografía del mundo que había imaginado (el primer bosquejo lo dibujé en una libreta de hojas rayadas). A continuación, hice varias copias en la fotocopidora que había en las oficinas de la revista *The Ensign*. Por aquella época, trabajaba allí como redactor adjunto.

Entonces perfilé las fronteras de los diferentes países que había incluido en el mapa, e incluso mostré las variaciones que habían sufrido esas fronteras a lo largo del tiempo. Hice lo propio al bautizar cada nación, de forma que se podía observar la evolución de los nombres de cada país durante el transcurso de los siglos.

Cuando lo hube completado, tuve la convicción de que allí había una buena historia, una historia poderosa y antigua. Era la misma sensación que me embargaba cuando consultaba mapas antiguos. (En una ocasión creé un programa informático empleando el lenguaje BASIC para PC Junior de IBM. El programa mostraba los resultados de todas las elecciones presidenciales celebradas en la historia de Estados Unidos y los representaba mediante colores en un mapa. Pretendía ser una manera distinta de ver la historia desde una perspectiva bidimensional. Por desgracia, el libro en el que iba a aparecer el mapa murió con la desaparición de los PC Junior y actualmente, el programa no funciona con ninguna de las versiones existentes de BASIC. Por lo tanto, no os queda más remedio que aceptar mi palabra de que el mapa era impresionante).

Cuando di por finalizados los mapas, decidí poner a prueba el sistema mágico. El resultado fue un cuento de tintes sombríos titulado «Arena Mágica». A pesar de que el editor de la revista *Fantastic* a quien se lo remití me envió una carta de rechazo bastante grosera, no me desanimé. Al final, «Arena Mágica» apareció en una antología coordinada por Andy Offutt y posteriormente, también resultó seleccionada para la recopilación anual de los mejores relatos de fantasía. Ése fue todo el impulso que necesitaba para seguir adelante con el proyecto.

El problema era que comenzaba a obsesionarme con el mundo de los Magos Primigenios. Lo consideraba el más perfecto de los mundos que había creado y el sistema mágico bajo el que se regía, el mejor de cuantos había elaborado. Así que las

historias que se desarrollaran en ese contexto tenían que ser también las mejores. Un contratiempo añadido era que, en esa época, la fantasía no se vendía igual de bien que la ciencia ficción. Y yo tenía que mantener a una familia. Me quedé con mis naves espaciales y dejé el mundo de los Magos Primigenios para más adelante, a la espera de dar con un argumento que estuviera a la altura de mi creación.

No era consciente de que ya contaba, en aquel entonces, con parte de la historia que iba a escribir. Jay A. Parry, el mejor amigo que tenía en *The Ensign* (de hecho, el mejor amigo que tuve en esa época), y yo estábamos trabajando en una idea que trataba sobre un huérfano o un bastardo (aún no estaba claro), que vivía en un castillo medieval. El chico recorría el castillo a hurtadillas y espiaba a todo el mundo. Sus correrías le llevaban a visitar las vigas que sostenían los techos, pasadizos secretos, túneles, alcantarillas y mil rincones más. Estaba al tanto de todo lo que sucedía en la fortaleza, aunque el resto de habitantes le ignoraba o despreciaba. Jay le puso el nombre de «Pan».

Años más tarde llegamos a pensar en escribir una novela a cuatro manos. Jay hizo un inicio muy bueno, pero yo no fui capaz de escribir nada. Hoy por hoy, soy consciente de que el motivo de mi bloqueo era el sistema mágico con el que estábamos trabajando: carecía de solidez. Lo malo es que fui incapaz de elaborar uno mejor.

Vamos a adelantarnos unas cuantas décadas. Ya había publicado los mapas relacionados con los Magos Primigenios en una modesta edición titulada *Cardography*. (Los mapas no han sido incluidos en este libro porque no eran necesarios. Aparecerán en el siguiente volumen). Sin embargo, todavía no había publicado ninguna historia relacionada con el mundo de mi creación desde «Arena Mágica». Pero seguía obsesionado con los mapas y el sistema mágico. Estaba dándole vueltas cuando un buen día se me ocurrió que si Pan viviera en el mundo de los Magos Primigenios, sus andanzas bien podían constituir el eje de mi trama.

Le pedí permiso a Jay para ubicar a Pan en mi mundo mágico. Jay me lo concedió y yo conservé el nombre con el que había bautizado a este chico solitario y apartado. No tuve dudas de cuál iba a ser su hogar en mi mundo: Iceway, un reino septentrional que dependía del mar para su supervivencia.

Durante un tiempo, el proyecto de los Magos Primigenios estuvo tutelado por Betsy Mitchell de la editorial Del Rey. Había trabajado con ella en la que consideraba que era mi mejor obra hasta la fecha: *Calle de Magia*. Su apoyo y consejos fueron vitales para el desarrollo de los Magos Primigenios y fue en aquel tiempo cuando decidí que establecería una conexión entre nuestro mundo real y el mágico, tal y como había hecho en otras obras como *Calle de Magia* y el libro que la precedió: *Encantamiento*. Esta última es una fantasía romántica ubicada a caballo entre la actualidad y el Medioevo.

Y de pronto, el sistema mágico surgió mostrando todas sus posibilidades. Los elfos y las hadas; los dioses de las antiguas mitologías indoeuropeas; los fantasmas y fenómenos paranormales; los hombres lobo, los trolls y los golem; las botas de siete leguas y las montañas que se desplazaban; árboles parlantes y gente capaz de volverse invisible... Todo, absolutamente todo, hallaría su lugar dentro del sistema mágico.

Cuando estaba abordando la parte de la historia en la que emplazaba la magia de los Magos Primigenios en el pasado y el presente de nuestro mundo, Gardner Dozois me pidió que participara en una antología titulada Magos. Acepté y escribí un relato ambientado en el mundo de los Magos Primigenios. La trama tenía lugar en una época indeterminada, pero anterior a la de esta historia. Lo titulé «Gran Mago Pétreo» y nada más acabarlo supe que había escrito uno de mis mejores relatos. Más adelante volví a publicar el cuento en Subterranean Press, que sacó una edición exclusiva para la historia con una impresionante portada obra de Tom Kidd. Todo apuntaba a que mi mundo de Magos estaba vivo y ofrecía un contexto idóneo para historias de mayor alcance.

Sin embargo, el proceso de urdir las historias paralelas de Pan y Danny, el chico nacido en una familia westiliana con los poderes de un mago teleportador, era muy lento. El problema radicaba en que el sistema mágico era tan complejo que me estaba encontrando con dificultades enormes para explicarlo. Había planteado un principio en el que un Danny mucho más joven del que aparece aquí intentaba comprender todo lo relacionado con su familia mágica. Y estuve atascado con ese inicio durante años.

Cuando conseguí superar ese obstáculo, el proyecto había caído en manos de mi primera editorial, Tor. Volví a trabajar con mi editora y amiga Beth Meacham.

Me había dado cuenta de que el enfoque que le estaba dando al tema era totalmente erróneo. Decidí que en lugar de presentar a un Danny que lo ignoraba todo y compartía con el lector lo que iba aprendiendo, tenía que describir a un protagonista más mayor, Danny con doce años, que lo supiera todo sobre la magia y el papel de los westilianos en el Universo.

En realidad, no hice más que seguir el consejo que yo mismo le doy a los alumnos que acuden a mis cursos de escritura: el suspense no surge cuando lo ignoras casi todo de la trama, surge cuando lo sabes casi todo, pero la parte que desconoces es la que más te atrae.

Al principio, me planteé mantener a Danny durante más tiempo en el territorio familiar, hablar en profundidad sobre las relaciones que mantenía con las Tías, los Tíos, los Primos y sus propios padres. Sin embargo, pronto sentí que el personaje se asfixiaba allí encerrado, era como si lo hubiera metido en un rincón donde apenas podía moverse. Tenía que liberarlo.

Desde el momento en el que Danny abandonó el territorio familiar y entró al Wal-Mar para robar, el libro rodó con suavidad hasta el final. El capítulo con el que había pensado empezar la novela, la creación de una puerta que teleportaba a Danny y sus compañeros de clase al extremo superior de una cuerda en el gimnasio, acabó por convertirse en el clímax de la historia. Por otro lado, la historia de Pan a la que había estado dando vueltas durante un año, se clarificó por completo mientras escribía el capítulo «El Hombre en el Árbol». Luego añadí el personaje de la reina Bexoi que habría de convertirse en la aliada y amante de Pan, para terminar siendo su némesis.

Sólo faltaba un ingrediente, y fue la casualidad quien lo aportó. Hace años dirigí a una estupenda actriz en la obra *Posing As People*. Se llamaba Victoria von Roth y exigió, nada más conocernos, que le diera su nombre a un personaje de una de mis obras. Aprovechaba para recordármelo cada cierto tiempo y una de esas ocasiones coincidió justo con el momento de la historia en el que Danny estaba en Yellow Springs, Ohio, y yo no tenía muy claro cómo «empujarle» para que siguiera hacia adelante en su viaje iniciático.

—Usa mi nombre en el libro que estás escribiendo ahora —sugirió Victoria.

Lo hice.

Me basé en la Victoria real, en su personalidad exuberante y generosa, y el personaje de la novela surgió sin dificultad. Permití que Victoria leyera los capítulos en los que aparecía la Victoria ficticia para que me diera su parecer. Si no hubiera aprobado el personaje, me habría limitado a cambiarle el nombre, pero le gustó y Victoria von Roth ocupó su lugar en el libro.

Beth Meacham leía los capítulos conforme yo terminaba de escribirlos en mi ordenador; era la primera vez que permitía que alguien leyera lo que escribía a la vez que Kristine, mi mujer, en lugar de que lo hicieran después de ella.

Beth me ayudó mucho a lo largo de todo el proceso: tan pronto me hacía una sugerencia como me daba ánimos para seguir adelante. Kristine también era una primera lectora fantástica, consiguió que mantuviera el equilibrio entre el pragmatismo y la formalidad que siempre he buscado, y la pizca transgresora de la que los lectores suelen disfrutar.

Conté con otros primeros lectores —Erin y Phillip Absher, y Kathryn H. Kidd— a los que también envié los capítulos conforme los iba escribiendo. Sus contribuciones fueron decisivas para que la trama avanzara en la dirección correcta.

En el verano del 2010, y treinta y tres años después de dibujar los primeros mapas del mundo al que acabé por llamar Westil (nombre de una de las naciones más poderosas de la historia de ese planeta), la fecha de entrega del manuscrito se aproximaba de forma inexorable. Tenía que cumplir con los plazos por encima de todo, a pesar de mis otras ocupaciones, como los talleres de escritura de dos semanas en los que me había embarcado.

Conseguí escribir un capítulo al día durante el viaje que Kristine y yo hicimos a Polonia con motivo de la publicación de la traducción al polaco de Ender en el exilio. Aproveché los viajes de ida y vuelta en avión y también mis estancias en Varsovia y en Czeszin, donde participé en una convención de fantasía y ciencia ficción que compaginaba la EuroCon anual con las convenciones anuales de Polonia, Chequia y Eslovaquia. Conocí y me reencontré con un montón de gente maravillosa y encima conseguí volver a casa a sólo cuatro capítulos del final del libro.

El día 1 de septiembre terminé de escribir el último capítulo y puse el libro en manos del excelente plantel de trabajadores de Tor, que compensaron mi retraso con su esfuerzo personal para que el libro saliera en la fecha prevista. Quiero expresar mi gratitud a todos ellos.

Por encima de todo y de todos, tengo que dar las gracias a mi familia, a Kristine y a nuestra hija pequeña, Zina, por su paciencia durante el tenso proceso de creación que siempre acompaña a la elaboración de cualquier libro.

Erin Absher nos facilitó las cosas cuando teníamos que viajar, y Kathleen Bellamy, mi asistente (y editora de la revista Orson Scott Card's InterGalactic Medicine Show que pueden encontrar en www.oscigms.com), y Scott Allen, nuestro gerente IT y de webwright, consiguieron que durante todo ese tiempo nuestro pequeño mundo siguiera girando con normalidad.



ORSON SCOTT CARD. Es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de ciencia ficción, con las que ha logrado grandes éxitos como *El juego de Ender* o *La voz de los muertos*. Card estudió en la Universidad de Utah y profesa la religión mormona, debido a lo cual vivió dos años en Brasil como parte de su formación. La iglesia fue importante en los inicios literarios de Card ya que fue en la revista mormona *Ensign* donde publicó sus primeros trabajos en 1977.

El salto a la ciencia ficción llegó con *El juego de Ender*, que pasó de novela corta a novela en 1977 y con la que consiguió el premio más prestigioso del género, el *Hugo*, algo que también conseguiría con su continuación, *La voz de los muertos*. A partir de ese momento, la prolífica carrera de Card se dispara con varias continuaciones de Ender y la creación de las sagas de Alvin Maker o La saga del retorno. Además, Card se ha dedicado a dar clases de Escritura Creativa, con la intención de aplicar nuevas técnicas de enseñanza.

A lo largo de su carrera, Card, además de varios Premios Hugo, ha sido merecedor de galardones como el Nebula, el John W. Campbell o el Locus.

Notas

[1] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[2] «Stone» en español significa piedra. (*N. del t.*) <<

[3] Bland significa sosa, aburrida. (*N. del t.*) <<

[4] Bleeder suena como Lieder, nombre real del entrenador. Significa «hemofílico», pero coloquialmente, hace referencia a una persona despreciable, tiránica. (*N. del t.*)

<<

[5] «Cyn», primera sílaba de Cynthia, suena igual que «Sin», que significa «pecado».
(*N. del t.*) <<

[6] Derviches Danzantes o Giróvagos. Los discípulos del sufismo islámico bailaban girando alrededor de sí mismos y de su maestro, representando la traslación de los planetas alrededor del Sol. (*N. del t.*) <<